
MALDITOS CEO
#3
MALDITO
MR. GOLD
MAFIA ROMANCE · ENEMY TO LOVERS
ANNY PETERSON



MALDITO MR. GOLD

MAFIA ROMANCE · ENEMY TO LOVERS

ANNY PETERSON



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra, ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Titulo original: Maldito MR. GOLD

Copyright ©Anny Peterson, Primera edición abril 2026

Diseño de la portada: @Lady_fuxia

MALDITO
MR. GOLD

ANNY PETERSON

ÍNDICE

CAPITULO 1
CAPITULO 2
CAPITULO 3
CAPITULO 4
CAPITULO 5
CAPITULO 6
CAPITULO 7
CAPITULO 8
CAPITULO 9
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
CAPITULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPITULO 17
CAPITULO 18
CAPITULO 19
CAPITULO 20
CAPITULO 21
CAPITULO 22
CAPITULO 23
CAPITULO 24
CAPITULO 25
CAPITULO 26
CAPITULO 27
CAPITULO 28
CAPITULO 29
CAPITULO 30
CAPITULO 31
CAPITULO 32
CAPITULO 33

CAPITULO 34
CAPITULO 35
CAPITULO 36
CAPITULO 37
CAPITULO 38
CAPITULO 39
CAPITULO 40
CAPITULO 41
CAPITULO 42
CAPITULO 43
CAPITULO 44
CAPITULO 45
CAPITULO 46
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE EL AUTOR
RECOMENDACIONES

CAPÍTULO 1



La gente huye de su noche de bodas por muchos motivos.
Normalmente por pánico al compromiso, un amor secreto, y, en raras ocasiones, porque tu esposa pertenece a la mafia italiana y ya intentaron matarte una vez por follártela mal.
Yo encajo en la tercera categoría.
Por eso deambulo por el Lux Noor al son de una música elegante que incita a pensar que están a punto de apuntarte con un arma.
Como si lo presintiera, dos hombres con cara de no haber tenido infancia, salen de la nada y me interceptan con una coordinación tan perfecta que me da hasta rabia.
—Si vais a matarme —digo—, por favor, que sea rápido. No me gustan los finales extendidos.
—No puede desaparecer así, señor Rossetti. Su esposa le espera.

—¿Cómo me ha llamado? —pregunto perplejo—. Mi apellido es Gold.
—Ya no —dice seco, mirándome fijamente—. Al menos, en las entrañas del Lux Noor. Ahora representa una institución, y no puede desaparecer una noche como esta.
—No he desaparecido. He salido a respirar. Es distinto…
El tipo aprieta la mandíbula y me observa como a un cadáver potencial. Pero ya me he acostumbrado a esa sensación. Desde que conocí a los White, no ha pasado un solo día sin que alguien desee asesinarme.
—Tenemos órdenes estrictas de que vuelva a casa enseguida, señor —dictamina el ¿escolta amenazante?
—¿Órdenes de quién?
—De su mujer.
—¿Y quién la ha puesto al mando?
—Nadie, pero le ha jurado lealtad hace unas seis horas —dice consultando su reloj—. Y no debería estar aquí ahora mismo. Hoy no.
No me da tiempo a responder nada más, porque me cogen de los brazos con una educación exquisita y me conducen fuera del local.
—No lo haga más difícil, por favor. Su esposa lo espera.
Me dejo llevar pensando que hay secuestros que empiezan con gritos, golpes y sacos en la cabeza, y este al menos lo hace con un «por favor *»,* y acaba en el asiento trasero de un coche de alta gama.
—¿Puedo haceros una pregunta? —intento—. Bueno, dos.
Nadie me contesta, pero la hago igualmente.
—¿Esto es lo que vosotros llamáis un secuestro *premium* ?
No se ríen. Qué sosos… Es como si les descontaran dinero del sueldo si disfrutan de su trabajo.
El coche arranca como única respuesta y me descubro pensando que mi mayor problema hace dos meses era una auditoría sorpresa y un ligero vacío existencial.
Hoy mi mayor problema me espera en casa de brazos cruzados…
Boston pasa por la ventanilla como una postal siniestra, hasta que al final de una avenida privada, aparece una casa iluminada como un palacio moderno. Cristal y piedra exudando un lujo sin precedentes.
—Bonita cárcel… —murmuro al bajarme del coche.

Veo mucho personal de servicio apelotonado en la puerta. Al parecer, nadie quiere perderse mi humillación pública.
Me hacen pasar como si fuera el dueño y señor, agachándose ante mí como si estuviéramos en la Edad Media.
«Venga ya…».
Una mujer mayor que parece la jefa suprema de la logística de Ikea me observa con mala cara. Creo que no aprueba mi fuga marital.
—La señora Rossetti le espera arriba —masculla seria.
Me trago la frase «¿Respirar está permitido o también hay un horario?». Pero en lugar de eso, sonrío como si no me importara su imposición.
Admito que la casa es una pasada, pero ya me han advertido de que viene con suegra incorporada… Vittoria todavía vivía con sus padres y mi casa de Back Bay, uno de los barrios más caros de la ciudad, al parecer no cumple los estándares de seguridad de esta gente.
Así que aquí estoy: recién casado, sin calzoncillos de repuesto y alojado en una mansión donde claramente no soy bienvenido.
Me conducen hasta el dormitorio principal. «Principal *»* es una forma elegante de decir campo de fútbol con sábanas de seda. La cama es tan grande que podría perderme en ella durante semanas y salir con barba.
Y de pronto la veo.
Vittoria está de pie, junto al ventanal, descalza, con una bata transparente que revela un salto de cama que debería estar prohibido por la Convención de Ginebra.
Es negro, con encaje y muy poco sutil.
«Gracias, universo… No tenías por qué».
Me quedo quieto en la puerta sin saber si saludar o pedir auxilio.
Ella me mira sin moverse, mientras dos chicas ordenan un rincón.
—¿Dónde estabas? —pregunta molesta.
—En un atasco —respondo burlón—. Uno entre mi sentido común y mi necesidad de no morir…
Sus labios se curvan un milímetro. Pero no llega a sonrisa.
—Entra. No te quedes ahí parado.
Obedezco a regañadientes, muy consciente de que estoy viviendo un contrato sin haber leído la letra pequeña.

Las criadas se retiran y la puerta se cierra dejándonos solos. No se me ocurre una idea peor.
—¡¿En qué coño estabas pensando?! —pregunta enfadada.
—En el tuyo, no.
La veo apretar los dientes y disfruto.
—¡Te has ido en mitad de nuestra boda!
—Tengo por costumbre abandonar los eventos antes de que empiecen a decaer… O cuando ya nadie me cae bien.
Vittoria me mira como si fuera un problema que le han entregado envuelto para regalo.
—¡Tenías que estar allí hasta el final!
—He aguantado todo lo que he podido —contesto rancio.
—Ahora eres mi marido.
—Sobre el papel. Y no creo que a nadie le extrañase mi ausencia.
El silencio entre nosotros pesa.
Me la quedo mirando un segundo más de la cuenta y me odio por sentir esta absurda e incómoda atracción como si fuera testigo de un error del destino. Pero por muy sexi que sea, mi resentimiento me protege de mis bajos instintos como un cinturón de castidad.
—Vamos a dejar algo claro —digo con firmeza—. No voy a darte lo que crees que puedes sacar de mí…
Vittoria se cruza de brazos.
—¿Y qué crees que quiero de ti? —pregunta altiva.
—Obediencia. Control. Lo que sea que tu familia crea que eres capaz de arrancarle a un hombre como yo con tu seducción barata.
Vittoria ladea la cabeza, peligrosa.
—¿Te crees más listo que yo, Gold? —dice en una postura tan sensual que la boca se me llena de líquido contra mi voluntad.
—No lo sé. Pero soy más mayor. Y aprendo rápido de mis errores. Me la jugaste una vez, preciosa, pero ya has gastado tu mejor carta, vístete anda… —No puedo evitar que mis ojos resbalen por su piel, pero enseguida aparto la mirada.
Ella camina hacia mí con una seguridad que hace que se me encojan las pelotas. Y se queda muy cerca. Demasiado. Pero yo no retrocedo, porque si lo hago, habrá ganado el envite.

—Si quieres vivir un día más, me harás caso —susurra confidente—. Entiendo que no me soportes, pero delante del servicio tenemos que fingir que nos adoramos.
—¿Crees que vamos a engañarles? El amor no se puede fingir.
—Pues nos conviene ser convincentes. Porque el personal habla, y si se enteran de que no dormimos en la misma cama…
—Si se entera, ¿quién? —pregunto confundido.
—¡Pues toda la mafia! Esto es un apaño para que no destruyan la dinastía Rossetti. Si ven que no hay un frente unido, nos atacarán. Tienes que ser un buen líder para el clan. Y un buen líder está con su mujer la noche de bodas si le importa algo proteger a la familia.
—Perfecto… —mascullo—. Mi madre estaría orgullosa de mí.
La frase me recuerda lo que lleva horas carcomiéndome vivo, que al final, Mindy se ha salido con la suya.
—¿Qué tiene que ver tu madre? —pregunta Vittoria confusa.
Supongo que tarde o temprano lo descubrirá, así que lo mejor es soltarlo ya.
—Tiene todo que ver. Mindy era mi madre.
La sorpresa atraviesa su cara y me da todavía más rabia.
—No te molestes en fingir que no la conocías —digo cansado—. Te vi en su entierro…
Vittoria abre la boca como si fuera a decir algo y luego la cierra.
—No me jodas… —farfulla.
—No, no pienso joderte, ni esta noche, ni ninguna otra.
No sé si está bien traído, pero también quería dejarlo bien claro.
—No sabía que Mindy tenía un hijo… —dice por fin.
—¿De qué la conocías?
—Era amiga de la familia. Sobre todo de mi madre. Pero todos la apreciaban.
Se hace un silencio y Vittoria me mira como si se hubiera colado algo humano en su mirada.
—¿Por qué me lo has dicho? —pregunta—. Ella nunca lo contó.
Me río sin ganas. Ocultarme era su especialidad.
—Porque quiero que tengas cuidado conmigo —replico serio—. No soy tan tonto como piensas. La sangre diabólica de Mindy corre por

mis venas, así que supongo que puedo ponerme muy chungo si me lo propongo…
Vittoria frunce el ceño ante mi pésima interpretación.
—No soy tu enemiga, Gold.
—No, solo eres mi verduga. Pero me he propuesto sobrevivir a ti. Y a todo esto. Nick tenía razón, soy un jodido héroe de guerra.
Me quito la chaqueta y la dejo en una silla, como si no significara nada. Pero es una clara rendición de que tengo que dormir aquí.
Me aflojo la corbata como si eso pudiera aflojarme la vida.
—Durante un año seremos un matrimonio perfecto —digo desabrochándome la camisa a zarpazos. Al quitármela, sus ojos perfilan mis pectorales sin disimulo—. Pero esta noche voy a intentar dormir sin pensar que mi vida acaba de convertirse en una cárcel de lujo.
Cuando me desabrocho el pantalón, sentir que se queda sin aliento es como una caricia involuntaria a mi ego. Me lo quito todo y me quedo en calzoncillos. Son los típicos boxers holgados de algodón. No me gusta asfixiar a mis pequeñajos.
—Y puedes estar muy tranquila —continúo yendo hacia mi lado de la cama—. Por lo que a ti respecta, mi polla está hibernando.
Vittoria parece haber colonizado la mesita del lado izquierdo, así que yo me adjudico la del derecho y dejo el reloj y el móvil antes de meterme dentro. Es imposible que nos encontremos bajo las sábanas. Jamás he visto un colchón tan grande. No existen camas de este tamaño en el mercado; debió de encargarla a medida.
Pensaba que deambularía más tiempo por la habitación echándome la bronca, sin embargo, veo que también se mete en la cama y se queda mirando al techo en silencio.
Pero ese silencio es eléctrico. Somos dos malditos cables pelados.
Me giro hacia el lado opuesto para olvidar su presencia, pero mi mente se revela y empieza a recordar lo que sentí la última vez que estuve con ella en una cama. Nada en aquella primera vez juntos fue normal. Y por mucha rabia que siga sintiendo, no puedo olvidar sus ojos húmedos intentando no llorar.
—Espero que no te muevas mucho —digo para dejar de sentir compasión por ella—. No quiero despertarme creyendo que me están

apuñalando…
Vittoria suelta una risita mínima.
—Si quisiera apuñalarte, no te daría tiempo a bromear sobre ello.
—Qué tranquilizador…
Intento cerrar los ojos, pero no me duermo. Porque a mi lado hay una mujer preciosa que me llama «líder» como si yo hubiera pedido ese cargo.
Y justo cuando empezaba a conciliar el sueño, Vittoria susurra:
—¿Tanto me odias…?
Abro los ojos en la oscuridad y pienso en todo lo que debería contestar: «¿Tú qué crees, violadora?», «¿Has hecho algo para que no lo haga?», «Desde luego, amigos no somos», «No me fío un pelo de ti». Pero de pronto entiendo que mi verdadera condena no es este matrimonio, sino que no soy un tío rencoroso.
Y lo único que me sale decir es:
—Si te soy sincero, ese picardías me ha hecho odiarte bastante…
Me imagino su sonrisa en la oscuridad.
—¿Esperabas un pijama de felpa? —dice jocosa—. Es mi maldita noche de bodas.
—Esperaba más distancia de seguridad y un formulario de consentimiento visual. Pero supongo que aquí vamos improvisando sobre la marcha…
—Si vamos a fingir, hay que hacerlo bien. Una noche como hoy, el servicio espera sexo. Que te excite estar en una cama conmigo es solo un daño colateral…
Respiro hondo antes de contestar sin alzar la voz.
—Fingir que somos un matrimonio feliz no significa que vaya a obedecerte, Vittoria. Y que me atraigas no significa que vaya a volver a caer en tus trucos de seducción. Antes me la corto…
Vittoria permanece quieta y callada. Así que sigo.
—Y desde luego, que finjamos estar casados no significa que me fíe de ti. Has demostrado que, cuando decides sola, tomas decisiones peligrosas. Para ti. Para mí. Y para cualquiera que esté cerca. Así que, puede que seamos un equipo, pero no somos amigos. Ser líder de la mafia italiana es ahora mi misión, y que seas mi esposa, es el maldito daño colateral…

Reajusto las sábanas, dándole aún más la espalda, obligándome a odiarla con más fuerza. Pero lo cierto es que no lo hago.
Esa maldita tendencia a la compasión, es mi mayor debilidad.
Una que en la mafia puede costarte la vida.

CAPÍTULO 2



VITTORIA

No me gusta ir a verle. Nunca me ha gustado.
Es el típico hombre viejo que huele a puro y que cree que la vida de los demás le pertenece. Un rol que conozco muy bien porque crecí rodeada de él.
Lo que no sabe es que hace años que dejé de ser una de esas vidas. Solo estoy aquí porque aún no me conviene demostrárselo.
Entro en su territorio con precaución. Es uno de esos sitios donde se toman decisiones que luego otros llaman «accidentes».

Me hacen cruzar la cocina hasta su despacho. Porque esto es un restaurante italiano. Una buena tapadera para camuflar su bastión.
Nada más entrar, localizo salidas, distancias y objetos útiles por pura inercia. Me enseñaron a hacerlo antes que a confiar.
—Pensé que vendrías antes —me saluda sin mirarme.
Dejo el bolso sobre la mesa y me quito el abrigo con calma. No me gusta parecer nerviosa delante de los hombres que disfrutan provocando miedo.
—¿Cuándo querías que viniera? Ayer me casé —respondo seca.
Lucio sonríe despacio. Como si mi matrimonio fuera una jugada de ajedrez que llevaba meses anticipando.
—Lo sé. Enhorabuena, Vittoria. El plan ha salido mejor de lo esperado.
Me siento sin que me lo indique, cruzo las piernas y mantengo la espalda recta. Él observa cada gesto como si fuera una inversión.
—Ha salido exactamente como tú querías —corrijo.
Su sonrisa se afila.
—Para ser justos, tú estabas deseando casarte con él.
Lo miro con frialdad.
—Yo solo quería salir de mi jaula. Tú querías a David Gold en mi cama. Y mi madre quería cumplir la promesa que le hizo a Mindy.
Tres verdades. Ninguna cómoda.
Mindy y mi madre se conocieron en el instituto. Eran dos mujeres demasiado inteligentes para la suerte que les había asignado la vida. Por esa razón siempre fueron aliadas.
Aparte de ser ricas, Mindy deseaba poder, y mi madre, seguridad. Y la mafia siempre fue la respuesta. Y él… —Mi interlocutor al otro lado de la mesa— siempre quiso una parte de todo.
Nunca lo llamo por su nombre. No porque no lo tenga, sino porque quiero que siga siendo un concepto abstracto para mí.
No es un Rossetti. Nunca lo fue. Es un Venturi. Hermano de mi madre. Un mercenario con modales de caballero que ya no pertenece a ninguna familia porque las familias, tarde o temprano, te exigen lealtad. Y él solo es leal al dinero.
Casó a mi madre con un Rossetti. Y a Mindy, se la reservó para él. Pero sin eclipsarla. Porque valía más compartida. Él la enseñó a

moverse entre hombres ricos y poderosos, a elegir bien con quién casarse y cuándo divorciarse… y después, se cobraba su comisión en carne y en dinero.
Fue él quien la convenció de que al imperio White podían sacarle mucho más. Y quien decidió que David Gold debía ocupar un lugar en mi familia cuando Mindy ya no estaba para verlo.
Yo solo soy el último movimiento de una partida que empezó antes de que naciera. Pero tengo pensado volcar el tablero.
Él se reclina en la silla.
—Gold es el marido perfecto para ti —dice satisfecho—. Es popular. Tiene dinero. Y es un blando…
—Gold no es blando —digo solo por llevar la contraria.
—Claro que lo es. Solo hay que saber dónde tocarle.
—Ese es justo el problema… que no deja que me acerque a él.
—¿Anoche no sucumbió a tus encantos?
—Pues no. Y dice que no va a obedecerme. Que no se fía de mí.
Él chasquea la lengua, decepcionado.
—Entonces tendrás que esforzarte más, preciosa…
—No es tan sencillo —digo, conteniendo la rabia—. Gold no es un hombre normal. No se mueve por miedo ni por ego. Y desde luego, no responde bien a las órdenes.
—Todos los hombres responden al deseo antes o después, Vittoria. Incluso los que se creen distintos.
—Él es diferente —escupo—. Me dijo que ya había gastado la carta de la seducción con él y que dejara de provocarle en vano.
Eso sí le divierte.
—Entonces tendrás que aprender a hacerlo mejor, gatita.
Me quedo quieta ante el apelativo. Y durante un segundo me planteo si sería capaz de clavarle el bolígrafo en el cuello sin que nadie llegue a tiempo para evitar que se desangre. Probablemente sí.
—Yo no sé seducir —mascullo—. Nunca me han dejado aprender.
—Pues ahora tienes vía libre. Enamóralo. Ablándalo. Haz que te necesite. Que te escuche. Que crea que el poder es suyo mientras tú decides por él.
—¿Y si no funciona?
Su mirada se endurece.

—Tiene que funcionar. Todavía tenemos mucho que hacer. Mindy quería a los White fuera del tablero… Después, Gold absorberá White Industries y tú me compensarás por haceros más ricos.
Maldita Mindy… Esa mujer sigue siendo una sombra alargada incluso después de muerta.
—Nick White ha desaparecido —digo con un nudo en la garganta con la esperanza de que entienda que no está a su alcance para… echarlo del tablero.
Ese fue uno de los motivos por los que le dije a Nick que huyera. Mi tío lo quiere muerto. Y a Marcus también. Pero por suerte, nadie sabe que es el Regente, los que lo sabían, murieron. Todos, excepto mi madre y mi tía…
Me prometieron que no lo contarían, pero tengo miedo de que se les escape en un momento de presión.
—Ya están buscando al más joven de los White —me comunica Lucio —. Lo encontraremos pronto. Y si no, tendrá que venir a la ciudad cuando nos carguemos al hermano… para heredar la empresa.
El corazón me da un vuelco.
Con Marcus apenas he tratado, pero Nick me cae bien. Es impulsivo y bocazas, pero nunca me miró como a una mercancía. Nunca intentó poseerme. Al revés, fue el primero que me impulsó a ser libre. Y le debo al menos, preocuparme.
Quizá por eso sigo hablando con él a escondidas, usando teléfonos que dejan de existir tras usarlos y nombres que no son míos.
No porque crea que vaya a salvarse, sino porque no protegerlo sería aceptar que ya no queda nada humano dentro de mí. Si algo tengo claro, es que prefiero morir antes que convertirme en él.
—Avísame antes de ejecutar a cualquiera de los White —digo de pronto.
—¿Por qué?
—Porque necesito estar preparada para cuando Gold reciba la noticia, que será enseguida, y así poder aprovecharme de la vulnerabilidad del momento —respondo rápido.
Él me mira calculador.
—Bien pensado. Es tu turno de usar lo único que tienes a tu alcance, Vittoria.

—¿Te refieres a mi cuerpo?
—No solo a eso. Hablo de tu atención. Tu presencia. Tu calidez… A todos los hombres les gusta que les doren la píldora.
—No será fácil. Gold no es estúpido.
—No —admite—. Pero quiere sentirse útil. Necesario. Ser bueno, como dijo su madre. Dale eso… y hará lo que sea por ti.
Un mal presentimiento rebota en mi interior como un pinball. Porque hay límites que, si los cruzas, ya no hay vuelta atrás.
Lucio me observa como si pudiera leer las dudas en mí.
—Recuerda por qué estás aquí, Vittoria —dice al fin—. Recuerda todo lo que tienes gracias a mí… Soy un hombre de palabra, y haré cualquier cosa por conseguir lo que Mindy quería para su hijo.
—El problema es que David no quiere lo mismo —intento explicarle —. Si quieres que lo controle, tendré que hacer cosas cuestionables…
—Hazlas —responde sin dudar—. Haz lo que haga falta. Pero lo quiero comiendo de tu mano en un mes.
Asiento y salgo de su despacho sin darle tiempo a decir nada más.
Una vez en el coche, apoyo la cabeza contra el cristal lateral frío.
El plan era simple: casarme con Gold, colocarlo en la cima y gobernar desde la sombra.
Iba a ser una pieza manejable. Un rostro amable en una estructura violenta. Lo que nadie calculó es que David Gold no quiere gobernar. Ni ser salvado. Ni poseer a nadie.
Y eso lo hace infinitamente más peligroso. Para ellos, y también para mí.

CAPÍTULO 3



NICK

Ha pasado una semana desde que nos instalamos en una casita unifamiliar en New Jersey.
Lo que significa que llevo siete noches durmiendo con un ojo cerrado y el otro haciendo guardia. Y siete mañanas despertándome con la sensación de que, si me descuido, el diablo se colará por la puerta de atrás.
Es la primera vez que huir de un problema no me sirve. Al parecer, este me ha seguido hasta aquí.

Cuando llegamos, cargados de maletas, Megan salió corriendo por el jardín, contenta como si acabáramos de comprarle el mundo entero. Ava se quedó mirándola con una sonrisa cansada que me atravesó.
—Podríamos quedarnos unos años aquí —comentó—. Plantar algo. Tener una rutina. Fingir que somos normales…
—Yo siempre lo he fingido muy bien. Es un talento oculto.
Ella se rió de esa forma que te hace creer que todavía hay futuro.
—Este año Megan empezará primaria. Podríamos pensar en algo más a largo plazo… emprender algún negocio juntos aquí o…
La besé sobre un césped que todavía no sentía nuestro. Fue un beso tranquilo, doméstico, que no prometía la eternidad, pero sí no huir nunca más.
—Podemos hacer lo que queramos. Tenemos dinero, somos jóvenes y estamos enamorados.
Ella sonrió, pero no dejó de ser una sonrisa triste.
Y la entendía. Porque yo también sentía un malestar sordo en el pecho, como si estuviera construyendo algo bonito sobre un suelo que todavía tiembla.
No dije nada. Nunca lo hago cuando tengo miedo de que al nombrarlo, se haga real.
Pero ayer Ava recibió un *email* de Emily y la realidad nos alcanzó. No sabía qué ponía, pero vi las malas noticias reflejadas en su cara.
—¿Qué ha pasado?
—Dice que ha roto con tu hermano definitivamente.
—¿Cómo…? No se lo cree ni ella.
—Ha dejado su trabajo en White Industries…
JO-DER. Eso sí es un corte limpio…
No sé los detalles, pero conozco a mi hermano, y conozco a Emily. Y cuando dos personas así se separan, no es porque no se quieran, es porque las circunstancias los han obligado. Y me pregunto si no seré yo esa puta circunstancia…
Me preocupa que Marcus esté solo y siga creyendo que cargar con todo es una forma de proteger a los demás.
Y me preocupa Emily. Porque si ha escrito a Ava, es porque no ha encontrado otra manera de conseguir respirar.

Apoyo los codos en la mesa del comedor y miro por la ventana hacia el jardín en calma. Sería tan fácil creer que esto es el futuro… Pero por mucho que lo intente, no puedo sacudirme la sensación de que estoy viviendo una tregua, no una victoria. Y que, tarde o temprano, alguien va a venir a cobrar lo que debo.
La única pregunta es si, cuando ocurra, estaré preparado, o si volveré a hacer lo de siempre. Sonreír y esperar que el desastre pase de largo.
Tomo el último sorbo de mi tila y vuelvo a la cama.
Últimamente me cuesta dormir. Ava ya duerme en su lado, cuando llego al dormitorio, abrazando la almohada como si fuera un salvavidas. Megan está en la habitación de al lado. Lo sé porque oigo cómo se gira en la cama. Es un ruido pequeño, pero suficiente para recordarme por qué estamos aquí.
Esta semana he cambiado de número de móvil. Estaba harto de dejar de contestar llamadas de Marcus. Ahora solo Vittoria tiene mi contacto. Y no porque confíe en ella al cien por cien, sino porque, en este jodido juego, siempre hay alguien que tiene que saber dónde estás… y no quería que fuera mi hermano.
Me tumbo en la cama y cierro los ojos.
No sé cuánto tiempo estoy en vigilia, pero de pronto, lo huelo.
Un olor químico que no encaja con la madera, ni con la noche, ni con nada que debería estar dentro de una casa. También noto calor.
Intento incorporarme, pero mi cuerpo no responde.
Los brazos me pesan, las piernas no me hacen caso y la cabeza me da vueltas como si fuera una rueda de hámster. Estoy despierto, eso lo sé…, pero es como si mis extremidades hubieran decidido tomarse la noche libre.
Parpadeo despacio.
El aire que respiro quema cada vez un poco más y me asusto.
—Ava… —intento decir.
No sé si lo hago en voz alta o solo en mi cabeza. Pero el calor va en aumento y el olor a humo ya no es discutible.
Intento moverme otra vez, pero no consigo nada. Y siento cómo el pánico se apodera de mí.

Empiezo a sudar, la garganta me arde y mi cuerpo sigue sin obedecer. ¡Es como si estuviera atrapado dentro de mí mismo! Noto que estoy en peligro, pero no puedo hacer nada por evitarlo.
De pronto, todo cambia.
Veo luces y sombras y mucho movimiento. Oigo una tos. Luego otra. Y noto que alguien carga conmigo por debajo de los brazos y me arrastra hacia el exterior de la casa.
El aire fresco me golpea con un alivio abismal. Toso como si mis pulmones estuvieran aprendiendo a funcionar de nuevo.
Respiro mal. Pero respiro. Y durante un segundo absurdo, pienso que así debe de ser nacer: estás desorientado, vulnerable y eres demasiado consciente de cada respiración.
Me apoyan contra algo duro; mi amigo, el suelo. Y consigo abrir los ojos lo justo para ver que la casa está envuelta en llamas.
—¡Ava… y Megan…! —balbuceo aterrorizado.
—Están bien —me dice una voz—. Las hemos sacado primero.
Miro a quien me habla y no reconozco su cara. Pero me señala a un lado, y cuando veo a Megan envuelta en una manta, dormida, con Ava llorando a su lado sin poder moverse, deja de importarme todo.
—¡Megan…! —intento impulsarme, y el cuerpo me responde algo más, pero no como para caminar.
—Mi niña… —solloza Ava mirando al cielo sin poder abrazarla, y la imagen me parte el alma.
—Se pondrá bien —le dice otro chico, agachándose a su lado—. Está respirando. ¿Ves? Solo está sedada por el químico…
Saber que está viva debería bastarme, pero no cuando entiendo que han venido a matarnos, a sedarnos y a quemarnos, y que si no llega a ser por estos desconocidos…
—¿Quiénes sois? —pregunto.
Podría pensar que son vecinos, o bomberos fuera de servicio que justo pasaban por aquí, pero su forma de moverse no es improvisada. Tienen la calma de quien sabe exactamente lo que está haciendo.
—Trabajamos para el Regente. Yo soy Ben, y ese es O'Leary. Nos envió hace días a velar por vosotros.
¡JODER! Marcus…

—Voy a llamarle para informarle, disculpa.
Veo cómo se pone el teléfono en la oreja y se aleja un poco. El otro sigue atendiendo a Ava.
—Tranquila, estáis a salvo —la consuela.
«A salvo».
Esa expresión rebota en mi cabeza como una broma de mal gusto.
El chico ayuda a Ava a incorporarse para abrazar como puede a Megan como si fuera a perderla para siempre. Llora sin hacer ruido, enterrando la cara en su cuello y le susurra cosas que no alcanzo a oír, pero no hace falta: serán las mismas promesas imposibles y mentiras piadosas que yo me cuento cada mañana.
La certeza de que las he puesto en peligro cae sobre mí con más fuerza de la que pensaba. Y de pronto entiendo que no importa cuántas casas nuevas elijamos. No importa cuántos nombres falsos usemos. Ni cuántas veces jure que esta vez será distinto…
Mientras yo siga huyendo, ellas seguirán siendo un objetivo.
Y Marcus también.
Mi hermano sigue cuidando de mí. Moviendo hilos. Mandando a sus hombres y cubriendo mis errores como si fueran suyos. Y sé sin que nadie me lo diga que por eso mismo ha perdido a Emily.
La ha perdido por protegerme…
Una imagen horrible me atraviesa con una violencia silenciosa: Marcus solo en su lúgubre despacho, con un anillo sobre la mesa y el corazón hecho trizas.
Por mi culpa. Porque yo no sé hacer otra cosa que incendiarlo todo y marcharme sin mirar atrás.
Trago saliva. El pecho me duele. Y no es por el humo, sino por una verdad mucho más profunda: «Nunca estarán a salvo mientras yo siga intentando escapar del problema en lugar de enfrentarme a él».
Ni Ava. Ni Megan. Ni Marcus.
Y entonces lo entiendo.
Entregarme no es rendirme, es dejar de arrastrarlos conmigo.
Cierro los ojos un segundo, y cuando los abro, Ben viene hacia mí y me ofrece el teléfono.
—Es el Regente. Quiere hablar contigo. Saber si estás bien…
Miro el teléfono y tardo un par de segundos en negar con la cabeza.

No quiero hablar con él. No por orgullo, sino por vergüenza.
Ben no insiste. Se limita a asentir, como si lo entendiera. Quizá lo entiende o quizá haya visto a otros como yo antes. Gente que no sabe qué hacer con el desastre que provoca.
Ava se gira hacia mí y no grita porque esté enfadada, es mucho peor. Tiene miedo.
—¡¿Tú sabías que podían venir a por nosotros así?!
Abro la boca, pero no sale nada útil. Y el silencio, me condena.
—Nick… —dice mi nombre como si fuera una acusación—. Esto es demasiado…
Intento incorporarme e ir hacia ella, pero sigo mareado.
—Nos iremos a otro sitio —digo—. Más lejos. A un lugar con cámaras, mejor protegido. Lo haremos bien esta vez…
Ella me mira como si acabara de decirle que el fuego no quema si lo ignoras lo suficiente.
—Yo no puedo vivir así —musita—. No puedo criar a mi hija esperando a que nos salven la próxima vez.
Megan despierta y se aferra a la cintura de su madre sin entender qué ocurre. Ava la rodea con los brazos y no me mira. No porque me odie, sino porque no quiere romperse delante de ella.
Miro la casa por última vez, y me quedo quieto, con la certeza incómoda de que he puesto en peligro lo único que me importa.

CAPÍTULO 4



Cuelgo el teléfono despacio.
Que Nick haya rechazado hablar conmigo incluso después de casi morir me duele más que cualquier herida física.
Me quedo un segundo con el móvil en la mano, mirando la pantalla negra como si fuera a volver a sonar para decirme que ha cambiado de opinión.
No lo hace. Nick nunca me pone las cosas fáciles. Ni siquiera ahora.
Dejo el móvil sobre la cama y respirar se vuelve opcional.
El informe de mis hombres ha sido claro: vieron a alguien asaltando la casa con sigilo. Y cuando fueron a por él, volvió a salir de la casa a los pocos segundos. Ahí fue cuando descubrieron que había esparcido un químico, que actuaba bloqueando el sistema nervioso, provocando fatiga intensa, confusión y pérdida de la consciencia, con el fin de que no notaran el fuego que inició.
«Han salido ilesos de milagro…», pienso preocupado.
«Han ido a por Nick un puto martes…».
«Nick, mi hermano pequeño, casi muere esta noche».

Cierro los ojos un instante. Porque alguien, en algún punto de esta guerra silenciosa, ha decidido que Nick White debía morir. Y no tengo claro quién ha podido ser.
Los albaneses no olvidan. Tienen a Nick entre ceja y ceja desde hace tiempo. Pero hay algo que no encaja…
Ellos disfrutan del aviso y luego del espectáculo. Y al final, dejan un mensaje claro. Sin embargo, esto ha sido limpio. Silencioso. Casi profesional. Como si alguien quisiera que pareciera un accidente.
Providence no perdona su fuga del altar… Pero tampoco es su estilo. El jodido Paolo Costa está muerto y el engranaje sigue moviéndose.
¿Quién da las órdenes en la mafia italiana? Alguien que sobrevivió a la masacre de la cúpula. Alguien que sabe exactamente dónde golpearnos. Un jodido infiltrado…
Aprieto la mandíbula.
Emily debería estar a mi lado, en esta cama, diciéndome que no puedo salvarlo todo yo solo. Pero no está. Y en la oficina tampoco.
Su ausencia se ha instalado en todos los espacios de mi vida como una humedad lenta que lo estropea todo.
Trabajo hasta tarde. Duermo mal. Como cualquier cosa. Y cuando consigo cerrar los ojos, solo veo dos imágenes: un anillo de compromiso sobre mi mesa y a Nick en un ataúd.
El club es la única cosa de mi vida que sigue funcionando como siempre. Es lo bueno del Lux Noor, que no juzga ni pregunta. Solo cumple las normas.
Tengo a dos investigadores privados trabajando en paralelo, y aun así siento que voy hacia atrás. El círculo se está estrechando, pero no alrededor del culpable, ¡alrededor nuestro!
Espero pacientemente a que den las nueve de la mañana para llamar a Gold. Sé que cumple sus horarios a rajatabla, y estoy seguro de que, a esta hora, está sentado en su lujosa mesa de oficina, con unas buenas vistas de Emily y un café humeante a su lado.
Mi móvil suena antes de que pueda pulsar su nombre. Es como si presintiera que necesito hablar. Una G dorada aparece en pantalla, prefiero no poner su apellido completo.
—Estaba a punto de llamarte… —contesto sincero.
—Buenos días, señor W. ¿Cómo estamos hoy?

La voz de David suena contenida, como si tuviera la intuición de que pasa algo malo. Si no lo conociera, pensaría que él está detrás de todo y que era el compinche perfecto de Mindy.
—Anoche atacaron a Nick —informo—. Sobrevivió de milagro.
—¡¿Qué?! Joder… ¿Cómo lo han localizado?
—Vete a saber… Pero han intentado quemarle la casa. Con él dentro.
—¡DIOS MÍO!
—Mis hombres los sacaron a tiempo.
Se hace un silencio horriblemente compasivo que detesto.
—¿Tú cómo vas? —pregunto para desviar la atención—. ¿Mejor con Vittoria?
—No. Al contrario. Cada día la odio más. Su presencia me crispa en vez de serme indiferente. Y eso es un verdadero problema…
—Te entiendo más de lo que crees —digo recordando mi vida antes de descubrir que Emily me criticaba en las redes sociales.
Suspiro con pesar para no pensar en ella. Gold no debería verse salpicado por mis problemas familiares. Sin embargo, al asumir la deuda de Nick, se metió de lleno en el centro del huracán,
—Esto no va a parar, Marcus —dice al fin—. Me refiero a los ataques. Providence quiere sangre. Los albaneses quieren venganza. Habría que cargarse a media ciudad para que Nick estuviera a salvo…
—Lo sé… —musito apretando el puente de mi nariz.
—La cosa está jodida —opina Gold.
—No quiero que te preocupes por Nick —digo—. Tú cuida de ti mismo… ¿Cuándo es la primera reunión con la *familia* ?
—El viernes por la noche. Será una reunión llena de amenazas camufladas en prosecco.
—¿Tienes claro lo que debes decir?
—Sí. Lo justo. Si hablo demasiado, me matarán. Si no hablo nada, también. Está chupado…
Una comisura de mi boca se alza. Se parece peligrosamente a una sonrisa.
—El tema a tratar será la venganza del asesinato de la cúpula italiana contra los albaneses —subrayo—. Y todos querrán venganza.
—Ya. Mi misión es enterarme de quién hace el trabajo sucio… —dice con calma—. Y, sobre todo, de quién decide dónde, cuándo y a quién

se mata sin mancharse las manos.
—Exacto. —Asiento satisfecho.
—Tranquilo, se me da bien poner cara de tonto mientras tomo nota mental de todo.
Dejo escapar una risa seca.
—No eres ningún tonto, David. Aunque es verdad que se te da bien disimularlo.
—Gracias. Creo.
—Lo que debes tener claro es que los que deciden nunca se exponen. Y esos son los que buscamos.
—Entendido. Prometo no morir en la primera partida.
—Apóyate en Vittoria. Ella puede darte buenos consejos. Dijo que te ayudaría a encajar.
—Paso de ella. Lo que quiere es «encajarse» conmigo otra vez… ¡Está loca! Ahora va de amable y cariñosa…, pero es como si una víbora preciosa se creyera un cachorrito adorable.
—Podrás con ella. —Sonrío con guasa.
—Lo intento. Pero no me lo pone fácil.
—Eres el tío más incorruptible que conozco, Gold.
—Por mi bien…
—Bueno… —suspiro cansado—. Luego hablamos, ¿vale?
—Marcus…
—¿Qué?
—Te noto flojo. ¿Estás comiendo algo?
No respondo. Me despido y me quedo mirando por la ventana tras colgar. La ciudad continúa como si nada, con su ritmo vertiginoso y sus calles llenas de personas con prisa.
En la oficina, lo mismo. Todo sigue igual de productivo.
Estoy rodeado de gente, de recursos, de poder, pero nunca me había sentido tan solo.
Pero eso es bueno, porque cuando llegue el momento de elegir… no habrá nada que no esté dispuesto a sacrificar. Porque ya no me queda nada que perder.
Excepto a mi hermano. Y por él, haré arder Boston si hace falta.
Apoyo el móvil boca abajo sobre la mesa y me paso la mano por la cara. La noche ha sido larga y el día no promete ser mejor. Informes,

llamadas, nombres que no llevan a ningún sitio…
Paul muerto.
La cúpula italiana barrida.
Y aun así, alguien ha tenido acceso suficiente para encontrar a Nick, rodearlo y prender fuego a su refugio.
Estoy revisando por tercera vez el mismo archivo cuando suena el teléfono interno.
—Señor White —dice una voz conocida—. El proyecto de la factoría McClain ha sido aprobado para la segunda fase.
Parpadeo.
¿La factoría McClain…?
Durante un segundo no reacciono.
—¿Tan pronto?
—Los informes han sido excelentes. La primera fase ha superado las expectativas. CTL quiere que visites la obra esta misma semana con ellos. Ya está prácticamente terminada.
—Gracias, Lois. Agenda la cita, por favor. —Cuelgo despacio.
La factoría McClain fue la apuesta de Emily. Su idea. Su manera de ver más allá del hormigón y los números…
Recuerdo la primera vez que fuimos al solar. El frío de la mañana, ella hablando con las manos, explicándome cómo ese espacio podría convertirse en algo distinto. Algo vivo. Algo nuestro. Y también cuando casi la aplasta una viga y me di cuenta de que ya me importaba demasiado…
Pienso en lo mucho que le habría gustado ver el resultado final. En cómo habría sonreído al ver que algo que imaginó ahora existe. Pero no va a hacerlo porque yo la aparté de mí. No pensé en ella… Solo en el Lux Noor. Mi única ancla emocional a prueba de balas.
El resto del día pasa sin que apenas lo note.
Reuniones, estrategias que no terminan de encajar y la certeza, cada vez más clara, de que la guerra de bandas no es una posibilidad futura, sino una realidad en curso.
Cuando por fin salgo del edificio, ya es de noche.
En casa todo está demasiado ordenado y vacío. Algo que antes jamás me había molestado.

Me quito la chaqueta y dejo las llaves en su sitio exacto, como si ese pequeño ritual pudiera devolverme algo de control.
Me ducho sin pensar, con el agua hirviendo, deseando que funda el malestar de vivir en mi piel. Y al lavarme la entrepierna, tengo un pensamiento tan absurdo como honesto: mi polla está muerta.
En todos los sentidos… En el físico y en el moral.
No hay deseo. No hay impulso. No hay nada que me empuje a tocarme, a distraerme, a buscar alivio. Solo hay cansancio… y una sensación persistente de estar viviendo en pausa.
No puedo seguir así, pero tampoco tengo fuerzas para cambiar nada.
Me pongo ropa cómoda y voy a la cocina. Abro la nevera y la luz blanca ilumina opciones que no me apetecen. Al final, cojo una cerveza y la cierro sin pensar demasiado.
Me dejo caer, apoyando la espalda en el mueble de acero hasta llegar al suelo. Notar el frío de las baldosas en el culo me devuelve la templanza. Doy un trago largo y, de repente, pienso que no estaría mal tener una mascota. Un gato, por ejemplo.
Uno arisco, independiente y que no pidiera demasiado. Pero que apareciera en momentos como este y se me subiera encima solo para recordarme que sigo siendo importante para otro ser vivo.
La idea me arranca una exhalación irónica.
Y de pronto, llaman a la puerta.
Frunzo el ceño. ¿Quién será a estas horas? Que yo sepa, los sicarios no piden permiso para entrar…
Me levanto con cautela y me asomo a la mirilla.
Veo a Gold con la cabeza gacha, una bolsa de comida en cada mano y una expresión en la cara entre preocupación y descaro.
Abro la puerta anonadado.
—He traído comida tailandesa —anuncia como si fuera una buena noticia.
Arrugo la nariz con asco.
—Yo no como de eso.
—No has probado esta, niño rico.
Entra sin pedir permiso y deja la compra sobre la isla de mi cocina.
—Me he arriesgado a venir. No sabía si aún estarías trabajando.
—Acabo de llegar.

—Eso explica tu cara de cansancio. ¿Qué has comido hoy?
Se queda mirándome para que conteste.
—Nada —admito.
Suspira y saca los recipientes, negando con la cabeza, haciendo que un olor delicioso invada la cocina.
Gold se mueve como si conociera el espacio desde siempre, como si no le intimidara mi intimidad.
—Huele bien —le concedo.
—¿Bien? Prueba esto, *pringao* …
Me ofrece una especie de canapé haciendo gala de un uso magistral de los palillos y no tengo más remedio que abrir la boca.
JAMÁS… EN MI VIDA… me habían dado de comer así.
—Vaya… —gimo—. Está buenísimo.
—Sabía que te gustaría. —Sonríe felino.
De pronto, me ataca una sensación de hambre que hasta me asusta. Cojo dos copas y abro una botella de vino.
—¿Sabes algo de Nick? —pregunta Gold al fin.
—No. No quiso ponerse al teléfono conmigo anoche…
David asiente como si lo entendiera. Resulta tan fácil estar con él. Tan cómodo. Me gusta que dé por hecho cosas que no digo. Como lo jodido que estoy por el rechazo de mi hermano.
—Oye, ¿tú puedes estar aquí? —cuestiono—. Es decir, ¿no tienes que fichar en casa para que *la familia* de tu mujer no se enfade?
—Sí, pero he avisado a Vittoria de que iría un poco más tarde. Le he dicho que un amigo me necesitaba… Nada que ver con mafias.
—Ya… claro… nada que ver. —Sonrío sin gracia.
—Para mí eres algo más que el Regente, Marcus…
Me muerdo el labio para no decir ninguna estupidez depresiva.
—¿Quieres saber cómo está Emily? —dice, de pronto, mirándome con cuidado—. Sé que te morirías antes de suplicarme información sobre ella… y sabes que la veo a diario.
Levanto una ceja. ¿Tan transparente soy?
—¿Cómo está? —pregunto haciendo de tripas corazón.
—Triste —responde sin rodeos—. Pero más eficiente que nunca.
Gold observa mi reacción unos segundos más de la cuenta.

—He pensado que podríamos… no sé… Hacer algo juntos White Industries y Gold Group. Que las empresas coincidan en algún proyecto y así podáis veros sin que parezca una emboscada…
—No. —Niego.
—Marcus…
—No está en mis planes reconquistarla —digo con firmeza.
—¿Por qué no? —pregunta molesto.
—Solo la pondría en peligro. Y la haría infeliz. Ella necesita otro tipo de persona. Otra vida. Yo… soy como soy.
—¿De verdad eres así? —dice apoyándose en la encimera.
—Sí. Del todo. Estoy vacío por dentro. Desde siempre…
—Te conozco desde hace poco, pero… —dice señalando la comida—. Hace un minuto no te gustaba la comida tailandesa, y ahora babeas por más como un perro.
—Eso no significa nada.
—Significa que quizá no te conoces tanto a ti mismo como crees —replica—. O que nunca te has dado la oportunidad de descubrirlo.
Me mira con una seriedad inesperada.
—Podrías tener otra vida, Marcus…
No respondo.
Me limito a comer, sentado en el taburete de la isla, disfrutando de un silencio que ya no se siente tan solitario.
Puede que Gold esté aquí porque crea que me debe la vida, pero no es consciente de hasta que punto yo le debo la mía.
Jamás había tenido un amigo como él. Ya tiene demasiados problemas como para perder el tiempo conmigo. Pero aquí está. Haciendo de que yo no coma, uno más de sus problemas…
Me invade una sensación extraña en la cara. Juraría que son ganas de llorar, pero eso es imposible para una persona sin alma.

CAPÍTULO 5



La mansión Rossetti es tan lujosa que, para mi sorpresa, me siento como en casa.
Soy un hombre sencillo, pero de gustos caros. Me gusta el buen café, las sábanas egipcias y que las cosas funcionen sin hacer ruido.
Lo que no esperaba es que la casa viniera con una supervisora en la sombra. La madre de Vittoria no aparece mucho, pero cuando lo hace, es como si alguien hubiera encendido una cámara invisible.
No habla más de lo necesario, solo observa. Siempre lo observa todo. Y tengo la sensación de que aquí no pasa nada sin que ella lo sepa.
El primer día me sentaron en el salón para hacerme una entrevista personal completa. Querían saberlo todo sobre mí: qué champú usaba, si prefería dormir con la ventana abierta, qué tipo de pan quería para desayunar o si tenía alguna alergia alimentaria.

Y no voy a mentir, tanta atención me gustó.
También convencí a Vittoria para reubicar a la mitad del servicio por pura supervivencia. Me gusta que la ropa aparezca limpia y planchada en el armario como por arte de magia, y que la casa huela bien todo el tiempo, pero no me gusta sentirme observado mientras como o veo la televisión. Así es imposible relajarse.
La única pega que le pongo a mi nuevo hogar es la maldita cafetera que aún no domino del todo. La jodida es más inteligente que yo.
—No funciona así —dijo Vittoria a mi espalda el primer día.
Me volví despacio y la descubrí vestida con ropa casual.
Llevaba el pelo cuidadosamente recogido y un maquillaje suave. Era una versión de sí misma que no parecía diseñada para matar ni manipular a nadie. Y eso me inquietó más que cualquier camisón provocativo.
—¿Y cómo coño funciona? —mascullé de mala gana.
Cuando se acercó, una ráfaga de su perfume inundó mis fosas nasales. Me pregunté cuál sería para regalárselo a mi madre en Navidad, y luego me acordé de que estaba muerta…
—¿Lo has pillado? —preguntó mirándome muy de cerca. Sus ojos oscuros eran tan penetrantes que contesté que sí por inercia.
—Tienes zumos, bollos y fruta recién cortada en el comedor —añadió.
—Gracias, pero siempre desayuno de pie, en la cocina. Leyendo el periódico.
—Eso no se lo dijiste al servicio.
—Tampoco les dije que sus uniformes me parecen horrendos.
—No tienes por qué ser así…
—Claro que sí —repliqué—. La sinceridad es mi principal virtud.
—Eso lo heredaste de tu madre —intervino una voz desde la puerta.
Me giré y vi que la madre de Vittoria estaba apoyada en el marco, observándonos como si esto fuera una prueba de resistencia psicológica.
«Genial. Me encanta vivir con público».
Se marchó poco después, mientras Vittoria se hacía un café y me observaba como si estuviera intentando resolver un cubo de Rubik.
—Quiero que esto funcione, David… —dijo con voz queda.
—¿El qué?

—Nuestro matrimonio.
Solté una risita irónica.
—Funcionará si no te cruzas demasiado en mi camino… —dije saliendo de la cocina.
Cada día Vittoria intentaba coincidir conmigo en el desayuno para hablar un poco, porque yo volvía tarde del trabajo. Pero mi instinto me obligaba a huir de ella y de sus intentos de parecer inofensiva.
El cuarto día me bloqueó el paso antes de poder salir de la cocina.
Levanté la vista y ahí estaba, la auténtica Vittoria. La que no sabe no salirse con la suya.
—Estoy poniendo todo de mi parte —dijo casi enfadada—. Te he ofrecido un despacho propio, el gimnasio, e incluso he cambiado al personal de la noche porque te asustaban.
—Eran jodidamente inquietantes —aclaré—. Casi me matan del susto en una de mis incursiones nocturnas a la cocina. Pero bueno, me hubiera dado más miedo encontrarte a ti con un salto de cama…
Me lanzó una mirada asesina.
—¿Puedes dejar de hacer bromas?
—No. El día que deje de hacerlas, me derrumbaré.
Nos miramos a los ojos y Vittoria apretó los labios.
—No soy tu enemiga, David.
—No me tutees… Me hace pensar que vas a pedirme algo raro.
Eso la hizo fruncir el ceño.
—¿Y cómo quieres que te llame?
—De ninguna forma. Tú haz tu vida y yo haré la mía.
Me dispuse a irme y me agarró del brazo con fuerza.
—Este no era el trato. Esto no va a funcionar si no nos llevamos bien.
—Es que no nos llevamos. —Me solté de ella rudo.
—¡¿Y de quién es la culpa?! —explotó furiosa—. ¿Sabes lo humillante que es intentar llevarse bien con alguien que te mira como si fueras una amenaza constante?
La miré indolente.
—¿Sabes lo humillante que es despertarse cada mañana al lado de la persona que me utilizó para perder la virginidad a riesgo de que me mataran?
Se queda helada.

—No fue así…
—¡Fue exactamente así! —dije alzando la voz—. Y ahora eres amable y esperas que yo te agradezca el esfuerzo. Pero las cosas no funcionan así, princesa. Lo hecho, hecho está.
Su mirada se encendió.
—¡Estoy haciendo lo que puedo para que lo olvides! ¡Pero eres imposible!
—¿Qué esperabas? Mi primera impresión sobre ti no es fácil de borrar. Te pasaste tres pueblos dejándome atado a la cama. ¿Quién hace eso? Solo una sociópata de manual.
Vittoria retrocedió un paso.
—Estás siendo muy injusto… —dijo llorosa—. ¡Estaba asustada!
—Quizá sea cierto —admití—. Pero dime una cosa. ¿Ahora estás siendo amable porque quieres… o porque necesitas manipularme de cara a la primera asamblea con la mafia?
No respondió. Y eso fue respuesta suficiente para mí.
—Mira —añadí, más cansado que enfadado—. Podemos fingir delante del personal. Podemos desayunar juntos. Podemos incluso discutir como un matrimonio normal. Pero no intentes venderme tu cercanía como si fuera real, porque no cuela. No soy tan idiota como crees…
Me lanzó una mirada dolida que casi me creí.
—¿Vas a castigarme eternamente por aquello? —musitó.
La observé detenidamente. Y no debería haberlo hecho. Porque había algo en ella que me impedía odiarla del todo. No sabía lo que era. Quizá esa historia de abusos que nos contó sobre su padre y su tío. Pero tampoco me fiaba de que fuera cierta.
—Solo pretendo sobrevivir a esto —dije simplemente—. Y no lo haré si dejo que vuelvas a engañarme.
Juraría que se le humedecieron los ojos. Pero parpadeó con rabia para disimularlo.
—Estás muy equivocado, Gold. No sabes nada de mí.
—Ni quiero saberlo —sentencié seco.
Ella resopló enfadada y se fue diciendo:
—Cuando decidas dejar de tratarme como a una enemiga, avísame.
—Y cuando tú decidas hablarme sin estrategias, quizá te escuche —repliqué hosco.

Se detuvo un segundo y me miró afligida.
—No soy una mala persona, ¿sabes?
La frase me golpeó porque es algo que me negaba a creer, pero algo dentro de mí intuía que era cierto.
—Pues quizá yo no lo sea lo suficiente como para perdonarte…
Se fue cabizbaja y me quedé solo en la cocina, mirando un desayuno perfecto que no pensaba tocar.
Esa fue la primera vez que pensé «¿y si me estoy pasando?».
La idea me incomodó, pero la eché de mi mente de una patada. No podía dejar que esa mujer me afectara.
Pronto me di cuenta de que eso sería imposible, porque…
Vivo con ella. Duermo con ella. Y las noches, a pesar de que nuestra cama es tan grande que podría tener código postal propio, se hacen interminables sabiendo que descansa a mi lado medio en pelotas…
Para más inri, en algún lugar de la casa, su madre también está despierta. No la oigo ni la veo, pero la siento. Y es jodidamente siniestro…
Cada encuentro doméstico con mi joven esposa, cruzándonos en alguno de los rincones de la casa, es como una pequeña trampa.
Una tarde la vi sin querer desde la galería superior de la biblioteca. Estaba descalza, sentada en el suelo, concentrada en leer algo, sin darse cuenta de que yo la estaba mirando. No hizo nada. Ni un gesto calculado. Ni una sonrisa. Y aun así, mi cuerpo reaccionó a ella como si hubiera pulsado un botón que habría jurado que estaba desactivado.
Lo que me cabrea no es que me atraiga, es cuándo lo hace.
Porque cuando ella intenta llamar mi atención, con esos numeritos infantiles que claramente ha ensayado frente al espejo, lo detecto a kilómetros y me cierro en banda. Como aquella vez que salió del baño envuelta en una toalla minúscula, el pelo chorreando y esa mirada de inocencia fingida que me dio la risa.
—Buen intento —dije sin piedad—. Pero deberías saber que tu piel desnuda me provoca pesadillas.
El portazo que dio a continuación resonó como una declaración de guerra.
Ahí no sentí nada. Solo una cruel satisfacción.

El problema viene cuando baja la guardia y no está actuando. Como el día que la vi en la piscina climatizada de la casa… Sí, hay una piscina en la que se pueden hacer largos cortos.
Yo pasaba por allí por pura casualidad y la vi salir del agua con el cabello goteando y la piel húmeda brillando bajo las luces tenues, ajena por completo a mi presencia. Sin poses. Sin estrategias. Solo ella existiendo… De pronto, se agachó para recoger la toalla del suelo, murmurando una queja absurda en italiano, y ahí… sí tuve que apartar la vista, furioso conmigo mismo, al entender que no me era para nada indiferente.
Y eso, en este matrimonio, es un problema muy serio.
La oficina es el único lugar donde me siento seguro.
Aquí lo peor del día será otra reunión con gente que sonríe normal, no como si hubiera aprendido a hacerlo mirando cadáveres.
Localizo a Emily en su mesa. Y eso, en sí mismo, ya suele tranquilizarme. Pero hoy no lo hace. Y no sé por qué. Creo que Marcus, a pesar de ser el malo de la historia, me da pena. No puedo evitarlo cuando veo que alguien ha perdido la esperanza de vivir.
Emily está sentada muy recta, con el portátil abierto y las manos perfectamente colocadas sobre el teclado, pero tiene mala cara. La cara de alguien que ha dormido mal, comido peor y lleva un par de semanas fingiendo que todo va bien porque es lo único que sabe hacer cuando se le cae el mundo encima.
—Buenos días… —digo despacio, apoyándome en el marco de su despacho.
Ella levanta la vista e intenta sonreír. Pero no le sale bien.
—Buenos días, David…
—Tienes la misma mala cara que Marcus —suelto a bocajarro.
Emily baja la mirada.
—No quiero hablar de él.
—Lo sé, me lo repites cada día, pero me da pena veros tan mal.
Entro en su despacho y cierro la puerta tras de mí. Ya hemos superado la fase de invadir la intimidad. Esa es mi especialidad. Y con Emily sucedió de forma natural cuando la pillé el primer día llorando en el baño y tuve que abrazarla. Ella me dejó hacerlo porque sentía que la comprendía demasiado bien.

—No empieces… Estoy cansada, nada más.
—Anoche tuve que ir a dar de comer a Marcus a su casa —digo como quien no quiere la cosa—. El idiota se alimenta de café y culpa. Y eso no es una dieta equilibrada para nadie.
Emily parpadea y noto que sus murallas se quiebran un poco.
—Eso es muy amable por tu parte. Pero ya es mayorcito…
—Odio que estéis separados y empeñados en demostrar que sois autosuficientes cuando claramente no lo sois.
Ella suspira y se pasa una mano por la frente.
—David, de verdad… estoy bien.
—No lo estás —digo con suavidad—. Y no pasa nada por admitirlo.
Se levanta de la silla para huir de la verdad y su cuerpo se tropieza hacia delante como si ya no pudiera sostenerla.
—¡Emily…!
No llega al suelo porque la agarro a tiempo. Cae contra mi hombro como un peso muerto, frágil, caliente e inconsciente.
—Joder… —murmuro apurado.
La cojo en brazos sin pensarlo, como si fuera lo más normal del mundo, y salgo del despacho.
—Tranquila —susurro, aunque no sé si puede oírme—. Te tengo.
Camino a paso rápido, ignorando miradas y preguntas, e incluso a un tipo que intenta decirme algo sobre una reunión.
—Canceladlo todo —ordeno seco—. Y llamad a una ambulancia. La quiero en la puerta en menos de cinco minutos.
Al oírme, Emily empieza a reaccionar, pero está pálida y sudorosa.
—David, no… —musita—. No hagas una escena… Estoy bien.
—Cariño —respondo dándole al botón del ascensor—, cuando alguien se desmaya en mi oficina, no es una escena, es una urgencia.
Ella intenta protestar, pero le pesan los ojos.
—Cancela la ambulancia, por favor —suplica—. No quiero llamar la atención. Seguro que alguien lo fotografía todo y luego…
Me mira preocupada, arrugando mi traje. Y me relajo un poco porque vuelve a estar consciente. Pero sé que, si le pasara algo bajo mi supervisión, Marcus me mataría en el acto.
—Por favor… —susurra con los ojos brillantes—. No quiero que nadie se entere de esto.

Cumplo sus deseos de anular la ambulancia, pero insisto en llevarla al hospital en mi propio coche.
Cuando salimos a la calle desde el sótano y la observo con más luz, veo que vuelve a tener los ojos cerrados.
—¿Emily…?
Que no responda me pone los nervios de punta.
Conduzco más rápido de lo que debería, con el corazón golpeándome las costillas y la certeza de que esto no es solo cansancio.
Dejo mi McLaren tirado en la puerta de Urgencias y entro como un vendaval. Un médico la inspecciona a toda velocidad y me pregunta con toda la naturalidad del mundo:
—¿Existe la posibilidad de que esté embarazada?
El aire se me queda atascado en los pulmones, porque no tengo ni idea de qué responder a eso.
Y porque, de pronto, sé exactamente a quién tengo que llamar.
Y esta vez… no va a poder fingir que no tiene alma.

CAPÍTULO 6



EMILY

Estoy tumbada en una camilla, mirando un punto fijo del techo como si ahí estuvieran las respuestas a todas las preguntas que no me atrevo a formular en voz alta.

Tengo la mano en el vientre por puro instinto. Un gesto inconsciente que protege algo que no debería existir.

—¿Emily? —dice una enfermera—. Vamos a hacerte más pruebas, ¿de acuerdo?

Asiento sin discutir. No tengo fuerzas para nada que no sea obedecer.

Cuando se va, el silencio vuelve a caer sobre mí como una losa.

David se ha ido a por un café. Me lo ha repetido tres veces antes de marcharse, como si temiera que en cuanto se diera la vuelta yo fuera a desaparecer.

«Vuelvo enseguida, ¿vale? No te muevas. No hagas heroicidades. Y no discutas con nadie».

Sonrío al recordarlo. A Gold se le da bien quitarle hierro a situaciones dramáticas. Demasiada experiencia, me temo.
Cierro los ojos y dejo que el miedo me alcance de verdad.
«¿Y si lo he perdido?».
La pregunta aparece nítida, brutal y sin anestesia.
«¿Tan malo sería?». Señala una voz dentro de mí.
La respuesta llega cuando aprieto los labios para no llorar, porque eso sería aceptar que ya había empezado a quererlo.
De pronto, la puerta se abre y aparto la vista enseguida, asumiendo que es David, que vuelve con un café horrible y alguna broma absurda para hacerme reír.
—Emily… —Oigo bajito. Pero esa voz no es la suya. Es más grave. Más contenida. Más peligrosa…
Se me eriza la piel antes incluso de mirarlo. ¡Marcus!
Abro los ojos despacio y lo veo de pie, petrificado, con el abrigo aún puesto y un rictus tallado en piedra a base de noches sin dormir.
Nos miramos como si no nos reconociéramos en los despojos que somos ahora mismo.
—¿Qué haces aquí? —pregunto, aunque la pregunta correcta sería «¿por qué coño sigues teniendo este efecto sobre mí? *».*
—Gold me ha llamado —responde—. Pero no me ha dado muchos detalles… ¿Estás bien?
¡MALDITO GOLD! Claro que no ha dado detalles. Es de los que prefiere que las bombas exploten delante de tus narices.
Marcus da un paso hacia la camilla, pero se detiene, como si no supiera si tiene derecho a acercarse.
—¿Qué te ha pasado?
—Me he desmayado —digo contrita—. Pero estoy bien. No tenía que haberte llamado. Y tú no tenías que haber venido.
—Emily…
—No quiero discutir, Marcus. Por favor, vete…
El silencio entre nosotros está cargado de todo lo que nos dijimos en la boda. Y de todo lo que eligió y lo que yo esperé que eligiera.
Marcus se toca la nuca. Un gesto que conozco demasiado bien.
—He venido porque cuando lo he sabido me he asustado…

La grieta por la que nuestra historia quiere volver a colarse me hace un guiño, pero va a ser que no.
—No tienes por qué —digo, bajando la mirada—. Ya no soy tu responsabilidad.
—Nunca dejarás de serlo.
Alzo la vista, furiosa y rota al mismo tiempo.
—Elegiste el club —le recuerdo—. Elegiste ese mundo aunque eso implicara perderme.
—Elegí evitar que muriera gente —dice con firmeza.
—Y yo elegí no formar parte de eso —replico con dureza.
Nos miramos como dos personas que se conocen demasiado bien para mentirse.
Marcus se acerca un poco más a mí.
—¿Qué te han dicho los médicos?
—Todavía nada. —Trago saliva—. Me están haciendo pruebas.
—¿Por qué tantas pruebas?
No contesto. No tiene derecho. ¿O sí?
La verdad es que me da igual.
Mi mano vuelve al vientre antes de que pueda impedirlo y Marcus se fija en el gesto. Siempre se fija en todo, el cabrón.
Noto cómo su respiración se corta elucubrando posibilidades.
—Emily… —dice muy despacio—. ¿Hay algo que deba saber?
—No —digo reacia a compartirlo.
La puerta se abre de nuevo y entra un médico con una carpeta en la mano y esa expresión profesional que intenta ser neutra, pero nunca lo es del todo cuando hay una vida implicada.
Mira la camilla. A mí. Y después a Marcus.
—¿Es usted el padre? —pregunta con naturalidad.
El mundo se detiene y siento cómo la sangre abandona mi cara en una oleada lenta que me deja helada.
—No —respondo rápido.
Marcus no dice nada. Creo que no puede en su estado catatónico.
El médico parpadea, incómodo.
—Lo siento. Pensé que…
—Tranquilo —digo en voz baja—. No hay padre.
El silencio se vuelve insoportable.

Marcus me mira recubierto de hielo, como si tuviera miedo de moverse y explotar en mil estalactitas afiladas.
—Sea como sea, los resultados son claros —dice el médico—. El bebé está bien. No hay signos de aborto ni de complicaciones graves. El desmayo se debe al estrés y a un bajón de tensión. Tiene que cuidarse más, señorita…
La palabra «bebé» explota en la habitación como una granada con metralla. De esas con heridas internas aseguradas.
—¿Estás embarazada? —musita Marcus en un hilo de voz.
Me mira como si acabara de descubrir que el suelo no existe.
Yo no contesto. Porque no puedo mentir. Y la verdad duele demasiado.
—Marcus, yo… —empiezo.
—¡Estás embarazada! —me acusa formalmente.
—Sí.
La confirmación cae definitiva e irreversible.
El médico se da cuenta de que ha entrado en una guerra privada.
—Perdón… —murmura, mirando hacia la puerta, claramente deseando estar en cualquier otro lugar—. Veo que necesitan privacidad…
—¡¿Desde cuándo lo sabes?! —pregunta Marcus, ignorando por completo la huida del doctor.
—Eso no importa…
—¡Claro que importa! —vocea—. ¡¿Desde cuándo, Emily?!
Cierro los ojos un segundo porque no soporto su rabia, tenga razón o no. Esto es un hospital y yo soy vulnerable. Alzo una plegaria para que Gold vuelva pronto y lo frene.
La puerta se cierra del todo y nos quedamos solos con la verdad.
Marcus se pasa las manos por la cara.
—¿Es que no pensabas decírmelo? —pregunta dolido.
Lo miro de frente.
—¿Para qué? ¿Para que no nos eligieras otra vez?
Marcus parece herido de muerte. Y me veo obligada a decir:
—Todavía no había decidido si iba a tenerlo o no…
Marcus me observa como si intentara reconstruirse pieza a pieza.
—¿Ibas a escondérmelo si decidías que no?

—No lo sé… —digo con la voz rota—. No sabía qué hacer.
—Genial, Emily… Muy maduro por tu parte.
—No quería que tuvieras otra responsabilidad con la que cargar.
—¡Un hijo estaría por delante de todas! —rebate furioso.
—Tú no puedes permitirte ser padre, Marcus —digo con una lucidez que me atraviesa—. Tu mundo no es seguro. Y yo no voy a criar a un hijo entre cadáveres, secretos y miedo. Ya tuve suficiente con estar enamorada de ti…
En sus ojos muere una emoción al analizar el tiempo verbal. Pasado. Ya no. Un matiz letal.
Nos miramos como dos personas que se amaron tanto como se rompieron. Y por suerte, la puerta se abre de nuevo.
—Vale, malas noticias —dice Gold con su voz chistosa, ajeno al contexto—. El café es horrible. Literalmente criminal. He pensado en denunciarlo, pero ahora estoy en modo «vive y dejar vivir».
Levanta la vista y se queda congelado al ver a Marcus plantado junto a mi cama como una estatua griega a punto de romperse.
—Uy… —balbucea—. Veo que la fiesta ha empezado sin mí.
Los ojos de Marcus se clavan en Gold con rencor.
—¿Tú lo sabías? —espeta agresivo.
Gold alza ambos cafés como si fueran banderas blancas.
—Yo solo traigo bebidas calientes.
Camina hasta mí primero y me ofrece uno de los vasos.
—No te lo bebas —me advierte en voz baja—. Pero sujétalo para aparentar normalidad.
Obedezco porque no es mala idea. David nota que estoy incómoda y se gira hacia Marcus.
—White… Me alegra verte, en serio, pero creo que ahora mismo Emily necesita descansar…
Marcus achica los ojos.
—¿Te crees su nuevo guardaespaldas?
—¿Me contratas Emily? —Me mira suplicante—. Sé dar palizas a quien se las merece…
—Por favor, sí —gimo.
—Ya la has oído, White. Vete. Ahora.
—Quiero quedarme. También es hijo mío —masculla Marcus.

La cara de Gold es un poema. Noto cómo mira hacia mi tripa y no me molesto en confirmárselo. Solo rezo para que esto termine.
—Como he dicho… —insiste Gold mirando a Marcus con los ojos muy abiertos, como si quisiera mandarle un mensaje—. Emily necesita descansar. Y tú… necesitas salir de esta habitación antes de decir algo de lo que puedas arrepentirte, amigo.
Marcus aprieta la mandíbula.
—¿Me has llamado solo para poder echarme?
—No, te he llamado porque he creído que, aunque seas el imbécil que la perdió, te importaría saber que se había desmayado.
—¡Claro que me importa!
—Pues déjala descansar… ¿No ves cómo está?
Marcus me observa y se resiente. Sé que quiere gritar.
—Esto no ha terminado… —musita, mirándome—. No puedes dejarme fuera de esto.
—¿A que no sienta bien que te dejen al margen de lo importante? —digo belicosa. Pero si no lo hago reviento.
—¡Emily…! ¡No tienes derecho…!
—Claro que lo tengo. Y si insistes en quedarte cerca, seguro que no lo tendré —amenazo seria.
Me arrepiento en cuanto lo digo. Sobre todo por la cara que pone. Siento que acabo de arrancarle el corazón de cuajo con ese chantaje.
Gold empuja a Marcus hacia la puerta con suavidad.
—Venga, tío… —dice, amable pero firme—. Te acompaño antes de que el personal sanitario empiece a mirarnos mal o nos denuncien por pensar que intentamos rodar una telenovela aquí.
Marcus duda, pero al final se deja arrastrar por él.
—Tenemos que hablar… —dice en voz baja—. Nos lo debemos, Emily… Esto no es justo, y lo sabes.
No respondo.
Gold le pone una mano en el hombro y salen al pasillo.
—Gracias por venir —oigo que le dice—. Ahora déjame hacer de adulto responsable un rato. Luego te llamo, ¿vale? Tranquilízate.
Gold vuelve a la habitación y cierra la puerta con cuidado.
—Joder, Emily… —murmura—. He llegado tarde a muchas cosas en mi vida, pero esta se lleva el premio gordo.

—En realidad has llegado justo a tiempo —sonrío débil.
Se acerca a la camilla y me mira con una comprensión entrañable.
—¿Estás bien…?
Niego con la cabeza y los ojos se me llenan de lágrimas.
—Vale. —Asiente—. Entonces, por una vez, estoy exactamente donde debo estar. Ven aquí. —Me abraza.
—Siento que tengas que cargar conmigo… —sollozo.
—De eso nada —niega él—. No lo sientas. Lo hago encantado.
—Ava no está y no quiero avisar a mis padres ni a nadie que no sepa de lo que acabo de salir… En ese sentido tú eres la víctima perfecta. Lo siento.
—No te preocupes. Yo siempre soy la víctima perfecta para todo —bromea. Y conseguir que sonría aunque llore, hace que todo merezca la pena.

CAPÍTULO 7



VITTORIA

Vivir con David Gold es como intentar domesticar a un animal que todavía no ha decidido si es un perro o un gato.
No muerde, no ataca, pero tampoco viene cuando lo llamas.
La convivencia debería ser sencilla. Somos dos adultos funcionales compartiendo una cama obscenamente grande, fingiendo estabilidad matrimonial mientras varias organizaciones criminales deciden si debemos ser borrados del mapa o no.
Nada extraordinario.
Pero la realidad es muy distinta.
Gold no actúa como el cabecilla de una estructura mafiosa con tendencias homicidas, más bien parece un ejecutivo suizo revisando informes financieros para un fondo de inversión ético.
Lo hace todo con una calma insultante.
Y se trajo a mi casa más cosas para el baño de las que necesitaría cualquier hetero.
Cada mañana ofrece la misma imagen. Un café en su punto, el traje impecable, la espalda recta… Lo estudio desde el otro extremo de la mesa de la cocina como si fuera un experimento sociológico.
—Tienes que cambiar tu postura —le digo sin poder evitarlo.
Él no levanta la mirada del periódico.
—¿Qué le pasa a mi postura?
—Que no es muy de jefe de la mafia… Es de ejecutivo amable que no inspira miedo.
—No busco inspirarlo.
—Pues deberías. Mañana es la reunión con la cúpula…
—Lo sé.
—Y no puedes entrar con cara de «¿a alguien le apetece un café?».
Por fin levanta la vista.
—¿Y qué quieres que haga, que entre con cara de cagar cadenas?
Lo odio. Porque es muy consciente de a lo que me refiero. Y aun así me lo rebate.
—David —digo, inclinándome hacia delante—, mañana no puedes parecer un hombre razonable. Tienes que parecer peligroso.
Me sostiene la mirada.
—No hay problema. Soy peligroso.

—No lo pareces.
—Eso es precisamente lo peligroso… —Me mira fijamente.
Me quedo en silencio porque, muy a mi pesar, esa respuesta es buena. Tiene un aura cómica, pero si se pone serio, impone respeto.
—Sea como sea, hay que preparar la reunión para que salga bien —insisto. Me da igual que se note que este tema me interesa. Estoy acostumbrada a querer cosas e ir a por ellas. Algunas con palabras. Otras con un cuchillo en la mano. Y todavía no sé en cuál de las dos categorías está él.
—Mi plan es escuchar y asentir con cara de líder carismático.
—Eso no bastará. Quedamos en que te instruiría.
—No recuerdo haber firmado ese contrato…
—Te casaste conmigo —digo tajante—. Es lo mismo.
Eso consigue que me mire de nuevo.
—No me lo recuerdes… A ver, dime qué tengo que hacer.
—Para empezar no puedes entrar ahí pareciendo accesible.
—Ayer te quejabas justo de lo contrario —dice suspicaz.
—Bueno…, conmigo no lo eres, pero de primeras siempre lo eres, no lo niegues. Y si quieres sobrevivir, tienes que seguir ciertas pautas.
—Vale. Ilumíname. ¿Cuáles son esas pautas?
Empiezo a andar despacio frente a él. Cojo uno de los cuchillos de la encimera y lo hago girar entre los dedos sin pensar.
No es un gesto calculado. Es costumbre. Él me observa, pero no dice nada.
—Primero: no hables si no te preguntan. Deja que hablen ellos. Que compitan. Que se midan.
—Eso ya lo había pensado.
—Segundo: no mires al que habla, mira al que calla. Al que no le mira. Ese suele ser el que lo ha decidido todo. El otro es un mero portavoz.
Gold entrecierra los ojos interesado.
—¿Y el que sonríe qué es? Porque siempre hay alguien que sonríe sin que nadie haya contado un jodido chiste…
—Esos no son de fiar.
—Eso pensaba. Sigue.

—Cuando alguien te provoque, porque lo harán, no respondas con tu clásica ironía.
—Pues eso me deja sin opciones.
—Responde con silencio. Es más efectivo. El silencio hace que la gente recuerde cosas que ha hecho mal. Y en esa sala nadie se libra.
—¿Cuánto silencio?
—Hasta que el otro dude de lo que acaba de decir.
—¿Y si no duda?
—Entonces dudas tú en voz alta. Porque no se puede confiar en un líder perfecto.
Me observa unos segundos como si valorara mis comentarios.
—¿Tú confías en mí, Vittoria?
La pregunta me pilla totalmente desprevenida. Confianza… Qué palabra tan absurda en nuestro mundo.
—Confío en que no eres idiota —respondo al final—. Y eso, ahora mismo, es suficiente. —Decido retomar el control—. Si hablas de los albaneses, no uses la palabra «venganza».
—¿Por qué no?
—Habla de «equilibrio». De «enviar un mensaje». De «justicia». Y si alguien te reta, lo miras fijamente tres segundos, sin parpadear.
—Mejor cuatro —corrige—. Da más miedo.
No puedo evitar media sonrisa.
—Aprendes rápido.
—Siempre lo he hecho.
Nos mantenemos la mirada con algo parecido al respeto.
—Pero lo más importante es que formemos un frente unido…
—¿Ahora es cuando sugieres que nos besemos delante de ellos? Porque eso no lo haría ni aunque nuestro matrimonio fuera real.
—¡No! No hace falta que me beses. Solo… encuentra el modo de que crean que te importo.
—¿Eso es todo? —dice levantándose para irse.
—Supongo… Pero, ¿no quieres repasar posibles escenarios?
—No —murmura de espaldas.
Se detiene en la puerta y se gira.
—Mañana haré lo que mejor sé hacer.
—¿Y qué es?

—Escuchar. Después de ciertos… acontecimientos sonoros recientes… me siento especialmente entrenado para ello.
—Eres tan infantil —mascullo furiosa ante su sonrisa socarrona.
—Lo que tú digas, pedorra. Hasta la noche…
Se va disimulando una risita y la sangre me hierve.
—¡Te dije lo que pasaría si volvías a mencionarlo! —grito enfadada.
Gold desaparece y aprieto los puños iracunda.
Anoche mi cuerpo me traicionó en el peor momento posible. ¡Estando los dos en la cama!
No fue culpa mía. Sin duda, ese es el momento más tenso del día.
¡Él duerme sin camiseta! ¡Como si no pasara nada! Como si su abdomen perfecto no fuera una provocación que dilatara todos mis músculos contra mi voluntad.
—¿Tienes que dormir sin camiseta o es que te hace ilusión exhibir tu tableta de chocolate? —dije molesta, apagando la lámpara con un gesto seco.
Hubo un silencio breve.
—¿Y tú, tienes que dormir con encaje o es para sentirte más sexi incluso estando inconsciente? —respondió con inquina.
Giré la cabeza hacia él.
—Deja ya de pensar que estoy intentando seducirte. No todo gira en torno a ti, David.
—Eso me tranquiliza muchísimo. ¿Pero quién duerme con eso?
—¡El encaje es cómodo! —resoplo.
—Claro. Y mis abdominales son terapéuticos…
Hubo otro silencio en el que nuestras respiraciones se volvieron más pesadas. Porque, maldita sea, el aire entre nosotros parecía tener densidad. Es como si nuestros cuerpos, desnudos, jóvenes y anhelantes, se atrajeran sin remedio. Como si recordaran que se habían rozado anteriormente. Era una sensación casi paranormal.
Nos giramos casi al mismo tiempo, en la penumbra, escudándonos en el enfado contenido pero muy conscientes de que nuestras bocas estaban demasiado cerca.
—¡Solo admite que ese modelito es para provocarme! —dijo él.
—¡Y tú admite que duermes sin camiseta por lo mismo!
—Yo solo intento dormir.

—Semidesnudo.
—Cómodo.
—Exhibicionista.
—Mira quién fue a hablar… todo el día con esas mallas que te marcan hasta lo depilada que vas…
La tensión subió e intenté relajarme. Quizá demasiado… Porque de repente… se escuchó un sonido, corto, traicionero y definitivamente humano.
Me quedé congelada muriéndome de vergüenza y él también. Pero al momento, sentí una vibración extraña al lado. Era su pecho desembocando en una risa real, incontrolable y preciosa.
—¿Acabas de…? No puede ser —dijo entre carcajadas.
—¡Cállate!
—¡La gran estratega de la seducción derrotada por la biología! —Se carcajeo.
—¡Ha sido la cama!
—Sí, claro, la cama… ¡Ha sido tu precioso culito!
Intenté mantener la compostura y recordarme a mí misma que era una mujer educada para la guerra, no para el apuro doméstico.
Duré seis segundos y luego me eché a reír. Lo cual todavía me enfureció más.
—Te aseguro que esto no estaba en mi plan de seducción...
—Entonces, tenías uno. ¡Lo sabía! —me acusó satisfecho.
—Eres insoportable cuando te pones así… —mascullé enfadada.
—Y tú eres humana. Bienvenida al club.
Me tapé hasta la barbilla.
—Será mejor que olvidemos que esto ha pasado… —gemí.
—Imposible. Ha sido el momento más honesto de nuestro matrimonio.
—Si vuelves a mencionarlo, te mataré cuando menos te lo esperes...
—¿Antes o después del desayuno?
—Después. Tampoco soy un monstruo.
Volvió a reír y su risa atravesó la oscuridad con una calidez cercana que me hizo sonreír a mí también.
Y descubrir que me eso me gustaba, me inquietó más que el humillante episodio que acababa de protagonizar.

Porque reírte con alguien es mucho más peligroso que apuntarle con un arma.

CAPÍTULO 8



NICK

El hotel al que hemos ido a parar es demasiado silencioso.
Y no es ese silencio agradable de un sitio caro donde todo funciona bien, sino el silencio incómodo de los lugares donde la gente se refugia después de que algo haya salido muy mal.

La suite es enorme, pero aun así parece pequeña con tres personas dentro que intentan fingir que todo está bien.
Ava está junto a la ventana. Nueva York se extiende bajo nosotros demostrándonos que la vida continúa a pesar de todo. Hay coches, claxon, luces y gente viviendo su vida.
A nadie le importa que anoche intentaran matarnos.
Megan está durmiendo en el sofá, envuelta en una manta.
La miro un segundo más de la cuenta.
—¿Se ha dormido?
—Sí —responde Ava sin dejar de acariciarla.
Su voz es tranquila. Demasiado. Eso nunca es buena señal.
Me acerco despacio a ella.
—¿Estás bien?
Ava suelta una pequeña risita que no tiene nada de humor.
—¿Tú qué crees?
No respondo porque los dos sabemos la respuesta.
La casa en llamas. El rescate. El caos. Y Megan en medio.
Ava me mira por fin. Tiene los ojos cansados, pero no está enfadada. Está pensativa, que es peor.
—Nick… tenemos que hablar.
Asiento porque llevo todo el día esperando este momento. El momento en que me dice que va a abandonarme porque no se siente a salvo conmigo.
—Dime…
Ella se acomoda a mi lado, frotándose las manos como si estuviera ordenando sus ideas.
—No quiero discutir contigo.
—Es un alivio —digo—. Porque yo tampoco.
Ava casi sonríe. Pero enseguida vuelve a ponerse seria.
—Pero es evidente que no podemos vivir así.
La frase cae entre nosotros con una claridad brutal.
Miro alrededor. El hotel. Las maletas, abiertas en el suelo, con lo poco que pudimos recuperar del atentado. Las compras básicas que tuvimos que hacer para lavarnos los dientes…
Somos putos refugiados. Esa es la verdad.
—Es temporal —digo para intentar calmar los ánimos.

Ella asiente despacio.
—Ya, pero no podemos vivir en hoteles de por vida.
—Claro que no.
—¿Entonces qué vamos a hacer? ¿Cuál es el plan?
Se hace un silencio porque no lo sé. Lo he pensado mucho, pero ningún plan me parece aceptable si pone en peligro a Megan otra vez.
La niña se remueve un poco en el sofá, pero sigue dormida.
—Anoche me di cuenta de algo —dice Ava en voz baja.
Trago saliva.
—¿De qué?
—De que no voy a sentirme segura en ninguna parte.
No lo dice acusándome. Lo dice como un hecho. Pero falta una matización.
—No a mi lado —completo con pena.
—Contigo sí —replica ella—. Pero no en este momento. No hasta que todo se solucione…
Me paso una mano por la cara.
—¿Y si no tiene solución?
—Marcus la encontrará.
Marcus. Ya. Mi salvavidas personal… Su esperanza reside en él, porque yo no valgo para nada. Menuda putada haberse enamorado de mí…
Quiero decirlo, pero me lo callo.
Ella me observa con esa mezcla de cariño y preocupación que siempre ha tenido conmigo.
—Te quiero, Nick… De verdad…
La frase me golpea como una bola de demolición. Aunque más bien es el «PERO» que no ha mencionado.
—Yo también te quiero —respondo sincero—. Mucho. Y a Megan.
—Por eso tenemos que ser honestos con nosotros mismos y tomar una decisión. Por Megan. No quiero que Megan crezca escondiéndose, Nick…
—Yo tampoco.
—Y ahora mismo eso es lo que estamos haciendo.
Tiene razón. Y odio que la tenga. Estoy jodidamente atrapado.

—Creo que deberíamos separarnos un tiempo de ti —dice finalmente con pena.
La miro a los ojos asustado, pero su expresión es tranquila. No hay reproche. Solo lógica. Y no parece un para siempre, sino «un tiempo».
—¿Quieres que nos separemos? —repito.
—Solo un tiempo —aclara—. Hasta que sepamos qué vamos a hacer.
—Mira alrededor del hotel—. No podemos seguir improvisando mientras alguien intenta matarnos.
Respiro hondo.
—¿Y qué propones?
—Que mañana Megan y yo nos vayamos unos días con mis padres…
—¿A dónde?
—Tienen una casa en la montaña. Nada lujoso, pero tranquilo.
Asiento despacio.
—Necesito saber que estamos a salvo —añade—. Y necesito que tú pienses en lo que quieres.
—¿A qué te refieres?
Me mira a los ojos.
—Tal como yo lo veo tienes dos opciones, plantarles cara para no vivir huyendo, o desaparecer para siempre. Yo no puedo desaparecer del mapa contigo… Pero lo entenderé si decides hacerlo tú…
—Ava…
—Solo quiero saber a qué atenerme, Nick. No te estoy pidiendo nada.
La miro durante un buen rato.
—Júrame que por tu parte esto no es una despedida…
Ella niega enseguida.
—No. Por mi parte no. Pero yo no puedo vivir así o terminará por rompernos. Así que tú decides.
Se levanta de mi lado.
—Todavía estamos a tiempo de arreglar las cosas. De que esto no nos defina. De que tengamos un futuro…
Me levanto y me acerco un paso a ella.
—Voy a solucionarlo, Ava… Te lo prometo.
Ella me observa con esperanza. Pero también siendo consciente de que puedo morir por el camino.

—Lo sé —dice—. Confío en que lo hagas. Por eso tengo que marcharme… ¿lo entiendes?
—Sí —respondo. Aunque por dentro solo sienta que quiero abrazarla y no soltarla jamás.
Nos miramos en silencio un momento, y al final, Ava se acerca, escuchando mis ruegos silenciosos por tenerla y apoya la frente contra mi pecho.
—Te quiero… —susurra triste—. Te querré siempre, Nick.
La abrazo de vuelta y le beso el pelo.
—Yo también.
Y en ese momento desearía ser el tipo de hombre que puede dejarlo todo atrás y empezar de cero. Pero no lo soy. He descubierto que soy de los que muere intentándolo, y eso me hace sonreír.
Porque mi padre se equivocaba conmigo.
El antiguo Nick podría irse. Podría subirse a un taxi y dejar atrás a la mafia, a mi familia y al amor de mi vida… Pero el nuevo no lo hará. El nuevo Nick va a solucionarlo cueste lo que cueste.
El problema es que todavía no tengo ni idea de cómo hacerlo.

CAPÍTULO 9



VITTORIA

Cuando atravieso las puertas giratorias de Gold Group siento que he entrado en uno de esos templos modernos donde se adora al dios correcto: el beneficio.

La recepcionista me mira como si un ovni acabara de aterrizar en el vestíbulo. Y no la culpo.

He venido vestida como lo que soy ahora mismo: la esposa escandalosa *sunshine* de un multimillonario *grumpy* .

Tacones de doce centímetros, gafas de sol gigantes y una sonrisa de orgullo que ni yo misma me creo. A veces, la mejor manera de entrar en territorio enemigo es hacerlo como si te perteneciera.

—Buenos días —dice la chica con educación profesional—. ¿En qué puedo ayudarla?

Me quito las gafas de sol con calma.

—Busco a mi marido.

Me mira asustada. El cerebro humano necesita unos segundos para procesar una frase así y sus posibles consecuencias.

—¿Su marido?
—David Gold.
La chica parpadea como si acabara de decirle que soy la reina de Inglaterra.
—Un momento, por favor…
Mientras descuelga el teléfono, observo el vestíbulo con interés.
Los empleados que pasan por aquí son como NPCs con traje caro y esa expresión en la cara de estar a punto de llegar tarde a algo.
Es curioso cómo el dinero hace que la gente camine rápido incluso cuando no tiene prisa.
—El señor Gold está reunido —me informa la recepcionista con voz prudente—. Pero puedo avisarle.
—No hace falta. —Le dedico mi mejor sonrisa—. Puedo esperarle fuera de su despacho. Le daré una sorpresa.
Me cuelo hasta los ascensores del vestíbulo como si fuera la dueña del edificio. Y en cierto modo, lo soy.
Cuando las puertas del ascensor se abren en el piso quince, David Gold sale de su despacho con nerviosismo, como si sus secuaces lo hubieran avisado de que viene «el coco».
Hay algo profundamente satisfactorio en asustar a un hombre que normalmente controla cada segundo de su agenda.
Alza la vista y se queda quieto al verme. Lo suficiente para que yo disfrute del momento.
—¡Cariño…! —exclamo en voz alta y con una alegría exagerada.
El silencio que se forma en la planta es tan gracioso que me cuesta contener la risa.
Gold cierra los ojos durante una fracción de segundo eterna.
—Vittoria, cielo…
—¡Hola! —Lo abrazo con fuerza.
Él no me aleja, pero se traga sus ganas de hacerlo, cuando se da cuenta de que la gente nos está mirando discretamente.
Me separa con suavidad y me mira como si sus ojos contuvieran una conversación entera. A gritos.
Los suyos dicen «¡¿Qué demonios haces aquí?!».
Los míos responden «Divertirme».
—Pasa a mi despacho… —masculla entre dientes.

—Claro. —Sonrío coqueta—. ¿A qué te crees que vengo?
Que respire ruidosamente es música para mis oídos. Porque sé que está intentando mantener su reputación profesional mientras yo examino las paredes como si estuviera considerando hacer un grafiti.
—¿Qué estás haciendo aquí? —dice nada más cerrar la puerta.
—Dicen que las sorpresas mantienen viva una relación. —Sonrío.
—No tenemos ninguna relación.
—Claro que sí —respondo alegremente—. Estamos casados.
—No vuelvas a llamarme «cariño» delante de mi plantilla…
—¿Por qué no?
—Porque pensarán que soy feliz.
—¿Y eso es malo?
—Ni te lo imaginas…
No me siento. Me quedo observando el despacho y entiendo inmediatamente por qué a los hombres les gustan tanto las oficinas grandes. Aquí dentro pueden sentirse más altos que sus problemas.
El ventanal ocupa toda la pared y la ciudad se despliega abajo como una promesa de poder.
—Habla —dice Gold serio, tomando asiento en su gran silla—. ¿A qué has venido?
—¿Desde cuándo eres tan impaciente?
—Tengo mucho trabajo.
—Seguro que sí, señor mandamás…
Paseo por su despacho coleccionando detalles útiles. Es bastante minimalista, pero hay algunas fotografías, premios empresariales y un orden y una limpieza casi obsesivos.
Todo en esta habitación grita una cosa muy concreta: David Gold se ha construido a sí mismo.
—¿Qué haces aquí, Vittoria?
—He venido a conocerte mejor —resuelvo finalmente.
—Eso suena inquietante…
—Tenía curiosidad por saber dónde estabas todo el día.
Me giro hacia él y lo veo entrecerrando los ojos.
—Vittoria…
—¿Sí?
—¿Qué quieres realmente? No me marees.

Apoyo el culo en el reposabrazos de la silla que hay frente a él, en vez de sentarme normalmente. Que no pueda evitar analizar mi postura y mojarse los labios, me satisface más de lo que me gustaría admitir.
—Solo quiero entender tu mundo, David. Entenderte a ti.
Gold me observa con la paciencia de un hombre que ha visto demasiadas trampas en su vida.
—No me creo nada —zanja severo—. Ya no.
—Qué decepción…
—La última vez que mostraste interés por mí, casi me matan.
—¿Es que no vas a perdonármelo nunca?
—No lo sé. De momento, no me apetece —suspira hastiado ordenando unos papeles de la mesa que no necesitan ser ordenados.
Sabía que era buena idea venir aquí. A su territorio. Es donde más puedo notar lo mucho que le afecto. Y también donde más fácil resulta medir sus defensas.
Gold desconfía de todo lo que suene a emoción por mi parte. Así que, si quiero avanzar, tendré que parecer exactamente eso. Emocional, impulsiva, y enamorada…
Y Emily es la pieza clave de esta intervención. Porque es inteligente, pero a la vez cree en el amor. Y eso la vuelve… manejable.
Si consigo que vea en mí a una mujer desesperada por su marido, se volverá compasiva. La gente siempre baja la guardia ante alguien que parece estar perdiendo.
Cojo una fotografía que hay sobre el escritorio y la analizo voraz. Es de un joven Gold, de hace unos diez años, quizá cuando tenía mi edad. Lleva una camisa de manga corta, el pelo más largo, y tiene pinta de haber sido tomada en un país tropical. Pero lo más impactante es su mirada deseosa de comerse el mundo…
—¿Qué buscas, Vittoria? —dice quitándome la foto de las manos y poniéndola en su sitio—. ¿Te aburres de ser una niña rica? ¿Qué haces tú durante todo el día normalmente?
Lo miro con agradecimiento..
—¡Ya era hora de que me lo preguntaras! La verdad es que trabajo en Urbanismo.
—¿Qué? —Alza una ceja, extrañado—. ¿Y por qué no estás allí ahora?

—Porque estoy de luna de miel. —Me cruzo de brazos.
El gesto hace que mi escote se acentúe y los ojos de Gold se estrellan contra la turgente piel de mi pecho sin poder evitarlo. Aparta la vista rápido.
—Pues vete al Caribe y déjanos trabajar a los demás…
—La verdad es que he venido a ver a Emily.
El desconcierto que sigue a esa frase es delicioso.
—¿A quién…?
—Emily Harper.
—Sé quién es. Pero ¿para qué?
—Para hacernos amigas. Te escuché hablar con Marcus anoche, sé que han cortado y que ella está embarazada. Seguro que necesita una amiga desde que su *bestie* huyó con Nick.
—No te acerques a ella…
—¿Por qué no?
—Porque Emily es una buena persona. Y tú no.
—Eso está por demostrar.
Justo en ese momento llaman a la puerta y Gold parece agradecer la interrupción como un náufrago agradece ver un barco.
—¡Adelante!
La reina de Roma entra con una carpeta en la mano y se detiene abruptamente al verme.
Emily es una mujer interesante. Ya lo he dicho alguna vez. No por su belleza, que la tiene, sino por su forma de observar el mundo. Lo mira como si siempre estuviera intentando entender qué pieza falta en el puzle. Y ahora, esa pieza soy yo.
—Oh, vaya… No sabía que tenías visita —dice.
—¡Sorpresa! —exclamo con amabilidad.
Gold se frota el puente de la nariz.
—Es Vittoria…
—¡Encantada! —añado.
—Ya nos conocemos. Estuve en tu boda, ¿recuerdas?
—Claro. Y también en la fiesta de compromiso… —digo en un tono picarón que nadie más entiende. Solo mi lado *voyeurista* .
Emily se acerca más a mí. No parece incómoda, al contrario.
—¿Y qué te trae por aquí? —pregunta intrigada mirando a Gold.

—Vengo a ver a mi maridito…
—Suena peor de lo que es —resopla irritado—. Solo está aburrida.
Emily nos mira como si estuviera viendo un experimento social.
—Pero también quería hablar contigo, Emily.
—¿Conmigo?
—Sí.
Gold hace un pequeño ruido de desesperación.
—Esto no es buena idea… —murmura.
Ignoro su comentario y me giro completamente hacia ella.
—La otra noche, en la boda, me pareciste una mujer muy fuerte.
Emily arquea una ceja.
—¿Gracias…?
—Y creo que podríamos llevarnos bien.
Gold me mira horrorizado. Emily sonríe un poco.
—¿Por qué lo dices?
—Porque estamos rodeadas de hombres peligrosos y alguien tiene que mantenerlos a raya —respondo guiñándole un ojo.
Emily considera la idea durante unos segundos y luego sonríe.
—No es mala teoría.
Gold levanta las manos sin entender nada.
—A mí no me metáis en esto… No quiero saber nada.
—No te necesitamos —le digo—. Los hombres sois secundarios en un… 84% de la vida. Bueno, un 80%. David la tiene grande…
Emily suelta una carcajada. Y eso me confirma que tiene sentido del humor. Quizá hasta podamos ser amigas de verdad.
Gold nos mira como si estuviera viendo formarse una tormenta.
—Esto es una pésima idea… —murmura.
—Tranquilo —le dice Emily—. ¿Te quedas un rato, Vittoria?
—Si no molesto…
—Molestas —responde Gold por ella.
—Entonces me quedo. —Sonrío pizpireta.
Emily me mira divertida.
—Creo que puedo tomarme un café contigo ahora.
Gold cierra los ojos y lo miro con dulzura.
—Relájate, «cariño». Solo voy a pedirle consejo sobre cómo seducir a un hombre. Ya me dirás si funciona contigo…

Emily abre los ojos como platos y Gold casi se atraganta. La escena es tan perfecta que me cuesta no reírme.
Porque la verdad es que no estoy mintiendo.
Si quiero ganar este juego… David Gold tendrá que sucumbir a mí.

CAPÍTULO 10



Cuando Emily y Vittoria entran en mi despacho riendo como si fueran amigas de toda la vida, tengo la sensación de que algo en el universo va terriblemente mal.
Hace una hora Vittoria era una intrusa, ahora parece una invitada habitual.
—¡Te digo que el negro y el azul marino no pegan! —ríe Emily.

—Depende de la personalidad que tengas —contesta Vittoria juguetona.
Nos topamos de frente y nos quedamos mirándonos como rivales.
Durante unos segundos nadie dice nada, pero mi cerebro está intentando entender cómo ha pasado de «parecer peligrosa» a «parecer encantadora».
—¿Dónde estabais? —pregunto seco—. No te pago para tomar café, Emily…
Emily hace un gesto para amilanarme.
—Estábamos hablando de cosas muy serias, jefe.
—¿De qué cosas?
—De ti —aclara Vittoria perspicaz.
La miro molesto y ella me devuelve una sonrisa inocente que, conociéndola, es equivalente a ver a alguien esconder un cuchillo detrás de la espalda.
—Ha sido una conversación muy instructiva —informa.
—No quiero saber nada.
—Y hemos llegado a una conclusión interesante —continúa Emily.
—Ahora sí que no quiero saberlo —digo huyendo de ellas. Pero Emily me frena, agarrándome del brazo.
—Esta noche tienes una cena con los inversores de Quarz Rain, y todos van a ir acompañados. ¿A quién piensas llevar tú?
Me quedo callado.
Hay preguntas que un hombre debería poder responder sin sentirse como un adolescente atrapado por su madre.
—A nadie —zanjo—. Voy a ir solo.
Emily arquea una ceja como si no me creyera. A veces olvido lo lista que es.
—Eso quedaría raro. Y me apuesto lo que quieras a que nunca vas solo a este tipo de cenas…
—Tengo varias amigas que me ayudan en estos casos.
—Eso era antes de casarte —señala Emily.
Tocado y hundido.
—No pasa nada —interviene Vittoria con una naturalidad irritante—. Yo puedo quedarme en casa viendo porno, mientras tú vas a una

cena con una amiguita que terminará con un final feliz en el coche de lo más satisfactorio.
Emily suelta una risotada mientras yo cierro los ojos, abochornado.
—Esto es una empresa seria… No vuelvas a decir nada parecido entre estas paredes. Y tú no vuelvas a reírte.
Emily carraspea intentando recuperar la compostura.
—Bien, pero… Deberías llevarla, David. Sería lo correcto.
—No me apetece.
—Es tu mujer.
—¿Crees que esos tipos irán con sus mujeres? —sonrío sardónico.
—Tú no eres así —chasquea la lengua—. Si apareces sin ella, a Providence no le gustará, y el resto de los clanes pensarán que algo va mal entre vosotros.
Providence… Esa maldita palabra tiene la capacidad de complicar cualquier decisión. Porque no es solo una ciudad, es el escenario de la obra teatral en la que se ha convertido mi triste vida.
—Además —añade Emily con calma— Vittoria tiene mucho carisma. Les encantará a todos.
—Ese es exactamente el problema… —mascullo—. Nos estamos jugando un contrato importante y no quiero que lo eche a perder.
—¡No lo haré! —se queja ella.
—Lo harás si hablas, respiras demasiado fuerte o haces alguna tontería de las tuyas.
—Ah, no puedo prometer ser aburrida…
Emily nos observa con una sonrisa divertida.
—Tienes que llevarla —insiste como si estuviera hablando con un niño testarudo—. Es lo que haría un marido normal.
—Yo no soy un marido normal.
—Pues empieza a serlo hoy mismo.
Me froto la cara intentando entender en qué momento de la conversación he perdido el control.
Miro a Vittoria, y me sostiene la mirada con una expresión que mezcla desafío y curiosidad.
—Vale —accedo.
Emily sonríe como si hubiera ganado una apuesta.
—¡Perfecto!

—Pero hay condiciones.
—¿Cómo no? —dice Vittoria burlona.
—Te comportarás de forma impecable.
—¡Siempre lo hago!
—Comportarte significa que si un camarero te pregunta si quieres agua, no debes contarle tu infancia.
—Vale, pero ¿puedo preguntarle por la suya?
—¡Vittoria…! —mascullo furioso.
—¡Tranquilo! ¡Era broma! Soy buena interpretando. Tú mismo lo dijiste en la boda. Seré lo más normal posible.
—Está bien… —Me calmo—. Me voy antes de que cambie de opinión. Espérame en el vestíbulo de casa a las ocho. Y no me hagas esperar.
Desaparezco pensando que es la peor idea que he tenido.
Me giro y veo cómo Emily le guiña un ojo a mi mujer. ¿Cómo ha podido engañarla así?
A las ocho en punto bajo al vestíbulo de la mansión Rossetti.
El lugar está demasiado tranquilo para ser una fortaleza, pero mi suegra tiene la habilidad de convertir la violencia en decoración elegante.
Estoy revisando un mensaje en el móvil cuando oigo pasos en la escalera.
Levanto la cabeza, y durante un segundo, se me olvida hasta mi jodido nombre.
Vittoria baja despacio, como si fuera una obra de arte en movimiento. Y mi polla da un respingo confirmando que lo es…
El vestido parece hecho por alguien que empezó a diseñar un traje serio, negro y formal con una chaqueta elegante de manga larga, y de repente dijo: «¿Por qué no lo volvemos ilegal?». E hizo la otra mitad con dos bandas elásticas de purpurina dorada, que hacen las veces de top y falda, quedando totalmente pegadas a su increíble cuerpo. La tela de la chaqueta negra cruza el vestido en diagonal, como intentando poner orden, pero el dorado está ahí, reluciendo como si cada movimiento fuera un maldito espectáculo de fuegos artificiales.
Y claro, yo intento comportarme como un hombre decente, apartar la vista, pensar en impuestos, en el clima, o en cualquier otra cosa…

pero no puedo. Porque cada vez que la luz rebota sobre la tela dorada una voz en mi interior dice: «Campeón, esto está muy por encima de tu fuerza de voluntad.…». Así que respiro hondo, me paso la mano por la nuca y me insto a aceptar que esto era una pelea perdida desde la primera lentejuela.
Cuando llega al último escalón, me observa con media sonrisa.
—¿Qué?
Tardo un segundo en responder.
—Nada…
—No es verdad. Suéltalo. ¿Por qué me miras así?
—Solo estaba comprobando que no llevaras armas.
Ella levanta las cejas escéptica.
—No llevo armas.
—Eso es lo que tú te crees… —mascullo.
Ella sonríe halagada.
—Entonces, ¿estoy guapa?
—Demasiado —digo a regañadientes—. Quiero cerrar un acuerdo empresarial, no empezar una guerra… y este vestido podría provocar problemas diplomáticos serios…
—Intentaré controlarme.
—Inténtalo mucho, por favor. Es importante para mí.
Le ofrezco el brazo y ella lo acepta con naturalidad.
Mientras salimos hacia el coche, decido intentar una última cosa.
—Estos socios son… sensibles.
—¿En qué sentido?
—En el sentido de que creen que el dinero los hace importantes.
—Qué adorable…
—No te burles de ellos, por favor. Me dejarás en evidencia…
Ella me lanza una sonrisa peligrosa.
—Relájate, Gold. Prometo no avergonzarte.
Una hora después, entiendo que Vittoria Rossetti tiene una definición muy particular de la palabra «promesa».
La cena se celebra en un restaurante francés donde todo cuesta demasiado y los invitados intentan fingir que lo disfrutan.
Los inversores están encantados con la comida, con el acuerdo, y conmigo, pero Vittoria los tiene totalmente fascinados a todos.

Los ha conquistado con su primer comentario sobre la arquitectura de la ciudad. Los ojos les han hecho chiribitas con una observación brillante sobre el mercado inmobiliario. Y por último, ha hecho una broma sobre banqueros que ha logrado hacer reír a toda la mesa.
Cuando quiero darme cuenta, los inversores están mirándola como si fuera lo más interesante que ha ocurrido en sus vidas desde que descubrieron el interés compuesto.
—Su esposa es fascinante, señor Gold —dice uno de ellos.
Bebo vino para asimilarlo.
—¿Cómo se conocieron? —pregunta otro.
Abro la boca para responder, pero Vittoria se me adelanta.
—¡Fue muy romántico!, ¿verdad, cariño? —dice entusiasta.
—Vittoria… —digo temiéndome lo peor.
—No, díselo, David. No importa. ¡Lo até a una cama! —exclama ella divertida. La gente sonríe alucinada.
—Fue un malentendido —aclaro rápido.
—Es que no quería que se me escapara —dice ella pícara—. ¡Pero luego te acostumbraste enseguida a las cadenas de la mazmorra!
Los inversores estallan en carcajadas descontroladas.
—David, David… —murmura uno—. No sabía que eras tan interesante…
Sonrío abochornado. La otra opción sería romperle un dedo.
Vittoria me lanza una mirada divertida desde el otro lado de la mesa. Sabe perfectamente lo que está haciendo. Está seduciendo a la habitación entera. No solo con su cuerpo, sino con su mente, lo que es infinitamente más peligroso.
—Dicen que los matrimonios exitosos tienen una comunicación especial —comenta otro inversor—. Y vosotros parecéis tenerla.
—Es verdad. Tenemos una conexión increíble —dice Vittoria acariciándome la mano con naturalidad.
—¿De veras? —le siguen la corriente.
—¡Sí! Hasta podemos comunicarnos sin hablar —continúa ella.
Algunos hombres sonríen, interesados.
—¿Ah, sí? —pregunto.
Vittoria me mira desafiante. Y yo la miro con miedo.
—Sí. Ya verás. Piensa en algo, cariño.

—Estoy pensando en el contrato —respondo a mi conveniencia.
—No se dejen engañar… —dice granuja—. ¡Lleva toda la noche pensando en quitarme el vestido!
La mesa estalla en carcajadas.
—¡Eso no vale! —dice un inversor riendo—. Eso lo piensa todo el restaurante… ¡hasta los camareros!
Todo el mundo vuelve a reírse y me veo obligado a decir algo.
—Es muy bromista…
—Debe de ser emocionante vivir con una mujer así —opina otro.
—¡Yo lo adoro! —interviene Vittoria de nuevo—. Es el único hombre en esta ciudad que no intenta acostarse conmigo todo el tiempo… —comenta tranquila—. ¡Porque ya está harto de mí, claro!
La gente sigue riéndose y no sé dónde meterme.
—Dudo que un hombre pudiera hartarse de ti, preciosa… —oigo que le dice alguien. La frase me hace apretar los dientes.
—David, amigo… ¡eres un hombre con mucha suerte!
—Sí… —intento sonreír.
Rezo para que el foco se desvíe de nuestra atención, y cinco minutos después, cuando creo que ya todo ha pasado, noto que el inversor que está sentado a mi derecha, el jefe de la operación, pega un ligero brinco y luego carraspea violento.
—Oye… David… Creo que tu esposa intenta decirte algo…
Miro a Vittoria horrorizado, entendiendo lo que ha pasado, antes incluso de analizar su postura y saber que se ha quitado un zapato y su pie está explorando los bajos de otro como si estuviera buscando petróleo…
Ella me mira coqueta. Pero al ver nuestras caras, se queda paralizada. Su mirada muta hacia una expresión embarazosa.
—¡Ay, perdón…! ¡Pensé que era mi marido! —ríe avergonzada—. Es que estamos de luna de miel, sabe usted —añade encogiéndose de hombros—. Y claro…
—No se preocupe. —Sonríe el hombre—. Es perfectamente comprensible…
Aprieto la copa de vino preguntándome si fingir un infarto sería socialmente aceptable en este punto de la velada.
Porque Vittoria Rossetti no es una mujer, es un desastre natural.

Los postres son el último gran obstáculo para superar esta pesadilla.
Mi mujercita ha pedido un *soufflé* de chocolate con una pinta deliciosa. Cuando lo prueba, suelta un gemido demasiado alto.
—Mmh… Esto es indecente.
—Solo es chocolate —mascullo.
—El mayor placer del mundo.
Se vuelve hacia mí con la cuchara.
—Abre la boca.
La mesa se queda, una vez más, en un silencio expectante.
—No me apetece…
—Vamos, Gold —dice uno de los inversores—. ¡Déjate seducir!
—¡Eso! ¡Venga!
Suspiro y cedo, abriendo la boca y engullendo la cuchara.
—Buen marido. —Me palmea la cabeza.
La mesa se parte de risa y no tengo más remedio que aguantar el bochorno, como si me pareciera un gesto encantador.
Cuando salimos del restaurante, los inversores nos estrechan la mano encantados; el acuerdo está prácticamente cerrado. Pero yo tengo una sensación incómoda en el estómago.
Nuestro coche espera en la acera para que nos subamos.
—¿Ves? —dice ella, una vez dentro—. ¡No ha sido tan terrible!
—No ha sido ni medio normal —me quejo—. Me prometiste que no hablarías… y has hablado más que yo.
—He hablado lo justo.
—¡Básicamente me has dejado como un figurante de mi propia reunión!
—Podías haber hablado más, pero estabas demasiado ocupado mirándome con deseo…
Aprieto los puños porque es cierto. Y me odio por ello.
—Emily tenía razón —susurra de pronto.
—¿Sobre qué?
—Es fascinante cómo intentas fingir que no te gusto.
—No me gustas ni un pelo.
Vittoria sonríe como si acabara de escuchar el mejor chiste de la noche. Luego apoya la cabeza en el respaldo del asiento y mira por la ventanilla.

Yo intento ignorarla como si eso pudiera arreglar algo de lo que acaba de pasar.
Porque lo cierto es que, en algún momento de la noche entre el pie equivocado, el *soufflé* de chocolate y sus malditas sonrisas, he empezado a sospechar algo inquietante…
Que quizá Vittoria Rossetti sí está intentando gustarme.
Y lo verdaderamente preocupante es que podría estar funcionando.

CAPÍTULO 11



VITTORIA

El coche avanza por las calles de Boston camino de la reunión de la mafia italiana. Básicamente es como una cena familiar… si tu familia resolviera los desacuerdos enterrando gente.
Aquí se decide quién manda y quién desaparece, dos categorías que a veces cambian de sitio durante la misma reunión.

Yo voy en el asiento del copiloto y David conduce con la misma calma que si estuviera llevando a su suegra al aeropuerto.
Tiene las manos firmes en el volante, la mirada fija en la carretera y está tan serio que hasta me cuesta reconocerlo.
Normalmente habla, hace bromas y se burla de todo. Pero hoy no. Hoy va vestido completamente de negro, sin corbata, con un reloj vergonzosamente caro asomando bajo el puño y el pelo peinado de una forma que le da un aire más peligroso del que creo que él mismo entiende.
Si lo viera por primera vez, pensaría que es un hombre al que no conviene cabrear. Y eso es justo lo que necesitamos.
Eso no significa que no odie lo bien que le queda ese *look.*
—Te queda muy bien el disfraz de capo —digo apoyando el codo en la ventanilla.
—Es un traje negro normal —dice sin mirarme—. El resto lo pone tu imaginación.
Sonrío.
—¿Estás nervioso?
Gold guarda silencio. Pero al final suspira.
—Por ahora no. Pero si sigues hablando, seguramente termine estándolo.
—Eso es muy romántico…
—Además —añade después de unos segundos— pienso vengarme por lo de la cena de ayer…
Giro la cabeza extrañada.
—¿Perdona?
—Me humillaste delante de media comunidad empresarial de Boston…
—¡Y te ayudé a cerrar un acuerdo millonario!
—Eso es secundario.
Entrecierro los ojos.
—¿Y cómo piensas vengarte exactamente de mí?
Gold sonríe apenas.
—Todavía no lo sé. Pero cuando ocurra, te prometo que será público…
—Ten cuidado con lo que deseas, David…

—¿Por qué?
—Porque mi mundo es mucho más peligroso que el tuyo.
Él me mira un segundo apartando los ojos de la carretera.
—Eso está por ver…
Nos retamos el uno al otro como dos titanes.
—Pero deja ya la cháchara, necesito concentrarme en todo lo que me ha dicho el Regente.
—¿Has hablado con él? —pregunto interesada.
—Sí. Justo antes de salir.
—¿Y?
Esta vez no deja de mirar hacia la carretera.
—No quiero olvidar nada de lo que me ha dicho. Así que guarda silencio, por favor.
Dice que no está nervioso, pero suena tenso. Como si estuviera jugando una partida que no se puede permitir perder.
—¿Qué te ha dicho exactamente Marcus? —pregunto.
—Que esté atento a las miradas.
—¿Solo eso?
—Y que hable poco.
Asiento lentamente.
—Tiene sentido. Pero tienes que posicionarte. Ahora eres un Rossetti. O lo representas.
—Todavía no me acostumbro a ese detalle.
—Pues deberías. Porque en esta ciudad la mafia italiana se divide en cuatro familias. Los Giovanni controlan Providence.
—Lo sé. Esos tipos tan simpáticos que querían derramar sangre en la boda si no te casabas.
—Sí, pero también están los Bardi. Se aliaron con ellos hace años. Son más discretos, pero igual de peligrosos. Y jamás les prestes dinero. Nunca lo devuelven…
—¿Cómo sabes eso?
—Porque se lo debían a mi padre.
—Anotado. ¿Qué más?
—En Boston estamos nosotros. Los Rossetti. Pero también los Venturi.

Gold no reacciona. Pero noto que ha escuchado ese nombre antes. Lo sé porque sus dedos aprietan ligeramente el volante.
—¿Cómo son los Venturi?
—Los Venturi son… curiosos —continúo—. No buscan protagonismo, pero son influyentes. Quizá te suene el nombre de Lucio Venturi. Era bastante amigo de tu madre…
Noto un pequeño temblor en su mandíbula. Claro que lo conoce.
—No me suena —dice, sin embargo.
«Pues es el hombre que prometió a Mindy que su hijo terminaría en la cima de la mafia italiana», me gustaría decir, pero me callo.
David detiene el coche ante el antiguo restaurante reconvertido en santuario mafioso.
—Hemos llegado —masculla.
En ese momento lo analizo. Parece casi enfadado.
—Escucha —empiezo.
—Sí, eso es lo que voy a hacer, escuchar.
—No. —Le toco el brazo—. Escúchame a mí.
Él observa mi mano y resopla. Pero se queda quieto.
—La mafia no respeta a los débiles.
—Yo no soy débil.
—Pero tampoco eres uno de ellos —subrayo.
Gold no lo discute.
—Todavía —añado con certeza—. Demuéstrales que puedes ser el cambio que todo el mundo sabe que necesitamos y nadie se atreve a proponer.
—Madre mía… Cómo te gusta usarme de conejillo de indias… —masculla saliendo del coche.
Cuando entramos al garito veo la mesa de madera oscura que atraviesa la estancia como una pista de aterrizaje para egos frágiles. Retratos de hombres muertos cuelgan de las paredes con una expresión solemne, cuando todos los que posan eran profundamente desagradables en vida.
Mi padre está entre ellos. Observando y juzgándome.
Si pudiera verme ahora mismo, seguro que chasquearía la lengua.
—Llegáis tarde —dice mi tío Carlo sin levantarse.

No es mi tío. Pero en esta familia todos los hombres mayores acaban siéndolo de alguna forma.
Gold no responde. Se limita a sentarse con una mezcla extraña de educación y pura inconsciencia.
Yo me siento a su lado. Y en el mismo instante en que lo hago, noto las miradas de todos.
Son evaluadoras y hostiles, como poco. Por suerte mi padre ya había decidido casarme antes de morir, si no, jamás hubieran permitido que mi marido tuviera poder en esta mesa.
—Así que este es el famoso David Gold —dice Lorenzo Bardi con una sonrisa llena de dientes caros—. Pensaba que serías más mayor.
Gold levanta una ceja.
—Yo pensaba que usted daría más miedo, pero la vida está llena de sorpresas.
Un par de hombres sueltan una risa contenida.
Mal comienzo.
Lorenzo apoya los codos en la mesa, belicoso.
—Nos han llegado rumores sobre vuestro matrimonio.
Gold inclina la cabeza.
—Espero que sean interesantes. Si no, me sentiría muy decepcionado.
—Y nosotros esperamos que no sean ciertos… porque dicen que Vittoria no tiene ni idea de cómo satisfacer a un hombre, y que Gold no es exactamente un semental…
Un mar de risas viscosas llenan el ambiente. Y siento cómo la sangre me sube al cuello. Pero si me levantara y les dijera lo que pienso de ellos, no saldría de aquí viva.
Porque en esta mesa yo no soy una Rossetti. Solo soy una mujer.
—Es curioso… —empieza Gold de pronto. Su voz es tranquila—. Yo he oído otros rumores…
Las risas se apagan de golpe.
—¿Ah sí? —dice Lorenzo—. ¿Cuáles?
—Que algunos hombres aquí presentes llevan treinta años en el negocio y todavía no han conseguido que les tengan el suficiente respeto para que no los ataquen otros clanes…
Se hace un silencio ensordecedor.

—Cuando una organización necesita burlarse de la vida sexual de otro en lugar de hablar de negocios, probablemente tiene problemas mucho más serios que planear una venganza contra los albaneses…
Esa frase cambia el aire de la habitación.
Los hombres se remueven en sus sillas y se miran incómodos.
Gold se reclina hacia atrás.
—Así que si ya hemos terminado con la sección de cotilleos del corazón, quizá podamos hablar de lo que importa de verdad…
No lo miro. Pero siento algo extraño en el pecho. Porque, de alguna forma, David Gold acaba de entrar en guerra… por mí.
Mi tío Carlo lo apoya con la mirada.
—¡Escuchad a este hombre! ¡Tiene razón! ¡Lo que importa es restablecer nuestro buen nombre y demostrar que seguimos siendo fuertes para vengarnos de nuestros enemigos!
—Pero antes de hacer eso —interrumpe David—. Tenemos que preguntarnos si no tenemos al enemigo entre nuestras filas…
Se forma un murmullo general reaccionando a esa frase.
—¡¿Qué estás diciendo, muchacho?! —pregunta un Giovanni.
—Tengo razones para pensar que alguien utilizó a los albaneses para hacer el trabajo sucio…
—¡ESO ES IMPOSIBLE! —grita un Bardi.
—Quizá sea poco probable, pero no imposible. Y tenemos que asegurarnos… Porque si descubro que alguien en esta mesa cree que puede resolver sus problemas internos y culpar a otros, debería saber una cosa…
Carlo se inclina hacia delante.
—¿Cuál?
Gold lo mira con calma.
—Que no tendré ningún problema en convertirlo en el ejemplo de lo que pasa cuando se traiciona a la familia…
Hay otro silencio lleno de miradas cruzadas.
Y entonces lo veo. Un músculo se tensa en la mandíbula de Lucio Venturi. Y Gold también lo ve.
Por primera vez desde que empezó la reunión… nadie habla, nadie se mueve ni se ríe.

Yo tampoco. Porque estoy demasiado ocupada observando a mi marido. La manera en que sostiene la mirada de hombres que llevan décadas matando, y la tranquilidad con la que acaba de poner esta mítica mesa patas arriba.
Pero la forma en que ha salido en mi defensa sin siquiera mirarme ha sido lo mejor.
Algo extraño se instala en mi pecho. Algo cálido y absurdo que no entraba en mis planes sentir.
Porque David Gold acaba de hacer algo peligrosísimo…
Protegerme como nunca nadie lo había hecho.

CAPÍTULO 12



«¿Qué coño haces aquí?».
Es lo primero que pienso cuando aparco frente a la casa de los padres de Emily y apago el motor.

Durante unos segundos me quedo sentado sin moverme, mirando el jardín perfectamente cuidado, las ventanas iluminadas y la puerta blanca que he cruzado decenas de veces en otros tiempos, cuando mi presencia no significaba problemas.
Entonces llamaba al timbre y Emily aparecía con una sonrisa. Hoy no espero ninguna. Solo una conversación tensa.
Respiro hondo y salgo del coche.
El aire de Boston es frío y húmedo, como si la ciudad estuviera intentando recordarme que el invierno siempre llega antes de lo que uno quiere.
Tras llamar, es su padre el que abre la puerta.
El señor Harper siempre ha tenido el mismo aspecto: un hombre tranquilo, serio, con esa forma de mirar que te hace sentir que te está evaluando incluso cuando no lo pretende.
Sus ojos bajan un segundo hacia mis manos vacías. Luego vuelven a mi cara.
—Marcus… —carraspea sorprendido.
No es una bienvenida.
—Señor Harper.
Se hace un silencio incómodo.
—Emily no está aquí —dice de pronto.
Asiento confuso. «¿Entonces, dónde está?».
No me invita a pasar, pero tampoco cierra la puerta.
—Se ha independizado —añade tras unos segundos.
La frase queda flotando en el aire. Y su mirada se endurece un poco.
—Desde que…
No termina la frase. No hace falta.
«…desde que yo la perdí», completo mentalmente.
Miro hacia el interior de la casa, como si Emily pudiera aparecer en cualquier momento desde el pasillo, pero no sucede.
—¿Está viviendo sola? —pregunto intranquilo.
El señor Harper me observa con atención. Hay algo en su expresión, como una duda, y por un segundo, parece a punto de decir algo más. Algo importante. Pero no lo hace y se lo guarda.
—No necesitas preocuparte, chico —dice entonces—. Está bien.

No sé si lo dice para tranquilizarme o para que me marche de una santa vez.
—El otro día se desmayó —suelto la bomba.
La preocupación aparece en su cara antes de que pueda ocultarla.
—¿Qué? ¿Cuándo?
—Su nuevo jefe la llevó al hospital.
El silencio que sigue es distinto al anterior.
—No fue nada —añado deprisa—. Pero quería saber cómo estaba.
Su padre me estudia durante unos segundos eternos. Los suficientes para entender que está pensando en Emily, no en mí.
—Yo no… no puedo ayudarte.
—Por favor —suplico. Y yo no suelo suplicar—. Solo quiero hablar con ella…
Harper suspira pesaroso.
—Pero ella no quiere verte, Marcus.
—Lo sé.
—Y si te doy su dirección, probablemente me matará.
—Eso también lo sé.
Mi honestidad le arranca una pequeña sonrisa cansada.
Mira hacia el interior de la casa, como si estuviera consultando con una versión invisible de su hija. Y luego vuelve a mirarme inquieto.
—Está en Beacon Hill.
Memorizo el resto de la dirección al instante.
—Muchas gracias, señor Harper.
—No me las des todavía —dice—. Si esto sale mal, pienso negar que te he visto.
—Es justo. —Asiento.
Vuelvo al coche y conduzco hacia Beacon Hill. Es uno de los barrios más bonitos de la ciudad. Demasiado bonito para alguien que siempre decía que odiaba gastar dinero en cosas innecesarias.
Me pregunto cuánto le estará pagando Gold en su nuevo trabajo.
Saco el móvil y escribo un mensaje rápido.
White:
¿Cuánto le pagas a Emily?
Se ha mudado a Beacon Hill. Y es un barrio caro.
Se pone en línea y espero unos segundos mientras escribe.

Gold:
Le pago lo justo para que no me demande por explotación laboral.
Medio sonrío porque sé que eso significa que le paga demasiado con tal de tenerla bien cuidada.
Miro hacia la casa de Emily desde el coche y tardo un momento en apearme de él.
Cuando por fin lo hago, camino hasta la puerta y me quedo unos instantes frente a ella antes de llamar. Porque sé que lo que me espera al otro lado puede romperme por la mitad.
Llamo de forma contenida y escucho pasos suaves al otro lado. Luego el sonido de la cerradura. Odio pensar que está pasando miedo por mi culpa.
Emily abre la puerta, y al verme, se queda callada. Yo también.
Tiene el pelo recogido de cualquier manera y lleva un jersey ancho que probablemente no se pondría delante de nadie. Sus ojos están cansados, como si llevara días durmiendo mal. Y aun así, sigue siendo la mujer más hermosa que he visto en mi puta vida.
—Hola… —digo al fin.
Su expresión intenta mantenerse firme.
—Marcus.
No es un saludo. Es casi un diagnóstico.
—¿Puedo pasar?
Duda un momento. Lo justo para que entienda que no me quiere aquí. Pero de pronto, se aparta.
—Cinco minutos…
Aprovecho la oportunidad y entro en la casa. Todo está en silencio. Y compruebo que está sola.
Emily camina hasta el salón y se queda de pie, como si no quisiera concederme la comodidad de sentarme.
Nos quedamos frente a frente como dos personas que se han amado demasiado para fingir indiferencia.
—¿Cómo estás? —pregunto directo observando su vientre.
—Bien —dice tocándoselo automáticamente.
Sus ojeras me chivan que miente, pero no la contradigo.
—Emily, yo…
—No empieces, por favor.

—No iba a empezar nada.
—Claro que sí —dice con cansancio—. Has venido a decirme lo que ya sé. No hay nada nuevo bajo el horizonte. ¿O me equivoco?
No. No se equivoca… Pero respiro hondo y lo repito:
—He venido porque también es mi hijo y me importa.
Las palabras quedan suspendidas en el aire como una verdad que ninguno de los dos estaba preparado para escuchar en voz alta.
Emily aparta la mirada.
—Todavía no sé si lo voy a tener.
Esa frase me atraviesa como un cuchillo.
—Emily, por favor…
—No —dice levantando una mano—. No uses ese tono.
—¿Qué tono?
—El de hombre responsable que aparece de repente cuando ya ha tomado todas las decisiones importantes sin contar conmigo.
Esa acusación me da un puñetazo en el estómago.
—No tomé la decisión de casarme con Vittoria por mí.
—Ya, pero la tomaste sin pensar en mí.
Me quedo en silencio y mis pies avanzan un paso hacia ella.
—Es verdad. Pero solo intentaba evitar que muriera gente. ¿Puedes entender eso?
—Claro que lo entiendo —dice con una calma que me desespera—. Lo que no entiendo es por qué sigues esperando que yo quiera formar parte de ese mundo en el que cuesta tanto sobrevivir.
—Nunca he querido que formaras parte de él…
—Pero es el precio por estar contigo —responde—. Porque tú formas parte de él. Estás en el maldito centro como Regente.
Me paso una mano por el pelo, intentando ordenar mis pensamientos.
—Podemos lograr que funcione. Hay otras maneras.
Emily me mira como si pensara que soy un ingenuo.
—¿Cuáles?
No tengo una respuesta que suene bien. Y ella lo sabe.
—Marcus… Yo no quiero criar a un hijo con miedo.
—Te prometo que…
—Hoy mismo han intentado matar a tu hermano —me corta.

La noticia me golpea con retraso, como una ola que llega tarde.
Pero no reacciono. Porque ahora mismo solo me importa una cosa.
Doy otro paso hacia Emily, y esta vez no retrocede.
—No quiero perderte otra vez… —digo—. No puedo. Esto no es una estrategia ni una negociación, es la verdad.
Emily cierra los ojos un segundo, y cuando los abre, hay algo peligroso en ellos. Y también frágil.
—Ya me has perdido, Marcus.
Escuchar esa frase me duele más que cualquier balazo.
Aun así, levanto la mano y aparto un mechón de pelo de su cara.
Emily se queda quieta ante el gesto íntimo, y durante un segundo terrible, vuelve a mirarme como antes.
Cuando quiero darme cuenta la estoy besando. Un beso suave. Casi tímido. Pero está lleno de todo lo que no soy capaz de expresar.
De todo lo que sigue ahí, grabado a fuego en mi corazón.
Emily apenas responde y pronto me empuja con la misma suavidad, pero con decisión.
—No lo hagas, Marcus. No puedo pasar por esto otra vez…
Noto que le cuesta respirar, símbolo de que todavía me quiere.
—Emily, joder…
—¡No! —repite acelerada—. ¡No puedes venir aquí, besarme y pensar que eso arregla algo!
La miro con pena.
—No pensaba eso.
—Entonces ¿qué pensabas?
No respondo. Porque la respuesta es demasiado simple. Solo quería que supiera que la sigo amando. Y que siempre lo haré.
Emily da un paso atrás.
—No vuelvas a hacerlo, por favor…
—¿Besarte o venir a verte?
—Hacerme olvidar por qué te dejé —sentencia.
El silencio se instala entre nosotros como un testigo incómodo.
Me quedo unos segundos quieto, sabiendo que ya no hay nada que decir.
Antes de irme, no puedo evitar que mi mirada vuelva a su vientre.
—Emily…

—No digas nada. No te preocupes por mí, estaré bien. Te informaré de mi decisión cuando la tome. Todavía tengo tiempo…
Me quedo mirándola sin saber qué decir para que cambie de opinión, pero creo que mis ojos lo dicen todo.
—Vete ya, Marcus… —dice atribulada.
Asiento entendiendo que necesita espacio, aunque yo vendería mi alma ahora mismo solo porque me dejara dormir abrazado a ella.
Camino hasta la puerta. Y antes de salir, la oigo decir en voz baja:
—Tampoco quiero que nuestro hijo crezca aprendiendo a despedirse de su padre… Tú mejor que nadie sabes lo que es crecer en una familia rota.
Me giro y la miro fijamente.
—Es mejor que esté rota, que no tener familia… Mis padres han muerto. Nick ha desaparecido. Y ese niño es lo único que me queda en el mundo. Por favor, Emily… no me lo quites a él también.

CAPÍTULO 13



Hay gente que aprende de sus errores. Yo, en cambio, los colecciono. Y últimamente tengo muchos en los que pensar…
Algunos llevan traje italiano y pistola, y otros un vestido dorado que convirtió mi cena de negocios en un espectáculo digno de Broadway…
No puedo dejar de pensar en cómo deslumbró a mis inversores. Todavía puedo verles las caras. Estaban fascinados y convencidos de que yo debía ser el tipo más afortunado de Boston por tener semejante mujer en casa.
Resoplo y me paso una mano por la cara.
Si ellos supieran…
Y luego está la asamblea de la mafia de ayer. Esa sí que fue interesante.

Vittoria se pasó toda la reunión observando cada gesto, cada silencio, cada mirada cruzada entre esos hombres que llevan décadas matando por sobrevivir.
Pero hubo un momento en que la sala cambió.
Fue solo un segundo, pero me bastó para entender que alguien en esa mesa sabía más de lo que estaba diciendo.
Y Vittoria también lo vio. Lo sé porque, cuando salimos de allí, estaba demasiado callada para ser ella.
Me giro en la cama.
Y ese es el verdadero problema: Vittoria Rossetti.
Las últimas noches han sido… raras.
Dormimos en la misma cama porque, al parecer, en la mafia los matrimonios falsos funcionan mejor si parecen reales.
Al principio, pensé que sería incómodo. De hecho, lo es. Pero no por las razones que esperaba.
Desde hace 48 horas hay una especie de electricidad absurda en el aire cuando estamos cerca. Como si cualquier gesto pequeño pudiera provocar una reacción en cadena.
La noche de la cena de empresa apenas dormí.
Ayer tampoco.
Y hoy, después de cenar, Vittoria ha anunciado con naturalidad que se acostaría más tarde porque quería ver la tele.
—Haz lo que quieras —he respondido sin apartar la vista de mi ordenador, mientras revisaba correos.
—Gracias por el permiso, maridito.
No he caído en su provocación en ese momento. Pero aquí estoy, intentando fingir que no me importa que no esté en la cama a las dos de la madrugada.
Resoplo otra vez, y finalmente, me rindo.
Si sigo pensando en Vittoria Rossetti, probablemente acabaré necesitando terapia. Y además tengo sed. Está justificado que me levante de la cama, ¿no?
Salgo al pasillo sin molestarme en cubrir mi torso desnudo. La mansión está a oscuras y en silencio; no parece haber nadie despierto.
«Seguro que se ha quedado dormida en el sofá», pienso.

«¿Y qué harás, subirla a la cama como un príncipe azul?», me recrimino.
«Ella no es tu responsabilidad».
Obligo a todas mis voces a callarse y bajo las escaleras hacia la cocina. De pronto, oigo un gemido. No muy alto. Pero lo suficiente para que mi cerebro se ponga en alerta.
Me quedo helado en mitad del pasillo, y durante un segundo, mi cerebro baraja la posibilidad de que haya alguien con ella en el salón.
Algo oscuro, rápido y completamente irracional me aprieta el pecho. El pensamiento de que, si otro hombre la estuviera tocando… no saldría vivo de esta casa.
Parpadeo, sorprendido por mi propia reacción, y entro en el salón.
La luz del televisor ilumina la habitación con un tono azulado. Vittoria está sentada en el sofá, con las piernas recogidas, tan absorta como si estuviera viendo un documental marino. Pero, que yo sepa, los delfines no gimen así…
Intento asimilar lo que está viendo.
En pantalla hay dos personas llevando a cabo una sesión de sexo que claramente no pertenece al cine de autor europeo. Es demasiado sobreactuado y explícito para eso.
Cuando Vittoria se da cuenta de mi presencia, se sobresalta de una forma muy graciosa. El mando vuela y se afana por apagar la televisión con la mano.
—¡JODER! ¡Qué susto…! —exclama ruborizada.
Nos miramos. Y veo la vergüenza haciendo estragos en su piel.
Lleva el pelo suelto, una camiseta enorme y esa expresión de niña pillada haciendo algo que no debería.
—¿Qué estás haciendo? —pregunto intrigado.
—Nada… Ver la tele.
Miro el televisor y luego a ella.
—¿Estabas viendo porno? —pregunto divertido.
—No —responde tajante.
El silencio se hace sólido ante la mentira.
—Vale. Sí —añade, encogiéndose de hombros—. No tengo por qué negarlo.
Me apoyo en el marco de la puerta con expresión jocosa.

—Vaya, vaya… ¿Alguien está caliente?
Vittoria se cruza de brazos indignada.
—¡No es eso! Solo es un trabajo de investigación…
—¿Investigación sobre qué exactamente?
Ella me mira como si la respuesta fuera obvia.
—¡Pues sobre sexo! Todo el mundo sabe que no tengo mucha experiencia… Y si es tan importante, quiero saber cómo funciona. Ni siquiera he tenido nunca un orgasmo.
Parpadeo alucinado.
—Perdona… ¿qué?
Vittoria suspira cansada.
—No sé por qué te sorprende tanto…
—¡Porque estamos en la era de la información! —espeto—. Seguro que hay un tutorial en YouTube más apropiado que esto… Además, no has estado con chicos, pero ¿nunca te has… tocado tú sola?
—¡Lo he intentado! ¡Pero mi botón no funciona! —Se endereza con confianza—. Solo intento averiguar dónde está el secreto.
—¿Y crees que así vas a aprenderlo? —me mofo.
—¿Qué tiene de malo?
—¡Estás viendo porno en el salón de tu casa familiar a las dos de la mañana!
—Es una casa enorme. Nadie se enterará.
—¡Yo acabo de entrar!
—Eso ha sido mala suerte.
No puedo evitar reírme. Y ella frunce el ceño. Me choca que no se dé cuenta de lo graciosa que es.
—No tiene gracia —masculla.
—Un poco sí.
Se hace un pequeño silencio y me acerco a ella.
—Y dime… ¿ya has averiguado el truco? —pregunto burlón.
Vittoria entrecierra los ojos enfadada.
—Aún no. Pero lo averiguaré. —La frase suena más honesta de lo que esperaba—. Todo el mundo parece saber exactamente qué hacer… Y sinceramente, no entiendo por qué la gente está tan obsesionada con este tema.
La observo un momento.

No sé qué es. Pero hay algo en su expresión que me ablanda. Este no parece uno de sus juegos. Parece real. Una frustración real y muy humana.
—¿En serio nunca has experimentado un…?
—No —me corta—. Nunca. —Mi sonrisa parece molestarla—. No te atrevas a burlarte o te mataré mientras duermes.
—Solo estoy intentando procesarlo… —digo levantando las manos.
Vittoria suspira. Y me siento a su lado por pura curiosidad.
—Vittoria…, ¿por qué haces esto?
—Porque dentro de un año ya no estaré casada contigo… —me recuerda—. Y cuando eso pase, quiero estar preparada.
—¿Preparada para qué?
—Para el mundo. Para los hombres. Si quiero manipularlos, tengo que entender por qué pierden la cabeza por ciertas cosas…
La observo extrañado de que esté siendo tan brutalmente sincera conmigo. Y sobre todo, de lo adictivo que me resulta.
—Mi cuerpo es mi arma más poderosa —añade cabizbaja—. Y odio no saber usarlo bien. No me gusta entrar en el terreno de juego sin conocer las reglas.
Niego con la cabeza sin pensar.
—Ni tu cuerpo es un arma ni tu vida un juego.
—i¿Ah, no?! Pues yo creo que necesito superar mis inicios de mierda con la sexualidad para poder avanzar y tener el control sobre mi vida.
¿«Sus inicios de mierda»? Supongo que se refiere al abuso que recibió por parte de su padre y su tío. Eso marcaría a cualquiera.
Me alucina que lo admita. Que se muestre vulnerable ante mí. A su vez, está dejando muy claro que quiere control y poder… nos lo avisó desde el principio en aquella discoteca, y ahora no debería sorprenderme tanto, pero lo que realmente me choca es que, por primera vez, estemos hablando sin tapujos, sin coqueteos ni juegos. Como si hubiera tocado fondo y se hubiera rendido conmigo.
Siento un extraño alivio al comprenderlo. Pero también algo de desilusión.
De cualquier modo, esto explica muchas cosas… Por ejemplo, el hecho de que me tratara como a un perro la noche que nos conocimos.

—La noche que estuvimos juntos… —empiezo—, apenas me dejaste tocarte… ¿Fue porque tienes un trauma con los hombres… por lo de tu padre y tu tío?
Sus dedos se tensan sobre la manta y su expresión cambia a una más ruda.
—No mezcles cosas… No sabes nada de mi pasado.
—Las estoy mezclando porque encajan. Esa noche huiste de todas mis caricias… ¿Qué te hicieron exactamente?
Me mira por fin. De forma directa. Con recelo.
—Lo suficiente para que el sexo me dé asco ahora.
Esa información me golpea como un bate de béisbol.
—Pero no lo suficiente para romperme —añade con firmeza.
Y ahí está la Vittoria que conozco. Fiera. Orgullosa. Indomable.
—¿No se lo contaste a nadie en ese momento? ¿Ni a tu madre?
Ella niega con la cabeza.
—Habría sido peor.
—¿Por qué?
—Porque entonces tendría que haber hecho algo. Y eso la habría puesto en un compromiso imposible.
Baja la mirada un segundo.
—Pero siempre he tenido la sensación de que ella lo sabía. No quiero pensar en lo que le harían a ella… sin ningún tipo de restricción. Al menos yo debía permanecer virgen.
Respiro despacio y trago saliva. Ella capta mi compasión.
—No soy una víctima —dice enfadada—. Nunca lo he sido.
No contesto, porque no opino lo mismo. Otra cosa es que no le guste hacerse la víctima. Pero lo es. Otra víctima del patriarcado.
Se hace un silencio más íntimo que cualquier cosa que estuviera ocurriendo en esa pantalla antes.
—Solo quiero entenderlo —dice al fin—. Quiero entender por qué todo el mundo habla del sexo como si fuera una revolución, cuando para mí solo es un castigo.
—El sexo tiene muchas versiones —expongo—. Puede ser bonito, sucio, doloroso, relajante… depende de cómo se haga.
Vittoria me mira pensativa.

—A mí me enseñaron que el sexo era un arma. Una herramienta. Y quiero aprender a usarla antes de que alguien lo use contra mí otra vez…
—En ese sentido el porno no va a enseñarte nada útil.
—Ya, pero es mejor que nada. Estoy sola en esto.
La miro fijamente y no encuentro a la mujer que deslumbró a mis inversores. Ni a la estratega que estudia mafiosos. Ni a la provocadora que mete un pie por debajo de la mesa. Veo a alguien que ha decidido no dejar que sus malas experiencias la definan. Y eso es admirable.
—Te equivocas en una cosa —digo entonces.
—¿En qué?
Me acerco un poco más a ella.
—Tu mayor arma no es tu cuerpo. Es esto. —Le toco la frente con un dedo—. Es tu mente, Vittoria. Tu capacidad para leer el ambiente de una habitación, para anticiparte y hacer que veinte hombres con traje te escuchen sin levantar la voz.
Traga saliva, halagada.
—El problema es que todavía no te has dado cuenta…
Nos quedamos quietos, sintiendo que la distancia entre nosotros es, de pronto, demasiado pequeña.
—No sabía que eras tan buen psicólogo… —murmura.
—No lo soy. Pero tengo bastante claro que ese vídeo no te va a enseñar nada que merezca la pena.
Ella busca mi mirada.
—¿Y dónde se supone que voy a aprender? ¿Hay una escuela donde te enseñen técnicas de seducción o de sexo?
Respiro hondo, porque, de algún modo, siento que le debo al menos consejo.
—La seducción es una cuestión de confianza.
La palabra flota entre nosotros haciendo que una nueva intimidad nos devore.
—Podrías hablar con alguien sobre todo esto… —digo apartando la vista.
—Estoy hablando contigo.
—Me refiero a alguien como Emily. Ella sería mejor opción…

Vittoria se queda pensativa.
—Sí. Emily parece saber lo que se hace.
De pronto, me mira otra vez.
—Aunque, técnicamente, tú también tienes experiencia, ¿no? Podrías ayudarme tú. Enseñarme… Instruirme…
De pronto, algo hace clic en mi mente, y cierro los ojos llamándome tonto en todos los idiomas que conozco. Porque acabo de entender de qué va esto.
—No pienso convertirme en tu tutor sexual —digo con frialdad.
Esa frase hace que la temperatura de la habitación caiga en picado.
—¿Por qué no? Eres mi marido. Es lo mínimo que se espera de ti.
Suelto una risa seca.
—¿Esta puesta en escena era para esto? —digo molesto—. Porque si lo es, está muy bien ejecutada. Te felicito. Es casi perfecta. Joder, por un momento me he creído que era una conversación honesta…
—¿Perdona? —dice ofendida.
La observo un segundo largo en el que ella me mantiene la mirada sin comprender.
—¡¿De verdad crees que soy tan tonto, Vittoria?!
—¡No sé de qué hablas!
—¡Claro que lo sabes! —Me alejo de ella de golpe—. Mis clientes dijeron que tenía suerte de tener a una mujer tan deseable como tú… Y ahora de repente, estás aquí, vulnerable, sin orgasmos, pidiendo que te enseñe.
—¿Y?
Sonrío sin humor.
—¡¿De verdad no ves el patrón?! Debes de pensar que soy imbécil, en serio…
—¡Pues sí! ¡Lo eres! ¡Un imbécil de tomo y lomo que solo dice tonterías!
—Puede. Pero no soy ningún ingenuo.
La miro de arriba abajo y veo que sus ojos brillan de furia.
—Te mereces un Óscar, preciosa…
—¡¿Estás insinuando que todo esto era teatro?!
—Estoy afirmando que casi me trago tu numerito de damisela en apuros, pero no cuela… ¿Cómo puedes ser tan falsa y fría?

—¡No hables como si me conocieras! ¡No sabes nada de mí!
—¡Claro que lo sé! Aún recuerdo cómo me utilizaste en el Lux Noor y recuerdo que ni pestañeaste cuando Marcus te dijo que tu padre había muerto en medio de una discoteca… —sentencio con dureza—. Yo tampoco tenía una relación fácil con mi madre, pero me afectó su muerte. ¡Era mi madre! Pero tú ni siquiera reaccionaste, joder…
Sus ojos son una mezcla de ira e impotencia. Y que no conteste me perturba un poco.
—Sé que eres fuerte, Vittoria —sigo—. Mucho más de lo que quieres aparentar ser. Pero yo tengo más cerebro del que te crees. No soy rico por un golpe de suerte. No he llegado a donde estoy porque sí. Sé captar una estrategia a la legua.
Lo digo, pero siento que no es del todo cierto.
También tuve la suerte de estar en el lugar indicado en el momento adecuado. Pero ahora mismo necesito agarrarme a mi inteligencia con uñas y dientes, porque mi libido está borracha.
La veo caminar furiosa hacia la puerta. Y esa camiseta holgada tan *sexy* , caída por un hombro, parece una puta broma del destino.
Espero a que se gire en el último momento y lo hace. Ya empiezo a conocerla… Más de lo que a ella le gustaría.
—Eres un egocéntrico, Gold. No todo gira en torno a ti, ¿sabes?
—Te lo advertí, Vittoria. No voy a caer en tu trampa otra vez…
Por un momento, su forma de mirarme, tan dolida, me hace dudar de si estoy equivocado. ¡Es tremendamente buena en su papel, joder!
—No todo es una trampa… —susurra resignada.
—En tu mundo, casi todo lo es.
Nos miramos. Orgullo contra orgullo.
—Olvídalo —dice con frialdad—. No necesito tu maldita ayuda.
—Perfecto. Tampoco iba a dártela.
Camina hacia las escaleras sin mirarme y me quedo inmóvil con el eco de lo que no ha pasado agarrotado en mis huevos.
Cierro los ojos con fuerza, y durante un segundo, solo un maldito segundo…, me permito imaginar lo que implicaría aceptar esa proposición indecente. Enseñarla despacio. Sin juegos. Sin estrategias. Hacer el amor y no la guerra.

Respiro hondo, lleno de incomodidad, y me mantengo firme en mi decisión. No voy a dejar que me utilice para ganar poder…
El problema es que una parte muy estúpida de mi cerebro ya está elucubrando cómo habría empezado esa lección…
Y ahora necesito una ducha fría.
Porque si Vittoria Rossetti está jugando conmigo… el mayor problema no es que pueda perder, sino morirme de ganas por ver hasta dónde llega la partida.

CAPÍTULO 14



Entro en el Lux Noor sin detenerme a disfrutar de la familiar elegancia que te golpea nada más pisarlo. No he venido por placer,

sino porque necesito hablar con Marcus antes de que haga una estupidez.
O se me ocurra a mí hacer alguna…
El olor a alcohol caro y decisiones cuestionables me recibe como un viejo amigo. Y, como siempre, también la sensación de que alguien va a salir perdiendo esta noche…
Tras colarme en la zona privada con disimulo, encuentro a Marcus en su despacho privado, revisando algo en el portátil.
Levanta la vista cuando me ve entrar.
—Traes cara de malas noticias. ¿Qué ha pasado? —pregunta sin saludar.
—Todavía no lo tengo claro…
Cierro la puerta y Marcus me observa con esa calma de tipo que lleva demasiado tiempo lidiando con problemas propios como para impresionarse por los ajenos.
—Antes de que me hables de Vittoria —dice premonitorio—. ¿Qué tal te va como líder de los italianos? ¿Alguna novedad?
No es una pregunta para contestar a la ligera. Así que me dejo caer en la silla frente a él.
—Sí. Varias.
La atención de Marcus se activa.
—Empieza por la que me vaya a dar menos dolor de cabeza…
Suspiro y me lanzo. No podemos seguir posponiendo esta conversación.
—La mafia italiana está más débil de lo que aparenta, Marcus. Mucho más.
—Eso ya lo sabíamos.
—No. Sabíamos que la cúpula había caído. Pero ahora estoy viendo la cantidad de grietas que había dentro. Puede que tú disparases el arma, pero esos tíos llevaban tiempo cavando su propia tumba…
Marcus se inclina hacia delante y no necesito oírle decir que siga.
—Los Giovanni están nerviosos —explico—. Los Bardi están esperando que alguien cometa un error. Y los Venturi…
Marcus me mira inquieto.
—¿Qué pasa con los Venturi?
Entrelazo los dedos porque esto es una suposición mía.

—Esos están demasiado tranquilos para ser familia directa…
Nos miramos en silencio y Marcus me entiende sin decir nada.
—Eso no me gusta.
—A mí tampoco. Cuando una organización pierde a su cúpula entera, lo normal es que haya pánico. Presionar por un ajuste de cuentas. Movimientos bruscos…
—¿Y no los hay?
—No como deberían. Es como si ya supieran que iba a pasar.
Marcus asiente despacio.
—Pensemos… ¿quién se ha beneficiado de esto? Mindy no pudo hacerlo sola. Necesitaba logística. Hombres. Protección después.
Aprieto la mandíbula contra mi voluntad. La rabia que siento hacia mi madre a veces hace que me arrepienta de acusar a Vittoria de ser fría con respecto a la muerte de su padre. Su fiel abusador…
—¿Crees que quien ayudó a Mindy sigue dentro? —pregunto.
—No lo creo, lo sé —responde Marcus—. Y quiero descubrirle. Mató a mi padre, David. Y no era el mejor padre del mundo, pero…
—Te afectó mucho —finalizo por él.
Se hace un silencio muy humano. Mucha gente piensa que el Regente es un monstruo sin corazón. Emily la primera. Pero se equivocan. Lo tiene. Si no, yo ya estaría muerto.
—La boda nos dio algo de estabilidad —expongo—. Era necesaria. Pero también ha obligado a quien esté detrás de esto a mover ficha.
Marcus se reclina, pensativo.
—¿Te han presionado a hacer algo?
—No directamente…
—¿Pero?
Lo miro maravillado de que oiga incluso lo que no digo.
—Pero noto sus miradas desconfiadas. He visto movimientos de dinero que no encajan con nada y hay demasiada insistencia en que haga algo para juzgarme y sentenciarme en cuanto la cague.
—¿Y qué vas a hacer?
—No moverme como esperan.
—Explícate.
—Voy a retrasar decisiones. A forzar errores. A observar quién se impacienta… Y voy a asumir que la persona que ayudó a Mindy sigue

respirando y fijándose mucho en mí. Porque quien más ha salido beneficiado de todo esto, si quitas el hecho de que estoy incómodo en mi piel, SOY YO, Marcus…
Mi amigo me mira fijamente.
—¿Y si es alguien que tú conoces? ¿O cercano a Vittoria?
Le sostengo la mirada un segundo.
—Entonces será una lección desagradable…
Marcus entiende exactamente lo que eso significa. Que en mi mundo, las deudas se pagan sin tener en cuenta los apellidos, alianzas familiares o matrimonios que pueda haber. Y yo le debo mucho.
Él me mira agradecido. Casi con admiración. Pero no hay heroísmo en sacrificarlo todo cuando no estás seguro de tener algo que conservar.
—Bien… Ahora cuéntame. ¿Qué te atormenta? ¿Cuál es el último capítulo de la telenovela Rossetti?
Le cuento lo del porno y toda su diatriba estratégica para que la instruya en el gozoso arte de correrse.
Marcus levanta una ceja.
—¿Te ha pedido clases prácticas sobre eso?
—No te rías.
—No me estoy riendo.
Intenta sostener una carcajada, pero no lo consigue.
Me cojo el puente de la nariz mientras suelta una risotada.
—Lo peor es que casi me la cuela con su vulnerabilidad, la confesión, el trauma de su padre… Es una actriz increíble.
A Marcus se le borra la sonrisa.
—Tío… eso no suena a mentira. Esa chica debe de tener un buen trauma después de tantos años privada de contacto.
Aprieto la mandíbula.
—No pestañeó cuando le dijiste que su padre había muerto.
—Eso no significa nada.
—Significa que no es de las que se traumatizan por nada. Es fría, calculadora y cree que soy más tonto que las piedras.
Marcus me mira como si estuviera en desacuerdo conmigo.
—La gente fuerte también tiene heridas, David…
Ignoro ese comentario personal y me aferro a mi versión.

—Yo creo que el numerito del porno fue una puesta en escena para ganarse mi compasión. Para alienarme, hacer que la toque y manipularme a su antojo cuando sea totalmente adicto a su cuerpo…
Marcus suspira sabiendo que no bromeo.
—¿Y si te equivocas con ella?
No respondo.
Porque si me equivoco… tendría un problema serio.
Cambio de tema antes de que el cabrón me obligue a pensar demasiado.
—¿Y tú qué? ¿Fuiste a ver a Emily?
Su expresión se ensombrece al momento.
—Sí… —responde. Pero no añade nada más.
—¿Y?
Marcus se pasa la mano por el pelo.
—Estuvimos hablando y…. no hay nada que hacer. Se acabó.
La frase suena hueca.
—Supongo que tienes razón —sentencio. Él me mira como si le hubiera herido de muerte. Por eso añado—: Al menos, mientras sigas siendo Regente…
Me mira perspicaz.
—Ya. Por eso he dicho que no hay nada que hacer… No puedo dejar esto. Ya lo hemos hablado.
Se hace un silencio pesado.
—Ella no quiere criar a su hijo en medio de cadáveres y yo no quiero que mi hermano se convierta en uno.
No hablo porque no sé qué decir ante eso. Solo lo miro con pena.
Marcus sonríe como puede para quitarle hierro.
—Se me pasará… —dice resignado—. Hay más peces en el mar.
Esa frase es la mayor mentira que he escuchado, pero me callo.
De pronto, Marcus me mira con malicia renovada.
—Ahora que estoy soltero, quizá podría distraerme dándole un par de clases prácticas a tu mujer…
Tardo un segundo en procesar lo que acaba de decir.
—¿Qué?
—Pues eso… Que estoy soltero. Y seguramente lo esté para siempre. Así que… podría hacerle ese favor. Por una buena causa…

Su forma de aguantar la sonrisa me dice que no habla en serio, pero me jode igualmente. Y me jode aún más que me joda.
—No digas tonterías…
Marcus sonríe ampliamente.
—Pero ¿te importaría? Solo quiero saber eso.
—Deja de joderme, White —mascullo mirando hacia otro lado.
Se levanta y noto su diversión exultante. Se lo permito porque es lo mínimo que puedo hacer por su alma en pena.
—¿Sabes lo que creo? —empieza socarrón—. Que te mola esa chica.
—No me mola nada.
—Has tenido una reacción de lo más territorial, Gold…
—No soy territorial. Vittoria no es nada para mí.
—Oficialmente es tu mujer. Con la que duermes cada noche. Y no te ha hecho gracia imaginarme en medio de vuestro colchón…
—Cabrías, te lo aseguro.
—Entonces, ¿no te importa que la lleve al orgasmo, a la pobre?
Intento que los dientes no me rechinen. Pero parece imposible.
—No quiero porque tú amas a Emily. Y no quiero que te rindas con ella. ¡Esperáis un hijo! Y si hicieras algo así, no te lo perdonaría.
—¿Tú o ella? —Sonríe cabrón.
Me levanto y abro la puerta del despacho con demasiada rabia. Estoy dispuesto a irme, pero sin que se note lo que me afecta este tema.
¡¿POR QUÉ COÑO ME AFECTA?!
Lo peor es que sé que está de broma, y aun así no puedo dominar mi malestar.
—Voy a dar una vuelta… Necesito despejarme.
—¿No tienes que volver a casa para fichar? —me pica.
—Hoy no. Ella salía con unas amigas…
—No te metas en líos, Gold. Ya sabes, hay cien ojos sobre ti.
—Haré lo que pueda.
—Si necesitas un desahogo, puedo procurarte intimidad. Ve a la sala Diamond, les avisaré que vas de mi parte. Allí nadie te molestará…
Se que habla de compañía femenina y me lo pienso durante un segundo. Sería agradable… pero me frena lo inevitable que sería pensar en Vittoria después de tantos días aplacando mi instinto por ella.

—No, gracias. Me tomaré algo y me iré a casa. Paso de terminar esposado a una cama de nuevo…
Salgo al pasillo principal del club, oyendo su risa de fondo.
Me dirijo a la barra de la zona italiana, y de pronto, algo me golpea en el estómago.
Es una risa que reconozco. La de mi mujer.
Está en la barra, con un vestido que debería ser ilegal. Es como una jodida camiseta roja de manga larga… solo que termina en un pantalón corto casi inexistente.
Está hablando con un tipo que no me suena, pero es alto, está borracho y está demasiado cerca de ella.
Mi cerebro tarda medio segundo en entender la escena y decidir que el tío está demasiado vivo para mi gusto…
No recuerdo haber caminado hacia ellos. Pero ya he llegado.
—¿Interrumpo? —digo con voz ronca.
Vittoria gira la cabeza asustada, y me mira con los ojos muy abiertos. Luego sonríe para disimular su sorpresa.
—¡Ah! ¡Hola, maridito!
Puede fingir que le encanta molestarme, pero he captado en su mirada que no me esperaba tan pronto. Y eso hace que me cabree aún más.
El hombre me mira acojonado. Observa mi traje negro y mi cara de desayunarme a gente como él todas las mañanas y traga saliva.
—¿Todo bien? ¿Os falta algo? —pregunto pasivo agresivo.
—Todo perfecto. Gracias —responde Vittoria apoyándose en la barra —. Estaba comentando con John que necesito unas clases especiales…
El tipo parpadea acojonado.
—¿Clases de qué si puede saberse?
—De… educación avanzada.
El imbécil sonríe como si no supiera dónde meterse.
—Tendrá que ser otro día —digo agarrándola del brazo—. Ahora tenemos que irnos.
—No puedo. Estoy ocupada. —Intenta soltarse de mí.
—No lo estás.
—Claro que sí —Forcejeamos con disimulo como dos idiotas.

Se vuelve hacia el tipo.
—Estábamos hablando de química, ¿verdad?
El tipo carraspea incómodo al notar mi furia.
—Yo… no sabía que estaba casada. Te lo juro…
—Eso es solo un detalle insignificante —responde ella con ligereza—. ¿Verdad, maridito?
—Ya es suficiente, Vittoria… —susurro cerca de su oreja.
—Será para ti. Se trata de mi vida. Tú haz lo que quieras y yo haré lo mismo. Ahora soy libre, y no voy a dejar que seas mi cárcel.
La frase es un cuchillo en las tripas.
—Esto no es un juego… —mascullo enfadado.
—Claro que lo es. Todo lo es. Sobre todo contigo.
—Eres mi mujer y no voy a tolerar que te vean con otro.
Ahí está. La respuesta que buscaba. Esto no es amor, es orgullo.
Marcus aparece por detrás de mí. Está claro que el mamón me ha seguido por las cámaras. Y viene sonriendo como si esto fuera una maldita comedia.
—¿Qué me he perdido, señores?
—Nada… —gruño.
Vittoria lo mira aliviada.
—¡Regente! Gracias a Dios… ¿Puedes explicarle a mi marido que en este club se permiten infidelidades discretas?
Marcus sonríe perverso, más Regente que nunca.
—Esto no tiene por qué ser una infidelidad. Podéis jugar juntos o con más gente. Participar en orgías está incluso bien visto… Es símbolo de un matrimonio unido.
Veo en su cara que se está divirtiendo demasiado. Ojalá Emily se eche novio pronto y sufra lo indecible.
—Vittoria… —pronuncio su nombre—. Nos vamos. Ahora.
—No soy de tu propiedad.
—No, pero estás haciendo el ridículo. Intentas ponerme celoso y que acceda a ayudarte, pero la verdad es que si dejara que te llevases a este tío a una sala, no podrías asumir las consecuencias…
Noto cómo la frase la hiere. Su cara lo refleja.
—Puede… —admite en voz baja—. Pero tú me negaste la ayuda, así que la busco donde puedo.

—Esto no es buscar ayuda, esto es provocarme directamente…
—¿Y funciona?
La sangre me hierve y Marcus interviene más serio.
—No discutáis más…
Miro alrededor y las miradas empiezan a ser evidentes. No nos conviene montar una escena y demostrar debilidad al enemigo.
—Adiós, Regente —zanjo agarrando a Vittoria y pegándola a mi cuerpo de forma exagerada. Y esta vez no he sido suave.
Vittoria me mira asustada.
—Bueno, ¡encantada…! —Le sonríe al tipo mientras la arrastro a la fuerza.
Salimos del club y la llevo hasta el coche sin hablar. El silencio entre nosotros es eléctrico.
—No te tenía por un hombre de cromañon —dice ella al fin.
—Estás jugando con fuego, querida. Y al parecer no sabes distinguir cuándo quema de verdad…
—¡Solo estoy intentando vivir un poco!
—¡¿Besándote con desconocidos?!
—Todavía no he besado a nadie.
—¡Porque he aparecido! ¡Pero ese tío estaba a punto de comerte la boca, delante de testigos! ¿Es que no tienes una jodida idea buena?
—¡Pues no! ¡Por eso necesito aprender!
—Hay cosas que no pueden enseñarse… Y el sentido del honor es una de ellas. Es horrible lo poco que te respetas a ti misma, pero a mí sí vas a respetarme.
La meto en el coche de mala manera, le abrocho el cinturón como si fuera inútil, y doy la vuelta para subirme por el otro lado.
Estoy tan enfadado que no me apetece discutir más. A ella parece que tampoco, porque está girada hacia la ventanilla. Pero al parar en un semáforo, la miro de reojo.
Y entonces lo veo. Son lágrimas. Y no de rabia. De tristeza.
¡Maldita sea…!
No digo nada, porque se me forma un nudo horrible en el estómago. Yo no soy de hacer llorar a las chicas. Eso jamás ha entrado en mis planes.

Cuando llegamos a la mansión, la puerta se abre antes de que la toquemos.
Su madre está allí sin perder el más mínimo detalle de la escena. Registra los ojos acuosos de su hija y luego observa mi mirada culpable.
—¿Qué ha pasado?
Vittoria no responde y desaparece escaleras arriba con rapidez.
Su madre me estudia como si fuera un juez de paz.
—¿Llora por ti? —pregunta en voz baja.
No sé qué responder ni adónde mirar. Porque no es por mí, pero supongo que sí soy el culpable.
Su madre, desaparece en su búsqueda y me quedo solo en el vestíbulo. Escucho cómo Vittoria sale de nuestra habitación y esquiva a su madre para encerrarse tras otra puerta del ala opuesta de la casa.
Joder… Me recuerdo a mí mismo que esto no es un matrimonio de verdad.
Pero cuando la vi en esa barra… No pensé en alianzas, manipulaciones ni en el equilibrio de la mafia italiana. Pensé en violencia pura y dura… Quería arrancarle los ojos a ese hombre. Y la boca. Y todo con lo que se atreviera a mirarla o tocarla.
Y eso no es racional. Es algo mucho más primitivo… Algo incomprensible de lo que me avergüenzo enormemente.
Hago tiempo en la cocina, y más tarde, subo las escaleras rumbo a nuestro dormitorio con algo parecido a la esperanza. Pero está vacío.
Me tumbo en la cama en silencio y una extraña sensación se apodera de mí. La ausencia. Una ausencia que se acusa en su hueco vacío, en su almohada intacta y en el frío de las sábanas…
Trago saliva. ¿Qué leches me pasa?
¿Qué ha cambiado?
Me paso una mano por el pecho, intentando convencerme de que tan solo es orgullo herido, ego masculino y territorialidad absurda.
Cualquier cosa menos a lo que empieza a parecerse…
Respiro hondo y entiendo algo que no me gusta nada.
El problema no es Vittoria Rossetti.

El verdadero problema… es que empiezo a sentir algo que no puedo permitirme.

CAPÍTULO 15



EMILY

Poco se habla de lo que se siente cuando te independizas. Crees que adorarás la paz, la calma y no discutir con nadie, pero días después, te sorprendes pensando: «Eco, ecooo».

Estoy sentada en el sofá con una manta sobre las piernas para sentirme un poco arropada. No es que haga frío, pero a veces el cuerpo se destempla cuando la cabeza y el corazón no se ponen de acuerdo, y no hay manta que arregle eso.

De pronto, mi móvil suena y en la pantalla aparece el nombre de Ava. Me pongo tan nerviosa que tardo más tiempo de lo normal en cogerlo.

—¡Dime que estás viva! —exclamo en cuanto descuelgo.
—No, te llamo desde el mas allá —bromea. Y respiro aliviada.
—¡Por Dios, Ava! ¡¿Estás bien?! ¡Pensaba que nunca más volvería a saber de ti! ¡Te mandé un *email* !
—Lo siento, han sido unas semanas muy movidas… ¿Tú cómo estás? ¿De verdad cortaste con Marcus? ¿Qué ha pasado? Y no me des una explicación emocional. Quiero hechos.
¿Quién necesita una terapeuta teniéndola a ella?
Ava es capaz de hacerte llegar al quid de la cuestión de tus problemas en dos minutos, cuando a un profesional le costaría horas y horas de consultas con preguntas no invasivas.
—Los hechos son que se ofreció a casarse con Vittoria por el bien común… —expongo.
—Y tú preferías que se abriera la camisa y dijera que prefería morir antes que hacerte eso, ¿no?
No contesto porque no podría haber dado más en el clavo.
No es que esté orgullosa de sentirme así. Y no voy a entrar en si es racional o no. Pero es doloroso comprobar que nunca eres la prioridad de un hombre por el que te sacrificarías sin pensarlo dos veces.
Algo en mi sentido común me dijo que amarle así era tóxico e injusto. Y que tenía que alejarme de él, porque iba a acabar mal. Pero aquí estoy: preñada y sin novio. La profecía se ha cumplido.
—Te conozco, Em —dice Ava—. Y te diré que haces bien. Porque alguien como tú no se merece menos que ser elegida sobre todas las cosas del universo.
Sonrío con tristeza.
—Lo mismo digo. Por eso me gustó que Nick huyera de la boda por amor. Tú lo merecías.
—Sí… fue precioso… pero cada decisión tiene una consecuencia. Y no hablo de los remordimientos de Nick por dejar tirado a su hermano, aunque supiera que Vittoria arrastraría a Gold al altar de un modo u otro, sino del peligro que corremos ahora… Nos han atacado, Emily. Casi incendian la casa con Megan dentro.
—¡¿QUÉ ACABAS DE DECIR?! —chillo.
—Lo que has oído…

—¡JODER! ¡¿Estáis todos bien?!
—Sí, pero me he dado cuenta de que el romanticismo muere en cuanto los pulmones se te llenan de humo… —dice irónica—. Me he llevado a Megan a un lugar seguro por ahora y le he dicho a Nick que necesito tiempo hasta que todo esto se solucione.
—¿Qué dices…?
—Digo que el amor no lo puede todo, Em… —Intenta aguantar las lágrimas, pero fracasa.
Oír a Ava en ese estado me parece preocupante. Es como si no fuera ella misma. Al menos, yo sigo conservando mi vida y me siento a salvo. Porque mi instinto me puso a salvo a tiempo…
—Pero dejemos de hablar de Nick. ¿Tú cómo estás? —pregunta.
Miro alrededor del salón, como si la respuesta pudiera estar por encima de algún mueble.
Me acomodo en el sofá y dejo que las palabras salgan despacio.
Le cuento la visita de Marcus. El beso. Y el mayor problema…
—Vino a pedirme que no le apartara de la vida del bebé…
—¡¿Qué bebé?!
Hay un silencio largo al otro lado de la línea.
—¡¿Estás embarazada?!
—Eh… Sí.
Ava tarda unos segundos en reaccionar.
—¿Y Marcus lo sabe?
—Ahora sí.
—¿Y todavía no te ha secuestrado?
La pregunta me hace sonreír. Aunque no debería.
—No. En ese sentido, W está madurando…
—¡¿Y qué vas a hacer, Emily?! ¿Lo vas a tener?
Miro mi vientre sin darme cuenta.
—No lo sé… —digo con más fragilidad de la que me gustaría—. Por un lado, creo que es mala idea…, y por otro…, siento que no puedo plantearme no tenerlo.
—Claro que puedes —dice Ava firme—. Es una decisión que no debes tomar sintiendo que no puedes evitarla. ¡Debes tomarla porque quieres hacerlo!
Asiento, aunque no pueda verme.

—¿Tú qué harías, Ava?
—Soy la persona menos indicada para responderte a eso. Solo puedo decirte que tendrás que vivir con tu decisión el resto de tu vida. Para bien o para mal.
Me quedo en silencio.
—Gracias… —murmuro.
—No dejes que nadie te diga lo que debes hacer. No lo hagas pensando en Marcus. Ni en el club. Ni en nadie más que en ti misma. Pregúntate qué quieres tú.
Lo pienso un segundo.
—La verdad es que no lo sé… Estoy tan perdida, Ava. Te echo muchísimo de menos.
—Yo también. Cuando sepa qué voy a hacer con mi vida, volveré a llamarte. Mientras tanto, cuídate mucho, por favor.
—Tú también.
—Y cuando decidas lo del bebé…
—Serás la primera en saberlo por *email* —termino la frase.
Colgamos tras muchos besos y el silencio vuelve a apoderarse de la casa. Creo que voy a comprarme un loro o algo así…
Por suerte, mi teléfono vuelve a sonar y esta vez es Vittoria. Antes de cogerlo, rememoro todo lo que hablamos cuando se plantó en Gold Group hace unos días y no puedo evitar sonreír.
Cuando nos fuimos a tomar un café, se quedó unos segundos mirándome como si estuviera calibrando si podía confiar en mí.
—¿Qué tal es mi marido como jefe? Tranquila, no voy a contarle nada de lo que me confieses. Te lo juro. Puedes ser sincera.
—Gold es un buen tipo. Y creo que eso se extiende a todas las facetas de su vida.
—Menos a la de marido… —musitó tomando un sorbo de café.
—Bueno… ¿qué esperabas? Me enteré de lo que le hiciste… Marcus fue quien lo encontró atado. Y pasarán años hasta que deje de burlarse de él. Si es que alguna vez deja de hacerlo…
—Ya, bueno… Me esperaba su hostilidad. Lo que no esperaba era… enamorarme de él.
La forma en que lo dijo fue tan directa que me descolocó por completo.

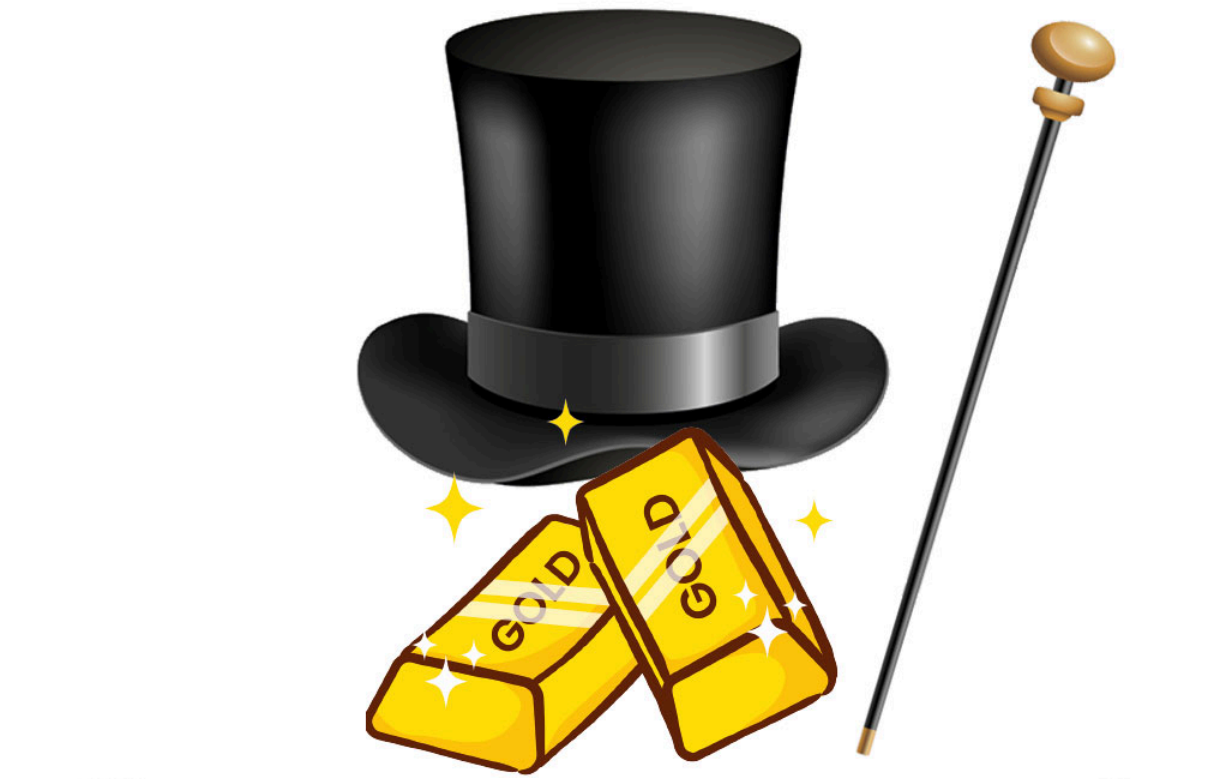
—¿Qué acabas de decir?
—Sé que es ridículo… —Se detuvo como si sus sentimientos le pesaran—. Pero es tan… adorable. Y que use el humor hasta cuando está sufriendo es algo que me encanta. Y lo que dices, es muy buen tío porque… ¿quién se casa con su enemiga solo para hacerle un favor a un amigo? Creo que ese gesto hizo que me enamorara de él definitivamente. Y también lo bien que se ha portado conmigo desde la boda. Ahora no sé qué hacer, porque él piensa lo peor de mí y yo… yo no tengo experiencia seduciendo a ningún ser vivo…
—Guau… eso es…
—Patético. Lo sé —suspiró Vittoria.
—Iba a decir… rápido. Puedes decir que te gusta, pero el amor llega con el tiempo. Tampoco lo conoces tanto…
—Ya, pero veo la forma en la que trata a la gente, y cómo intenta hacer lo correcto incluso cuando nadie se lo pone fácil… o cómo me mira cuando dormimos juntos. Cómo me respeta. Cómo es incapaz de guardarme todo el rencor que le gustaría… Es fácil volverse loca por él. No es como ningún otro hombre que haya conocido.
Sonreí sin poder evitarlo, como buena romántica.
—No, la verdad es que David es un amor.
—Y guapísimo. Esos ojos, ese pelo, ese porte… ¡Es un derroche genético de la naturaleza!
Me eché a reír porque Vittoria era muy expresiva. Tenía ese espíritu de chica rebelde que no teme ser incorrecta ni mostrar sus sentimientos. Y lo cierto es que también era muy fácil conectar con ella.
—El problema es que él me odia, Emily —dijo tapándose la cara con las manos.
—No creo que te odie.
—Créeme. Me odia. Ya has visto la cara que ha puesto al verme aquí. Me quiere lejos de él. Y yo solo quiero que me abrace…
Me contó cómo había intentado acercarse a él y cómo todo terminaba siempre en discusiones o sarcasmos por su parte.
Y cómo, aun así, sentía que había algo entre ellos.
Algo que Gold se negaba a reconocer.

Yo la escuché con la atención de una romántica incurable, porque cuando alguien habla así de otra persona, es difícil no creerlo.
El tema del enamoramiento me parecía prematuro, como si intentara disfrazarlo de estrategia, pero había algo en su forma de hablar de él que dejaba entrever que lo pensaba de verdad.
—¿Qué quieres que haga yo exactamente? —le pregunté al final.
Vittoria dudó un segundo.
—Ayudarme.
—¿A qué?
—A conquistar a tu jefe.
—Eso parece el título de una novela *chicklit* —me burlé.
—Puede serlo. Pero al revés, porque ya estamos casados.
Se inclinó hacia delante y me miró fijamente.
—Tú lo conoces mejor que yo. ¿Cómo podría cambiar de opinión sobre mí?
La miré unos segundos pensativa en modo @MalditoJefe.
—Esta noche tiene una cena con unos inversores nuevos.
Sus ojos se iluminaron.
—¿Va acompañado?
—Todos van acompañados —respondí—. Y Gold suele llevar… amiguitas.
Vittoria arqueó una ceja.
—¿Amiguitas?
—Sí. Amigas con derecho a roce.
Ella abrió la boca, escandalizada. Y celosa.
—Pues creo que esta vez debería llevar a su querida esposa —dijo vengativa—. El ego masculino es mucho más fácil de manipular cuando tiene público…
La idea me pareció perfecta. Elegante. Infalible. Si David la veía en otro ámbito que no fuera su casa, podría obrarse el milagro.
—Te ayudaré —le dije—. Ahora, cuando volvamos a verle, sacaré el tema. El resto es cosa tuya. Tendrás que elegir un vestido que los deje a todos sin habla. Y hacer que todo el mundo te desee en esa cena. Incluso él.
—¡VIVA! ¡Te lo agradezco mucho, Emily!

En ese momento pensé que quizá el matrimonio más absurdo de Boston podría terminar siendo una gran historia de amor.
Y con eso en la cabeza, vuelvo al presente y descuelgo.
—¿Vittoria?
—Emily… Hola… —Su voz suena distinta. Ya no es el duende alegre que me guiñó un ojo al despedirnos.
—¿Qué ha pasado? —pregunto intrigada.
—He cometido un pequeño error de cálculo…
—¿De qué tipo?
—Del tipo… «mi marido casi mata a alguien en un club por intentar ponerle celoso».
Cierro los ojos.
—Por favor dime que no hablas del Lux Noor.
—Hablo del Lux Noor.
—¡Vittoria…!
—Lo sé, lo sé… No ha sido mi mejor jugada estratégica. Pero tuve mi minuto de gloria cuando casi le explota la vena del cuello.
—¿Qué pasó exactamente?
—Que intenté provocar una reacción en él, coqueteando con otro.
—¿Y?
—La tuve… Pero no fue la que quería. Marcus tuvo que acabar mediando entre ellos. Pensaba que lo mataba allí mismo.
No puedo evitar sonreír porque me suena.
—Eso suele pasar cuando intentas manipular a hombres orgullosos… y les das donde más duele.
—¿Tú sabes lo difícil que es ese tipo de hombres?
—Sí. Hice un curso acelerado con Marcus.
Se hace un pequeño silencio.
—Emily…
—¿Sí?
—Creo que lo he estropeado todo. Discutimos y fue… horrible.
La frase está empapada de una pena sincera.
—Bueno… te has saltado sus reglas de honor.
—¿Y eso es muy malo?
—Con Gold, sí. Ese hombre puede perdonar casi todo… excepto sentirse traicionado.

—¿Y ahora qué hago?
Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá porque, aunque Vittoria no lo sepa, llevo días pensando en ellos.
—Depende… —digo—. ¿Estás dispuesta a intentarlo todo?
—¡Claro! De cabeza.
—¿Incluso si te hace sentir completamente vulnerable?
—No soy una persona vulnerable.
—Precisamente por eso podría funcionar.
Se hace un silencio al otro lado de la línea.
—Emily… me estás asustando un poco. ¿Cuál es tu plan?
Sonrío maquiavélica. A veces, el fin justifica los medios, ¿no?
—Seducirlo no va a funcionar. Tienes que sorprenderlo.
—¿Cómo?
—Haciendo algo que nunca esperaría de ti.
—¿Algo como qué? —pregunta Vittoria perdida.
Sonrío para mí misma. Porque la idea es arriesgada. Pero… soluciones desesperadas requieren medidas desesperadas.
—Tiene que ser algo que atraviese todas sus defensas de golpe.
—Emily… no te pillo. No fui la más lista de mi clase, la verdad.
—Tienes que confiar en mí. Si estás dispuesta a todo, tengo una idea que Gold no podrá ignorar.
—Dime cuál.
—No quiero decírtela por teléfono. Mejor quedamos y así te convenzo de ello cuando empieces a gritarme que estoy loca.
—Hecho.
Quedamos en vernos esta misma tarde y colgamos.
Pocos segundos después, el silencio vuelve a mi hogar. Pero ya no es incómodo.
Porque es de antes de que alguien haga algo completamente insensato o completamente valiente.
Y curiosamente, en esta vida, a veces ambas cosas son exactamente lo mismo.

CAPÍTULO 16



Soy el último en irme de la oficina.
Y no porque tenga trabajo urgente que atender, lo que tengo es un matrimonio incómodo, una mujer impredecible y cero ganas de coincidir con ella después del espectáculo de anoche en el Lux Noor.
Así que hago lo que cualquier hombre racional haría en mi situación, esconderme detrás de un ordenador.
He pasado el día entre informes, contratos y un par de llamadas que probablemente podrían haber esperado a mañana. Y ahora que levanto la vista del portátil, el edificio está prácticamente vacío.
Perfecto.
Eso significa que Vittoria ya habrá cenado. Y que, con un poco de suerte, estará durmiendo en esa habitación del ala opuesta donde decidió instalarse anoche después de que estallara esta guerra doméstica.

Al llegar al coche, reviso el móvil. Tengo tres mensajes de Marcus a horas distintas.
«¿Sigues vivo?», «¿Qué tal la convivencia?», «Si no contestas, empezaré a pensar que Vittoria te ha asesinado».
Resoplo y tecleo una respuesta rápida. «Sigo respirando».
Cuando llego a la mansión, no hay ni rastro de mi mujer. La cena está servida en la cocina, tapada con una campana metálica que alguien ha dejado preparada para mí.
Caliento la comida sin demasiadas ganas mientras reviso de nuevo el teléfono.
Nada nuevo. Ni de Marcus. Ni de Vittoria. Ni de nadie.
Me sorprende lo fácil que sería acostumbrarme a esta calma…
Sin provocaciones. Sin discusiones. Sin vestidos imposibles ni miradas desafiantes. Solo paz.
«Y soledad…».
Termino de cenar y subo las escaleras sin saber qué esperar.
Mi cerebro intenta convencerme de que poner distancia con ella es lo mejor. Que Vittoria durmiendo en otra habitación debería ser un alivio para mí, porque un matrimonio falso funciona mucho mejor cuando no hay… «complicaciones físicas».
Abro la puerta de nuestro dormitorio esperando encontrar una cama vacía demasiado grande. Pero esta vez… no está vacía.
Me quedo inmóvil en la puerta ante la imagen. Y tardo un momento en entender lo que estoy viendo. Una vez lo asimilo, la situación no mejora en absoluto.
Porque Vittoria está tumbada en la cama, desnuda… y atada.
—¿Pero qué coño…?
Tiene las muñecas sujetas al cabecero con algo que parece una corbata y las piernas separadas, con las rodillas descansando sobre el colchón en forma de mariposa. Es decir, exponiendo totalmente su…
Pero lo peor es la expresión de su cara…
Dios…
Es una mezcla de desafío y terror que me impide dar marcha atrás, cerrar la puerta y salir del maldito estado de Massachusetts.
—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunto casi enfadado por azotarme con la imagen de su sexo… totalmente a mi disposición.

Ella traga saliva antes de hablar.
—Estoy intentando arreglarlo.
—¿Arreglar qué?
—Lo que te hice. Sé que nunca vas a perdonarme por atarte en el Lux Noor, así que… ojo por ojo.
La garganta se me cierra al entender el gesto.
—¿Esto te parece una disculpa normal?
—Yo nunca he sido muy normal, así que…
Suelto una risa incrédula.
—Es lo único sensato que te he escuchado decir.
Vittoria me mantiene la mirada mientras avanzo hacia ella tras cerrar la puerta.
—Cierra las piernas, por favor —mascullo sin mirar hacia la zona cero —. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así?
—Emily me dijo que si quería atravesar tus defensas tenía que sorprenderte y humillarme.
—Emily está loca de atar —replico—. Por eso hace tan buena pareja con Marcus, supongo.
No debería acercarme más. Ni siquiera debería mirarla, pero mi cuerpo tiene otras opiniones y ella no parece dispuesta a claudicar.
Camino hasta el borde de la cama sin terminar de creérmelo.
—¿Y tu brillante plan era… que yo te encontrara así?
—Sí.
—¿Con qué fin? —formulo.
Y mis ojos viajan sin permiso hacia sus pechos perfectos, que suben y bajan, víctimas de su respiración irregular.
Son tan perfectos que me da un pequeño mareo. La boca me sabe a metal, una reacción a menudo asociada con el vértigo. El vértigo de lo que tengo ganas de hacer…
Ella me mira intensamente como si captara lo que provoca en mí.
—Puedes hacer lo que quieras conmigo… Soy tuya.
El desafío es firme, pero el temblor de su cuerpo lo desmiente.
La observo unos segundos más y entiendo que esta situación le está generando muchísima ansiedad.
Vittoria nunca admitiría que tiene un trauma. Y creo que es hora de demostrárselo…

—¿Estás segura de esto? —pregunto cambiando mi mirada a una de depredador. Me siento en la cama con una calma inusitada y su patente nerviosismo alimenta mi hazaña.
—Sí… —dice con un hilo de voz—. Necesito que me perdones. Y si esto es lo que hace falta…
La mentira se filtra a través de sus pupilas dilatadas. Y no me queda más remedio que tomar una decisión.
Paso el dedo por la corbata que sujeta su muñeca, reconociendo que es una de las mías, y compruebo lo bien atada que está. ¿Quién lo habrá hecho?
—Podría aprovecharme de ti si quisiera… —planteo.
—Es lo que quiero. Ojo por ojo.
—Podría hacer cosas de las que luego no podrías quejarte…
—También lo sé —musita intentando fingir seguridad. Confiando ciegamente en que no haré nada que la perturbe. ¿Tan bueno cree que soy? ¿O tan malo en la cama?
La observo de nuevo. Y cuanto más lo hago, más me molesta la ropa en ciertos sitios. Soy un hombre. Y no soy de hielo. Y Vittoria es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.
—¿Y aun así quieres arriesgarte…?
—Sí —responde cabezona.
Como castigo, acerco una mano a su rodilla y dejo que el dorso de mi dedo acaricie la parte interna de su muslo de manera ascendente.
Ignoro cómo sus ojos se abren de par en par y su respiración se convierte en un jadeo. La tensión entre nosotros es casi física. Pero no me echo atrás.
—Vittoria… Esto no es seducción, es una declaración de guerra.
Ella deja de respirar cuando llego a su ingle y se mantiene quieta como una presa esperando el golpe mortal.
Mi mano se detiene y juro que siento cómo mi sistema circulatorio se vuelve loco intentando bombear sangre hasta donde nunca ha llegado.
—Pues sal de la trinchera y aprieta el gatillo de una vez —me reta.
Su obstinación me crispa hasta un punto inhumano.
Me gustaría gritarle que soy muy consciente de que está a punto de darle un infarto. Y me dan ganas de dejarme llevar hasta que me

suplique que pare.
Pero el miedo en su mirada me lo impide.
Acaricio su brazo, su hombro, su clavícula… y cuando mi dedo se desliza entre el hueco de sus pechos, su respiración se acelera.
—Relájate… —murmuro.
—Estoy relajada —dice apenas sin voz.
Otra mentira. ¿Por qué es tan kamikaze?
Estrujo uno de sus pechos con suavidad y la reacción es inmediata. Se queda rígida, como si acabara de pegarle en vez de mostrarle cariño.
Mi pulgar tortura su pezón mientras no dejo de masajear su pecho.
Está tan tensa que parece a punto de romperse.
—Tu aversión al sexo no se va a curar sola, Vittoria…
Ella no responde. Y yo intento controlar lo que supone para mí estar haciendo esto por los motivos equivocados.
Aguanta mis caricias como una jabata y me planteo acercar mi boca a uno de sus pechos, pero eso sería demasiado peligroso para mí. Sería bordear un abismo del que quizá ya no podría salir.
Tengo que llevarla al límite y demostrarle que este no es el camino.
Cuando mi mano baja a su cintura, Vittoria se permite soltar el aire que estaba reteniendo.
Me acerco despacio a su ombligo y sigo bajando hasta llegar a su monte de Venus que, para mi desgracia, no tiene un miserable pelo.
—Esto es lo que quieres, ¿no? —pregunto esperanzado de que se eche atrás.
—Sí —vuelve a mentir. Pero su voz ya no suena tan segura.
Merodeo por los alrededores de su sexo con las yemas de mis dedos, por la ingle, por el muslo, por su vientre… y me acerco a su cara lo suficiente para que note mi aliento en la piel.
—Podría continuar… y nadie osaría entrar en la habitación para ayudarte cuando comenzases a gritar.
Sus ojos empiezan a perder el desafío.
—Podría ignorar que estás temblando y demostrarte exactamente por qué no deberías provocar a hombres desconocidos en bares…
La veo tragar saliva con los ojos vidriosos.

Me desgarra y a la vez admiro cómo su orgullo lucha contra sus miedos.
Pero solo es una chica temeraria que no sabe la suerte que ha tenido de dar conmigo y no con otra clase de hombre…
No obstante, quiero darle una lección. Aunque sea dura. Y me cueste cara a mí también. Porque apenas puedo soportar la forma en la que su cuerpo responde a mi toque, con una entrega involuntaria tan húmeda y real… que me trastorna un poco más cada segundo que pasa.
—Y creo que lo voy a hacer. Porque es lo que te mereces…
Empiezo a desabrocharme el pantalón con cuidado y espero el grito que ponga fin a esto. Pero no lo hace.
Después pienso que si ve mi miembro más que dispuesto a ensartarla, provocándole un dolor indecible, se rendirá por fin.
Así que procedo a desnudarme del todo y suelto un gemido de alivio cuando libero mi erección y la acaricio con suavidad.
El pobre tampoco sabe que aquí no va a pasar nada. La única que parece tenerlo claro es mi mente. Y está cerca de perderse ante tanta atracción.
Me quito la camisa para darle tiempo a razonar. A elucubrar. A decidir si va a soportarlo. Pero parece estar en *shock* , sufriendo una batalla mental entre su cuerpo, su mente y su corazón.
Tiene la vista fija en mi dureza, como si su mente estuviera intentando decidir si es una amenaza… o algo que desea de verdad.
Puedo sentir cómo su cuerpo se revela. Sus pezones en punta, su incapacidad para frenar los temblores de sus piernas, sus jadeos silenciosos escuchando gritar a su corazón mientras revive sus recuerdos, y su cabeza perdiendo la capacidad de hablar para poner orden.
—Quizá hoy te duela menos —digo frío—. Porque tu cuerpo lo está deseando aunque no lo creas. Mira esto…
Mi mano viaja hasta su entrepierna, y hago una ligera incursión entre sus húmedos labios.
Está tan resbaladizo que mi mente se nubla por un momento y siento un latigazo en la polla que me demuestra lo cerca que estoy de dejar de ser razonable.

—Joder… —gimo—. Vas a lamentar habérmelo pedido, nena…
Cuando me muevo sobre el colchón y tiro de sus piernas casi enfadado, mi mirada no miente. Porque ya no consigo diferenciar entre lo que es ficción y lo que no.
¡¿CÓMO ES POSIBLE QUE VAYA A DEJARSE?!
«Ahora vas a tener que hacerlo, campeón», oigo dentro de mí.
«¡Sí, hazlo, joder! ¡Ella te lo ha pedido! ¡¿A qué esperas?!».
Me quedo paralizado porque si doy un paso más, creo que no voy a saber parar. La miro una última vez, esperando que diga algo. Pero no lo hace.
En cuanto me muevo una milésima, no sé ni con qué intención, la oigo gritar.
—¡Espera…!
El corazón me da un vuelco y doy gracias a Dios internamente.
—Para… —gime apenas sin voz—. No lo hagas, por favor.
Lo dice tan bajo que me compunge. Es como si hubiera ido a buscar el sonido a las profundidades de su alma.
No me muevo enseguida, porque necesito que lo entienda.
—Pensaba que esto era lo que querías…
—No… Yo… —Su voz se rompe y las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas—. ¡Desátame…! —Cierra las piernas y lucha por soltarse con desesperación.
Y ahí está. La verdad. El miedo real.
Me bajo de la cama como si quemara y la suelto inmediatamente.
En cuanto la libero, se cubre con la sábana haciendo aspavientos y respirando como si hubiera corrido una maratón.
Me quedo mirando cómo se hace una bola y llora en silencio. La lástima me quema las entrañas, pero creo que necesitaba tocar fondo con el tema.
—Espero que hayas entendido que tienes un problema, Vittoria. Y que no puedes ir por ahí forzando situaciones, esperando que tu cabeza lo arregle todo. Los traumas no funcionan así.
—Déjame sola —dice simplemente. Y me afano en vestirme rápido. Pero no resulta fácil con lo sudado y excitado que sigo.
—Busca ayuda, Vittoria —añado—. Y no vuelvas a hacer algo así nunca más. Con nadie. Porque los demás no serán tan considerados

como yo…
Ella no responde.
Salgo del dormitorio y, en cuanto cierro la puerta, apoyo la espalda contra ella para respirar hondo.
Porque acabo de darme cuenta de una verdad funesta: que no soy tan buen hombre. Porque me ha costado horrores parar.
HO-RRO-RES.
Me paso la mano por la cara y admito que tengo un problema. Y ese problema se llama Vittoria Rossetti.
Mi teléfono vibra en el bolsillo salvándome de pensar en una atrocidad.
Mi madre tenía razón… ¿Y si de verdad lo llevo en la sangre?
Miro la pantalla y veo que es un mensaje de Marcus.
Solo es una frase: «Tenemos un problema».
Y mi estómago me dice que lo peor de la noche está por llegar.

CAPÍTULO 17



VITTORIA

No quería levantarme de la cama hasta que David se fuera a trabajar. Le di órdenes a mi espía con delantal, de que cuando abandonara la casa, me avisara. Y hace un momento, ha entrado en la habitación con ese silencio respetuoso que usan las personas que saben que algo no va bien, pero no quieren preguntar.

—El señor Rossetti ya ha salido hacia la oficina.

Estoy a punto de reírme al oír el nombre. Porque para ella es ese y para mí era el estúpido de Gold. Pero en estos momentos, es mi ángel de la guarda… Alguien que anoche me protegió de mí misma.

—Gracias, Loren.

Cuando se va, me quedo unos segundos más tumbada mirando el techo y recordando el desastre que aconteció en este mismo colchón. La forma en que me miró… Cómo me tocó. Y cómo paró…

Cierro los ojos un momento.

No sé qué me molesta más, que haya detectado mis grietas o que tenga razón.

Me levanto antes de que mi cerebro empiece a analizarlo demasiado. No tengo tiempo para crisis existenciales, ahora mismo tengo un problema mucho más práctico: Lucio.

Un jefe mafioso que espera resultados. Y al que le debo demasiado como para fallarle. Pero debo comunicarle que ni los tengo ni los voy a tener. La guerra ha terminado y he perdido.

El plan era sencillo sobre el papel: ganarme su confianza y convertirlo en un títere dentro de su propio imperio. Tener acceso a información e influencias para mejorar las cosas. Pero Lucio quería su parte del pastel. Y yo quería seguir viva…

Me arreglo un poco y dos horas después estoy entrando en el lugar donde siempre encuentro a Lucio, su restaurante. Su bastión.

El lugar está lleno de gente que cree que está comiendo en uno de los mejores locales de Boston de comida italiana.

Lo que no saben es que el verdadero negocio no ocurre en el comedor, sino en el despacho del fondo. O quizá sí lo sepan y por eso les gusta venir aquí.

Cruzo la cocina sin que nadie me detenga porque el personal me conoce y sabe que no debe hacer preguntas.

Lucio está donde siempre, sentado en su mesa, revisando unos papeles como si fuera un empresario respetable. La diferencia es que él no da segundas oportunidades. Si no eres útil, te convierte en un problema.

Cuando entro, levanta la vista.

—Vaya —dice—. La desaparecida.

—Tenemos que hablar —digo directa.

Lucio deja el bolígrafo sobre la mesa con calma.

—La falta de noticias me hacía suponer que no te iba muy bien.

Me observa unos segundos como si quisiera leer en mis ojos.

—Cuéntame, niña —dice al fin—. ¿Cómo va tu matrimonio?

No soy de las que dan rodeos.

—De puto culo.

Lucio se reclina en la silla, decepcionado.

—¿Por qué?

—Gold no es tan manipulable como pensábamos… No puedo acercarme a él. No como quieres.

Su sonrisa aparece despacio.
—Todos los hombres son manipulables, Vittoria.
—Este no.
—Entonces quizá el problema no sea él, sino tú.
Esa frase me atraviesa afilada y aprieto los dientes para no gritar.
Lucio se levanta y rodea la mesa con una calma que siempre me ha parecido peligrosa.
—¿Sabes lo que pensé cuando propuse este matrimonio?
No respondo. Porque es una pregunta retórica para la que tiene preparada una respuesta hiriente. Y si le interrumpo, será peor.
—Pensé que al menos servirías para lo único que sirve una mujer… —Su mirada baja por mi cuerpo con una lentitud insultante—. Pero parece que ni siquiera sabes hacer eso.
La sangre me sube a la cara y me sujeto a mi misma para no saltar sobre él y enseñarle que también puedo clavarle las uñas en los ojos…
—No es tan simple… —mascullo.
—Claro que lo es.
Su voz suena tranquila, y eso lo hace aún peor.
—Tienes belleza, posición, un marido poderoso… y no eres capaz de usarlo a tu favor.
Mis dedos se tensan.
—Gold no responde a ese tipo de presión.
Lucio ladea la cabeza.
—Entonces prueba con otra cosa.
—No funciona así.
Lucio sonríe.
—¿Sabes cuál es tu problema, Vittoria? Que ese hombre te ablanda. Te di una oportunidad… y la estás desaprovechando.
La acusación cae como una pedrada en toda la cabeza.
—Parecías dura y peligrosa —continúa—. Pero resulta que eres igual que tu madre… Débil y enamoradiza.
No le contesto como me gustaría porque todavía no es el momento de matarlo. Y en este juego, adelantarse siempre sale caro.
—Gold no es un hombre normal. No confia en mí…

—Entonces será que es más listo que tú —Lucio vuelve a su silla—. Pero ya no importa. Contaba con que no podrías controlarle. Los hombres rara vez se interesan por un terreno que ya han conquistado… Si no puedes controlarlo desde dentro, lo rompemos desde fuera.
Sus ojos brillan con una idea que no me gusta.
—¿Cómo?
—Podemos hundirle el negocio. Hacer que se sienta solo. Herir su ego… La lista es infinita. Pero tengo algo mejor en mente.
—¿El qué? —pregunto con el estómago contraído.
Lucio abre otra carpeta y gira una fotografía hacia mí. Los reconozco al instante. Son David y Marcus en la barra del Lux Noor. No el Regente, sino Marcus White. A veces se pasea por el Lux Noor como un cliente más. Una estrategia genial, porque sería raro que un hombre de su posición no estuviera por allí.
—Esto fue ayer por la noche —dice Lucio.
«¿Ayer?». «¿Se fue de copas después del… altercado desnudos?».
Levanto la mirada.
—¿Desde cuándo los estás vigilando?
—Siempre lo he hecho. —Se reclina en la silla—. Todo hombre tiene un punto débil. Y si no eras tú… tenía que encontrarlo.
Mi corazón late con fuerza.
—Puede que no haya logrado que tenga debilidad por ti, pero sé que la tiene por Marcus White. Así que vamos a comprobar qué ocurre cuando pierda a su amiguito del alma…
De pronto, lo entiendo. Yo no era el plan. Solo era la herramienta.
—¿Qué vas a hacer? Los White son escurridizos…
Lucio sonríe.
—Puedo quitarlo de en medio con una simple llamada. He estudiado sus rutinas.
—Pero… Ese movimiento provocará una guerra entre bandas.
—No si no descubren quién lo hizo. Y en todo caso, los albaneses siempre están disponibles para cargar con las culpas. Son chapuceros y descuidados.
Tardo un segundo en entender que lo tiene decidido.
—¿Cuándo será?

—Ahora mismo. No voy a esperar más.
La información se clava en mi pecho y me rasga las entrañas cuando veo que Lucio ya está desbloqueando su móvil.
«¿Estará dando ya la orden?».
Me levanto sin pensar.
—Bueno… yo… tengo que irme ya. Se me hace tarde.
—¿Ya? ¿No tienes hambre? Pensaba que te quedarías a comer.
—No… no puedo. Tengo que irme. Tengo hora en la peluquería —digo para que sea más creíble.
—De acuerdo. Seguiremos en contacto. Cuando esté deprimido por la muerte de su amigo, aprovecha su vulnerabilidad. No falles.
Asiento y camino hacia la puerta con una sensación extraña dentro de mí. Es como si la conversación hubiera removido mi alma y nada estuviera en su sitio.
Salgo del restaurante y saco el móvil, nerviosa.
Mis dedos dudan un segundo, pero al final marco el número de David.
El nerviosismo me come mientras espero a que conteste.
—Vamos… —murmuro preocupada.
Porque si no lo coge pronto…, Marcus va a morir.
El teléfono suena tantas veces que me desespero y me desmorono.
Estoy a punto de colgar, cuando escucho su voz al otro lado.
—¿Vittoria…?
No hay saludo. Solo cautela.
—¡David..! ¡Escúchame! ¡Van a matar a Marcus!
Al otro lado se hace un vacío que dura apenas un segundo.
—¿Qué…?
—¡No tengo tiempo de explicártelo! —digo deprisa—. ¡Tienes que llamarle ahora mismo y avisarle! ¡Dile que se ponga a cubierto!
—¿Pero de qué estás hablando? ¿Es otro de tus trucos?
La frase es una bofetada. Por supuesto que lo piensa.
—¡David…! ¡No! ¡Tienes que creerme!
—¿Qué has hecho, Vittoria?
—¡Nada! —grito con rabia—. ¡Pero acaban de dar la orden! ¡Si quieres salvarle la vida, llámale ahora mismo!
Cuelgo porque no quiero hacerle perder más tiempo.

—Joder… —jadeo impresionada.
Camino hasta el coche con el corazón golpeándome el pecho con violencia.
Me meto dentro y un silencio abrupto me rodea de golpe. Solo entonces siento cómo todo me cae encima al mismo tiempo. White, Gold y la guerra que Lucio acaba de poner en marcha.
Apoyo la frente contra el volante y cierro los ojos elevando una plegaria. Y, sin saber muy bien por qué, empiezo a pensar en Emily y en ese bebé que quizá venga al mundo sin padre si esto sale mal.
—Por favor… Llámalo… —musito con un nudo en la garganta.
Las lágrimas llegan antes de que pueda detenerlas. No sé ni por quién estoy llorando. Solo sé que nunca me había sentido tan mal.
Mando un último mensaje que podría marcar la diferencia.

CAPÍTULO 18



Salgo del edificio de White Industries con la sensación de que la mañana ha durado tres semanas.
Las reuniones largas tienen ese efecto, sobre todo cuando estás rodeado de hombres que hablan de dinero como si fuera una religión y de poder como si fuera una obligación moral.
Me aflojo el cuello de la camisa mientras camino hacia el banco.
Sentir el tráfico, la gente cruzando la calle y los restaurantes llenos me da una especie de confort que antes no notaba. Porque es una comprobación de que la ciudad sigue funcionando a pesar de lo que ocurre en su patio trasero.
Un patio trasero cada vez más revuelto…
Nick ha vuelto a desaparecer. Ese cabrón siempre ha tenido un talento sobrenatural para desaparecer cuando quiere, y tras el ataque, consiguió despistar a mis hombres.
Por un lado, debería tranquilizarme. Pero no lo hace. Porque al día siguiente, sacó mucho dinero en efectivo de un cajero para cortar el rastro del movimiento de sus cuentas y que no pudiera volver a encontrarle. Pero si alguien más lo encuentra, ya no podré salvarle.
Igual que no pude salvarla a ella…
Emily aparece en mi mente haciendo que mi alma dé una sacudida.
La idea de que un hombre pierda la cabeza por una mujer siempre me ha parecido un concepto ridículo. Hasta que me ha tocado vivirlo a mí…
Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi chaqueta y lo saco.
Cuando veo que es Gold, sonrío.
—Dime que no te ha pedido el divorcio —contesto burlón.
Al otro lado no hay risas.
—¿Marcus? —dice Gold con la voz tensa.
Me enderezo preocupado.
—¿Qué pasa?
—¿Dónde estás?
—En la calle. Saliendo de una reunión.
—Joder… Puede que esto sea una locura, pero tienes que escucharme…
Algo en su tono hace que mi cuerpo se ponga alerta.
—Te escucho.

—Vittoria acaba de llamarme diciendo que han dado la orden de matarte —suelta a bocajarro.
Frunzo el ceño y miro alrededor sin pensar.
Todo parece normal. Está la calle, los coches, un hombre fumando en la esquina y una pareja discutiendo junto a una farola.
—¿Quién?
—No lo sé. Solo me ha llamado muy alterada.
—¿Y desde cuándo confías en tu mujer?
—Me ha gritado que te llame corriendo y ha colgado. Mejor prevenir que curar. Ponte a cubierto, por favor.
Empiezo a caminar más despacio, mirando la calle con otros ojos.
—¿Dónde estás exactamente? —pregunta Gold nervioso.
—En Federal Street.
—No te quedes en la calle. Métete en cualquier sitio y que un coche vaya a por ti.
Pero es demasiado tarde.
Un coche negro se para a mi altura al otro lado de la avenida.
Tiene las ventanillas bajadas y el brillo metálico de un cañón alargado se asoma por una de ellas.
Tardo un segundo en entenderlo. Y medio segundo más en oír el fogonazo. Me lanzo hacia un lado por puro instinto.
La acera me recibe con un impacto brutal y durante un segundo no entiendo qué ha pasado. Solo sé que mi teléfono ha salido disparado y que el mundo se vuelve blanco por momentos.
Entonces llega el dolor.
Un dolor profundo, abrasador, que me corta la respiración.
Me llevo la mano al cuello y noto los dedos mojados de un líquido caliente. Es sangre.
—Joder… —gorgoteo.
Miro alrededor y veo mi teléfono en el suelo, con la pantalla encendida.
Puedo oír a Gold gritando mi nombre.
—¡MARCUS! ¡MARCUS…!
Lo cojo con dificultad.
—Sigo… aquí.
Mi voz sale con dificultad. Noto sangre en la boca.

—¡¿Te han dado?!
—Sí…
—¡JODER!
Oigo el acelerón de un coche y cómo desaparece calle abajo demasiado rápido para que nadie lo detenga.
Un par de peatones empiezan a gritar. Oigo que alguien corre hacia mí. Pero apenas los veo. Estoy demasiado ocupado intentando no desmayarme.
—¡Marcus, aguanta! —grita Gold—. ¡No cierres los ojos!
—No pienso morir en una acera… —mascullo.
Intento incorporarme, pero es mala idea porque el mundo gira.
—¡Quédese quieto! —dice un hombre.
Respiro con dificultad mientras presiono la herida de mi cuello. Creo que la bala ha salido. O solo me ha rozado, pero hay mucha sangre.
—Si me desmayo, no deje de presionarme la herida —le digo.
No dejo de pensar que si hubiera sido un poco más profunda, se acabó.
—¡Voy para allá, Marcus! ¡Aguanta, por lo que más quieras! —oigo a Gold. Y no puedo evitar una pequeña sonrisa, incluso en estos momentos.
—Siempre tan dramático… —farfullo sin fuerza.
A mi alrededor una mujer está llamando a una ambulancia, y siento que más gente se acerca para echar fotos.
—Circulen… —gruño. No necesito curiosos.
Me incorporo un poco y apoyo la espalda contra el coche. Los ojos se me cierran de puro dolor y no puedo evitar pensar en Nick.
Porque si algo he aprendido en esta vida es que cuando alguien quiere destruir a un hombre, no empieza por él, empieza por su familia.
Por un lado, me tranquiliza pensar que me han atacado por ser un familiar de Nick y no por ser el Regente.
Pero mi hermano sigue ahí fuera. Solo. Y tarde o temprano, lo encontrarán.
Por primera vez en mi vida deseo que mi hermano haga lo único que siempre se le ha dado bien hacer: huir.

No puedo evitar pensar que si yo muero y Nick desaparece, el único White que permanecerá en pie será el que Emily tiene en su vientre.
Maldita sea…
—Oye, Gold…
—¿Qué?
—Si muero…
—No vas a morir.
—Vale, pero si me muero… —jadeo—. Dile a Emily que…
—¡No! ¡No pienso decirle que la quieres! ¡Se lo dirás tú mismo!
Una sirena de una ambulancia suena a lo lejos.
—No, Gold, cállate y escucha… —digo con dificultad—. No intentes buscar a Nick, la única forma de que sobreviva es que se borre del mapa. Pero si yo muero, todavía queda un White… solo que aún no ha nacido. Cuida bien de Emily… y de mi heredero…
—No me jodas, Marcus…
—Y dile que la quiero —sentencio como si fuera lo último que mi cuerpo quería hacer antes de abandonar este mundo—. Porque algo está tirando de mí, amigo… Una puta luz cegadora.
Intento mantener los ojos abiertos, pero la imagen de la calle empieza a deformarse.
—¡Marcus…! —oigo gritar a Gold—. ¡Marcus, no! ¡Escucha…!
Pero ya no soy capaz de oír nada. El resto de la frase me llega como si estuviera bajo el agua. Cada intento por respirar se vuelve más pesado que el anterior.
«Mierda…», pienso, porque mi boca ya no puede decirlo.
¿Esto es lo que se siente al morir?
Siempre pensé que mi muerte sería más rápida. Un disparo limpio. Un apagón momentáneo sin tiempo a pensar nada más. No me imaginé viviendo esta sensación extraña de ir desapareciendo poco a poco.
Emily aparece de nuevo en mi mente. La forma en que me miró cuando dijo que le había perdido, me duele más que la bala.
«Emily…», quiero decir.
Alguien se arrodilla a mi lado y grita algo que no entiendo. Pero yo ya no estoy allí. Ya no veo la calle. Solo a Emily. Con sus manos sobre su vientre, custodiando a nuestro bebé. Mi bebé.

Una punzada de miedo me atraviesa el pecho.
Porque si muero aquí… ese niño crecerá sin padre.
Intento abrir los ojos una última vez, pero pesan demasiado.
Y mientras todo empieza a apagarse, solo puedo pensar en una cosa: que lamentaré siempre no llegar a conocer a ese niño. O niña.
Que me habría gustado decirle a Emily que lo siento por todo… y que tenía razón al alejarse de mí.
Pero, sobre todo, me jode irme ahora…
Antes de poder corregir el rumbo de mi vida. Porque nunca he tenido más claro lo que quiero.

CAPÍTULO 19



Llego al mostrador de urgencias sin haber respirado bien desde que colgué con Marcus.
—Marcus White —digo antes de que la enfermera termine de levantar la cabeza—. Le han traído en ambulancia hace unos minutos con una herida de bala.
La mujer teclea algo en el ordenador y que se quede en silencio me pone de los nervios. Me muerdo la lengua para no gritarle.
—Está en quirófano en este momento… —revela.
—¿Sigue vivo?
Ella levanta la vista para mirarme un segundo.
—Sí.
Esa confirmación es suficiente para que algo en mi pecho se afloje un poco.
—En el informe preliminar pone que la bala le ha dado en el cuello. Ha perdido bastante sangre y ha llegado inconsciente, pero están haciendo todo lo posible por estabilizarlo.
Asiento despacio sin darme cuenta de que estoy cerrando tan fuerte los puños que me duelen los dedos.
«Marcus sigue vivo». Es lo único que importa.
Me aparto del mostrador con ese pensamiento y camino hacia una de las sillas de la sala de espera.
Es hora de comer, pero el hospital está lleno de movimiento.
Camillas, médicos, familias que esperan noticias que no quieren escuchar…
Tomo asiento y veo que tengo un mensaje de Vittoria.
Esposa peligrosa:
«Llámale o lo lamentarás».
Resoplo. Y marco el número de Emily, que tarda tres tonos en contestar.
—¿Sí?
—Emily, soy yo…
—Ya sé que eres tú. ¿Qué pasa?
Me quedo bloqueado. No sé cómo decirle esto…
—David, ¿qué ha pasado? —pregunta ante mi silencio con un tono de voz más preocupado. Lista es un ratito.
—Han disparado a Marcus —suelto de sopetón.

Oigo cómo se le corta la respiración.
—¿Qué…?
—Le han disparado. Está en quirófano ahora mismo.
El silencio al otro lado dura lo suficiente para que imagine su cara de horror.
—¿Dónde está?
—En el Massachusetts General, pero Emily…
—No intentes convencerme de que no vaya.
—No iba a hacerlo. Solo… mantén la calma. Por el bebé. Te espero en la sala de espera de Urgencias.
Tras colgar, apoyo los codos en las rodillas y miro al suelo.
«¿QUIÉN COÑO HA HECHO ESTO Y POR QUÉ? No lo entiendo…», me torturo a mí mismo.
Porque algo en lo más profundo de mi alma me dice que ha sido la mafia italiana. Mataron a su padre, quizá Mindy dejó indicaciones de matar también a los hijos, pero…
«¿LO HAN HECHO SIN MI PERMISO?», cuestiono.
Quien sea que lo haya hecho, quizá sepa que somos amigos…
De pronto, caigo en la cuenta: ¡¡¿CÓMO LO SUPO VITTORIA?!
Justo entonces mi teléfono vibra otra vez. Y es ella. Mi peligrosa mujer. Decido no contestar porque no quiero que note en mi voz que desconfío de ella; podría huir. Así que opto por escribirle. Necesito que venga y tenerla delante para hacerle las preguntas adecuadas.

Gold:
Estoy en el hospital. Apenas tengo batería.
Han disparado a Marcus…

Esposa peligrosa:
¡NOOO!
¡¿No le has avisado?!

Gold:
Sí, y posiblemente eso le ha dado alguna posibilidad.
Pero le han alcanzado igual.
He avisado a Emily, viene para acá.
Nos quedaremos aquí hasta que sepamos más.
Ven, si quieres.
Va para largo.

Esposa peligrosa:
¿Dónde estáis?

Gold:
En el Massachusetts General Hospital.

Esposa peligrosa:
Voy ahora mismo.

Celebro que lo haga y a la vez me pongo furioso porque necesito explicaciones.

No sé cuánto tiempo pasa y las vueltas que da mi cabeza a temas existencialistas, pero cuando las puertas automáticas se abren, levanto la vista y veo que Emily entra casi corriendo.

Lleva el pelo suelto, la ropa de los jueves y esa expresión que solo aparece cuando algo importante está en juego.

Cuando me ve, viene directa a donde estoy.

—¡¿Se sabe algo más?!

—No.

—¡¿Qué ha pasado exactamente?!

—Un disparo en la calle.

Emily se queda quieta.

—¡¿Quién ha sido?!

—Eso es lo que quiero averiguar.

Ella se sujeta la cabeza.

—¿Crees que es por… porque es el «Regente»? —vocaliza la última palabra—. ¿O lo han atacado por ser Marcus White?

—Es la pregunta que llevo haciéndome una hora.

—Dios mío… —musita Emily, sentándose a mi lado. Noto cómo llega su momento de derrumbarse, tras hacer el esfuerzo de llegar hasta aquí sin derramar ni una lágrima.

—No puede ser… —gorgotea cerrando los ojos.

Le paso una mano por encima.

—Tranquila. Es un tipo duro. Si un disparo de bala no te mata en los primeros tres minutos, es probable que sobrevivas.

—Marcus no puede morirse… No puede…

Me corto de decirle que no entiendo por qué lo dice si para ella ya está muerto y enterrado. Al menos, ese es su discurso desde hace semanas, pero es evidente que no es así.

Poco después, las puertas vuelven a abrirse y aparece Vittoria.
Y durante una fracción de segundo… no veo a la mujer que acaba de evitar un asesinato. Veo a la de anoche. Atada. Expuesta. Vulnerable. A un paso de hacer algo que no habría podido deshacer.
Aprieto la mandíbula.
Porque no sé qué me inquieta más ahora mismo… Si la posibilidad de que me esté mintiendo o el hecho de recordar lo cerca que estuve de perder el control con ella.
Busca una cara conocida en la sala, y cuando nos ve, va directa a una Emily cabizbaja para agacharse junto a ella y abrazarla.
—¿Cómo está?
—Vivo —me adelanto a responder—. Están operándolo.
—Lo siento mucho —musita Vittoria estrechando a Emily entre sus brazos como si de verdad lo sintiera.
—Déjate de abrazos y empieza a hablar —digo borde.
Vittoria me mira extrañada.
—¿Sobre qué?
—¿Cómo sabías que iban a matar a Marcus? —digo acusador.
—¿Tú lo sabías? —pregunta Emily sin entender.
—Es quien me ha avisado para que lo llame.
—i¿Y eso no te dice nada?! —responde Vittoria furiosa.
—No hasta que te expliques. ¿Cómo lo supiste? ¿Quién te lo dijo?
—No me lo dijo nadie. Lo oí yo misma.
—¿Dónde?
—i¿A quién?! —secunda Emily.
—Fue en un restaurante.
—¡Eso no tiene sentido! —estallo—. ¿Ahora eres espía?
A Vittoria se le endurece la mirada y se cruza de brazos.
—No estaba espiando a nadie, David. Fui a comer y en la mesa de al lado había dos hombres hablando demasiado alto.
—¿Hombres de quién?
—Italianos. Reconocí a uno. Lo llaman Nerón.
—¿Nerón?
—Sí, como ese emperador romano tirano y cruel. Es un sicario.
—¿Quién les dio la orden?
—Eso no lo sé…

—¡¿No lo sabes o no quieres decírnoslo?!
—¡NO LO SÉ! —repite—. ¡Si lo supiera no estaríamos teniendo esta conversación!
—¿Cómo lo supiste? —pregunta Emily desesperada.
—Escuché que recibía un mensaje y de pronto dijo: «Tenemos que irnos». El otro se quejó porque quería seguir comiendo, pero Nerón le contestó «tenemos que pillar a White ahora. Está a punto de ir al banco».
Esa explicación me deja sin palabras durante un segundo.
—¿Y entonces fue cuando me llamaste?
—¡Claro! Salí del restaurante, todavía con comida en la boca, y te llamé antes de terminar de masticar.
—¿Por qué? —pregunto confuso.
—¡Porque Marcus es tu amigo! —exclama como si fuera obvio—. Y porque pensé que quizá podría evitarlo… También pensé en Emily…
—Dios, Vittoria… —musita la aludida—. ¡Muchísimas gracias! Si no fuera por ti… Marcus estaría muerto.
Miro fijamente a mi mujer, intentando encontrar una grieta. ¡Tiene que haberla! Porque si no la hay… entonces la he juzgado mal. Y eso me jodería más que cualquier mentira.
—¿Y por qué no llamaste a la policía?
—Porque no soy idiota —responde—. No habría servido de nada.
Mi cerebro sigue trabajando para no tener que darle las gracias.
—¿Qué hacías tú sola en ese restaurante?
—Comer.
—¿Sola?
—¡Pues sí!
—¡David, déjalo ya! —sale Emily en su defensa—. ¡Ha salvado a Marcus, ¿no te das cuenta?! ¡No busques culparla!
Vittoria me sostiene la mirada y el aire entre nosotros se vuelve más denso.
—No busco culparla, es que creo que sabe más de lo que cuenta.
—Pues estás equivocado.
—¿Ah, sí?
—¡Sí!

—Si hubiera querido que Marcus muriera, no te habría llamado —deduce Emily.
Resoplo y miro hacia otro lado.
—No soy tu enemiga, David —oigo decir a Vittoria—. Si lo fuera, no tendrías ninguna duda…
La miro ahogándome en un mar de incertidumbre.
—Todavía no estoy convencido…
En ese momento un médico sale buscando a alguien.
—¿Familiares de Marcus White?
Los tres nos ponemos de pie al mismo tiempo.
—Sí —respondo antes que nadie.
El hombre se acerca con esa expresión neutra que los médicos aprenden para no prometer demasiado.
—La operación ha ido bien.
Emily se lleva una mano a la boca y musita «¿Pero cómo está?».
—Fuera de peligro —aclara el doctor—. Pero la bala ha atravesado tejido blando del cuello y ha pasado peligrosamente cerca de la columna cervical. Por suerte no ha tocado nada importante.
—Gracias a Dios… —suspira Emily.
—Pero todavía es pronto para cantar victoria —añade el médico—. La zona está muy inflamada y cualquier movimiento podría provocar complicaciones.
—¿Qué significa eso? —pregunto acojonado.
—Que vamos a mantenerlo en coma inducido unos días. Necesitamos que descanse y esté lo más quieto posible mientras se cura. Queremos despertarlo cuando la inflamación baje un poco.
—¿Se recuperará por completo? —pregunta Emily con un hilo de voz.
—Si no hay complicaciones, sí. Pero necesitará algo de tiempo.
Lo oigo, pero no escucho todo con atención. Solo lo importante. Marcus está vivo.
—¿Podemos verlo? —pregunto ansioso.
—Solo un momento cuando lo trasladen a la UCI.
—Muchísimas gracias por todo, doctor.
El médico se despide y desaparece por el pasillo.
—Se va a poner bien… —susurra Emily como un mantra.
—Pues claro —digo, aunque no sé si lo digo para ella o para mí.

Vittoria no dice nada. Está mirando al suelo y pensando. ¿Quizá en su siguiente movimiento? Los segundos pasan y se arranca a hablar.
—¿Y ahora qué? —pregunta mi impaciente mujer. Vittoria no es de las que se queda en el problema. Es más de buscar soluciones.
—¿A qué te refieres? —pregunta Emily frunciendo el ceño.
Vittoria me mira directamente.
—Si Marcus va a estar días inconsciente… —Hace una pausa—. ¿Quién va a ser el Regente? La gente se dará cuenta de que no está. Y alguien podría relacionarlo con él. Esto va a ser noticia en la *jet set.*
La observación cae como un misil en mitad de la habitación.
Emily parpadea y yo aprieto la mandíbula. Porque tiene razón. Y no quiero que la tenga.
—Ya habrá tiempo de preocuparse por eso… —digo quitándole hierro.
Pero Emily me mira asustada.
—¿Qué pasaría si se enteraran de que Marcus es el Regente?
—Sería el caos —respondo sin pensar.
Vittoria asiente, y luego añade con calma:
—Necesitamos un sustituto que ocupe su lugar mientras se recupera.
—¿Quién? ¡No hay nadie! —exclamo nervioso. Porque nadie podría sustituir al jodido Marcus White.
—Sí que lo hay —defiende Vittoria.
—¡¿Quién?!
—¡¿Quién va a ser?! ¡Nick! Son iguales físicamente… Solo tendría que teñirse el pelo y pasaría por Marcus.
Mis ojos se salen de sus órbitas y Emily levanta la cabeza de golpe.
—¡Nick y Marcus no se parecen en nada! —digo alterado.
—Si Nick se metiera por el culo todo lo que se fuma, serían idénticos —replica Vittoria.
—¡¿Se te ha ido la cabeza?! —clamo. Y al mirar a Emily, la encuentro pensativa en vez de escandalizada.
—Espera un momento, David… A veces, yo misma los he confundido en la oscuridad del club. Los dos son altos, tienen una complexión parecida y la mandíbula casi igual.
Las miro irritado.
—Se os olvida un pequeño inconveniente… ¡Nick está desaparecido!
—Precisamente por eso —dice Vittoria—. Nadie pensará que es él.

Niego con la cabeza efusivamente, pero mi mujercita me ignora.
—¡No podemos confiar en nadie más! —dice envarada.
—¡¿Y crees que podemos confiar en Nick?! —digo furioso—. ¡¿En serio?! ¡¿El mismo Nick que te dejó plantada en el altar?!
—¡No me dejó plantada, yo misma lo animé a fugarse!
—¡¿CÓMOOO?! —grita Emily indignada.
—¿Es una puta broma…? —digo casi sin oxígeno.
—No. Le dije que me aseguraría de que nadie saliera herido y que haría lo necesario para casarme contigo…
Emily la observa alucinada. Y yo no sé cómo tomarme esa información. ¿Vittoria amañó nuestra boda?
—Vale… —murmuro ojiplático—. O sea, que además de peligrosa, eres organizadora de bodas criminales. Fantástico… ¿Y si no llego a ofrecerme? ¿Qué hubieras hecho?
—Iba a acusarte de robarme la virginidad para que te obligaran a casarte conmigo… —musita renqueante—. Pero no hizo falta… y eso te honra.
Me paso una mano por la cara para olvidarlo de momento. Hay cosas más urgentes que psicoanalizar por qué anoche fui gentil con alguien que solo trata de manipularme todo el tiempo.
—La idea de Nick es una locura, pero es lo único que tiene sentido —rescata Emily.
—El problema ahora es encontrar a Nick —expongo.
Vittoria me mira como si escondiera otro secreto que no va a gustarme.
—Yo sé dónde está…
El silencio que sigue es absoluto.
—¿Qué has dicho? —pregunta Emily perpleja.
Vittoria no aparta la mirada de mí, temiendo que estalle del todo.
—¡Os digo que le ayudé a desaparecer! ¡Claro que sé dónde está! Lo he sabido todo el tiempo…
La verdad me golpea como un puñetazo.
—¡¿Y por qué no lo has dicho hasta ahora?! —rujo.
—¡Porque ahora lo necesitamos!
Miro a Emily para que me apoye en mi indignación, pero veo que ya está poniendo a maquinar su mente. Es como Marcus en mujer…

—¿Está lejos? —pregunta interesada.
—A unas horas en coche.
Me levanto porque no puedo seguir sentado.
—Vamos a por él. YA. Y tú te vienes conmigo —señalo a Vittoria.
—¿Ahora?
—¡Ahora! No me fío ni un pelo de ti.
—No hace falta. Empiezo a pensar que la confianza está sobrevalorada…
Miro hacia las puertas del quirófano donde Marcus lucha por sobrevivir y me entra la prisa por darle buenas noticias.
—Volveremos antes de que despierte. Te lo prometo.
Emily asiente despacio.
Me cuesta dejarla, porque Marcus me pidió que cuidara de ella, pero… ¿y si aparece alguien para rematarlo ahora que está indefenso? Sin embargo, digo:
—Deberías irte a casa, Emily, tienes que descansar…
—No pienso moverme de aquí —zanja con tranquilidad.
—Esperaba que dijeras eso… —Sonrío—. En marcha —le digo a Vittoria sacando las llaves del coche, y poniendo rumbo a la salida.
Porque alguien ha intentado matar a Marcus. Y eso significa que la guerra ya no es una posibilidad, es una realidad.
Y si queremos sobrevivir a esto… vamos a necesitar a Nick.
Y, por alguna razón que no entiendo, también a Vittoria.

CAPÍTULO 20



VITTORIA

Viajar con tu marido debería ser una experiencia íntima. Romántica, incluso. Pero viajar con el mío después de que casi maten a su mejor amigo, mientras sospecha que sé más de lo que digo, no es muy agradable.

Sobre todo cuando no puedo dejar de pensar en lo cerca que estuvo anoche de cruzar una línea… y yo de dejarle hacerlo.

El coche avanza por la autopista y la tensión en el habitáculo es irrespirable.

Gold conduce con las manos firmes en el volante y la mandíbula tan tensa que podría partir nueces con ella. Y el hecho de que lleve una hora mirándome de reojo cada diez minutos, no ayuda.

—Si quieres preguntarlo, pregúntalo ya —estallo finalmente.

—¿El qué?

—Lo que llevas pensando desde que nos hemos ido del hospital.

—No he pensado nada.

—Claro… —Sonrío—. Por eso conduces como si quisieras atropellar a alguien.
Gold resopla y pasamos otros cinco minutos callados.
—Vamos a tener que parar en el próximo pueblo —anuncio.
—¿Para qué? —pregunta Gold desabrido.
—Porque necesitamos comprar tinte.
Eso sí consigue que gire la cabeza y me mire con los dos ojos.
—¿Perdona?
—Nick no puede aparecer en Boston con el pelo rubio. Marcus no es rubio.
—Ni siquiera sabemos si Nick va a aceptar.
—Aceptará.
Gold vuelve a resoplar.
—Eres muy optimista para ser alguien que se casó conmigo sin preguntar.
—Eso salió bastante bien.
—Yo no estaría tan seguro…
Seguimos viajando en silencio, con esa pregunta flotando en el ambiente, cuando el indicador de poca gasolina se enciende.
Gold suspira hastiado.
—Tengo que repostar.
—Perfecto. Y de paso compramos tinte.
Cuando aparcamos en el área de servicio, David sale del coche para echar gasolina. Lo observo a través del cristal mientras llena el depósito.
Gafas de sol, camisa arremangada, antebrazos tensos y ese gesto que pone cuando intenta no pensar en nada… y por segundos noto cómo se me hace la boca agua.
Bajo del coche, consternada y entro directamente en la tienda.
Tardo menos de treinta segundos en encontrar lo que quiero y cuando vuelvo apoyo la caja en el capó, desafiante.
Gold la mira. Y luego a mí.
No abre la boca, pero la expresión de su cara es interesante. Es como si todavía no hubiera decidido qué demonios pensar de mí.
Lo que sé es que todavía no me ha dado las gracias por el chivatazo que le ha salvado la vida a Marcus.

¡Hombres!
Cuando nos incorporamos de nuevo al tráfico, hago un esfuerzo titánico por no mirarle. Pero David maneja el volante con una maestría encomiable y mis ojos se deslizan hacia sus manos sin querer.
Porque… qué manos tiene, joder… Grandes. Firmes. Seguras. Recuerdo perfectamente cómo las sentí sobre mis pechos anoche. Su forma de amasarlos, el tacto de sus dedos sobre mi piel, la presión de su pulgar en…
Siento que un calor repentino me sube por el cuello y siento la necesidad de abanicarme y bajar la ventanilla.
—¿Te pasa algo? —barrunta Gold.
—No. Nada…
—Estás rara.
—¡Tú sí que estás raro! No dejas de mirarme de reojo… Quieres decirme algo, pero no lo haces. ¡Y yo soy una mujer impaciente…!
Gold traga saliva y presiona con más fuerza el volante.
Durante un segundo la química entre nosotros es tan palpable que casi puede verse a simple vista. Hay una electricidad rara en el ambiente que sugiere que bastaría un gesto mínimo para que todo saltara por los aires.
—De acuerdo. Hay algo que necesito saber… —dice por fin.
—¿Qué es?
—¿Por qué ayudaste a escapar a Nick de la boda? —pregunta.
Pero no es solo una pregunta. Es la forma en la que me mira. Como si la respuesta fuera a cambiar algo entre nosotros y no supiera si puede permitírselo.
—Porque iban a matarlo. Tarde o temprano.
—¿Quién?
—¡Mucha gente! ¿Te hago una lista? No hubiera durado ni una semana…
—Lo habríamos protegido.
—¿Cuándo entenderéis que esto no funciona así? Puede que Marcus controle el Lux Noor. Pero fuera de él, nadie está a salvo.
Gold me mira un segundo, desviando la vista de la carretera.

—Debiste decírmelo… Al menos, a mí. ¿Y si no me hubiera ofrecido a casarme contigo?
—Sabía que lo harías…
—¡¿Lo sabías?! ¡Pues yo no!
—¡Confiaba en que lo hicieras cuando vieras en peligro a tus amigos! Porque tú eres así, David… Un protector. Por eso te elegí…
Esa frase lo deja callado un momento. Impactado más bien. Y mi corazón parece opinar lo mismo porque se dispara cuando vuelve a mirarme con algo más de empatía.
Pero pronto vuelve a mirar a la carretera.
—¿Qué haremos si Nick se niega a volver…? —dice compartiendo sus pensamientos. Y me parece un avance abismal entre nosotros. Es como si de pronto confiase en mí. O le importara mi opinión. O quisiera mi ayuda. Cualquier opción es brutal.
—Volverá —digo rotunda.
—¿Cómo lo sabes?
—Porque Marcus está herido. Y Nick puede ser muchas cosas: un irresponsable, un idiota, un kamikaze, pero hay algo que nunca ha sido, aunque todos creáis lo contrario, y es un hombre que abandona a su hermano a su suerte. Porque su suerte era yo.
Gold se moja los labios y no hace comentarios al respecto.
En ese momento, el coche entra en una carretera secundaria rodeada de árboles, donde giramos por un camino que termina frente a una casa de madera en mitad de la nada.
Gold apaga el motor y suspira.
—Espero que sepas lo que estás haciendo, Vittoria… —murmura preocupado—. Con Nick de Regente puede que la ciudad colisione.
—Tranquilo, déjame a mí.
—Eso no me tranquiliza… Porque él es Chucky, pero tú eres la novia de Chucky…
No puedo evitar sonreír. Pero él sale del coche sin mirarme.
«No le interesas, Vitta, deja de flipar», me digo.
Pero hay algo en sus ojos, a veces, que me dice lo contrario.
Lo sigo y llamamos a la puerta, pero nadie nos abre.
—¿Seguro que Nick está aquí? —pregunta Gold confuso.
—Seguro. Me escribió hace poco.

Vuelvo a llamar y, tras un movimiento rápido desde una ventana, Nick aparece, observándonos con sorpresa.
—Vaya, vaya… ¿Esto es una visita formal o venís a matarme?
Suelto una risita. Gold permanece serio.
—Tu hermano está en el hospital —suelta de golpe.
La sonrisa de Nick desaparece de su cara.
—¿Cómo dices…?
—Le han disparado esta misma mañana.
Se hace un silencio espeso de los que cuesta volver a salir.
—¿Está bien…? —pregunta preocupado.
—Está en coma —dice Gold sin dar más explicaciones. Y eso causa el efecto deseado en Nick, que achica los ojos, vengativo.
—¿Quién ha sido?
—No lo sabemos todavía. Pero tenemos claro que tú eres el siguiente de la lista…
El aludido apoya la mano en su cuello, y por un segundo, parece realmente asustado.
—Joder… ¿Y ahora qué?
—Necesitamos que vuelvas a Boston —dice Gold directo.
Nick parpadea.
—¿Y por qué no me pegáis un tiro directamente y me ahorro el viaje? —dice irónico.
Gold pone los ojos en blanco.
—¿Puedes dejar de pensar en ti por un momento? Nadie puede notar que el Regente ha desaparecido. Lo relacionarían enseguida con Marcus. Por no hablar de que reinaría el caos entre las mafias.
Nick empieza a entenderlo, pero enseguida niega con la cabeza.
—No puedo hacerlo…
—Nick… —suplico.
—¿Dónde está Ava? —pregunta de pronto Gold, mirando alrededor—. ¿Por qué estás aquí solo?
Nick pone cara de circunstancias.
—Tras el ataque que sufrimos, Ava se llevó a Megan a un sitio seguro. Le dije que necesitaba tiempo para arreglar las cosas…
—¿Y cómo piensas arreglarlas desde aquí? —replica Gold rencoroso.
No me gusta esta versión borde suya. No es divertida.

—No sé… Pero Ava me dejó claro que no piensa vivir escondida.
Gold asiente despacio, empatizando con ella.
—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer, Nicky…
—¡No, no lo sé! ¡Yo no tengo ni idea de cómo hacer lo que hace Marcus en el Lux Noor!
—Nadie cree que puede hacerlo hasta que no le queda más remedio —declara Gold—. Yo tampoco me veía en una reunión de mafiosos y salí airoso.
—Muy airoso —recalco admirativa. Y si no lo conociera, juraría que mi maridito se ruboriza un poco ante mi comentario.
Nick se ríe. No sé por qué. Quizá de pura desesperación.
—Podemos ayudarte —añado rápido—. No estarás solo.
—Sabía que este día llegaría… —suspira Nick mirando al cielo.
—¿Qué día?
—El día que Marcus faltase y yo tuviera que tomar el control. Lo veía como un Apocalipsis, porque evidentemente, yo la jodería con mi torpeza, fuera lo que fuera lo que tuviese que hacer…
Lo miramos sin saber qué decir. Porque su reputación le precede.
Gold se acerca más a él.
—O vuelves y arreglas esto de una vez, o te cambias el apellido y te quedas aquí solo pescando truchas para siempre…
—No suena tan mal —bromea Nick—. Pero no podría vivir sabiendo que han disparado a mi hermano por mi culpa…
Gold suspira, otorgando con el silencio. Porque en el fondo, él también le culpa. Por eso se muestra tan a la defensiva. Y sé que sería un buen momento para desmentirlo todo, hablarles de Lucio y de su plan maligno para que Gold conquiste Industrias White y el mundo entero si hace falta, pero si David se enterara, jamás volvería a confiar en mí. Y algo me dice que está empezando a hacerlo.
Nick chasquea la lengua.
—Supongo que se lo debo… a todo el mundo.
Gold lo mira con los ojos muy abiertos.
—¿Eso es un sí?
Nick se queda callado unos segundos y se pone en movimiento.
—Voy a hacer la maleta… Esperadme. Y por favor… —Se gira antes de desaparecer por el pasillo—. No quiero encontraros montándooslo

en el sofá cuando vuelva, ¿vale?
Gold se queda petrificado.
—¿Qué coño dices?
—Me daríais demasiada envidia, en serio. Las manos y las bocas quietas, ¿de acuerdo?
—No estamos juntos, cretino… —masculla Gold irritado.
Nick levanta una ceja. Nos mira extrañado y luego se ríe.
—Madre mía… ¡esto va a ser divertido! —Se va riendo y negando con la cabeza.
El bochorno que deja en el salón es casi inhumano.
Gold me mira. Y yo a él. Los dos apartamos la mirada rápido.
—Iré a decirle lo del tinte… —musito.
—Suerte con eso…
Desaparezco por el pasillo, agradecida de dejar de compartir habitación con esas manos y esa boca… y encuentro a Nick, intentando manipular una maleta que apenas había deshecho.
—Uh, qué rápido has venido —sonríe al verme—. Imagino que es difícil respirar en el salón con toda esa tensión sexual en el ambiente —dice burlón.
—Cállate ya…
—Te juro que no me creo que aún no os hayáis liado. ¿En serio no ha pasado nada de nada? Parece imposible… Porque esta clase de alta tensión solo aparece cuando ya has cruzado cierto umbral.
—Sí, hemos cruzado umbrales más grandes que el de Narnia…
—¡Lo sabía! ¿Qué sois, entonces? ¿Casados con derecho a roce?
—No. Roce ha habido muy poco…
—Pero lo ha habido. —Sonríe socarrón.
—Déjalo ya, por favor… Solo vengo a decirte que tienes que teñirte el pelo… de negro —digo sacando la caja del bolso.
—No, por favor… —gime teatral—. ¡Perderé mis superpoderes de Aquiles!
Me río.
—No los perderás. Además, se te dará bien fingir que eres Marcus.
—¿Sabes que se me da mejor? No morir.
—No empieces…

—Vale, pero si muero, quiero que quede claro que la culpa es vuestra. Por estar flirteando en una misión de vida o muerte.
—¡No estamos flirteando!
—Ajá… Él está claramente enamorado de ti. Y tú estás jugando a algo muy peligroso, pequeña…
Abro la boca de par en par.
—¡Él no está enamorado!
Nick pone los ojos en blanco.
—Vale. Lo que tú digas… ¿Me ayudas con el tinte? No quiero acabar pareciendo una cebra…
—Ven aquí —suspiro—. Y deja de moverte tanto o sí que parecerás una.
Nick se deja caer en la silla del baño mientras abro la caja.
—Esto es humillante —se queja—. Voy a pasar de mi papel de fugitivo misterioso a ser la copia barata de mi hermano…
—Podría ser peor.
—Sí, claro, podría estar atrapado en un matrimonio falso que se siente muy real por momentos…
—Deja de chincharme. Estás equivocado.
—No lo estoy, preciosa. Tengo talento natural para olfatear líos amorosos. Y vosotros oléis a kilómetros.
Me callo, porque al final voy a acabar pensando en cosas que no debo…
Como en cómo me tocó anoche. Y en cómo, por un segundo, cuando estaba encima de mí, pensé que iba a perder el control…
Aprieto un poco más el pincel contra su cabeza.
—¡Eh! ¡Cuidado con mi cuero cabelludo! —protesta Nick.
—No te muevas.
Y mientras intento concentrarme para hacerlo bien, no puedo evitar pensar que, aunque Nick tenga la madurez emocional de un mapache hiperactivo, cuando analiza a alguien, suele dar en el clavo.
Porque si ha acertado en que yo estoy jugando a algo peligroso mintiendo a todo el mundo, entonces puede que también tenga razón sobre los sentimientos de Gold.
Y eso, por alguna razón absurda… me hace feliz.

CAPÍTULO 21



EMILY

Estoy sentada frente a la UCI desde hace más de una hora cuando por fin sale una enfermera.
—¿Acompañante del señor White?
—¡Sí…! —digo poniéndome de pie de un salto.
—Puede pasar a verle unos minutos.
Mi corazón se acelera al oírlo. Poco importa que él esté consciente o no, creo que siempre me aceleraré ante las expectativas de ver a Marcus White.
Camino tras ella por un pasillo, y cuando llegamos a la habitación, abre la puerta con cuidado.
—Está sedado —explica en voz baja—. Lo mantendremos en coma inducido unos días hasta que la inflamación de la zona cervical baje.

Es importante que no haga ningún movimiento brusco.
Asiento aunque apenas la escuche, porque ya lo he visto…
Marcus está tumbado en la cama, rodeado de cables y monitores, con una venda gruesa alrededor del cuello.
Está muy pálido y demasiado quieto. No parece él.
—La dejaré unos minutos —añade la enfermera.
Asiento otra vez.
Cuando la puerta se cierra, la habitación se queda en silencio. Algo casi impensable en un lugar en el que estemos Marcus y yo.
Camino despacio hasta la cama.
—Hola, idiota… —murmuro melancólica.
Verlo así se me hace muy duro.
Apoyo la mano en el borde de la cama con ansiedad.
—Este era mi mayor miedo, ¿sabes? —confieso—. Nunca estuve preocupada por mí, sino por perderte. No huía de ti ni de la mafia, sino de esta maldita imagen… Tú medio muerto, y yo… muriendo por ti.
Lo observo detenidamente, e incluso dormido parece estar enfadado con el mundo. Y sobre todo, consigo mismo.
Una enfermera vuelve a entrar.
—Disculpe, estas son sus pertenencias —dice tendiéndome una bolsa de plástico que contiene su teléfono, su reloj y su cartera…
La cojo casi sin pensar y le doy las gracias.
La enfermera se marcha y me quedo mirando la bolsa unos segundos, pensando qué voy a hacer con ella o a quién podría dársela.
«A nadie», me respondo. «Marcus está solo en el mundo».
«¿Cómo es eso posible?», me pregunto. Maldigo cómo es la vida, y que mis sentimientos me impidan alejarme de él. Me ha hecho mucho daño, pero en el fondo, todo lo que ha hecho ha sido por algo más grande que nosotros. Y por primera vez, creo que lo entiendo.
De pronto, su teléfono empieza a vibrar y a iluminarse.
No reconozco el nombre que aparece en pantalla, ¿«Ben»?, así que ignoro la llamada. Pero, al momento, vuelve a sonar, insistente y caigo en la cuenta en que es uno de sus hombres de confianza. La noticia debe de haberse emitido ya por televisión.

La pregunta es… ¿qué coño hago yo ahora? ¿Qué debería hacer?
Miro a Marcus, que sigue inmóvil, respirando gracias a una máquina, ajeno a mi encrucijada vital.
Porque solo tengo dos opciones: dejar sus cosas en esta mesita y volver a mi vida, dejando que su mundo se arregle solo, o tal vez se destruya… O puedo contestar y meterme de lleno en un problema en el que prometí no volver a meterme nunca más…
Y por primera vez… no quiero elegir la opción fácil. Quiero elegirle a él.
El teléfono vibra por tercera vez y suelto una palabrota antes de contestar.
—¿Sí?
Se hace un silencio al otro lado. Se ve que no esperaba una voz femenina. Nunca la esperan, ¿verdad?
—¿Quién habla? —pregunta el interlocutor.
—Soy Emily.
Otro silencio. Seguido de una exhalación de alivio.
—Ah, bien… He visto lo que ha pasado… ¿Cómo está él?
Ben siempre me cayó bien. Es uno de los pocos hombres del club que parece tener cerebro y lealtad al mismo tiempo.
—Está vivo —informo.
—Gracias a Dios… —musita soltando aire.
—Estará en coma inducido unos días para recuperarse. Pero saldrá de esta.
—Joder… Vale.
Su voz suena a que le importa de verdad. O quizá lo que le importe sea quedarse sin trabajo.
—¿Tenéis indicaciones sobre qué hacer en un caso así? —pregunto pragmática.
Ben tarda unos segundos en responder.
—La verdad es que no, señora. Puedo excusarle un día o dos, pero…
—¿Pero qué? ¿Qué pasaría el tercer día? —pregunto temerosa.
—Que la gente empezará a ponerse nerviosa… Sin Marcus en el club… el orden se irá a la mierda en un parpadeo. No sabe la cantidad de problemas que surgen a diario y en los que él media.
—Puedo imaginarlo…

Miro a Marcus otra vez y tomo una decisión rotunda. No por él. Sino por mí. Porque ahora entiendo que el peligro era real. Y que no luchara por mí no significa que no haya luchado por cosas más importantes que yo, como todo lo que implica ese maldito club.
—Escúchame con atención, Ben. —Mi voz ya no tiembla.
—Sí, señora.
—No digas a nadie ni una palabra sobre el estado real de Marcus, vamos a buscar un sustituto temporal.
—Entendido.
En ese momento, mi móvil vibra en mi bolsillo, y veo que es un mensaje de Gold.
Gold:
Nick ha accedido. Volvemos a Boston.
Cierro los ojos dando gracias a un ser superior, porque esto le da a Marcus una oportunidad de sobrevivir a esto.
—¿Me oyes, Ben?
—Sí, señora.
—Tengo al candidato perfecto para cubrir a Marcus en el Lux Noor mientras se recupera.
Ben no se atreve a preguntar, pero sé que se muere por saberlo.
—Nick está de vuelta en la ciudad. Se teñirá el pelo y funcionará.
Ben tarda dos segundos en dar su opinión al respecto.
—Dios…
—Exacto. Esta noche iremos allí y hablaremos de todo. Mantén el lugar bajo control hasta que lleguemos, ¿de acuerdo?
—De acuerdo.
—Pero no quiero dejar solo a Marcus… ¿Podrías mandar a alguien sobre las ocho para que pase la noche vigilándole? No me fío ni de mi sombra… Pueden volver a intentar matarlo si ven que no lo han conseguido.
—Claro… Bien pensado. Mandaré a alguien. No se preocupe.
Hago guardia durante horas, hasta que me dejan volver a verlo media hora. Cada vez que llega un hombre con pinta de llevar un arma bajo el abrigo a la sala de espera, tengo una taquicardia.
Cuando dan las ocho, O'Leary, el otro hombre de confianza de Marcus, hace su aparición estelar.

Es grande, serio, y trae la típica cara de bulldog que siempre pone cuando algo va mal.
—Buenas… ¿Cómo está?
—Estable.
—Me alegro.
Lo miro con ansiedad por separación.
—No voy a moverme de aquí, señora.
—Gracias… —Sonrío—. Es lo que quería oír.
—No dejaré que nadie lo toque —dice apartándose un poco la camisa para que pueda ver su arma.
Se me corta la respiración de golpe. No solo al ver el acero pegado a su ingle, sino por lo definido que tiene el abdomen. ¡Parece de photoshop!
—Puede irse tranquila…
—Gracias… Si hay algún cambio…
—La llamaré enseguida.
Asiento.
—Muchas gracias. De verdad.
—A su servicio —dice cuadrándose. Entre lo corto que tiene el pelo y su postura, estoy segura de que ha sido militar en el pasado.
Salgo del hospital y hago una pequeña visita a mi casa para ducharme y concienciarme de lo que estoy a punto de hacer. Y sobre todo, de lo que le parecería a Marcus. Media hora más tarde estoy entrando en el Lux Noor con una convicción que echaba de menos. La de llevarle la contraria, aunque no se esté enterando. Hacía semanas que no me sentía tan yo misma.
A medida que me adentro en el Lux Noor, me voy blindando ante el ambiente lujoso, sensual y misterioso que me ha ganado la partida en el corazón de Marcus.
Cuando llego al despacho principal, Nick está dentro con Gold.
Cuando me ven, se quedan quietos observando mi *outfit* . No es el que esperarías de una exnovia embarazada. Llevo pantalones de cuero negros y un corpiño a juego que se ata al cuello con una cinta de cadena.
—Emily… —farfulla Nick alucinado.

Se piensa su siguiente movimiento, como si recordara que ya no somos nada, pero al final, viene a abrazarme con fuerza.
Dejo que lo haga porque actúa como si acabara de recuperar algo que pensaba que había perdido para siempre. Y porque aún estoy en *shock* por verle con el pelo oscuro.
—¿Cómo está Marcus? —pregunta ansioso.
—Vivo —respondo fiel a la verdad.
Nick cierra los ojos un segundo.
—Joder… Todo esto es culpa mía… Lo siento tanto…
—Tú no apretaste el gatillo —replico.
—Me refiero a ti. A lo vuestro… Sé que Marcus y tú ya no estáis juntos… por eso te agradezco que hayas venido a ayudarnos.
Aparto la mirada para que no empiece a brillarme. Él se pasa una mano por el pelo negro recién teñido.
—No pensé que mi huida generaría todo esto. Estoy arrepentido.
—Ya no hay tiempo para lamentaciones —digo seria—. Ahora hay que adaptarse a lo que hay.
—Ya… ¿Has hablado con Ava hace poco? —pregunta nervioso.
—Sí. Me llamó el otro día.
—¿Y cómo está?
Lo miro con cara de circunstancias y pienso en qué decirle al irresponsable de mi excuñado. De pronto, me doy cuenta de todo el rencor que le guardo. Por Marcus, por Ava, por mí. Pero también soy consciente de que él no tiene del todo la culpa. Cada uno hizo sus elecciones. Y en realidad, yo apoyé la suya en su momento.
—Ava está a salvo —contesto con dureza.
Nick asiente.
—¿Crees que algún día volverá? —pregunta directo.
Lo miro solemne.
—Eso depende de ti, Nick…
Me mira fijamente.
—Pues entonces estamos jodidos… —murmura—. Porque yo no tengo ningún tipo de fe en mí mismo.
—Yo sí —replico con convicción—. De hecho, eres nuestra única oportunidad.
Nick traga saliva.

—Así me gusta, sin presión… —bromea. Y eso me hace sonreír un poco. Admito que Nick tiene el don de quitarle hierro a cualquier situación peliaguda.
—Gracias por venir, Emily —dice entonces Gold—. A pesar de todo… Tu ayuda es inestimable en este asunto.
—Alguien tiene que mantener a raya a los White —replico tenaz.
Gold sonríe y Nick suspira.
—Marcus tiene suerte de tenerte…
Lo miro un segundo, pero vuelvo a apartar la vista. Porque hay cosas que todavía no estoy preparada para decirle. Como que su hermano va a ser padre y él tío. Y que me mataría si supiera que estoy aquí.
—Bueno. Tenemos un club que proteger, una mafia que engañar… y un Regente que sustituir.
—Esto va a ser un desastre —dice Nick tapándose la cara.
—Eso ya lo sabemos —repone Gold—. La pregunta es qué tipo de desastre.
Nick le empuja y Gold se ríe. Yo apoyo las manos sobre el escritorio de Marcus y los miro a los dos.
—Primero necesitamos saber qué está pasando ahí fuera. ¿Dónde está Ben? Él tiene más información.
—Por el club, vigilando que todo funcione como debe.
—Pues llámale.
Gold marca un número que conoce de memoria y activa el altavoz. Ben tarda dos tonos en contestar.
—Dime.
—Ben, soy Gold. ¿Cómo está la cosa ahí fuera?
—Hay cierta intranquilidad porque yo esté haciendo la ronda de reconocimiento y no el Regente… Creo que Nick debería aparecer pronto antes de que a alguien le dé por atar cabos.
—Bien, sigue por ahí mientras nosotros preparamos el escenario.
—¿Qué escenario?
—Aún no lo sé. Tú mantén la estabilidad durante una hora más.
—Lo intentaré…
—Nick aparecerá cuando estemos preparados.
—Entendido.
Gold cuelga y Nick se deja caer en la silla de Marcus en silencio.

—¿Qué propones, Gold?
—Que salgáis a la sala principal. Los dos —Nos señala—. Emily y tú. Y deis un buen espectáculo…
Frunzo el ceño.
—¿Qué clase de espectáculo se supone que debemos dar?
—Nada complicado. Solo caminar por la sala como si todo estuviera perfectamente bajo control. Y como si estuvierais muy enamorados.
Nick y yo nos miramos preocupados.
—¿Y si notan algo raro? —dice Nick nervioso—. Cuando estoy nervioso, la locura se me escapa entre los dedos…
—Pues que no se te escape —gruñe Gold—. Camina despacio y mira a la gente como si supieras cosas que ellos no saben. Ah, y no sonrías demasiado. Marcus nunca sonríe.
«Eso no es cierto», pienso para mis adentros. Conmigo lo hace. Y verlo es jodidamente increíble…
—¿Que no sonría? ¡Eso es como decirme que no respire!
—Pues no respires.
Nick lo mira aburrido.
—No pensaba respirar… Voy a fingir normalidad delante de un montón de criminales armados que se mueren por matarme.
—Correcto.
—Maravilloso…
—Al veros acaramelados, la mitad del club asumirá que el Regente sigue moviendo los hilos desde las sombras de su cama. Y se le perdonará que esté algo… distraído, por culpa de su hermosa prometida. Porque puede que Marcus White haya roto con su novia, pero el Regente no.
Trago saliva.
—¿Y cómo sabremos si la escena ha funcionado? —pregunto.
—Necesitamos a Vittoria —dice de pronto Gold.
—¿Para qué? —pregunta Nick.
—Nadie escucha mejor que ella cuando hay mafiosos hablando entre dientes. Si alguien está celebrando demasiado rápido el ataque a Marcus, ella lo oirá.
—Tiene sentido. —Asiento.

—¿Tú crees? —replica Nick—. Porque yo creo que es oficialmente la peor idea que has tenido nunca, Gold. Ahora tienes que estar concentrado y esa chica te funde el cerebro…
Gold coge las llaves del coche ignorando su opinión.
—Vittoria salvó la vida de Marcus, y con suerte, también salvará la tuya si algo se tuerce.
Nick levanta una ceja asustado. Pero la guasa vuelve a su cara.
—¿Estás seguro de que esto no es una misión marital estratégica?
Gold lo fulmina con la mirada desde la puerta.
—Si alguien puede ayudarnos a engañar a la mafia, es mi mujer.
La puerta se cierra tras él y Nick se reclina en la silla de Marcus con una sonrisa.
—¿Sabes qué es lo más gracioso de todo esto?
—No estoy segura de querer saberlo…
—Que podría funcionar.
—Si quieres que funcione, más vale que empieces a practicar tu cara de Marcus White.
Nick se levanta.
—No me preocupa, sé imitar a mi hermano a la perfección.
—Demuéstramelo.
Nick endurece la expresión, se endereza y mira hacia la puerta como si acabara de decidir el destino fatal de alguien.
Lo observo impresionada.
—Vale… eso ha dado bastante miedo.
Nick sonríe.
—¡Pero no sonrías! —le riño.
—Joder… Ser Marcus va a ser agotador.
Eso me hace pensar en lo duro que debe de ser tener ese gesto de control constante en la cara. Dar la sensación de que siempre estás un paso por delante de los demás, porque si no, alguien muere.
Siento un nudo extraño en el pecho. Porque amar a Marcus siempre fue difícil… pero ahora entiendo que estar en su piel es infinitamente peor.

CAPÍTULO 22



Llegar a casa debería ser siempre tranquilizador, pero últimamente la mansión Rossetti tiene la inquietante capacidad de hacerme sentir como si hubiera una conversación pendiente detrás de cada puerta.
Aparco el coche y me quedo un segundo dentro, apoyando la frente en el volante.
Marcus está en coma.
Nick jugando a ser Regente.
Emily dirigiendo un club criminal como si fuera una junta de accionistas.
Y Vittoria…
Mi cerebro decide que es un buen momento para recordar cómo estaba esperándome atada a la cama desnuda el día anterior.
Fantástico… ¿Qué coño me pasa?

«Que te sientes culpable por llevarla al límite», explica una voz.
«Que te sientes en deuda por cuanto está ayudando», opina otra.
Salgo del coche ignorando esas opiniones y entro en la casa.
El vestíbulo está en silencio, pero no vacío. La madre de Vittoria está sentada en uno de los sofás con una taza de té como si fuera completamente normal estar haciendo de gárgola a estas horas.
Levanta la vista cuando me ve.
—David…
—Señora Rossetti. Buenas noches…
Nunca me atrevo a llamarla por su nombre de pila. Y a ella no parece importarle.
Me quedo quieto unos segundos y ella me observa con calma.
—¿Sabe dónde está Vittoria? —pregunto con cautela.
—Creo que está dormida.
—¿Dormida?
—Me ha dicho que ha vuelto de un viaje y estaba cansada… Además, últimamente la veo muy estresada. Me preocupa…
Frunzo el ceño sin comprender.
—¿A qué se refiere? —pregunto sentándome frente a ella.
—Da igual. No lo entenderías…
Esa respuesta me obliga a indagar.
—Pruebe… Sacaba muy buenas notas en el colegio.
—Hay muchas cosas que no entiendes, David —responde con suavidad—. El corazón de mi hija es una de ellas.
Me quedo sin palabras.
«¿Qué tiene que ver el corazón de Vittoria conmigo?», quiero preguntar. No lo hago porque la respuesta me da pánico.
«¿Acaso tiene corazón?», se burla una parte de mí, entrenada para que no me afecte. Pero la mirada de su madre, culpabilizándome de su dolor, logra lo contrario.
—¿Por qué la buscas, hijo? —pregunta intrigada.
—Porque la necesito… —respondo sin pensar. Y siento que esas palabras son demasiado sinceras a muchos niveles—. Para que nos ayude a averiguar algo en el Lux Noor… Su hija sabe escuchar cuando la gente habla demasiado.
—Sí… Siempre ha sido una chica lista y ambiciosa.

—Ambiciosa no es la palabra que yo usaría…
—¿Y cuál usarías?
Lo pienso un segundo.
«¿Egoísta? ¿Inteligente? ¿Sexi? ¿Graciosa? ¿LOCA?».
—Kamikaze… —elijo—. Y lo digo como un cumplido.
La matización parece gustarle.
—Vittoria lleva toda su vida viviendo entre hombres que creen que el poder consiste en asustar a los demás.
—¿Y no es cierto?
—No. El poder consiste en saber cambiar las reglas del juego… y ella lo hace plantando cara a la tiranía.
El tema me interesa.
—¿Usted cree que se pueden cambiar las reglas de la mafia?
—No. Pero puede cambiar lo que la mafia le hace a las personas…
—Explíquese, por favor.
La madre deja la taza y me mira condescendiente.
—David… ¿sabes cuántas mujeres caen en desgracia cada año por culpa de las organizaciones criminales?
Parpadeo perplejo.
—La verdad es que no.
—Ni tú ni nadie que se beneficie del sistema. Pero Vittoria sí lo sabe. Y lleva años intentando ayudar a mucha gente.
Esa información no podría sorprenderme más.
—¿Cómo lo hace exactamente?
—Intenta sacar a esas mujeres del sistema.
—¿Qué sistema? —pregunto perdido.
—La prostitución forzada. La trata. Matrimonios arreglados… El tipo de cosas que ocurren cuando los hombres poderosos se sienten intocables…
Me quedo callado.
—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso?
—Mucho.
—No lo entiendo…
Ella sonríe ante mi ignorancia.
—Vittoria cree que si consigue que alguien como tú controle la estructura… podría cambiar lo que ocurre dentro.

—¿Alguien como yo?
—Alguien justo y empático. Un líder fuerte y a la vez progresista.
Tardo un segundo en procesarlo.
—¿Vittoria está intentando reformar la mafia?
—Está intentando que deje de destruir vidas innecesariamente.
—Eso es… muy optimista por su parte.
—Vittoria es así. No admite un no por respuesta y nunca se rinde.
«Excepto conmigo…», pienso alicaído. La obligué a rendirse en esa cama, y no por placer, sino por miedo. Trago saliva al recordarlo y la culpabilidad me quema por dentro.
—¿Por qué no me ha contado sus planes antes?
—Porque pensaba que no la creerías.
—Probablemente tuviera razón…
La madre de Vittoria sonríe otra vez.
—David… yo conozco a mi hija. Y cuando Vittoria decide que quiere algo, normalmente lo consigue. Pero contigo ha tocado hueso, y eso la tiene totalmente desmoralizada… Creo que siente algo muy fuerte por ti.
Nos quedamos en silencio unos segundos y resoplo confundido.
—Y hay algo más… —dice finalmente.
—Claro. —Sonrío irónico—. Con tu hija siempre hay algo más…
—No es todo tan altruista como crees, Vittoria sabe que el mundo en el que nació terminará destruyéndola si no consigue cambiarlo.
Eso lo entiendo. Porque a mí me pasa lo mismo.
De pronto, recuerdo que tengo algo muy gordo entre manos y que me estoy desviando con asuntos personales.
—Interesante conversación, señora Rossetti… Pero ahora tengo que irme —digo caminando hacia las escaleras.
—David…
Me detengo y la miro esperando a que hable.
—No seas demasiado duro con ella, por favor. No es tan fuerte como se cree…
Esa frase me estruja un poco más el corazón porque es justo lo que le demostré anoche.
Subo las escaleras sin decir nada más, y mientras camino hacia mi habitación no puedo evitar pensar en la incómoda posibilidad de que

su madre tenga razón y Vittoria sienta algo por mí.
Cuando abro la puerta del dormitorio, la descubro sentada en la cama, semidesnuda, con el pelo recogido de cualquier manera y una expresión concentrada que desaparece en cuanto levanta la vista y me ve.
—¿Qué haces aquí? —dice tapándose un poco con la sábana—. Pensaba que tenías trabajo en el club…
—Hola… Sí. He venido a buscarte porque necesito tu ayuda…
No sé si es la imagen, o que la intimidad de la frase se me clava en la piel, pero me ruborizo un poco.
Durante un segundo, nos observamos como dos personas que saben perfectamente que tienen demasiadas conversaciones pendientes. Pero su cara anuncia que no se esperaba oír algo así.
—Vaya… David Gold me necesita. Eso es algo que no se escucha todos los días.
—No te acostumbres… —Sonrío de medio lado.
Cruzo la habitación y me detengo frente a ella.
—¿Qué necesitas exactamente de mí? —pregunta ingenua.
Y mi mente evoca respuestas que me atormentan más de lo que deberían.
Debo de ser un puto santo para mantener la compostura delante de una mujer preciosa y semidesnuda encima de mi propia cama…
—Nick va a hacer su debut como Regente esta misma noche.
—¡¿Ya?! —exclama Vittoria enderezándose.
—Sí. Todo se ha precipitado. Por eso te necesitamos…
Ella ladea la cabeza y me observa unos segundos. Puedo ver cómo su cerebro empieza a funcionar.
—Queréis que escuche lo que se dice en el club…
—Exacto.
—Que identifique quién se cree que Nick es el Regente y quién está demasiado tranquilo con el hecho de que Marcus haya sido atacado.
—Correcto. Necesito que te vistas y vengas al Lux Noor ahora.
Vittoria se levanta de la cama de un salto.
—Vale… Lo haré.
Camina por la habitación con ese harapo tan sexi y aparto la mirada mientras trago todo el líquido que se acumula en mi boca.

—Dame un minuto… Ahora bajo —dice pidiéndome sin palabras que me marche de la habitación para cambiarse.
—No… —la contradigo de pronto—. Voy a quedarme.
Ella me mira arqueando una ceja.
—¿Cómo…?
—Me quedaré a ver cómo te vistes —repito con calma.
Vittoria me observa intentando descifrar si estoy bromeando o me he vuelto loco.
—¿Estás teniendo un ictus? —pregunta extrañada.
—No… Llevo todo el día pensando en lo que pasó cuando te ataste a la cama —digo relajado, apoyándome en la cómoda—. En tu reacción, y en lo que dijiste después…
Ella se agarra los brazos, sintiéndose vulnerable.
—¿Y qué?
—Y creo que deberías dejar de huir…
Sus cejas se juntan en el límite de su pelo.
—¿Huir de qué?
—Llevas toda tu vida temiendo a los hombres. A lo que pueden hacerte. A lo que pueden quitarte… Y entiendo por qué. Pero no puedes vivir así, Vittoria.
Ella traga saliva y no dice nada. Así que prosigo.
—Tenías razón en una cosa: la confianza no vuelve sola, hay que reconstruirla. Y yo quiero ayudarte a recuperarla…
—¿Estás hablando de… sexo? —pregunta ojiplática.
—Hablo de enseñarte —corrijo—. Dijiste que querías aprender… Entender cómo funciona todo eso. Puedo instruirte… con normas.
Vittoria se queda completamente quieta.
—¿Por qué has cambiado de opinión?
—Por Marcus… Si no fuera por ti, estaría muerto. Te debo su vida… Y yo siempre pago mis deudas. Así que si eso es lo que necesitas para recuperar la confianza, estoy dispuesto a ayudarte.
Sus ojos se abren de par en par.
—¿Hablas en serio?
—Completamente en serio.
—¿Quieres hacerlo aquí? ¡¿Ahora?!

—No —digo deprisa—. Ahora, no. Ni en esta casa. Eso lo convertiría en algo personal… Lo que yo te propongo es algo muy técnico. Sin sentimentalismos. Sin presión. Nada de… —busco la palabra adecuada— … desafíos ni situaciones fuera de control. Las clases serán en el Lux Noor. E iremos poco a poco. Paso a paso.
Ella me estudia como si intentara detectar la trampa.
—¿Quieres hacerlo en el club?
—Sí. Hay varias salas privadas que podemos utilizar.
Vittoria ladea la cabeza sin estar del todo convencida.
—¿No es lo que querías? —pregunto serio—. Aprender. Superar tu problema. Estar lista para salir al mundo cuando esta farsa de matrimonio acabe…
—Sí…
Se hace el silencio y nos miramos fijamente. Y por primera vez desde que empezó la conversación, una pequeña sonrisa ladina aparece en la boca de Vittoria.
—¿Estás seguro de lo que estás ofreciendo, Gold?
—No, no sé cómo coño saldrá esto, pero quiero ayudarte.
Vittoria suspira.
—Vale… Acepto.
Sus ojos brillan con una mezcla peligrosa de curiosidad y desafío.
—Solo espero que seas mejor profesor de lo que dicen por ahí…
«La madre que la parió…».
—Cámbiate. Tenemos prisa —digo indolente.
Y cuando se quita el picardías y se queda en ropa interior, no puedo evitar pensar que acabo de cometer un error monumental. Sobre todo cuando empieza a rebuscar ropa en su armario con el culo en pompa.
La acuso de ser una kamikaze, pero puede que yo lo sea todavía más…

CAPÍTULO 23



VITTORIA

Entrar en el Lux Noor del brazo de David Gold no se parece a entrar en ningún otro sitio.

Cuando nos ven aparecer, el ambiente del local cambia en un segundo. No se detiene, pero se reorganiza. Como un banco de peces cuando aparece un depredador. Eso significa que David ha estado haciendo bien su trabajo.

Las miradas terminan de confirmarlo y también la forma en que las conversaciones bajan medio tono mientras cruzamos la sala.

Gold camina a mi lado con una calma que confunde a la gente. No parece un jefe de la mafia ni alguien que pueda decidir si un hombre sale vivo o muerto de una habitación. Parece alguien que te dejará explicarte antes de arrancarte los ojos sin parpadear si lo mereces. Y eso es exactamente lo que hace que todos lo admiren. Que es justo. Con sangre fría, pero fiable.

Echo un vistazo rápido y veo que los italianos se han juntado en unas mesas cercanas a la pared. Los albaneses observan junto a la barra.

Y hay unos cuantos rusos al fondo que fingen interesarse más por sus copas que por nosotros.
Pero todos nos miran indirectamente.
Incluso puedo sentir cómo algunos anhelan mi cuerpo con miradas lascivas.
Gold también lo nota, porque su mano se posa en la base de mi espalda con cierta posesividad y me guía entre las mesas sin detenerse. Es un gesto pequeño, pero suficiente para que tres hombres aparten la vista de golpe.
—Los italianos están allí —murmuro apenas.
—Lo sé —responde sin ni siquiera girar la cabeza.
Llegamos a la esquina donde se reúnen los de Providence y Boston South y nos saludan.
—Buenas noches, jefe.
—Caballeros… —responde David con esa educación peligrosa que utiliza cuando quiere que alguien recuerde quién manda ahora.
No me quedo. Este no es sitio para mujeres. Le lanzo una última mirada a David antes de alejarme y él me la devuelve sabiendo exactamente lo que voy a hacer.
Subo a la barandilla superior de hierro para observar el tablero general de esta noche. Pero no puedo dejar de mirarle a él, hablando como si nada con tipos oscuros como si hubiera nacido en este mundo. Y para mi sorpresa, mi pecho se tensa de orgullo.
Todavía no tengo claro si eso es una ventaja o el principio de un problema enorme…
Observo la sala principal como si fuera un teatro, porque esta noche lo es más que nunca. Todo el mundo finge normalidad ante una incertidumbre apabullante.
De pronto, Nick, o mejor dicho, el Regente entra en la sala acompañado por Emily.
Lleva traje oscuro y el fantástico corte de pelo que le hice y por el que protestó como un niño pequeño, pero lo que más impresiona es la forma en la que camina. Como si cada paso pesara diez años de poder.
La sala se queda ligeramente en silencio cuando aparece.

Emily se mueve a su lado con naturalidad, como si se sintiera exactamente en su lugar. Nick habla con un camarero y se inclina hacia ella para decirle algo al oído. Ella evoca una sonrisa sugerente.
La escena es perfecta.
Todos los miran de reojo, intentando interpretar su expresión, vigilando desde sus posiciones. Y el juego empieza.
Abandono mi posición privilegiada y camino entre las mesas como si solo fuera otra noche en el club. Y escucho. Lo escucho todo.
—Dicen que han visto entrar a Marcus White hace una hora…
—Imposible. Lo han tiroteado esta misma mañana.
—Ese tío es un tiburón, alguien así no muere tan fácilmente.
Oigo risas nerviosas y sigo caminando.
En la barra escucho algo más interesante.
—Si hubieran querido matarlo, lo habrían hecho —murmura alguien —. Yo creo que solo era un aviso.
—¿Un aviso de quién?
—De la persona que mató a su padre.
Continúo moviéndome hasta que lo veo. Nerón, el sicario a quien Lucio dio la orden desde su móvil. Observa alrededor, inseguro.
Cuando me ve, aparto la mirada y sigo caminando como si nada.
Tiempo después, un chico de seguridad viene a buscarme y me lleva hasta el despacho del Regente, donde Nick, Emily y Gold ya me están esperando.
Todos se giran cuando entro.
—¿Y bien? —pregunta Gold ansioso.
—La mitad cree que lo de White ha sido un ajuste de cuentas personal que tiene que ver con su padre. Nada que ver con el Lux Noor ni el Regente.
—Eso es bueno, ¿no? —dice Nick aliviado.
—La otra mitad cree que el disparo solo fue un aviso.
—Eso también es bueno —opina Emily.
Gold frunce ligeramente el ceño.
—¿Estás segura de que nadie los ha relacionado, Vittoria?
—Seguro. Los conozco a todos como si los hubiera parido. Cada gesto, cada mirada. Me he criado entre estos tipos. Nadie sospecha nada.

—¿Has visto o oído algo más?
—Sí… He visto al hombre del restaurante… el que disparó a Marcus.
Gold se queda completamente quieto.
—¿Estás segura de que era él?
—Completamente segura.
—¿Dónde está? —pregunta, moviéndose hacia la puerta. El de seguridad le sigue como si supiera lo que quiere hacer.
—En la mesa de los italianos. Chaqueta gris. Polo blanco.
Gold no duda. Me agarra de la mano y tira de mí.
—Ven con nosotros y dinos quién es exactamente. ¡Vamos, Ben, Nick, moveos!
Desaparecemos por el pasillo y cuando se lo señalo, quedan en encontrarse «donde ya saben» y Gold tira de mí de nuevo.
—¿Qué vais a hacer? —pregunto acelerada.
—Ahora lo verás…
Me lleva hasta una sala y no tenemos que esperar mucho para que Ben, junto con el Regente y otros dos hombres, traigan al tipo del restaurante prácticamente a rastras.
—¡Esto es un error! —protesta acorralado contra una pared.
Gold se cruje el cuello y lo veo avanzar hacia él como si acabara de cambiar de piel. Ya no es el CEO neutral, ni el hombre irónico que bromea conmigo por las mañanas. Ahora es otra cosa más fría y peligrosa. Que me pone a mil…
Camina hasta quedar frente al hombre y lo mira pensativo.
—Así que tú disparaste a Marcus White —dice con calma.
—¡No! ¡No sé por qué lo dices! ¡Yo no fui!
Gold sonríe. ¿De dónde ha sacado esa sonrisa maníaca?
—Eso vamos a comprobarlo enseguida…
El hombre intenta huir y Gold lo empuja de nuevo haciendo que se estampe contra la pared con fuerza. Mis cejas llegan al límite de mi pelo al entender cuánta fuerza posee. Una de la que jamás ha hecho alarde de tener conmigo.
—¡No podéis hacer esto! —exclama el hombre—. ¡Regente! ¡Este sitio es neutral! ¡No pueden tocarme!
—No pueden tocar a otros clanes, pero este es tu jefe, Nerón…. y si ha habido una traición interna, no puedo ayudarte. Lo único que yo

he hecho es alejarte de tu gente para mantener la paz en el club. Lo que haga contigo, no es asunto mío —dice Nick tras su máscara.
—¡No, espera…! —grita cuando ve que el Regente se va junto a Emily.
Gold lo observa como si estuviera calculando qué hacer con él.
—Solo quiero saber por qué.
—¡Yo no sé por qué! ¡Solo cumplo órdenes!
—¿De quién?
—¡No puedo decírtelo! ¡Me matarían!
—Si no me lo dices, te mataré yo. No me gusta que la gente se tome la justicia por su mano en mi territorio sin que yo lo sepa… Es una falta de respeto terrible.
—Yo… ¡yo no sabía que usted no lo sabía! ¡Pensaba que sí!
Gold inclina ligeramente la cabeza, como si la respuesta acabara de confirmar algo que ya sospechaba.
—Entonces hoy vas a aprender una lección importante —dice con una calma que pone los pelos de punta.
Se acerca tanto a él, que el hombre tiene que pegar la espalda a la pared para no tocarlo.
—En mi zona de la ciudad nadie dispara sin mi permiso. —Hace una pausa—. Y si alguien lo hace… la próxima bala la elijo yo.
El hombre palidece.
Gold se aparta como si la conversación hubiera terminado.
—Ben… —masculla.
—¿Sí?
—Enséñale lo que pasa cuando alguien confunde mi paciencia con debilidad.
—¡NOOO! —grita el hombre despavorido.
—Hecho —musita Ben bajando la cabeza.
No me muevo, porque todavía estoy asombrada cuando David pasa por mi lado. La forma en que ha manejado la situación ha sido… Digamos que ha hecho que partes de mi cuerpo se humedezcan y contraigan de una forma inesperada.
Gold me arrastra con él hacia la puerta, y una vez fuera, vuelve a mirarme. Pero no como siempre. Sigue en modo matón.
—¿Pasa algo…? —pregunta mirándome fijamente.

—No. Nada… —Trago baba. Porque eso no era saliva.
Me mira un segundo más, como si hubiera captado el *flash* pornográfico que ha asaltado mi cabeza.
Y de pronto, añade:
—Te espero en la sala tres en diez minutos para empezar las clases…
Mis ojos se abren como platos y mi corazón comienza a galopar.
—¿Cómo…?
—No hagas que me arrepienta —masculla. Y se va, vete a saber a dónde, dejándome más acojonada y excitada que nunca.
Busco la sala principal intentando recordar cómo se respira con normalidad. Porque hace treinta segundos estaba observando a mi marido actuar como el jefe de la mafia… y ahora pretende darme clases de sexo con este calentón.
Por suerte, localizo a Emily hablando con uno de los camareros, y la agarro del brazo sin pensar.
—Tenemos que hablar… —digo arrastrándola hacia el baño. Porque estoy empezando a sudar a mares.
—¿Qué te pasa?
—Que es un error.
—¿El qué? —pregunta perdida. Pero en cuanto la suelto frente a los lujosos lavabos, escupo la verdad.
—¡Te mentí, ¿vale?! No estoy enamorada de Gold. Nunca lo he estado, solo quería… que me obedeciera. Pero ahora estoy sintiendo cosas que no deberían estar ahí y… me pasa algo muy malo. ¡Me siento rara! Por favor, ayúdame. ¡No puedo frenarlo…!
La expresión de Emily se torna divertida.
—¿Tanto has disfrutado con el interrogatorio?
—¡Para nada, ha sido horrible!
—Pobrecita… —Sonríe—. Conozco esa sensación, esa indignación de que un hombre con moralidad gris te ponga cachonda.
—¡No estoy cachonda! ¡Yo no sé ni lo que es eso…!
—Respira hondo —dice sujetándome los hombros—. La tensión muscular que sientes es normal, es debido a un aumento del flujo sanguíneo hacia las zonas erógenas.
—No… Creo que es la gripe… —dice tocándose el cuello—. Me está subiendo la fiebre.

—El aumento de temperatura corporal también es normal, además de una extraña hipersensibilidad en la piel. Se te pasará…
—¿En cinco minutos? ¡Porque he quedado con él en la sala tres para que me dé clases de sexo!
Emily se tapa la boca con la mano para no carcajearse.
Solo de pensar en la escena me cago viva.
—Pensé que podría, ¡pero no puedo! ¡¿Le has visto hace un momento…?! ¡Aquí es como si se transformara!
—Sí. Ha sido la leche…
—Estaba aterrador…
—Y también bastante atractivo —señala Emily con una sonrisa.
—¡¿Y ese es el hombre que pretende enseñarme a confiar en los hombres?!
Emily se encoge de hombros.
—No puedo hacerlo… —Me tapo los ojos.
—Claro que puedes.
—¡No! ¡No puedo! ¿Y si pierde el control? El otro día casi lo pierde y no estaba en plan Mr. Hyde…
Emily me mira como si acabara de decir algo absurdo.
—Vittoria…
—¿Qué?
—David Gold caminaría sobre cristales rotos antes de hacerte daño.
—Eso no lo sabes…
—Sí lo sé. Porque le he observado y…
—¿Y qué?
Emily sonríe.
—Y ese hombre está tan ocupado intentando no tocarte, que es prácticamente un milagro que siga funcionando como ser humano.
La miro horrorizada.
—¡Eso no me ayuda ahora mismo!
Emily me empuja suavemente hacia el pasillo.
—Ve a la sala que te ha dicho y no te eches atrás ahora.
—¿Y si me desmayo?
—No lo harás.
—¿Y si salgo corriendo?
—En ese caso, seguro que te alcanza.

—¡Emily…!
—Tú diviértete.
—No creo que esa sea la palabra adecuada…
—Entiendo tu punto, pero si lo piensas bien, te mueres de ganas por saber qué va a hacerte…
Me quedo callada. Porque tiene razón.
—Eso no significa que no sea una pésima idea… —murmuro dejándome empujar.
—Ya verás como no.
—¡Podría salir muy mal!
—O bien.
—Podría tener un ataque de pánico…
—Es justo lo que intenta remendar.
—Emily… —Me agarro a ella con desesperación—. No estoy segura de poder hacerlo… Me gusta mucho, pero… mi trauma es superior a mí.
Su expresión se suaviza.
—David no va a hacer nada que tú no quieras.
—Ya lo sé… Ese es precisamente el problema, joder. Que quiero. Pero no sé si voy a soportarlo. Y después ya será tarde para volver atrás.

CAPÍTULO 24



VITTORIA

Camino hacia la sala tres como si estuviera acercándome a un tribunal de justicia.
Cuando abro la puerta, Gold está dentro. Caminando de un lado a otro como un tigre enjaulado. ¡Mamááá!
La habitación es grande y un sofá de cuero reina en el centro. También hay una mesita baja que arroja una luz tenue.
En cuanto me ve, Gold se cruza de brazos, intentando controlarse para no saltar sobre mí.
—Pensaba que habías cambiado de idea…
—Yo también… —digo contrita.
Pero cierro la puerta y el ambiente sube un par de grados.
—Primera norma —dice Gold caminando hacia mí y quedándose peligrosamente cerca—. Esto no es una cita.
—Uf, qué alivio —bromeo.
—Esto es una clase —sentencia serio.
—¿Siempre estás tan serio en tus clases, profesor?

—Solo cuando mis alumnas parecen a punto de huir por la ventana.
Ahí me ha pillado.
—No estoy huyendo.
—Todavía…
Gold se acerca un poco más, invadiendo mi espacio vital, y siento un escalofrío.
—Empecemos por lo básico…
—¿Qué es lo básico?
—Aprender a respirar.
—Yo ya sé respirar…
—No es cierto. Tu cerebro entra en modo guerra cuando estás cerca de un hombre de forma íntima…
—Yo siempre estoy en modo guerra —digo chulita.
—Exacto…
Sus ojos se pierden en mis labios y su expresión se suaviza.
—Pero esto no es una guerra, ¿sabes? Es todo lo contrario…
Se acerca un paso más y me atrae hacia él hasta quedar completamente pegados. Mi corazón empieza a latir demasiado rápido.
—David…
—Respira hondo. No pasa nada. Soy yo.
Lo hago e intento relajarme.
—Lo haces muy bien.
Su mano se levanta y se detiene en el aire entre nosotros.
—Si en algún momento quieres que pare, solo dímelo.
Esas palabras me destruyen, porque no sé cómo decirle que quiero que pare, pero también que siga.
—De acuerdo… —musito.
Sus dedos rozan mi muñeca y mi cuerpo reacciona como si hubiera sido mucho más.
—¿Ves…? —murmura.
—¿Qué?
—Solo con tocarte, tu pulso se ha disparado…
—¿Te estás chuleando?
—No. Es pura ciencia. Todos reaccionamos a una caricia. Pero tú reaccionas con pánico.

Me mantiene la mirada y sigue tocándome. No puedo evitar empezar a temblar. No sé si de miedo o de qué.
—Lo que sientes no es miedo, Vittoria… Y si lo percibes así, debes aprender a transformarlo en otra cosa…
—¿En qué?
—En curiosidad…
Trago saliva cuando sus dedos se deslizan por el resto de mi brazo.
—La curiosidad también es peligrosa…
—Sí. —Sonríe un poco—. Pero es más divertida.
Las yemas de sus dedos llegan hasta mi hombro y mi cerebro decide que este es un excelente momento para olvidarse de cómo funcionan las palabras.
—¿Ves? —dice.
—¿Qué? —digo confusa.
—Sigues aquí. No has salido corriendo. Esto te gusta.
Y tiene razón. Pero estoy… inquieta. Y él lo sabe.
—¿A que soy buen profesor? —alardea.
—Eres insoportable…
—Y tú muy valiente. —Me da un toque en la nariz y se aparta de mí diciendo—: Fin de la primera lección. Mañana más.
Parpadeo frustrada.
—¿Qué? ¡¿Esto es todo?!
—No quiero que tu cerebro explote el primer día.
Lo miro indignada.
—¡Esto no ha sido una clase! ¡Ha sido una mierda!
Gold sonríe ante mi cabreo.
—Ha sido perfecto. Porque quieres más. Y esa era la finalidad.
—¡Eres el peor profesor del mundo! —exclamo enfadada.
Gold me mira como si fuera un cervatillo a punto de caer en una trampa.
—¿Quieres pasar al siguiente nivel?
La pregunta maliciosa se queda flotando en el aire y no respondo. Porque tengo la absurda sensación de que eso era justo lo que quería que dijera.
—Depende… —digo al fin.
—¿De qué?

—De si tu método pedagógico va a consistir en tocarme el otro brazo y luego huir como un perro.
—Estoy intentando enseñarte autocontrol.
—Estás llenándome de frustración.
Gold me ofrece la misma sonrisa peligrosa que le ha ofrecido al sicario. Y eso hace que me hierva la sangre.
—La frustración también forma parte del proceso.
Se sienta en el sofá de cuero y se inclina hacia la mesa baja.
—Ven aquí.
—¿Para qué?
—Segundo nivel —dice con la voz ronca.
—¿Qué vamos a hacer?
—Confía en mí.
Me acerco despacio, con una curiosidad espantosa por saber qué demonios tiene en la cabeza ahora.
Cuando llego a su altura, Gold toma una de mis manos y la gira suavemente para que la palma quede hacia arriba.
—Aprender a tocar a un hombre sin entrar en pánico.
—Yo no entro en pánico por tocar a un hombre. Es por que me toquen.
—Pues demuéstralo. Tócame. —Se quita la camisa y sus apabullantes pectorales hacen acto de presencia como un tercer ente en la habitación. La respiración se me corta y empieza el tembleque.
—Bueno, vale… quizá entre un poco en pánico…
Él suelta una risita relajada.
—Te lo he dicho, tu cerebro asocia el contacto con peligro.
—Porque normalmente lo es.
—No aquí. No conmigo.
Agarra mi mano y la apoya sobre su pecho. Directamente sobre su piel.
Me quedo congelada de lo duro y caliente que está.
—¿Qué haces…? ¿No tenía que decidir tocarte yo?
—Quiero demostrarte algo.
—¿El qué?
—Que el miedo funciona en las dos direcciones.

Me concentro en mi mano y de pronto siento su corazón latiendo con fuerza. No me esperaba eso.
Lo miro confundida.
—¿Tú también estás nervioso?
—¿A solas, con una chica preciosa tocándome? Pues claro…
—Creía que eras el gran maestro zen del sexo.
—Yo nunca he dicho eso.
—¿Y qué pasaría si te tocara más abajo? —digo ladina bajando la mano hasta el borde de su cinturón.
La verdadera Vittoria resurge de sus cenizas cuando me mira con sus pupilas dilatadas al máximo.
—Que podría olvidar que esto es una clase…
Trago saliva. Porque de pronto soy muy consciente de lo cerca que estamos. Y de lo solos. Y de lo excitados…
Gold también se da cuenta y sube mi mano de nuevo.
—Así que no lo hagas.
Nos quedamos quietos en un silencio asfixiante.
—Lo importante es que sigues tocándome… no has huido ante mi amenaza de propasarme.
Miro mi mano sobre su pecho y la retiro inmediatamente.
—Eso no cuenta.
—Claro que cuenta.
Me cruzo los brazos.
—Vale, me aburro. ¿Cuál es el siguiente nivel, profesor?
Gold ladea la cabeza, perspicaz.
—¿Estás segura de que quieres saberlo?
—Sí. Esto está siendo para todos los públicos…
—A partir de ahora será para más de dieciséis.
—Uuuh qué miedo —me burlo nerviosa.
Él me mira sabiendo que mi vacile es pura fachada, porque en el momento de la verdad la pasada noche, le pedí que parase.
De pronto, suspira. Como si acabara de recordarlo.
—De acuerdo. Tercer nivel…
—¿Cuál es?
—Aprender a no huir cuando alguien te toca a ti.
—Eso es depende de donde me toquen…

—Vamos a comprobarlo…
Antes de que pueda responder, Gold me sienta sobre su pierna haciendo que su cara quede tan cerca de la mía que puedo sentir su respiración en mi mejilla.
Mezclado con el calor y la tensión que me provoca, el pánico se abre paso en mi mente por su cercanía. Pero mi cuerpo no quiere alejarse de él. Esta vez no. Y eso es nuevo. Muy nuevo…
—Interesante… —jadea, prácticamente.
—¿Él qué?
—Que tu pulso acaba de volverse completamente loco —susurra contra mi mejilla.
—Has dicho que era algo científico —musito con un deje sensual.
—Extremadamente científico…
Soy muy consciente de que si girara un poco la cara nuestros labios se encontrarían con suma facilidad. Y lo peor es que todo su cuerpo parece suplicar que lo haga, pero no puedo evitar quedarme paralizada.
—No puedo moverme… —admito.
—Lo sé…
—Pero tampoco quiero salir corriendo.
—También lo sé…
Respiro hondo y su cuerpo absorbe mi movimiento.
—Esta clase es de lo más absurda —digo apenas sin voz. Porque me estoy ahogando en un deseo tan espeso y prohibido que no puedo ni respirar.
Siento cómo Gold sonríe otra vez, teniéndolo sien contra sien.
—No. No lo es…
De pronto, me coge la barbilla para que le mire y sus ojos bajan un segundo a mis labios. Nunca había deseado con tanta fuerza que alguien me besara.
—Esta clase está funcionando exactamente como esperaba. — Me acaricia la cara—. Porque ahora mismo te mueres por besarme… ¿me equivoco?
—Eres un cabrón —digo acorralada por mi cuerpo.
—Y tú no has huido… Bien hecho.

Nos miramos a los ojos intensamente y me veo a mí misma al borde de un abismo.
—¿Significa eso que he superado el tercer nivel?
Gold se aparta lentamente de mí poniendo distancia entre nuestras bocas.
—No… Significa que podemos seguir mañana —dice apartándose y levantándose del sofá.
—¿Cómo que mañana?
—Sí.
—i¿Y por qué no ahora?!
—Porque no estás lista. Para pasar de nivel vas a tener que besarme sin ser la primera en apartarte después… y algo me dice que si lo hiciéramos ahora, echarías a correr.
Mi boca se abre sola mientras veo cómo Gold se dirige a la puerta.
—¡David…! —protesto, pero él no se gira y desaparece rápido.
Me quedo sola en la sala tres, con el corazón desbocado, respirando como si acabaran de electrocutarme con un desfibrilador.
Y con una conclusión bastante inquietante…
Creo que acabo de descubrir por qué la gente pierde la cabeza con el sexo. Porque ni siquiera hemos empezado, y siento que me estoy muriendo.

CAPÍTULO 25



NICK

No sabía que ser el Regente pudiera ser tan estresante.
Lo único guay es que el pelo oscuro me hace parecer un villano y que todo el mundo te mira como si pudieras matarlo.
Camino por el Lux Noor intentando recordar cómo demonios se mueve mi hermano. Si más lento, más frío o más mortífero…
Emily tenía razón. La mitad del trabajo consiste en parecer que sabes exactamente lo que está pasando, aunque no tengas ni puta idea.
Un camarero se aparta al verme. Dos albaneses dejan de hablar cuando paso y un ruso levanta su copa como si estuviera brindando

por mi salud… o por mi funeral.
Qué majo…
Ben aparece a mi lado como una sombra.
—Todo tranquilo por ahora, señor.
—Eso de «Por ahora» da mal rollo.
—Ser optimista aquí dentro es mucho más peligroso.
Seguimos caminando y puedo sentir las miradas en mi espalda. Gente intentando decidir si soy el verdadero Regente o un actor muy bien pagado.
Me detengo en una barra y Ben se inclina un poco hacia mí.
—Tenemos un problema…
—¿Tan pronto?
—Atento a la mesa del fondo.
Miro discretamente y veo que un tipo corpulento está discutiendo con uno de los camareros.
—¿Qué le pasa?
—Ha perdido dinero.
—¿Dónde?
—En una partida privada celebrada en la zona de apuestas, y ahora cree que el club le debe algo.
Me acerco y el hombre se gira al notar mi presencia.
—¡Regente…! —vocifera.
Su tono no es muy respetuoso, más bien desafiante.
No digo nada. Marcus nunca saluda a nadie, solo deja que hablen.
—El club me ha robado.
—Eso sería una mala estrategia empresarial por mi parte.
El tipo golpea la barra con fuerza.
—¡Exijo que me devuelvan mi dinero! ¡Me lo han quitado!
Lo observo unos segundos con la típica calma de Marcus que me pone de los nervios. Luego miro a Ben.
—¿Es eso cierto?
—Intentó hacer trampas, señor…
Vuelvo a mirar al hombre.
—¡Es mentira! —se queja.
—Está todo grabado —declara Ben como un autómata.
El tipo se queda quieto y me mira asustado.

Me remango las mangas mentalmente y me inclino hacia él.
—Este club tiene una norma muy sencilla… y tú la has incumplido. —Señalo la puerta—. Puedes salir caminando de aquí o puedes salir arrastrándote… tú decides.
El tipo elige que caminar es una opción mejor y cuando se va, Ben sonríe disimuladamente.
—No ha estado mal…
—No estoy muy seguro de lo que he hecho.
—Ha hecho exactamente lo que habría hecho su hermano.
Eso es jodidamente inquietante.
Seguimos caminando, y poco después, nos encontramos con el segundo problema.
Dos hombres están discutiendo en un reservado. Uno es italiano, el otro, ruso. Y la rubia… es rubia. Con todo lo que eso implica.
Me acerco a ellos y los dos se giran, como si su padre les hubiera pillado.
—Regente…
—Caballeros…
Suspiro pesaroso y me cruzo de brazos.
—¿Pueden explicarme por qué están gritando en mi club?
El ruso habla primero.
—¡Este cabrón me ha robado a mi chica!
—¡Porque tú no sabes satisfacerla! —replica el italiano.
—¡Tú no la conoces tan bien como yo!
Los miro serio y guardan silencio.
—¿Cómo vamos a resolver esto, Regente? —pregunta el ruso.
Lo pienso un segundo.
—Fácil. Esta semana tú estarás con ella. Y la próxima, tú.
Los dos fruncen el ceño.
—¿Y si no aceptamos?
Me encojo de hombros.
—Entonces os vetaré la entrada para que discutáis por ella fuera de aquí.
Se miran, evalúan las consecuencias y finalmente asienten.
La sonrisa de Ben vuelve a aparecer en cuanto nos alejamos.
—Se está adaptando rápido, señor.

—¿Eso debería preocuparme?
—Un poco…
Seguimos caminando y siento que el club vuelve a respirar. Pero cuando pasamos cerca de una puerta trasera, veo algo que no me gusta.
Hay dos albaneses que conozco. No están bebiendo. Ni hablando. Solo miran o vigilan algo.
Ben también nota que no están ahí para nada bueno.
—Esos son los hombres que me buscan… —le informo.
—Y están haciendo justo eso. Controlar si aparece. Están ahí noche tras noche desde que se fue… Por eso le he dicho que entrase por la entrada secreta.
Los observo con nerviosismo.
—¿Dentro hay más de los suyos?
—Sí. Dante y toda su pandilla vienen casi cada noche.
—¿Por qué no me lo has dicho antes?
—No quería que se cagara en los pantalones el primer día.
—Bien hecho…
Nos alejamos sin decir nada, pero una idea empieza a formarse en mi cabeza.
Cuando llego a la barandilla del piso superior, donde me siento a salvo, miro el club entero.
Tanto poder… Tanto control.
Antes pensaba que Marcus estaba loco por cargar con esto, pero ahora entiendo lo enganchado que estaba a esta sensación.
Porque si tienes este poder, puedes cambiar las cosas.
—¿En qué piensa, señor? —pregunta Ben a mi lado.
—Deja de tratarme de usted, me pone nervioso… —digo sin apartar la vista de los albaneses.
—Marcus decía que era importante no tutearle.
—Marcus es un snob.
Ben se queda callado y entiendo que no va a entrar al trapo porque le tiene demasiado respeto.
—¿Estás mirando a los albaneses?
—Sí… Son el principal problema de mi vida… Por eso mi chica ya no está conmigo. No se siente segura a mi lado…

Ben entiende lo que digo sin necesidad de explicarle detalles.
—Esos tíos siempre han sido un problema… Mucho antes de que tú te cruzaras en su camino —comenta Ben.
—No lo eran para Marcus.
—Marcus es muy diplomático.
—Pues lo siento, yo no lo soy tanto… —mascullo.
Ben me mira asustado.
—¿Qué insinúas?
Aparto la vista de la sala, porque una idea me deja helado.
—Que si quiero que Ava vuelva, ellos tiene que desaparecer.
Su nombre sale de mi boca sin permiso y me provoca dolor físico. Porque mis labios la echan demasiado de menos para mencionarla.
Ben se queda quieto al escucharme y al final solo suspira.
Miro otra vez a los albaneses y no hago nada. No todavía.
Porque en este negocio, la diferencia entre un buen movimiento y una guerra suele ser cuestión de tiempo.
Las horas pasan despacio en el Lux Noor. La música cambia, las mesas se vacían y los hombres que quedan son los que realmente importan.
Cuando levanto la vista otra vez, sigo en la barandilla, y me alegran unos pasos detrás de mí. Es Emily.
—Has sobrevivido a tu primera noche —dice impresionada.
—Eso parece.
Se apoya a mi lado y observa la sala.
—Lo has hecho bien.
—¿Tú crees? Yo me he dado miedo a mí mismo… ¿Cómo podía Marcus manejar un poder así? Me dan ganas de tomarme la venganza por mi cuenta…
—¿Hablas de los albaneses?
—Sí… Ellos son las cadenas de las puertas hacia mi felicidad.
—No hagas nada, Nick. Podrías empeorar las cosas…
—Muerto el perro, se acabó la rabia.
Emily gira la cabeza hacia mí, preocupada.
—Nick… No hagas ninguna estupidez.
—Es un poco tarde para eso… Ya hemos hecho una.
—¿Cuál? —pregunta asustada.

Guardo silencio.
—Pregúntale a Gold… Estaba fuera de sí esta noche. Pensaba que era un oso amoroso, pero está casi más inestable que yo.
Emily abre mucho los ojos.
—¿Qué ha pasado?
—Volvimos a hablar con el sicario que disparó a Marcus y todo se torció un poco…
Emily se queda completamente quieta.
—Espero que no lo matarais…
Ante mi falta de respuesta, Emily cierra los ojos.
—¡Joder… Nick!
—Ese tío casi mata a mi hermano —rezongo.
—¡Pero lo necesitábamos vivo para saber quién le dio la orden!
Sé que tiene razón. Pero no entiende hasta qué punto se han torcido las cosas en esa habitación. Supongo que Marcus sí lo entendería. Él estaba curtido en estos temas.
Lo que Emily no sabe es que esta vez no ha sido por mi culpa…
—¡¿Por qué eres tan impulsivo?! ¡No podíamos permitirnos perder esa información! —dice Emily enfadada.
No la corrijo. Ella respeta a Gold. Es su jefe. Y si hubiera visto lo mismo que yo, se plantearía seriamente si está enamorado de Marcus o es solo que lleva un gran instinto asesino en la sangre.
—No podemos arriesgarnos a iniciar una guerra sin saber contra quién —dice Emily sabiamente.
—Eso suena muy razonable.
—¡Lo es! Por eso no entiendo por qué le has matado.
—Tenía que pagar por ello. Igual que el asesino de mi padre…
Emily me observa alucinada. Al parecer, no sabía nada de eso. Porque jamás me había mirado con ese miedo en los ojos.
Nota mental para la siguiente vez: «procura caerle bien a la mejor amiga de tu novia».
—Sé que no lo entiendes, Emily. Yo tampoco me lo esperaba, pero al parecer, quien toca a mi familia, no vive para contarlo…
El silencio entre nosotros se vuelve sólido. Y finalmente añado:
—Y ahora Ava y Megan son mi familia…

Su mirada cambia y entiendo que para ella ya no soy el hermano pequeño de Marcus, sino algo más peligroso. Algo que ya no puede controlar.
—Ten cuidado, Nick, por favor…—dice rendida.
—Siempre lo tengo.
—No es cierto. Es Marcus quien siempre lo tiene por ti. Tú… todavía no sabes lo que cuesta sobrevivir en este mundo. El precio que hay que pagar… A tu hermano casi le cuesta la vida.
Se gira para irse, pero antes se detiene un segundo.
—No mueras, Nick. Tu hermano no lo superaría…
—Haré lo que pueda por no joderle más la vida.
Emily se marcha y me quedo solo mirando el club. Y pensando que, esos albaneses… aún no saben que se han metido con el White equivocado.

CAPÍTULO 26



Nunca había matado a nadie.
Y ahora entiendo por qué hay gente que no vuelve a dormir igual después de hacerlo.
No es culpa. O al menos, no solo culpa. Tampoco el remordimiento que uno imagina desde fuera, sino algo más turbio. Más difícil de nombrar. Más… íntimo.
Conduzco de vuelta a la mansión con las manos todavía tensas sobre el volante, como si mi cuerpo no hubiera recibido el mensaje de que el horror ya ha terminado.
Porque no ha terminado. No puedo dejar de ver la cara de ese tío… Y de revivir el momento exacto en el que todo se rompió.
—Joder… —digo apretando los dientes.

Una sensación extraña se instala en mi pecho. Es como si algo ya no encajara dentro de mí. Como si hubiera descubierto una parte de mí mismo que siempre había estado ahí, pero que nunca había querido reconocer.
Y ahora ya no puedo fingir que no existe.
Dicen que el cuerpo es más lento que la mente a la hora de aceptar ciertas verdades, y el mío todavía no asume lo que he hecho.
¿Y si mi madre tenía razón? «Lo llevas dentro, hijo».
Siempre pensé que exageraba. Que confundía inteligencia con frialdad. Ambición con crueldad y estrategia con instinto asesino.
Pensaba que yo no era como ellos… Que podía jugar a este juego sin convertirme en una de sus piezas.
Suelto una risa seca y cambio de marcha con violencia.
Qué ingenuo fui… Y qué fácil es creerse diferente, hasta que dejas de serlo.
El semáforo en rojo me obliga a detenerme y, por un segundo, agradezco la interrupción. Como si parar el coche fuera a parar también esto.
Pero en cuanto lo hago…, vuelve: «He matado a un hombre».
Hubo un momento en que el tipo dejó de gritar y se hizo un silencio distinto al anterior. El de alguien que empieza a entender que ya no hay salida.
Había estado suplicando, negando, prometiendo cosas que no podía cumplir. Pero en ese momento, solo respiraba rápido y mal. Como si supiera que la vida se le estaba acabando.
—Te lo voy a preguntar una vez más… —dije pasivo agresivo.
Mi voz fue lo primero que no reconocí.
—¿Quién te dio la orden de matar a Marcus White?
—Si lo digo, me matarán…
—Y si no lo haces, también. Elige dónde y cuándo quieres morir.
Lo dije tan en serio que en ese instante supe que ya había cruzado la línea, aunque todavía no hubiera apretado el gatillo.
Porque esa frase… no era una estrategia calculada. Era la verdad.
—Pues la información morirá conmigo —masculló el rehén.
—De acuerdo, solo queda negociar cómo quieres morir… Si rápido e indoloro, o agonizando como un cerdo —escupí duro.

Noté a Ben tensarse a mi lado. Fue un pequeño gesto que, en otro momento, me habría hecho replantearme la situación, recalcular, medir mejor las consecuencias… Pero no esta vez.
Esta vez solo había una certeza cada vez más nítida.
—No lo entiendes… —balbuceó el tío—. Tú acabas de llegar. No eres nadie… El respeto se gana con tiempo y hechos, no se hereda.
Y no se le ocurrió otra cosa que mirarme con desprecio. Con esa arrogancia absurda de quien cree que sigue teniendo poder incluso cuando ya lo ha perdido todo.
Saqué una de las armas que me agencié en el despacho de la mansión, una nueve milímetros que pude guardarme en los huevos cuando fue necesario y le apunté a la cabeza sin titubear.
—Marcus White sangrando en una acera es un hecho decisivo…
El silencio que siguió después fue casi… sagrado. Como si un ser superior hubiera calculado ponerme en esa encrucijada.
—Das pena… —farfulló Nerón con una sonrisa tensa—. Te han nombrado número uno de la mafia italiana y ni siquiera sabes lo que es la lealtad…
—Claro que lo sé, por eso vas a morir.
No recuerdo haber tomado la decisión de apretar el gatillo de forma consciente. No hubo debate interno. Tampoco una última duda heroica. Solo una especie de claridad absoluta, incómodamente sencilla. El disparo sonó seco e irreversible.
Pero lo más perturbador de todo no fue el ruido, fue lo que vino después. La nada. Ninguna reacción inmediata o temblor. Ninguna sacudida moral. Solo… la calma.
Miré el cuerpo caer como si fuera una consecuencia lógica dentro de una ecuación que ya había resuelto.
Y en ese instante entendí que lo verdaderamente peligroso no es que seas capaz de hacer algo así. Es que, cuando lo haces… por fin todo encaje dentro de ti.
El claxon de un coche me arranca del recuerdo y veo que el semáforo está en verde. Avanzo sin mirar atrás.
Chasqueo la lengua al entender que hemos perdido la única pieza que podía llevarnos hasta quien está detrás de todo. Y ha sido un error mío.

«Perfecto, David… Brillante. Te has vuelto loco y la has jodido».
La cuestión no es por qué. Es por quién.
El nombre de Vittoria aparece en mi cabeza como una tarea pendiente que no debería estar ahí… y, sin embargo, lo está. Como una querencia persistente, incómoda e innegable.
Jamás debimos entrar juntos en esa maldita sala…
Su respiración desacompasada, la tensión de su cuerpo, la forma en que me miró, fueron suficientes para llevarme al límite de mi resistencia y hacerme perder el control de una forma completamente distinta.
—Puede que me esté volviendo loco… —deduzco.
Porque lo que ha pasado esta noche no son dos hechos aislados.
Es el mismo impulso salvaje. La misma grieta. La misma falta de autocontrol manifestándose de formas distintas.
Violencia. Deseo. La pérdida de mis límites… Todo lo mismo.
Es como si Vittoria hubiera despertado una parte de mí que permanecía dormida y la estuviera empujando hacia fuera sin ni siquiera darse cuenta.
O peor aún. Sabiéndolo muy bien…
Me paso una mano por la cara, intentando recuperar una sensación de orden que ya no existe.
La mansión aparece al final de la calle, silenciosa e imponente, ajena a todo lo que ha ocurrido fuera de sus muros.
¡Necesito volver a ser quien era esta mañana antes de entrar de nuevo en esa casa! Pero algo me dice que eso ya no es posible… porque hay una verdad que ya no puedo ignorar. Un puto matiz que lo cambia todo. Que las barreras que yo mismo me imponía están empezando a derrumbarse sin control.
Salgo del coche con esa idea todavía latiendo en la cabeza.
Entro en la casa en silencio y veo que todo está a oscuras.
Cierro la puerta despacio, como si no quisiera perturbar algo que no sé exactamente qué es, y me quito la chaqueta sin prisa, alargando el momento, para retrasar lo inevitable.
Porque no quiero verla… No después de lo que me pasa cuando la toco.
Camino hacia la cocina para hacer tiempo, y de pronto veo una luz.

Me detengo y respiro hondo. Porque, por supuesto, Vittoria Rossetti nunca hace lo que debería estar haciendo que es dormir. En lugar de eso, está apoyada en la encimera, descalza, con una camiseta de licra con la que se nota que no lleva sujetador, el pelo suelto y desordenado, y esa mirada decidida de quién no va a rendirse fácilmente.
—¿No puedes dormir? —digo entrando y fingiendo indiferencia.
—No —responde—. Te estaba esperando…
Nos observamos como si estuviéramos recordando algo que ninguno quiere nombrar.
—¿Ya has hecho todo lo que tenías que hacer en el Lux Noor?
La pregunta es sencilla. La respuesta no tanto.
—Sí…
No entro en detalles. Y ella tampoco pregunta más. Y eso, por alguna razón, me inquieta más que cualquier interrogatorio. Es como si entendiera que no quiero hablar de ello.
Se separa de la encimera y da un paso hacia mí.
—Yo también quiero terminar lo que hemos empezado antes…
Frunzo el ceño y me hago el tonto. Pero por dentro estoy histérico.
—¿El qué?
—La lección tres. El beso…
Mi cuerpo reacciona antes que mi lengua y se aleja de ella. Porque sé que no puedo permitírmelo. Ahora mismo, no.
—No es el momento, Vittoria. Ni el lugar. Te dije que en casa no…
Su osadía natural insiste en ello, acercándose a mí y me aparto.
—Vittoria… He dicho que no…
La frase sale más dura de lo que pretendía y la veo parpadear sintiéndose dolorosamente rechazada.
—¿Por qué no? —pregunta como un animalillo inocente.
Quiero explicárselo, pero no encuentro las palabras. Y tampoco hace falta, porque ella lo ve como si lo llevara escrito en la cara.
—Ha pasado algo en el club —dice despacio. No es una pregunta, sino una constatación.
—No ha sido nada…
—Cuéntamelo —me pide sosteniéndome la mirada.

Y por un segundo, me planteo mentir. Sería tan fácil… y mucho más cómodo. Pero sé que no me creería. Porque me conoce.
—He matado a un hombre…
El silencio que sigue es uno de los peores de mi vida. Espero su cara de terror con resignación, pero no llega.
—Vale —dice ella algo sorprendida.
—¿Vale? —pregunto anonadado—. ¿Eso es lo único que tienes que decir?
—Imagino que es el que intentó matar a Marcus, ¿no? —dice tranquila. Demasiado tranquila.
—Sí… —admito culpable—. Y al margen de lo deleznable, ha sido una cagada porque podía habernos dado información…
—O podía haber vuelto a intentarlo y alertar a su jefe de que lo buscamos.
La miro fijamente ante su lógica aplastante.
—¿Por qué no me estás juzgando?
—¿Quieres que lo haga?
No contesto. Porque no sé ni lo que quiero.
—David… —añade, más suave—. Esto no te define… Solo es una consecuencia del mundo en el que estás ahora.
Niego con la cabeza.
—No. Esto es exactamente lo que siempre he intentado no ser.
—Para mí es una reacción natural a que atacaran a alguien que te importa —responde con calma.
La observo atónito. Sintiendo una paz que sé que no me merezco.
—Eres peligrosamente buena justificando cosas…
—Y tú peligrosamente bueno conteniéndote. —Hace una pausa—. Sobre todo conmigo… —añade dolida.
Esa frase me atraviesa vivo.
—Vittoria…
Ella da otro paso hacia mí. Jamás admite un no por respuesta.
—No me gusta dejar las cosas a medias, Gold… —dice agarrándome de la camisa—. No podré dormir hasta que lo haga.
—No sabes lo que estás diciendo… —bufo, pero ya no me aparto.
—Claro que lo sé. —Se aprieta más contra mí—. Voy a besarte y no dejaré de hacerlo hasta que tú lo hagas. Acabemos con esto de una

maldita vez, por favor…
Cierro los ojos abatido porque en cualquier otro momento hubiera podido frenarla, pero ahora mismo, su cercanía, su calor… son justo lo que necesito.
No dejo que vuelva a provocarme, atrapo su boca sin pensar, atrayéndola hacia mí como si me hubiera vuelto a poseer ese tipo al que no reconozco.
A pesar de la brusquedad, no es un beso intenso, sino lento y decadente. Contagioso, peligroso y jodidamente adictivo…Ella me lo devuelve como si no supiera qué esperar.
Su lengua se enreda con la mía y durante un segundo el mundo deja de existir fuera de su boca. Todo es calor, pulso y ese maldito vértigo que me empuja a no querer parar.
Mi pulgar roza su mandíbula, reteniéndola ahí un segundo más de lo necesario, como si quisiera memorizar exactamente lo que se siente al besarla. Y cuando mi mano sube a su nuca sin que yo dé la orden para profundizar más en su boca, entiendo la facilidad con la que podría perderme en ella sin mirar atrás.
Y eso es exactamente lo que me asusta.
Por suerte todavía me queda una mínima fracción de lucidez.
Tiro de ella hacia atrás con un movimiento brusco, como si me estuviera arrancando algo de la piel.
—Ya está, prueba superada.
Mi voz suena ronca y difusa. Como si mi boca protestara por tener que hablar, en vez de seguir besándola.
Ella me mira confundida.
—¿Por qué paras tan pronto? Ha durado cinco segundos.
La respuesta es sencilla. Pero decirla, no tanto. Por eso guardo silencio absoluto y me alejo para que no vea que es porque no pararía nunca de besarla.
—Esto no es una clase —zanjo serio—. Si estamos en casa, se convierte en otra cosa. Y no quiero averiguar en qué.
Ella no responde nada. Y no sé si eso es bueno o malo.
Camino hacia la puerta, huyendo del sabor de su boca, pero está por todas partes y no puedo deshacerme de él. Pura ambrosía.
—Voy a dormir en otra habitación… —anuncio.

—David… —me llama. Pero algo en su voz me obliga a no girarme. Porque si lo hago… ya no salimos de aquí.
—Mañana seguimos —musito hacia el suelo—. Pero esto… —digo sin mirarla— …esto necesita límites, Vitta.
Salgo de la cocina sin esperar respuesta, y mientras subo las escaleras hacia una habitación que no es la mía, entiendo que, si se me ocurre perder el control con ella… Estaré sentenciado.

CAPÍTULO 27



VITTORIA

Me dejo caer hacia atrás sobre el colchón y cierro los ojos.
¿Qué coño acaba de pasar en esa cocina?
¿Cómo ha podido cortar ese beso de película tan pronto?
Lucio tenía razón. «No sirvo ni para lo único que sirven las mujeres…».
—Que te jodan —susurro al techo, frustrada.

Si algo tengo claro es que no pienso convertirme en lo que esperan de mí.
Giro la cabeza hacia el lado contrario de la cama y verla vacía me remueve algo por dentro.
Porque el hecho de que se haya ido a dormir a otra habitación, dice mucho. Significa que no se fía de mí. O tal vez, de sí mismo…
Suelto una risa de loca.
—Genial…
«Necesitamos límites…», ha dicho.
Pero lo que de verdad me ha inquietado es lo que ha dicho después de eso… «Necesitamos límites, Vitta». ¡«VITTA»!
Lo ha dicho de una forma tan natural que casi tengo un orgasmo.
Lo ha dicho como si… como si tuviera derecho a decirlo.
Me quedo quieta procesándolo.
—¿Desde cuándo soy Vitta para él? —murmuro nerviosa.
Le dije que ese nombre era solo para los amigos.
¿Eso es lo que somos ahora? ¿Amigos? Porque yo no le meto la lengua en la boca así a mis amigos…
Además estamos casados… CASADOS, JODER.
Y usar esa abreviatura solo puede significar una cosa… O varias. Pero ninguna me gusta. O sí… Ya no lo sé.
—Mierda… —gimo contra la almohada. Y me doy cuenta de que tengo un problema serio cuando intento ahogarme con ella.
Porque puedo ignorar muchas cosas. Puedo fingir, manipular, jugar… Pero hay algo que no puedo negar después de ese beso. Y es… que deseo a mi maldito marido. ¡Menudo panorama!
Cierro los ojos un segundo y lo admito sin adornos.
Lo deseo porque… porque sí. Y eso es PELIGROSÍSIMO.
No solo estoy completamente fuera de control emocional, sino que me inquieta algo en lo que no he querido pensar hasta ahora…
El sicario.
¡Está muerto…!
Exhalo despacio, y noto que una parte de mí se siente aliviada. Porque si hubiera hablado, me hubiera puesto en un buen aprieto.
Nerón sabía que si señalaba directamente a Lucio sería su fin, pero quizá haya dicho algo que haya podido generar dudas que lleven

hasta mí.
Aunque los hombres como él jamás hablan. Y supongo que no contaba con que los hombres como David jamás dejan cabos sueltos.
Trago saliva.
Hay algo profundamente perturbador en eso. En que haya sido él, y en que yo lo excuse. Porque lo entiendo. Lo entiendo demasiado bien…
Y ahora estoy en medio. Entre lo que Lucio espera de mí y lo que David está empezando a despertar… Y…
—Esto se está complicando mucho —murmuro al aire.
Porque ahora no solo estoy jugando para sobrevivir, estoy jugando para no perder algo que ni siquiera sé si puedo permitirme.
—Vale. Basta de pensar.
Pensar nunca ha ayudado a nadie en este tipo de situaciones. Tengo que actuar. Porque si algo tengo claro es que no voy a quedarme esperando a que David Gold decida cuándo y cómo continuar esto. Ni de coña.
Si él no puede controlarse, yo tampoco voy a hacerlo. Veremos quién aguanta más, si el profesor o la alumna…
He desperdiciado 24 horas esperando a que den las once de la noche, hora en la que El Lux Noor está de nuevo en pleno funcionamiento.
No he visto a David en todo el día, pero lo he tenido bien presente en mis pensamientos. Maldito sea.
Los cuellos se giran cuando entro en el club. Siempre lo hacen. Pero hoy lo noto más. Quizá sea por el modelito que me he marcado…
Un vestido de tubo, palabra de honor, hecho de tul negro transparente, que se ciñe a mi cuerpo como si tuviera celos del aire. Un juego de líneas tupidas lo recorren inconexas, serpenteando en la transparencia como si fuera una tela de araña en la que te mueres por caer.
El escote está coronado por una banda ancha de cuero brillante que transmite elegancia, pero invita a no subestimarme. Y unos discretos parches opacos guardan el misterio de cómo serán mis pezones o si voy completamente depilada.

Las mangas, independientes y traviesas, se suman aparte, como diciendo: «si esto ya era mala idea…, vamos a empeorarla».
Sonrío al notar el efecto que provoco imaginando cómo reaccionará Gold. Y sigo caminando con naturalidad hasta la zona superior, en busca de Emily. Pero no la encuentro.
En su lugar…
—Vaya, vaya… —silba El Regente. Por mucha máscara que se ponga, Nick no puede disimular su espíritu juguetón al ver una chica guapa. Es como si oliera mis intenciones y le hicieran gracia.
Está apoyado en la barandilla, con ese aire de tipo que no debería estar ahí, pero que, por algún motivo, encaja perfectamente.
—¿Vienes a ayudar o a arruinarle la noche a *alguien* ? —pregunta con una sonrisa ladeada.
—Las dos cosas —respondo chulita. Él se ríe.
—Perfecto. Entonces estás en el lugar adecuado.
Me apoyo a su lado y observo el local.
—¿Dónde está Emily?
—En el despacho, organizando un pequeño caos logístico. Yo soy buen actor, pero muy mal contable.
Asiento. Y él me observa, misterioso.
—¿Qué tal vas con Gold? —pregunta de pronto.
—¿Hasta dónde sabes exactamente?
Nick ladea la cabeza y sonríe como si fuera un experto en la materia de jugar al gato y al ratón.
—Creo que estáis jugando con fuego y que ninguno de los dos tiene intención de apagarlo.
—Eres muy perspicaz.
—Gracias. Es un don.
Hace una pausa y se piensa si decir lo siguiente:
—¿Estás lista para lo que puede pasar cuando te vea así vestida? Y lo de «vestida» era un eufemismo…
—No va a pasar nada —musito sin mirarle.
—«Nada» es lo único que no va a pasar. Si algo he aprendido es que cada acción tiene su reacción. Y tú estás mandando un mensaje muy claro, pequeña...
—¿Qué mensaje?

—Que quieres que pierda el control. Por eso te pregunto, ¿estás lista para que lo pierda?
La pregunta hace que mi seguridad se tambalee un poco, pero vuelvo a pensarlo y…
—Sí, estoy lista.
Él exhala preocupación.
—¿Quieres un consejo?
Bufo, pero lo quiero. Claro que lo quiero. La alternativa es volver a hacer el ridículo con un beso de cinco segundos.
—A ver, ¿cuál es tu brillante consejo? —Me cruzo de brazos.
Nick no responde de inmediato, solo me observa en silencio, pensándose si hacer una broma o hablar en serio por una vez.
—¿Quieres la versión divertida o la que no te va a gustar?
—Dilo sin adornos.
—Está bien… Vas a cagarla con ese modelito.
Parpadeo como si no entendiera lo que acaba de decir.
—¿Por qué? ¿Qué le pasa?
—Hazme caso… Ese no es el camino.
—i¿Y qué sugieres?! ¡Ponerme sexi es lo único que sé hacer! No entiendo por qué de repente, tú precisamente, me dices esto…
—Porque he hablado con él hace un rato.
Mi estómago se encoge.
—¿Con David?
—Sí. —Se encoge de hombros—. Me ha contado lo de anoche… Lo de las lecciones… y el beso en la cocina. Le he preguntado porque lo he visto realmente mal…
No me gusta cómo suena eso.
—¿Qué te ha dicho exactamente? —pregunto conteniendo el aliento —. ¿Por qué está mal?
Nick suspira, como si estuviera recordando algo incómodo.
—Dice que lo vuestro se le está yendo de las manos.
—¿El qué?
—Todo. Tú. Vuestro acuerdo. La tapadera.
Trago saliva. «Para él solo soy una tapadera…».
—Me ha dicho que no debió besarte. Que no estuvo bien.
Mi pecho se tensa. JODER… Pues para mí fue lo más…

Nick me mira directo, entendiendo que estoy dolida.
—Y también me ha dicho que se muere por volver a hacerlo.
Se hace un silencio en el que solo escucho cómo mi piel grita.
—Pero no lo va a hacer, Vittoria.
—¿Por qué no?
—Porque cree que si cruza esa línea contigo… puede hacerte daño.
La frase me conmueve, pero intento que no se note, diciendo:
—Qué considerado…
—Dice que se está volviendo peligroso.
—¿Peligroso? —Frunzo el ceño.
Nick asiente despacio.
—Gold no es un tío de medias tintas, en eso se parece mucho a Marcus… Y cuando un tío así se enamora, se salta todas las normas que él mismo ha construido…
Mi voz sale temblorosa al decir:
—No está enamorado…
Nick sonríe.
—No voy a insistir más en eso.
—¡Es que tú alucinas!
—Solo soy observador.
Su seguridad me perturba como nada.
—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —pregunto agobiada.
—Dejar de parecer una kamikaze.
Abro la boca, indignada.
—¡Yo no…!
—Vittoria —me corta—. Te has plantado delante de él, desnuda, le has dicho que puede hacerte lo que quiera y luego te ha dado un ataque de pánico… ¿Y te sorprende que ahora dude?
Me quedo callada.
—Eres una bomba con temporizador, preciosa… y el que corre el peligro de explotar es él.
Visto así…
—Entonces ¿qué hago?
Nick me observa un segundo. Y esta vez no hay burla.
—Deja de empujarlo con modelitos imposibles y asaltos a medianoche en la cocina. Forja algo que no le dé miedo.

—¿Como qué?
—Algo cálido. Una alianza. Dile que te gusta de verdad. Porque si cree que lo que hay entre vosotros es solo una guerra de poder, va a seguir resistiéndose por miedo a destruirte.
—Pero… ¡yo no sé ser amable y amorosa! No soy una *girl scout* .
—Yo solo sé que así vestida no vas a conseguir nada con él. En cuanto te vea, huirá de ti. A Gold no se le conquista siendo una *femme fatale* , sino con algo mucho más jodido…
—¿El qué?
Se encoge de hombros.
—Haciendo que te coja cariño. Creando intimidad.
De pronto, todas las piezas encajan.
—Ayer me llamó Vitta… —susurro.
Nick sonríe.
—¿Lo ves? No quiere hacerte daño porque ya le importas. Y créeme… que le hagas sentir eso le da mucho más miedo que cualquier vestido transparente que lleves puesto.
Suelto el aire de golpe.
—Gracias por ser tan franco conmigo…
—De nada. Cobro por sesión, por cierto.
Niego con la cabeza, divertida.
—Estás fatal, ¿lo sabías?
—Sí… Pero no puedo evitarlo. Y por eso espero que a nadie le extrañe que me aproveche de mi nuevo cargo para eliminar a los albaneses de esta maldita ciudad —añade letal.
Mis ojos se abren como platos y lo miro perpleja.
—¿Cómo que «eliminar»?
—Como suena. Quiero que desaparezcan. Son una amenaza.
—Eso no es buena idea, Nick…
—No digas mi nombre aquí —susurra con dureza—. Me da igual que sea mala o buena. Si desaparecen, Ava y Megan podrán volver.
De repente, lo entiendo todo.
Nick no está loco, solo está desesperado.
—¿Se lo has comentado a Emily y a David? Tienen que saberlo. Y hay que hacerlo bien. ¡Esos hombres tienen familias! Tú salvarás a la

tuya, pero destruirás la de ellos. Hay que ser precavidos y tener cuidado para no desatar una guerra.
—Voy a tener cuidado.
No sé si creerle, pero este tema me parece muy serio.
—Bueno, me voy —digo deprisa—. Tengo cosas que hacer…
Y lo digo en serio. ¿Qué hay más serio que impedir una guerra?
—¿Llevar a Gold al límite o ser adorable? —dice burlón—. ¿Cuál va a ser?
—No lo sé. Ya te contaré… —disimulo. Porque de pronto mi vida sexual no me preocupa.
Nick se ríe y vuelve a ser él mismo.
—Mucha suerte.
—Gracias. —Me voy antes de que se dé cuenta de que mi nuevo temporizador es él.

CAPÍTULO 28



Emily está de pie frente al escritorio del despacho del Lux Noor, repasando mentalmente diez cosas a la vez, y yo intento seguirle el ritmo mientras mi cabeza sigue atrapada en otra parte.
En otra noche. En mi último error.
—No podemos permitir que Nick actúe por su cuenta —dice ella, seria—. Si no lo vigilamos, va a llevar el club a la ruina. ¡Lleva aquí dos días y esto está hecho un desastre!
—Lo sé…
—No lo sabes. Porque si lo supieras, ya habrías hecho algo al respecto.

La miro nervioso.
—Estoy haciendo algo.
—¡No lo suficiente! Os he visto antes hablando como coleguitas. Y ya no lo eres, David, ahora eres su hermano mayor. ¡Porque Marcus no está!
Sus palabras me calan hondo.
Sé que estoy fallando, pero desde esa maldita llamada de Vittoria diciéndome que iban a dispararle, no sé ni dónde tengo la cabeza.
—¿Dónde está ahora Nick? —pregunto.
—Dando vueltas por el club como si llevara toda la vida aquí.
—Eso no me gusta…
—¡Claro que no! —exclama Emily—. Está demasiado cómodo. Y cuando Nick está cómodo, alguien acaba muerto.
Voy a responder cuando la puerta se abre, y todo lo demás deja de importar durante medio segundo porque es… Vittoria.
«Que Dios se apiade de mí», ruego.
Porque lo que me paraliza no es el vestido transparente que lleva, que… HOSTIAS… Es su mirada. La forma en la que entra, sin esa electricidad constante que siempre parece precederla y es como una valla electromagnética para mí.
Está… tranquila, accesible, cercana. Y eso es infinitamente peor.
—Buenas, chicos —dice como si esto fuera una reunión normal entre gente cuerda.
Emily la observa un segundo.
—Guau… Vas guapísima, Vittoria.
—Gracias… —responde cohibida. Y ese gesto desentona tanto con el vestido que parpadeo dos veces por si lo he imaginado.
Yo no digo nada, porque si abro la boca ahora mismo, probablemente diga algo que no debería…
Vittoria me mira durante medio segundo. Pero es suficiente para notar que algo ha cambiado en ella. En mí. En nosotros…
«¿Quizá que tu lengua anoche recorrió toda su boca?».
—Tenemos un problema… —dice ella, volviendo al tema como si no acabara de dinamitarme el sistema nervioso.
«¡Bien! Trabajo. Eso puedo gestionarlo».
—¿Qué pasa? —pregunto lo más sereno que puedo.

—Acabo de hablar con Nick…
Emily y yo intercambiamos una mirada.
—¿Y?
—Dice que planea eliminar a los albaneses.
—Ahí está —señala Emily—. El esperado giro. Traer a Nick aquí ha sido como meter a un vampiro en un banco de sangre.
—Esto me preocupa —dice Vittoria mirándome como si fuera capaz de dejar atrás nuestro conflicto carnal, por fuerza mayor.
—¿Qué propones? —pregunta Emily interesada.
Vittoria se acerca al escritorio y se apoya ligeramente en él antes de empezar a hablar. Cosa que ahora mismo para mí sería imposible porque noto la boca llena de líquido.
Trago saliva e intento centrarme en el tema. Pero está tan arrebatadora tomando el control, que me cuesta Dios y ayuda.
—Hay que decirle que no puede matar moscas a cañonazos —empieza—. Y menos, con los albaneses, porque se multiplican como langostas.
—¿Qué quieres decir? —pide Emily.
—Los albaneses no son solo hombres armados en una mesa —continúa—. Tienen familias. Negocios y mucha gente poderosa alrededor capaz de manipular hasta a la policía. Si entra a lo bruto, arrastrará muchas cosas con ellos…
Emily asiente lentamente.
—Daños colaterales que no podemos asumir.
—Justo. Sería una estupidez porque te generaría más enemigos de los que eliminaría.
La observo analizando sus palabras, su mirada, sus gestos… Y me sorprende pensar que yo no le afecto tanto como ella a mí.
—Entonces ¿qué hacemos? —digo con disimulo.
—Si quiere hacerles daño, hay otras formas —dice misteriosa—. Haciendo que pierdan recursos. Negocios. Que le fallen a la gente equivocada y se queden aislados.
Emily sonríe un poco.
—Me gusta.
—A mí también —añado. No sé si el plan o ella.
—Pero Nick no va a tener paciencia para eso —dice Emily.

—Pues habrá que hablar con él —responde Vittoria. Y lo dice mirándome a mí, indicándome que eso es cosa mía.
—Lo haré. Hablaré con él en serio luego —digo al final.
—Hazlo pronto —añade Vittoria—. Antes de que decida hacer algo irreversible.
Asiento. Y por un momento todo es… normal. Somos un equipo.
Hasta que Vittoria se separa del escritorio y da un paso hacia la puerta, dejando que mis ojos resbalen por la piel que se ve a través de ese maligno vestido transparente, adivinando que no lleva bragas.
De pronto, se detiene para mirarme.
—David…
Levanto la vista, agilipollado.
—¿Sí?
Me sostiene la mirada como si fuese su única salvación.
—¿Tienes un momento?
Emily nos mira y no puede evitar sonreír ligeramente mientras finge que vuelve a sus cosas.
—Eh… sí. Creo que ya hemos terminado aquí. ¿No, Emily?
—Sí, sí. Tranquilo, vete. Luego hablamos…
Salimos al pasillo sin saber muy bien a dónde ir.
—¿Qué ocurre? —pregunto cauto.
—Busquemos un lugar más privado para hablar —musita ella.
—¿Vamos a la zona italiana? —digo con la voz ronca.
Ella asiente y ya no hay marcha atrás.
Una vez en la sala privada, cierro la puerta y Vittoria da un paso hacia mí, no con su habitual descaro, sino con algo parecido al afecto.
Y eso es mala señal. Porque cuando Vittoria deja de atacar, es cuando más peligroso se vuelve todo…
—Quería hablar contigo sobre las clases…
Ah. Ya… Claro. Por supuesto… «Tenemos que hablar». Pero no va a ser fácil explicarle por qué de pronto quiero terminar con ellas.
—Vittoria, yo…
—Tranquilo, déjame hablar a mí —me interrumpe.
Alzo una ceja. Eso es nuevo.
—Vale. Habla.

La veo respirar hondo antes de empezar.
—Quería aclararte que… yo solo quiero aprender. No tengo ningún plan maestro para… no sé… manipularte o utilizarte, solo quiero… que me enseñes, como un amigo.
Esa frase me desarma más que cualquier provocación.
¿Cómo le explico yo a esta criatura que el problema no es lo que ella quiere… sino lo que yo deseo con todas mis fuerzas?
—Lo siento… —musito—. Es que, de pronto, no me parece buena idea.
—Lo sé. —Se queda callada un segundo—. Pero tampoco lo era casarnos y aquí estamos, combatiendo bastante bien las amenazas.
Tiene razón. Maldita sea.
—Pero tampoco quiero obligarte —dice entonces—. Ni llevarte al límite.
—Pues haber venido en chándal… —mascullo apartando la vista.
Ella sonríe. Una sonrisa pequeña. Casi tímida.
—Perdona. Solo quería decirte que… en realidad creo que eres un excelente profesor y… me ha ayudado tener confianza contigo.
La observo en silencio intentando encontrar la trampa. El doble fondo. La estrategia. Pero no la veo. Solo veo a una chica delante de un chico, pidiendo que… ¡se la folle!
PFFFF…
—Esto es muy importante para mí… —añade en voz baja—. Me refiero a resolver mi trauma. Y siento que contigo podría dejar de estigmatizar el sexo de una vez por todas…
Respiro hondo para que no me dé una embolia.
—Ese es exactamente el problema… —confieso al fin.
—¿Cuál? —pregunta frunciendo el ceño.
—Que yo no soy un terapeuta de verdad —continúo—. Solo soy un hombre que está perdiendo el control…
—David…
—No, déjame terminar —musito cogiendo fuerzas—. Anoche… estuve a punto de cruzar una línea roja contigo… Te habría hecho cualquier cosa en esa cocina, joder… cualquier cosa.
Dejo de mirarla sintiéndome un monstruo, pero ella no se mueve.
—Lo entiendo, pero…

—No, no lo entiendes —replico enfadado—. Si pierdo el control contigo, podría causarte aún más daño del que ya tienes…
Se hace un silencio y espero a que lo asimile. Que lo procese. Pero en lugar de alejarse, se acerca más a mí. Como uno de esos animalillos que no saben que corren peligro de muerte.
—Lo que tú no entiendes, David… —la oigo decir—. Es que yo confío en ti ciegamente.
La respuesta es tan sincera que me descoloca.
—Pues no deberías…
—Sí debería. Porque no me hiciste daño cuando pudiste.
—Esa vez me detuve a tiempo de milagro… —corrijo.
—Te detuviste porque quisiste detenerte.
Joder…
—Ahora es peor. Estoy al límite, Vittoria. Y ese vestido no ayuda nada…
—Perdón —la oigo decir. Y casi puedo discernir la travesura en su voz —. Solo quiero que sepas que no podría hacer esto con otro hombre que no fueras tú…
Esa confesión me llega al alma.
—Ni siquiera estaría aquí. A solas con otro. Y mucho menos, hablando de esto… Pero contigo sí. Porque tú eres especial.
—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer. Yo tampoco lo sabía…
—No me das miedo, David —sentencia—. Y hagas lo que hagas, lo que siento por ti no va a cambiar…
Esa frase me desconcierta por completo. ¿Siente algo por mí?
Trago saliva asustado.
—¿Qué sientes exactamente?
Vittoria sonríe un poco.
—Orgullo, de que seas mi marido. Y seguridad. Y me siento halagada de que te estés esforzando tanto por ser algo que no quieres ser. Por eso confío en ti.
Me permito mirarla a la cara por primera vez desde el principio de la conversación y admito que su imagen me deja sin palabras.
—Además… —continúa, bajando un poco la voz— me siento muy atraída por ti. No tiene sentido negarlo…

Que lo suelte de una forma tan directa y sincera funde mis defensas. Y mi contención…
—Mi miedo es que esta mutua atracción se vuelva algo más…
—A mí no me preocupa —dice tranquila—. Porque podemos controlarlo.
Casi me río.
—¿Controlarlo?
—Sí. —Se encoge de hombros—. Disfrutar de un poco de *petting* con alguien no tiene por qué ser amor. Puede ser solo… exploración.
Joder. Joder… ¡Joder!
Me paso la mano por la cara porque suena plausible, pero…
—La cruda realidad es que no me fío de mi mismo en estos momentos… El otro día maté a un hombre sin ser apenas consciente, y podría pasarme lo mismo y terminar violándote si te echas atrás en el último momento. No me controlo, Vittoria. Debería estar en la puta cárcel…
La explicación de mi mayor miedo sale sola. Cruda. Real. Pero ella no se asusta.
—Eso no va a pasar. Confío en ti.
¡JA! Qué fácil. Qué jodidamente fácil para ella. Y qué complicado para mí. Pero su confianza me da razones para pensar que no voy a cagarla con ella. Y se me hace difícil decirle que no a algo que necesita.
—Vale… —cedo al final, más por agotamiento mental que por convicción—. ¿Dónde quieres continuar con las clases?
—¿En la sala tres de nuevo?
—De acuerdo. Dame diez minutos…
Vittoria sonríe como si supiera perfectamente lo que necesito hacer en esos diez minutos. Pero estoy seguro de que no tiene ni idea.
—Nos vemos allí. —Se gira y camina hacia la puerta.
Cuando desaparece, me quedo completamente quieto, mirando el espacio que acaba de dejar con una única certeza clavada en el pecho:
Anoche estuve a punto de perder el control… y si no me desahogo antes de volver a tocarla, la próxima vez lo perderé definitivamente.

CAPÍTULO 29



VITTORIA

Cuando cierro la puerta de la sala tres a mi espalda, tengo la sensación de haber firmado algo que no he leído bien.
Intento no pensar que aquí la gente hace cosas de las que luego prefiere no hablar. El maldito sofá de cuero negro me da la bienvenida como si supiera que hoy no será solo hablar, sino que caeré sobre él y disfrutará de mis gemidos. Glups…
Los siguientes cinco minutos son los más eternos de toda mi vida hasta que la puerta se abre y aparece David Gold en persona.
Entra como si llevara toda la vida cumpliendo los oscuros deseos de los demás. Y lo peor es que me mira como si yo no fuera a sobrevivir a ello.
—Ya estoy aquí… —dice. Y no es una constatación, sino una advertencia.

—Gracias por no cambiar de opinión —musito. Mi voz suena más firme de lo que me siento. Lo cual, sinceramente, ya es un pequeño milagro.
Camino hacia el sofá para sentarme, como si mi cuerpo hubiera decidido que correr no es una opción, pero lanzarse tampoco. Esto es una negociación en la que se llegará a un acuerdo paso a paso, respiración a respiración.
—¿Estás preparada? —pregunta.
Hay algo en su tono que me hace pensar que, si digo que no, se acabará todo y él lo aceptará. Dará un paso atrás y volverá a esa versión controlada, irónica e intocable que ya no quiero que sea.
—Nací preparada.
Mentira. O verdad. Pero luego me echaron a perder. Estoy nerviosa, pero también decidida.
—Recuerda las normas —añade él—. Nada de forzar. Nada de demostrar nada. Nada de… hacernos daño.
Eso último lo dice algo más bajo. Casi como si se lo dijera a sí mismo.
—Y si en algún momento quieres que pare…
—Te lo diré —termino por él.
Asiente, pero no parece convencido. Ni de mí. Ni de él.
Y eso, curiosamente, me tranquiliza. Porque significa que esto no es un juego para él y que yo no soy una más.
Respiro hondo cuando veo que se acerca a mí despacio, sin imponerse. Como si cada centímetro de distancia que redujera entre nosotros fuera una decisión consciente.
Y me doy cuenta de que, por mucho que quiera, no puedo controlar que mi cuerpo responda al trauma sexual que me dejó mi padre. Ese asco… Esa rabia… Pero ahora hay algo más. Una impaciencia extraña, que se manifiesta haciendo que mi piel arda y el corazón se me dispare.
—Relájate… —murmura.
Y lo hago. O lo intento. Pero es complicado cuando lo tengo tan cerca que puedo notar el calor de su cuerpo sin que llegue a tocarme.
Siempre me ha molestado asociar la excitación con un estado de alerta, pero es lo que siento.

—No estás en peligro —musita de pronto. Y por absurdo que suene, esa frase funciona.
Cierro los ojos un segundo y dejo que su mano encuentre la mía en un contacto mínimo e inocente. Pero mis terminaciones nerviosas reaccionan como si alguien hubiera encendido un interruptor que llevaba años apagado.
—Bien… —dice—. Eso es. Tranquila.
Sus dedos se entrelazan con los míos y luego suben hasta mi muñeca sin prisa, sintiendo mis torpes y desordenadas pulsaciones.
—Me gusta que ya no te apartes como antes…
Asiento. Porque es cierto. No estoy huyendo ni bloqueándome. Estoy aquí… con él. Y eso ya es una victoria bastante decente.
—Contigo es fácil… —digo, antes de poder evitarlo.
Se queda quieto, asimilando la caricia verbal.
—¿Por qué crees que es? —pregunta sin dejar de acariciarme.
Abro los ojos y lo miro.
—Porque contigo no tengo miedo.
El aire de la habitación se espesa y noto cómo traga saliva.
—No sabes cuánto me estoy teniendo que reprimir ahora mismo…
Mi mirada baja hasta su boca sin permiso. Grave error. Porque mi cerebro decide recrearse en detalles que no ayudan en absoluto a mi estabilidad emocional. Y me inclino hacia él instintivamente para respirar en su boca.
—Vittoria… —advierte. Levanto la vista—. No me pongas a prueba, por favor.
—No lo hago.
Mentira piadosa. Pero pedirme que sea prudente es como si le lanzaran una chuleta a un perro y le ordenaran que no la oliera.
Como si no fuera mía, mi mano sube hasta desabrocharle un botón de la camisa. Lo siento tensarse cuando termino y acerco mi boca para besar sus pectorales a mis anchas. De repente, todo cambia… Como si ese simple contacto fuera el equivalente físico a encender una mecha.
—Joder… —murmura desquiciado—. Mejor no me toques —dice con la voz ronca, más de hombre que de profesor—. Yo te tocaré a ti y te

enseñaré lo que tu cuerpo es capaz de hacer… pero si me tocas tú, no respondo de lo que pueda pasar…
Lo miro y discierno en sus ojos la brutal lucha silenciosa que está manteniendo consigo mismo. Algo dentro de mí se quiebra un poco al verlo.
—Vale. Pero no te vayas, por favor… No vuelvas a irte.
—No lo haré.
—Prométeme que no me dejarás a medias hoy… —Mi voz tiembla. Y odio sentirme así. Tan expuesta y vulnerable. Pero a la vez, nunca me había sentido más viva.
—Esto es una locura… —dice tenso.
—Por favor…
Me suelto de él y me giro, dándole la espalda.
—Bájame la cremallera… y después… soy toda tuya. Te prometo que no te tocaré ni te provocaré. No haré nada…
Lo oigo respirar detrás de mí más rápido de lo normal.
—Quiero sentirlo todo sin miedo… —añado—. Contigo.
Sé que está debatiéndose entre el bien y el mal. Que estamos en ese punto imposible donde todo depende del siguiente movimiento que haga. Pero no sucede nada y me preocupo.
Me giro para observarle con los ojos humedecidos, pero no me importa. Porque por primera vez no es vergüenza lo que siento, es algo más limpio y honesto.
—Deja de huir de mí, por favor…
Y solo entonces soy testigo de cómo se rompe.
Me obliga a girarme de nuevo y se pega a mi espalda para respirar mi aroma profundamente.
—Me vas a volver completamente loco… —murmura.
Sonrío, débilmente, con una exhalación.
Y noto cómo cede. Sus manos aterrizan en mi espalda y empieza a bajarme la cremallera.
En ese momento, siento que esto deja de ser una clase. Y mi cuerpo, por fin, deja de estar en guerra consigo mismo.
No siento miedo ni rechazo. Solo impaciencia.
Y de pronto entiendo algo que nadie me había explicado: el sexo no es lo que da miedo, es confiar en alguien lo suficiente como para

sentir que no necesitas defenderte de él.
Y entonces, empieza de verdad.
Mi vestido se desprende lo justo para que el aire me roce la piel y me recorra un escalofrío de arriba abajo. Pero no es frío, es anticipación. Es saber que él está ahí, mirándome, decidiendo qué hacer conmigo.
Noto su respiración contra mi nuca.
—No te muevas… —murmura. Y le hago caso como si me fuera la vida en ello.
Sus dedos hacen que el vestido resbale hacia abajo y empieza a recorrerme despacio, como si quisiera aprenderse mi cuerpo. Me acaricia los hombros y va bajando, centímetro a centímetro por el costado, para terminar envolviendo mis pechos desnudos con las manos.
Ambos sentimos una sacudida cuando roza mis pezones.
—Dios… —gime apenas.
Y esa expresión, tan baja e inapropiada… me enciende como nada.
Sus manos bajan bordeando mi cintura, arrastrando el vestido con él y me insta a levantar el trasero para quitármelo del todo y quedarme completamente desnuda para él, dándole todavía la espalda. La forma en que se cierne sobre mí, absorbiéndome hasta imbuirme en su regazo hace que mi respiración se rompa en pequeños jadeos que no consigo controlar.
Su calor, su cuerpo duro y poderoso, la forma en la que se contiene… me hacen sentir la mujer más respetada de la tierra.
Él lo nota y sigue haciéndome sentir venerada subiéndome sobre su cuerpo.
—Apóyate en mí —musita, dejando que mi espalda toque su pecho—. Y relájate.
—Es fácil decirlo… —musito excitada. Porque aunque yo esté desnuda y él completamente vestido, noto todos sus músculos bajo la fina tela. Absolutamente todos. Y por primera vez en mi vida no siento el impulso de apartarme… Solo necesidad.
Siento su respiración irregular en mi cuello, contenida a duras penas, mientras sus manos empiezan a recorrerme con una lentitud reverencial. Me acaricia el vientre como si estuviera descubriendo algo frágil que no quiere romper. Y entonces su voz roza mi oído.

—¿Eres consciente de lo preciosa que eres…? —murmura.
—No…
—No tienes ni idea de lo que eres capaz de provocarme…
Cuando sus manos se acercan más de la cuenta al interior de mis muslos, mi cuerpo reacciona con una intensidad que me descoloca.
Mis piernas empiezan a temblar de forma furiosa y mi corazón se dispara como si acabara de echar a correr.
—David… —susurro asustada—. ¿Qué me está pasando…?
No me responde con palabras. Solo me gira ligeramente la cara y atrapa mis labios con un movimiento que deja mi mente en blanco.
El beso no se parece a nada que haya sentido antes.
No es bonito ni suave ni técnicamente perfecto, es hambre pura. Saliva cálida. Terminaciones ardiendo. Es alguien intentando no arrasarlo todo y fallando en el intento.
Mi mano sube sola a su nuca y empiezo a devorarlo como nunca he hecho antes con nada. Me quema el cuerpo, me duelen los pechos y siento una presión inusual entre las piernas.
Cuando despegamos los labios, apenas puedo respirar.
—Abre las piernas… —jadea contra mi boca.
Lo hago porque en este momento ya no tengo voz ni voto, mis ideas y mis miedos son de gelatina. Y además vuelve a besarme, con una suavidad que me derrite.
Siento sus manos moverse sobre mi cuerpo con una seguridad que me da vértigo. Y cuando finalmente, una de ellas desciende hasta ese punto que siempre ha sido territorio prohibido, mi cuerpo se tensa… pero no se cierra.
Entonces… lo siento. Un contacto leve y explorador. Como si estuviera preguntando antes de avanzar. Y lo que me sorprende es mi reacción: una oleada de calor que me recorre entera como si acabara de cortocircuitar.
—Joder… —maldice casi sin aire.
Yo también me quedo sin palabras al sentir lo húmeda que estoy.
—David… —digo confundida—. Yo…
Pero no termino la frase, porque mi cuerpo deja de pedirme explicaciones y empieza a exigir más.
Él lo nota en mi lenguaje corporal y sus movimientos cambian.

Siguen siendo cuidadosos, pero ya no son tímidos. Y la locura empieza a crecer en mi interior. A acumularse. A tensarse dentro de mí de una forma que no sé cómo describir.
—No te resistas… —musita él en mi mejilla—. Intenta relajarte.
—¡¿Cómo voy a relajarme si siento que mi cuerpo está a punto de partirse?!
Él sonríe sin querer. Una sonrisa tan preciosa que me dan ganas de llorar.
Su mano no deja de masturbarme con maestría, haciendo que mi cuerpo responda con una intensidad que me desborda.
Me aferro a él, a sus brazos, a su presencia con todas mis fuerzas, mientras todo se intensifica hasta un punto donde ya no soy capaz de controlarlo.
—¡David…! —gimo, completamente perdida en el placer.
Pero él lo sabe. Sabe exactamente dónde estoy. Y en lugar de apartarse, se queda conmigo, guiándome, sosteniéndome, besándome donde pilla. Y eso es lo que hace que todo estalle.
Sin ningún tipo de aviso ni lógica, mi cuerpo se rompe de una forma que no entiendo, pero un placer único me atraviesa entera, dejándome sin aire, sin fuerza y sin pensamientos.
Me abandono al más absoluto éxtasis durante varios segundos y cuando todo termina me quedo completamente inmóvil, respirando como si acabara de salir de debajo del agua.
Cuando consigo volver a la realidad, solo puedo pensar en repetirlo. ¡No tenía ni idea de que mi cuerpo pudiera hacer eso!
Cuando consigo abrir los ojos de nuevo, sigo pegada a él. Y él, sigue a mi lado, conteniéndose, como si cualquier milímetro más fuera a ser demasiado.
Entonces cometo el error de alargar la mano y tocarle donde sé que lo necesita. Gold aprieta los dientes, completamente rígido.
—No… —gime con la voz tensa—. Vittoria, para…
Pero ya es tarde. Porque ya ha sentido el placer y es incapaz de rechazarlo…
—Para… —exhala más bajo—. Por favor…
Algo en su tono me dice que le haga caso. Y cuando vuelvo a mirarle, descubro terror en su mirada.

—David, espera… —digo, pero ya está levantándose de mi lado.
—No puedo… —dice simplemente.
Y soy incapaz de decir nada coherente para que se quede.
Cuando se marcha, me quedo allí, con el cuerpo todavía tumefacto, y la certeza de que ya no es capaz de controlarse.
Y de que yo ya no quiero que lo haga.

CAPÍTULO 30



Resoplo cansada mientras reviso por tercera vez la misma factura.
No porque sea especialmente compleja, sino porque mi cerebro se niega a fingir interés por números cuando el Lux Noor está a un paso de convertirse en un conflicto diplomático con barra libre.
Hay cosas infinitamente más urgentes que atender…

Como Nick, los albaneses, y esa maravillosa tendencia que tienen los hombres White a pensar que pueden solucionarlo todo solos.
Estoy a punto de cerrar el archivo cuando llaman a la puerta y se abre sin esperar respuesta.
Es Ben. Y no trae buena cara.
—Tenemos un problema…
«Perfecto».
—Me encanta lo entretenidas que son las noches en este sitio —murmuro dejando los papeles a un lado—. ¿Qué ha pasado ahora?
—El Regente se ha reunido con los italianos. A puerta cerrada.
«Genial. Maravilloso. Exactamente lo que necesitábamos…».
—¿Con quién?
—Con los de Providence y algunos más.
Cierro los ojos un segundo.
—Por favor dime que no les está sugiriendo nada relacionado con los albaneses…
El silencio de Ben es una fatídica confirmación.
Me llevo una mano a la frente.
—Claro que sí. ¿Por qué no? Total, solo nos falta eso…
Cojo el teléfono antes de terminar la frase y busco el contacto de Gold. Contesta al segundo tono.
—¿Emily?
—David, necesito que vayas a la zona italiana ahora mismo.
—¿Qué pasa?
—El Regente está allí, hablando a puerta cerrada con los de Providence. Me huele a estrategia para aniquilar a los albaneses.
—Voy ahora mismo.
Cuelga. Y yo también lo hago.
—Acompáñame —le digo a Ben. Y salgo del despacho con la familiar sensación de que todo está a punto de torcerse de una forma espectacular.
Cuando entro en la zona italiana, todas las miradas se clavan en mí. Sobre todo cuando me ven colarme en la sala donde están reunidos los peces gordos.
Y de pronto, lo veo… Nick está en el centro con porte regio, atendiendo las quejas de sus clientes, como si no estuviera liderando

nada, cuando en realidad lo está controlando todo.
No hace falta que diga nada para saber que ya ha tomado una de sus malas decisiones. Se le nota en la cara.
Camina como Marcus. Mira como Marcus. Pero hay algo distinto en él. Un aura inestable que solo yo podría discernir.
—Entiendo que han sido semanas complicadas para vosotros —dice con calma—. Perder a cuatro figuras clave de la cúpula no es algo que se gestione de un día para otro…
Algunos italianos asienten. Otros se mantienen en silencio. Pero todos le escuchan con atención.
—Y la incertidumbre que deja suele ser más peligrosa que la propia pérdida —añade con disimulo.
«Sutil forma de incitar una venganza, Nicky», la voz de Marcus se cuela en mi cabeza sin previo aviso.
—¿Tenéis alguna sospecha firme sobre quién ha podido ser? —pregunta el Regente con aparente interés.
Uno de los capos responde algo que no llego a oír bien, pero Nick asiente como si confirmara sus propias sospechas.
—Tiene sentido… —murmura—. En situaciones así, lo habitual es que haya una respuesta para salvaguardar el honor y todo eso, y eso es justo lo que me preocupa…
Hace una pausa medida para que las palabras empapen. ¡Maldito sea!
—Lo digo porque ya conocéis las reglas… —añade entonces—. Dentro del Lux Noor no puede ocurrir nada. Este lugar existe precisamente para evitar que ese tipo de respuestas se conviertan en un problema mayor.
«Bien jugado. Tú a lo tuyo, hermanito», opina Marcus en mi mente.
—Por eso siempre recomiendo prudencia —continúa Nick—. Analizar bien antes de actuar. Porque cuando se responde cegado por la venganza, uno puede acabar golpeando en la dirección equivocada…
Las palabras del Regente dejan un reguero de silencio.
No ha dicho «atacad», pero ha dejado implícita la idea.
Me acerco lo suficiente como para que Nick me vea, y cuando sus ojos se posan en mí, algo cambia. No en su discurso, pero sí en su energía.

—Mi amor… —dice sorprendido. Pero luego sonríe relajado—. Siempre apareces en el momento justo, querida…
—Sí… Siempre que alguien está a punto de hacer algo que luego me va a tocar arreglar —respondo jocosa.
Algunos italianos sonríen con discreción. Nick no aparta la mirada de mí.
Y entonces, sin romper la conversación, da un paso calculado hacia mí y me atrae hacia él con naturalidad.
Su mano baja hasta mi cintura y luego algo más abajo… y automáticamente le agarro la muñeca con fuerza.
Él ni se inmuta.
—Disculpad la interrupción —dice a los italianos—. Como decía —continúa sin soltarme—, lo importante es no precipitarse. Las decisiones que se tomen fuera de aquí no son cosa mía, pero no seáis impulsivos en el Lux Noor.
Hace otra pausa terrorífica.
—Porque todos sabéis lo que pasa cuando alguien pierde el control aquí, ¿verdad…?
Justo en ese momento, aparece Gold y respiro aliviada.
No hace falta que diga nada. Por cómo se tensa el aire, se nota que viene cabreado.
Varios italianos se recolocan y Nick sonríe más al verle.
—¿Quién ha convocado esta reunión sin decirme nada? —pregunta Gold amenazante.
No levanta la voz, pero el tono impacta como si lo hubiera hecho.
Nick lo mira sin soltarme.
—No es una reunión, solo les estaba dando una advertencia.
—¿De veras? Yo creo que estabas sembrando un problema…
Los capos intercambian miradas alucinados por el enfrentamiento. Porque esto ya no va de venganza, sino de poder.
—Cariño… —intervengo, apartando suavemente la mano de Nick de mi culo—, será mejor que nos vayamos. Creo que ya les ha quedado claro el mensaje.
—Eso espero —musita Nick. Y me dan ganas de darle una colleja.
—No, quédate… —dice Gold—. Quiero hablar contigo, Regente.

Los italianos no necesitan que nadie les diga que sobra gente en una habitación. Lo entienden, y los más prudentes abandonan rápido la estancia.
Cuando la puerta se cierra tras el último, se acaba el teatro.
Gold da un paso hacia Nick y su voz pierde ese barniz civilizado que tanto le gusta usar cuando quiere fingir que sigue siendo un hombre normal.
—¿Se puede saber qué coño crees que estás haciendo?
—¡Eso! ¡¿Y por qué me has tocado el culo?! —exclamo enfadada.
—Porque te lo debía, ricura. —Me guiña un ojo travieso.
Me da rabia que tenga razón. ¡Pero lo mío fue sin querer! Me confundí de hermano…
Nick sonríe de medio lado ante mi silencio y mis niveles de cortisol se estabilizan un poco, porque sé que, en alguna parte dentro de él, hay una buena persona escondida. Una muy impulsiva e irresponsable, pero buena, al fin y al cabo.
—Acabas de dejarme en evidencia, Nick —dice Gold enfadado—. Llevo semanas intentando frenar su sed de venganza, y vas tú, y azuzas el avispero otra vez.
—Al menos yo estoy haciendo algo más que jugar a las casitas con Vittoria…
—¡¿A esto lo llamas hacer algo?! ¡¿Ir calentando a los italianos para que hagan lo que más te conviene a ti?!
—No los he calentado —responde Nick con calma—. Solo les he recordado lo que ya saben.
—Sí, que alguien ha tocado su honor y deberían hacer algo al respecto.
—¿Puedes bajar esos humos y escucharme un momento? —le pide a Gold.
—Di lo que tengas que decir, pero voy a seguir gritándote —masculla David molesto.
Nick se apoya en el respaldo de una silla y empieza su alegato.
—Los italianos creen que los albaneses se han cargado a sus cuatro líderes, ¿verdad?
—Sí —certifico yo.

—¿Por qué no usar esa baza para eliminarlos de una vez por todas? Todos salimos ganando.
Gold lo mira perplejo antes de replicar.
—¡Hablas de eliminar a la gente como si no tuviera repercusiones!
—¿Qué repercusiones?
—¡Familias, negocios, toda una onda expansiva! Los albaneses tienen buenas relaciones, acabaríamos todos muertos.
—Es nuestra oportunidad.
—¡No tienes ni idea de lo que estás haciendo! —clama Gold—. Porque si la tuvieras, no estarías jugando a provocar una guerra en un sitio donde lo único que nos mantiene vivos es que nadie dispare primero.
—No se ponga intenso, señor Rossetti… —masculla Nick.
En un parpadeo, Gold lo agarra de la camisa y lo estampa contra la pared con una fuerza que no le había visto usar desde… nunca.
—¡Necesito que dejes de tomarte esto como un puto juego! —escupe furioso—. ¡Ahora es mi vida!
Su amenaza resuena en la sala, pero Nick ni siquiera se defiende, solo sonríe y tengo un dèjá vu de la leche de él y Marcus en el despacho de su padre.
—Vaya… —murmura Nick sarcástico—. Aquí está el verdadero David Gold…
Doy un paso adelante, preocupada.
—David, para… —susurro—. No le hagas caso.
Pero no me escucha. Está mirando fijamente a Nick como si lo más sencillo para todos fuera eliminarlo a él.
—Si no hubieras huido de tu propia boda, nada de esto estaría pasando…
La frase nos descoloca y Nick lo observa atentamente. Porque sabe, como experto en relaciones humanas, que ahí debajo hay algo más.
Que esboce una sonrisa juguetona me da más miedo que nada.
—¡Ah, vale…! ¿Ahora resulta que es culpa mía que no sepas gestionar a tu mujer?
BOOM.
Cierro los ojos sabiendo que esto va a acabar mal. Porque David está librando su propia guerra silenciosa y sospecho que Vittoria Rossetti

está en el centro de ella.
—¿O igual el problema no tiene que ver conmigo… —continúa provocando Nick— y tiene que ver con que follas fatal?
Gold pierde la paciencia y lo aprieta más contra la pared.
—Cierra la puta boca si no quieres que te la reviente…
—¿Por qué? ¿He dado en un punto sensible?
—Te juro que…
—¿Que qué? —lo corta Nick—. ¿Me vas a matar? Ya he visto que se te da muy bien…
El golpe es invisible, pero rebota como si fuera real.
Gold se queda quieto y Nick entiende que ha hecho diana. Quizá demasiada, porque Gold lo suelta despacio y se aleja de él para irse con sus demonios a otra parte.
—No te lo he dicho para hacerte sentir mal —habla Nick a su espalda —. Solo quiero que me entiendas. Porque cuando alguien te importa, haces lo que sea necesario. Y si los albaneses desaparecen, Ava y Megan podrán volver a Boston.
Ahí está. La verdad desnuda. Sin ironía ni defensa.
Gold se queda quieto, pero no se gira.
—Lo que no entiendes, Nick, es que estamos intentando encontrar a quien dio la orden de matar a Marcus —dice David con frialdad—. Porque seguramente sea el mismo que mató a tu padre y el que intentó calcinarte a ti. No fueron los jodidos albaneses…
Nick se tensa y se recoloca la camisa arrugada.
—De todas formas, esa gente también me quiere muerto. ¿Y qué tenéis sobre quien dio la orden? ¡Nada! ¡Vais a ciegas!
—¡Porque tú mataste al puñetero sicario! —estalla Gold.
—¡Y tú has matado al de Marcus!
El eco de su enfado rebota en las paredes.
—¡No me jodas! ¡Estamos en este puto lío porque no supiste controlarte, Nick! ¡Todo lo demás son daños colaterales! ¡Mi matrimonio falso, la ruptura de Marcus… y también la tuya!
Nick ladea la cabeza.
—Quizá a ti te iría mejor si dejaras de controlarte tanto… por ejemplo con Vittoria…

—¡Basta! —intervengo, poniéndome entre ellos, antes de que se les vaya de las manos—. ¡Los dos! ¡Callaos!
Los miro, a uno, y luego al otro.
—Esto no es una competición de quién pierde antes el control.
—No —dice Nick—. Es una cuestión de quién hace algo.
—O de quién consigue que nos maten a todos —añade Gold.
—Es mejor esperar a que nos maten mientras investigamos, ¿no?
—Lo que no puedes es dinamitar todo el sistema —me adelanto a Gold—. Porque si el Lux Noor cae, no quedará nada. Ni para ti, ni para Ava, ni para nadie.
Nick me mira, y por un segundo, lo veo dudar. Pero solo uno.
—No hacer nada ya lo garantiza. —Va hacia la puerta—. Os voy a dar más tiempo —dice finalmente—. Pero no mucho. Porque si tengo que elegir entre este puto club y mi familia…
No termina la frase, pero no hace falta, sabemos la respuesta.
—Es el Lux Noor lo que casi acaba con Marcus, no una bala —suelta como alegato final. Luego se gira y se va, dejando un silencio ensordecedor.
Me sujeto la cabeza, preocupada.
—Va a hacerlo con o sin nosotros —dilucido.
—Está claro… —confirma Gold.
Lo miro y noto que sigue tenso.
—¿Qué vamos a hacer? —pregunto perdida.
Tarda en responder más de lo habitual.
—Intentar que no lo destruya todo por el camino —dice mirando a un punto fijo.
Asiento. Pero no me quedo tranquila. Lo observo con calma y veo que la conversación lo ha trastocado más de lo que debería.
—¿Te pasa algo, David? ¿Estás bien?
—No. Nada…
—Puedes contármelo… ¿Todo bien con Vittoria?
Se queda quieto un momento y percibo un cansancio profundo dentro de él. Y no es algo físico.
—Estoy bien —recalca.
Pero no lo está. Y los dos lo sabemos.
No insisto porque sé cuándo alguien está a punto de romperse…

Gold se gira y se va, dejándome sola en la sala.
Y por raro que parezca, no pienso en los albaneses ni en los italianos ni en Nick. Pienso en Marcus y en lo fácil que parecía todo esto con él presente.
En cómo sostenía un equilibrio imposible sin que pareciera que estaba a punto de derrumbarse en cualquier momento. Y en lo mucho que se nota su ausencia ahora que no está.
Porque, nos guste o no… era la única pieza de este engranaje que sabía exactamente qué hacer cuando todo empezaba a irse al infierno.
Y ahora… el infierno está llamando a nuestra puerta.
Y ninguno de nosotros parece tener la respuesta.

CAPÍTULO 31



El agua está fría. Y aun así, no es suficiente para calmarme.
Salgo a la superficie para tomar una bocanada de aire que no me llena los pulmones como debería y me apoyo en el borde de la piscina con los brazos tensos.
Se me ha ocurrido venir a hacer unos largos para ver si el agua arrastraba con ella todo lo que llevo dentro.
Pero no funciona.
No ha funcionado en los últimos tres largos y no va a funcionar en el cuarto…
Porque el problema no es físico, es algo que llevo dentro. Es ella.
Desde que la llevé al orgasmo, la siento en todas partes. Y cada vez que cierro los ojos, imagino mi cuerpo encajando en el suyo una y otra vez.

Ya no puedo negar que una parte de mí quiere cruzar esa línea y olvidarse de todo lo demás, pero la otra se resiste.
—Joder… —mascullo harto. Y apoyo la frente en el brazo para descansar de esta fatiga mental.
Y justo cuando empiezo a convencerme de que igual consigo recomponerme, oigo un ruido suave de tela cayendo al suelo, y después, un estruendoso chapuzón.
Por un segundo rezo para que sea la cocinera, una mujer de cincuenta y muchos que me pone ojitos como si pensara que puede conquistarme por el estómago.
Pero siendo la vida como es…
Vittoria emerge del agua como una sirena y se acerca a donde estoy como si no acabara de mancillar el único lugar donde estoy intentando no pensar en ella.
—¿Qué haces aquí? ¿No puedes dormir? —me pregunta con una inocencia que me desconcierta.
Su genuina falta de comprensión me parece más peligrosa que el hecho de que no le dé importancia a que no lleva bañador.
—¿Y tú? ¿Qué haces despierta? Deberías estar en la cama…
—Y tú deberías dejar de intentar arreglar lo que no se arregla a base de nadar.
Muy perspicaz…
—No estoy intentando arreglar nada.
Pero a medida que digo la frase mis ojos se pierden en las innumerables gotas que serpentean por su piel.
—Uf, está más fría de lo que recordaba —comenta sin dejar de moverse.
—Es la idea…
—¿Y está funcionando?
Me mira sin ningún tipo de desafío o provocación, solo con preocupación. Y eso es casi peor.
—Lo estaba, hasta que te has lanzado a la piscina sin bañador…
Se sacude a mi lado como los perros que están empapados para que el pelo no le quede tan pegado a la cabeza. Como si fuera a fijarme en eso con todo lo demás al aire…

El agua se mueve entre los dos y tengo que hacer un esfuerzo para no cerrar la distancia entre nuestros cuerpos y aplastarla contra un lateral de la piscina. Sería tan fácil…
—Lo siento, profesor, pero vengo a por respuestas. —Sonríe.
—La curiosidad mató al gato, dicen —mascullo casi para mí mismo. Verla tan húmeda y preciosa es lo último que necesito.
—Puede… —Se acerca un poco a mí—. Pero creo que es la única forma de que avances con tu problemilla…
—¿Qué problemilla?
—Esa resistencia a que ocurra lo inevitable —suelta directa y sin anestesia.
—Ya te lo he dicho… Es arriesgado.
—O igual tienes miedo de que te guste demasiado…
Se hace un silencio en el que solo cabe un «Joder…» enorme.
—No juegues a psicoanalizarme —gruño.
—No hace falta. Te leo como si fueras un libro abierto. Es una de las cosas que más me gustan de ti. Noto cuando te frenas, cuando quieres espacio y también cuando te asustas de lo que estás sintiendo…
Quiero negarlo fehacientemente, pero mi corazón empieza a latir frenético como si quisiera gritar que es totalmente cierto.
—Pero no creo que tengas miedo por mí, sino por ti. ¿Quizá por alguna exnovia que te hizo polvo?
La miro alucinado.
—¡No es nada de eso! Y no me asusta lo que siento —sentencio.
Su rodilla roza la mía bajo el agua y mi cuerpo reacciona como si hubiera sentido una descarga eléctrica.
—Entonces demuéstralo —dice chulita.
—No tengo nada que demostrar.
—A mí no. A ti mismo. Deja de resistirte a mí…
Se crea un desafío peligroso. Toda ella lo es. Y kamikaze.
Lo es cuando de pronto se sube a mi espalda, pegando sus pechos a mis omoplatos y rodeándome el cuello con el brazo para hablarme al oído.
El calor de su cuerpo en contraste con el agua fría me descoloca por completo, como si mi sistema nervioso no supiera muy bien a qué

estímulo atender primero.
El hecho de que no me deshaga de ella con una ahogadilla de regalo le da la pista de que he dejado de buscar una salida digna.
Porque hay momentos en los que uno no decide cruzar la línea, simplemente se cansa de fingir que no la está pisando ya.
—¿De qué tienes miedo…? —susurra en mi oreja, comprensiva.
Y ahí está. LA PREGUNTA.
Pienso en apartarme, pero mi dignidad acaba de desmayarse.
—No tengo miedo… —gruño cabezón.
—Entonces deja de comportarte como si fuera a romperme. Soy una mujer hecha y derecha. Una con necesidades…
Sus labios rozan mi clavícula y luego me clava los dientes como lo haría un vampiro. Mi cerebro deja de funcionar en el acto al sentir un dolor que se transforma en placer de forma exponencial.
—Vittoria… —advierto a duras penas.
—Shhh… —Me besa el cuello con suavidad. Como si no supiera lo que está haciendo, pero acertara de lleno igual. Tengo debilidad por esa zona.
La forma en que se ajusta a mí me pone febril. Noto cómo mi miembro responde sin pedir permiso a la parte racional que lleva toda la noche intentando mantener todo esto bajo control.
—Me lo estás poniendo muy difícil… —musito desesperado.
—No, eso lo estás haciendo tú solito…
Mis sentimientos me acorralan y me declaran culpable.
—Te juro que si te dejas llevar no voy a romperme… —musita.
—Eso no lo sabes —digo bajando la cabeza.
—Sí que lo sé. Porque yo siento lo mismo… Lo que me has hecho sentir antes ha sido lo mejor que he sentido nunca… y sé que contigo todo irá bien. Contigo no tengo miedo —continúa—. Lo único que me asusta… es que me rechaces.
El mundo se reduce a esa sola frase y a mi corazón fuera de control.
—La única forma de que me hagas daño es castigarme sin ti.
En ese maldito instante ya no hay profesor ni alumna ni normas.
Con un movimiento rápido, la atraigo hacia mí en el agua, dejando que gima en mi boca por ceder a sus deseos.

—David… —Esa súplica termina de romper mis principios por la mitad. Me permito dejar de ser razonable y solo la siento.
Está desnuda, joder. Completamente desnuda para mí…
La apoyo contra la pared de la piscina con solo nuestros hombros sobresaliendo del agua.
La miro de cerca, pero no como antes. No como se mira a alguien con quien hay que mantener una distancia prudente por el bien de la estabilidad emocional de dos adultos que, en teoría, saben lo que hacen. La miro como un hombre que acaba de darse cuenta de que lleva demasiado tiempo fingiendo que tiene el control cuando, en realidad, lo único que ha hecho es retrasar lo inevitable con una elegancia bastante discutible.
Me lanzo a besarla con la desesperación de quien ya no piensa seguir conteniéndose ni un segundo más, y para mi absoluta perdición, ella responde con unas ganas que deberían preocuparme mucho más de lo que lo hacen.
Se aferra a mí como si esto no fuera un error monumental, sino la consecuencia lógica de todo lo que ha ido pasando entre nosotros… como si, en algún punto que no he sabido identificar, ya hubiera decidido que esto iba a ocurrir.
Y puede que yo también lo decidiera, solo que me he pasado más tiempo disimulándolo.
Mis manos se aferran a su culo y nuestras lenguas se enredan de una forma tan adictiva que me doy cuenta de que, no es que haya perdido el control, es que ya no quiero recuperarlo.
El beso se alarga, volviéndose más lento y más consciente, como si ambos estuviéramos comprobando que esto no es un impulso momentáneo, sino algo que lleva demasiado tiempo pidiendo paso.
Cuando quiero darme cuenta, solo puedo pensar en bajarme un poco el bañador y encajarme en ella sin más dilación, pero soy muy consciente de que no puedo hacer eso. No quiero que viva esto como un 2.0 de nuestra fatídica primera vez. Y es lo que pasará si el agua se lleva la lubricación por delante.
Me separo, apenas unos centímetros, y su respiración roza la mía.
—No podemos hacerlo aquí —digo más para mí que para ella.
—¿Por qué no?

La pego más a mí para que entienda que esto no es una retirada, sino todo lo contrario.
—Porque no quiero compartirte con el agua. Cada jodido rincón de tu cuerpo es mío. Solo mío, joder…
Por primera vez desde que la conozco, Vittoria se queda sin habla.
Sus ojos se suavizan y sonríe.
—¿Y a dónde vamos…?
—A nuestra cama.
Y llamarla así no deja espacio a interpretaciones de lo que somos.
Sorprendentemente, no bromea sobre ello, solo asiente y se muerde el labio con un gesto tan sencillo que tiene más peso que cualquier súplica que haya dicho esta noche.
Salimos del agua con prisa, como si ambos supiéramos que si nos detenemos demasiado, volverá la parte racional a intentar imponerse… y ninguno de los dos tiene ganas de escucharla más.
—Ponte esto. —Le tiendo la toalla—. O no llegaremos a la cama.
Ella suelta una risita y se tapa. Yo no me molesto en disimular el deseo que se marca en mi bañador. Ni ella disimula su intriga por enfrentarlo.
El trayecto hasta la habitación es una tortura silenciosa. Porque no nos tocamos, pero sentimos cada paso, cada mirada robada y cada segundo que pasa sin que pase nada y todo esté ocurriendo por fin.
Dejo que cruce la puerta del dormitorio y la cierro a mi espalda como si fuera mi prisionera.
Pero no lo es. Aquí dentro ya no hay mafia ni decisiones ni consecuencias. Solo ella y yo.
Se queda de pie frente a mí, y cuando deja caer la toalla al suelo, se me llena la boca de líquido.
No le pregunto si está segura de esto, ya es tarde para eso. Se acabó el ser sensato.
Me quito el bañador mojado y me acerco a ella despacio.
Sus ojos se agrandan al ver mi potente erección. No es la primera a la que le asusta mi tamaño, y creo que acaba de recordar cuánto daño le hizo en una ocasión.
Cojo sus manos y entrelazo mis dedos con los de ella. Y ese simple contacto, tan sencillo, tan básico… la tranquiliza más que nada.

—No estés nerviosa…
—Es difícil viendo el tamaño de esa cosa…
—No la llames cosa. —Me río.
—¡Si es como un ente! Tiene su propia personalidad, y su propia ropa de abrigo. También siente emociones, llora y expulsa sustancias.
—¡¿Puedes parar?! ¡Se me va a bajar!
—Si eso se cae, puede aplastar a alguien…
—Ven aquí... —La atrapo con la sonrisa en la boca—. Has dicho que confiabas en mí… Te prometo que está vez no te dolerá.
La beso con una lentitud enfermiza, como si ya no hubiera ninguna necesidad de correr. Porque no la hay. Quiero que esto dure lo máximo posible y que cuando llegue el momento, se derrita en mis manos como mantequilla.
Me dedico a recorrer toda su piel con una atención casi reverencial, como si estuviera memorizando cada reacción, cada respiración que cambia, cada pequeño gesto que me indica que no hay miedo, solo entrega.
Nos dejamos caer en la cama, enredando nuestros cuerpos con una certeza que se va asentando entre nosotros, capa a capa, caricia a caricia. Entendiendo que esto no es solo sexo, es algo más. Algo que ninguno de los dos sabe nombrar todavía… pero que no podemos frenar.
Bajo dejando un reguero de besos por su ombligo y me agarra del pelo cuando presiente a dónde me dirijo.
—¿A dónde vas? —pregunta cortada.
—Creo que lo sabes…
—¡Pero…!
—Relájate, no voy a hacerte daño… Te va a gustar.
—¿Y a ti? —dice preocupada—. No te da… ¿asco?
Sonrío como un villano.
—Al contrario… para mí es una exquisitez. Y ahora, si no te importa… ábrete para mí.
—Me importa —dice pudorosa.
—Hazme caso. No te vas a arrepentir… —digo besando la piel de su muslo interno—. Sería muy mal profesor si no te enseñara esto…

Hundo la boca en su sexo sin dejarla pensar más y su cuerpo sufre un espasmo delicioso que hace que se agarre a las sábanas.
Soy un experto en detectar cuándo una mujer vibra ante un inminente orgasmo, y puede que yo sea un buen chico de normal, pero en la cama soy un cabrón y me gusta dejarlas al borde varias veces con cambios de ritmo y localización.
—¡Dios mío… ¿pero qué es esto?! —grita Vittoria—. ¡¿Y dices que la gente lo sabe?!
Me río mientras la degusto y todavía se pone peor.
Pero yo también lo estoy pasando mal. Ahora mismo, no saltar sobre ella, aprisionar sus muñecas contra el colchón y desfogarme como necesito, está rozando lo inhumano.
Si por mí fuera…, me dejaría llevar por el impulso bruto, primario y deshonroso que me está recorriendo el cuerpo desde que la tengo abierta para mí y confiada hasta un punto temerario…
Cualquier otro ya estaría dentro de ella, empujando como un puto animal, sin pensar dos veces en las consecuencias. Pero parece que a mí me gusta sufrir.
Aprieto los dientes y bajo el ritmo, obligándome a respirar cuando lo único que me pide el cuerpo es correrme de una vez.
—Joder… —jadeo. Y la siento reaccionar con cada decisión que tomo para no perder completamente el control…
Y eso es casi peor. Porque cuanto más freno, más la deseo.
Y cuanto más la deseo, más claro tengo que no puedo permitirme fallar ahora. No con ella. No después de todo lo que ha confiado en mí.
—Pídemelo tú… —murmuro, con la voz más grave de lo que me gustaría reconocer—. Cuando estés lista…
—¡HAZLO YA! —exclama al borde del colapso.
Y algo dentro de mí cambia de forma silenciosa e irreversible al saber que ha llegado la hora de la verdad.
—¿Segura…? —susurro, aunque ya sé la respuesta.
Cuando vuelve a mirarme como una amenaza de muerte, se acabó. Dejo de contenerme y de pensar. Y en cosa de tres segundos estoy sobre ella, colándome entre sus piernas, tanteando su sexo con el mío.

—Sube las rodillas… —jadeo. Y que obedezca al momento me marea un poco.
Mi miembro me exige a gritos que me hunda en ella cuanto antes, pero no quiero hacerlo de golpe. Bueno, sí quiero, pero…
Rozo mi glande contra su humedad y ella gime de impaciencia.
En estos momentos estoy seguro de que a algún pobre diablo le habrá dado un infarto intentando ser cuidadoso con su chica. Sobre todo al darse cuenta, como yo ahora, de que no tiene condones.
Pensar en parar es como si me cortaran la polla.
—Joder, el preservativo…
—¡Me importa una mierda el preservativo! —grita ella fuera de sí.
—Pues debería importarte…
—¡La primera vez lo hicimos sin nada y no estoy en mis días fértiles!
—¿Cómo lo sabes?
—Porque me entra mucha hambre y hoy ni he cenado. ¡No me entra nada! ¡Nada más que tú…!
Esa declaración hace que sumerja mi hinchada y húmeda erección en su hinchado y húmedo sexo…
¡BUFFF!
La facilidad con la que entra hace que los dos gimamos al unísono.
—Dios santo… —dice ella alucinada.
No me molesto en preguntarle si está bien, lo noto en cómo su cuerpo abraza al mío intentando que llegue más hondo todavía. Y lo hago, me muevo entre sus estrechas paredes como si mi vida dependiera de ello. Porque depende, joder.
Porque si ahora mismo tuviera que parar, me moriría en el acto.
Porque es lo puto mejor que he sentido en mi vida.
Porque para mí el sexo con ella está siendo un antes y un después.
Y eso, lejos de tranquilizarme, me preocupa todavía más.
Pero mientras empujo entre sus piernas, muriéndome de gusto, su mirada se pierde en la mía, abierta, confiada, sin rastro de la sombra que la acompañaba antes… y entiendo que lo importante no es lo que estamos haciendo, sino que, por fin, ella no necesita protegerse de mí, y yo ya no quiero protegerme más de ella.

CAPÍTULO 32



VITTORIA

Me despierto sola. Y eso debería molestarme.
Porque lo lógico, lo que haría cualquier mujer con un mínimo de dignidad emocional después de… bueno… de entregarle *su flor* a un hombre, sería pensar en algo dramático como «claro, ya ha huido».
Pero no. Lo único que pienso es:
OH, MY *GOLD!!!*
Y me tapo la cara con la almohada para no sonreír como una idiota.
Porque estoy feliz. Ridículamente feliz. De una forma peligrosa que debería venir con una advertencia legal.
Pero no me importa porque todavía lo noto en la piel. En todo mi cuerpo. Y hasta en mi puta alma…
¿Cómo demonios voy a volver a tener una conversación normal con ese hombre después de lo que pasó anoche en esta cama?
Jamás imaginé que el sexo pudiera ser tan… íntimo. Desde luego, en las porno no lo es.

Me incorporo despacio y miro a mi alrededor. La cama está deshecha, y las sábanas… mejor no analizarlas demasiado. Pero no hay ni rastro de él.
—Mierda… —musito recordando que trabaja temprano. Porque de pronto me entra una necesidad completamente absurda de verle.
Y de darle un beso normal.
Bueno… todo lo normal que podamos gestionar ahora mismo…
Me levanto y cojo una de sus camisetas extra grandes, con ese olor que no voy a describir porque entonces ya no salgo de aquí, y me la pongo encima.
Automáticamente entiendo por qué las mujeres hacen esto. Me miro un segundo al espejo y sonrío.
—Me muero por ver la cara que pone…
Bajo a la cocina, saltando como un cervatillo feliz, con toda la intención del mundo de tener un momento bonito, sexi y controlado… y sin saber que el karma está atento a cuando alguien se siente así.
Porque al girar la esquina, no me encuentro a David… ¡Me encuentro a mi madre!
Sentada, tomando café en la cocina con él.
Ambos me observan durante varios segundos —los más largos de mi vida—, preguntándose de qué voy.
Me quedo congelada. Literalmente.
—Buenos días, cariño… —dice mi madre con un retintín que no me gusta nada.
—Mamá… —saludo, intentando sonar normal—. Qué madrugadora…
—Y tú qué poco vestida… ¿Esa camiseta no es de David? —Nos mira a ambos intentando atar cabos y bajo la mirada para que no haga un lacito mono con sus expectativas.
—Sí, se la he robado —improviso rápido—. Para fastidiarle.
Saco la lengua y me acerco a la cafetera sin ver cómo mi madre alza una ceja y cómo Gold intenta disimular una sonrisa.
—Ya… —dice mi madre—. Tiene todo el sentido del mundo…
—¿Verdad? —Me giro forzando una sonrisa.
Mi madre me mira, y en ese intercambio silencioso, queda claro que no se lo cree ni ella ni yo ni probablemente el universo.
—¿Alguien quiere más café? —pregunto.

—Sí, por favor —responde ella.
—Para mí no, gracias —carraspea David.
Me siento con ellos e intento actuar con normalidad. Pero me cuesta la vida misma. Es como si cada poro de mi cuerpo me pidiera sentarme sobre él y no en una silla.
—¿Has dormido bien? —me pregunta el kamikaze de Gold con una amabilidad superflua.
Que vaya trajeado, perfumado y perfecto no ayuda en nada a fingir que le odio.
—Muy bien, gracias…
—Voy a tener que regalarte esa camiseta… —dice entonces—. Y no es porque te quede increíblemente sexi… —hace una pausa—. Sino porque como ha tocado tu piel, ya no la quiero…
Él me observa encantado, demostrando que solo me está siguiendo la corriente de fingir que seguimos odiándonos ante la cotilla de mi madre.
Pero su mirada chispeante no deja lugar a dudas y yo me ruborizo como una colegiala.
¡Yo! Que he sobrevivido a cosas bastante más complejas que una mirada masculina sensual…
—Pues te fastidias… —siseo—. Ahora es mía.
—Me siento devastado —musita con una falsedad tan evidente que casi me hace reír.
Mi madre observa la escena como si estuviera viendo una obra de teatro muy entretenida.
—Pues yo no te veo tan devastado —interviene ella ingenua—. ¿Ha cambiado algo entre vosotros que deba saber?
Oh, cielos…
—Mamá… —advierto.
—¿Qué? —Sonríe—. Solo pregunto.
Nos escudriña a los dos oliéndose que hemos tenido más que palabras esta noche.
—Qué recuerdos… —dice de pronto soñadora—. Yo también sucumbí con tu padre al final.
NECESITO. MATAR. A. ALGUIEN.

—Al principio, tampoco nos soportábamos —continúa ella—. Pero luego… ay… luego. Al menos durante unos años…
—No es lo mismo para nada —digo casi enfadada de que le mencione en este momento.
—No, claro —asiente—. Vosotros tenéis mucha más química y tensión sexual.
Se hace un silencio en el que quiero desaparecer.
David toma un sorbo de café y deja la taza muy despacio sobre la mesa, como si cualquier movimiento brusco fuera a empeorar la situación.
—Yo… tengo que irme —dice impasible.
¡Cobarde!
—Espera —añade mi madre—. Una pregunta importante.
No. No. No. No la hagas, por favor. ¡No la hagas!
—¿Usasteis protección o voy a ser abuela?
…
David se atraganta con su propia saliva y yo dejo de respirar.
—¡MAMÁ! —grito escandalizada.
—¡¿Qué?! —contesta—. ¡Es una duda razonable!
David me mira y yo a él recordando el momento exacto en el que le grité que si no pasaba del condón, iba a comérmelo a él en mi próxima ovulación.
Pero en medio de ese caos absoluto, hay algo que hace que, a pesar de todo, tenga ganas de sonreír.
David se despide de nosotras y me quedo a solas con mi madre en la cocina.
—¡MAMÁ! —la amonesto, horrorizada—. ¡¿Cómo se te ocurre preguntar eso?!
—¿El qué? —dice, completamente tranquila—. ¿Lo del condón? Es información básica.
—¡No lo es!
—Ah… —De pronto sonríe—. ¡Entonces no usasteis!
—¡¿QUÉ?!
—¡Ay, qué bien…! —exclama contenta—. ¡Espero que sea niña!
Me la quedo mirando alucinada y sin ganas de seguir viviendo en este planeta.

—Esto es surrealista… —mascullo saliendo de la cocina, en busca de David, que ya está casi en la entrada, recogiendo su maletín como si mi madre no acabara de planificar nuestra descendencia.
—¡Espera! —digo, alcanzándolo antes de que abra la puerta.
Se gira sorprendido, y por un segundo, la situación se hace rara. Como si no supiéramos muy bien en qué punto estamos ahora.
—Perdona por lo de mi madre —digo bajando un poco la voz—. Ya sabes que no tiene filtro.
David esboza media sonrisa.
—En eso me recuerda un poco a ti.
Nos quedamos mirándonos embobados y ahí está otra vez. Ese algo que no estaba antes y que no sabemos cómo llamar.
—Que tengas un buen día… —digo por fin.
Es una frase tan correcta y tan poco yo que no sé dónde meterme.
Él me mira fijamente, como si estuviera viviendo un bucle del momento en que se corrió dentro de mí con un alarido que debió de oír medio barrio.
—Gracias…, tú también.
Pero no se mueve. No se va. Y yo tampoco me muevo.
Entonces, sin pensarlo demasiado, doy un paso adelante para alcanzar su boca con suavidad y darle ese maldito beso que me perseguirá todo el día si al final no se lo doy.
Es un pico suave y breve que parece inofensivo. Pero no lo es porque no hay excusa ni contexto ni nada que lo justifique.
Cuando me separo de él, me mira completamente quieto. Como si no terminara de procesarlo.
—Vale… —murmuro—. Ya puedes irte…
Él parpadea y obedece.
—Hablamos luego… —farfulla, todavía un poco descolocado.
—Claro… Cuando quieras.
Quizá sea mi imaginación, pero tarda un segundo más de lo normal en cerrar la puerta, y yo me quedo en la entrada con el corazón haciéndome cosas extrañas.
Extrañas… pero perfectamente identificables.
Porque, por mucho que quiera disfrazarlo de emoción, de nervios o de simple atracción mal gestionada, la realidad es bastante más

incómoda. Y tiene nombre y apellido.
Lucio…
La sonrisa se me congela en la cara como si alguien hubiera bajado la temperatura de golpe. Porque todo esto… todo lo que acaba de pasar… no existe en el vacío. Tiene consecuencias.
Pero, sobre todo, tiene un espectador invisible que no va a entenderlo si no lo camuflo como él quiere.
«Te has metido en un problema», pienso. Y tengo que gestionarlo cuanto antes.
Subo las escaleras más rápido de lo que debería, como si la casa entera pudiera empezar a hacer preguntas incómodas en cualquier momento, y cierro la puerta de mi habitación con un cuidado que no se corresponde en absoluto con lo que llevo dentro.
Cojo el móvil y dudo un segundo. Después marco y mi interlocutor tarda poco en contestar.
—Dime…
Su voz tan fría y controlada como siempre me da escalofríos.
—Todo está en marcha —digo, apoyándome en el tocador—. Gold ha caído en mi trampa de seducción y no sospecha nada.
Se hace el silencio al otro lado.
—¿Estás segura?
Aprieto los dedos alrededor del teléfono.
—Completamente. Está loco por mí.
—Perfecto, Vittoria —responde satisfecho—. Necesito que sigas como hasta ahora. Estate atenta. Que te cuente cosas y se deje influenciar sin darse cuenta de que lo haces.
La situación me enerva de una forma que no me gusta nada.
—Tranquilo, lo tengo controlado… —replico neutra.
Lucio hace otra pausa más larga.
—Más te vale —dice finalmente—. No quiero sorpresas cuando llegue el momento de actuar.
Cierro los ojos sin saber a qué se refiere, pero debo mantenerme a sus órdenes para poder adelantarnos a él.
—¿Algo más? —pregunta.
Y ahí está. La línea que tengo que cruzar o fingir que cruzo.
—Sí —digo. Y respiro hondo antes de hablar.

—¿Te has enterado de lo que pasó ayer en el Lux Noor? Los capos se reunieron para hablar sobre la venganza contra los albaneses. Y lo hicieron sin mi marido.
Lucio no contesta nada. Diría que ni siquiera respira.
—Siempre se habla sobre los albaneses —responde al fin.
—No así —digo—. Esta vez parecían más azuzados. Hasta el Regente les advirtió de que no quería problemas en el club.
Suelto el matiz. Casi imperceptible. Pero está ahí.
—¿Y tú qué crees? —pregunta. Y en ese momento tengo la sensación de que me está midiendo, para ver de qué lado estoy.
—Creo que al final decidirán ir a por ellos.
—¿Y eso te preocupa?
—Si los albaneses caen, habrá una guerra que no controlamos.
—Las guerras se controlan cuando las empiezas tú —dice él.
Aprieto los dedos contra el móvil.
—Gold no va a permitirlo —digo.
—Para eso estás tú en su cama —señala él.
—¿Pero tú quieres ir a la guerra?
—Haremos lo que quiera la mayoría o lo tacharán de traidor. Lo que necesito es que se mantenga en el poder un poco más. Hasta que pueda cumplir con lo que Mindy quería.
Esa frase no es una opinión, es una declaración de intenciones.
Porque… ¿qué tiene pensado que haga con él una vez se haya lucrado todo lo posible? Empiezo a pensar que los deseos de Mindy no le importaban, él solo quería la tajada que le había prometido.
—Entonces ¿qué quieres que haga? —pregunto directa.
—Lo que ya estás haciendo.
—Estar cerca de él. Y asegurarme de que confía en mí.
—Correcto. Y si los albaneses caen…
—No es nuestro problema —termino por él.
—Así es.
Cuelga sin despedirse y bajo el móvil despacio, mientras pienso en una guerra absurda que puede empezar por algo que nadie ha hecho.
Y, sobre todo… pienso en David.
Y en que estoy dispuesta a todo por protegerle.

CAPÍTULO 33



No debería estar sonriendo.
Ni pensando en mi mujer como si fuera un adolescente con problemas de concentración y demasiada imaginación.
Y, sin embargo… aquí estoy.
Agarrado al volante de mi coche como si la ciudad fuera una película de fondo, mientras mi cabeza decide proyectar en bucle la escena menos apropiada posible.
Su cuerpo. Su mirada. Mi camiseta puesta en ella.
Joder… ¡estoy celoso de una camiseta!
—Genial… —murmuro irónico—. Ahora ni la ropa está a salvo de su embrujo.

Me paso la mano por la cara, intentando recomponer una dignidad que, siendo honestos, abandonó el edificio hace días y no tiene ninguna intención de volver.
Porque no solo estoy perturbado por lo de anoche, su comportamiento de esta mañana ha sido mucho peor…
¡Ha venido a la puerta para darme un beso como si no me gustara ya lo suficiente!
Y ahora quiero más. Mucho más de ella.
Apoyo la cabeza hacia atrás y suelto una exhalación larga, de esas que en otro contexto servirían para relajarme, pero que ahora solo sirven para confirmar que estoy completamente perdido.
—Enhorabuena, David —murmuro—. Ha pasado. Has perdido el norte por una mujer…
¡Por mi mujer!
Y eso lo empeora todo. Porque esto no es una aventura incómoda que puedo archivar con un poco de autocontrol y distancia emocional. Esto vive conmigo. Desayuna en mi cocina y me besa como si fuera a echarme de menos.
Perfecto. ¡Absolutamente perfecto!
Me río solo y un peatón me mira preocupado. Normal… A mí también me preocuparía.
Quizá mi predisposición a perder la cabeza llegue en un momento en el que mi estabilidad emocional es vulnerable.
La muerte de mi madre, el vacío que ha dejado Marcus, y el hecho de que estoy sosteniendo el peso de la mafia con mi nuevo ADN de matón.
Y en medio de toda la movida, aparece ella, como una distracción irresistible. Como algo que no estaba en el plan, pero que ahora mismo es lo único que quiero seguir explorando.
Detengo el coche delante del hospital, y cuando me bajo, el aire me golpea con una sobriedad que no consigo adoptar del todo.
Porque sigo con ella en la cabeza. Pensando en lo que no debería estar pensando…
Recorro los pasillos del centro médico y cuando llego a la habitación de Marcus, encuentro a Emily, sentada a su lado, velando por él como si el mundo dependiera de que se recupere.

Ella levanta la vista cuando nota que me acerco, y en cuanto me ve, sonríe ligeramente.
—Vaya cara traes… —Me saluda.
—Buenos días. ¿Qué cara?
—No sé… —responde mirándome con atención, afinando su don de leer a la gente, que resulta profundamente incómodo cuando no quieres ser leído—. Pareces… mucho más relajado.
¡DIN! ¡DIN! ¡DIN! ¡Diana!
—No lo estoy…
—Pues parece que has dormido muy bien.
—He dormido lo justo.
—Ya…
Me mira perspicaz y, durante un segundo, considero mentir. Luego recuerdo que es Emily y que no merece la pena.
—Ha sido una noche… intensa —confieso.
Ella sonríe satisfecha.
—Eso explica muchas cosas…
—¿El qué?
—Lo enfadado que estabas ayer, por ejemplo. Me alegro por vosotros, en serio. Hacéis muy buena pareja.
La miro alucinado.
—¿Por qué sacas esa conclusión?
—Porque se os nota mucho, David.
—¡No se nos nota nada!
—¡Se os nota muchísimo! —Se ríe como hace tiempo que no la veía.
Joder… somos noticia.
—Estarás de acuerdo en que este no es el mejor momento para que pase algo así.
—Nunca es buen momento —replica ella—. Y aun así, pasa.
Me quedo callado porque tiene razón.
Emily suspira y mira a Marcus.
—Solo te diré una cosa… Si algo consigue sacarte de la cabeza durante cinco minutos el lío en el que estamos, no lo estropees.
Respiro hondo. Porque la verdad es que…
—No voy a estropearlo ni loco…
Emily abre los ojos de par en par y una sonrisa juega en sus labios.

—Vaya… —murmura—. Eso sí que no me lo esperaba.
Me apoyo en la pared, cruzándome de brazos, como si esa postura pudiera ayudarme a llevarlo con más dignidad.
—Yo tampoco —reconozco.
Se crea un silencio muy revelador.
—Pensaba que tenía cierto control sobre las cosas —añado—. Ya sabes… mis prioridades claras, decisiones racionales y ningún margen para…
—¿Ser feliz? —completa Emily pizpireta.
—Y de pronto aparece ella —continúo—. Y todos mis planes se van al carajo en cuestión de segundos…
—Así es el amor. La fuerza más potente de la naturaleza.
—Lo más extraño es que no sé cómo ha ocurrido. Al principio la odiaba. Era una carga. Una molestia. Un hándicap. Y ahora…
—Ahora lo es todo.
Bajo la mirada porque sí. Lo es.
—En ningún escenario esto sería una buena idea —opino—. Y menos en este. Y aun así… no cambiaría nada de lo que sucedió anoche. Ni una sola cosa.
La frase se queda suspendida entre nosotros con un peso que ni yo mismo esperaba admitir en voz alta.
—Estás jodido, jefe —dice Emily ladeando la cabeza.
—Profundamente.
—¡Y me encanta! —celebra dando palmitas.
—A mí no tanto —resoplo—. Y no le digas nada. Prométemelo.
—Claro que no —dice—. Se lo dirás tú mismo antes de que acabe la semana.
No respondo. Solo quiero cortar este tema de raíz, porque me avergüenza estar en una puta nube cuando ahora mismo hay cosas más urgentes que mi evidente estado emocional.
—Bueno, sí hay una cosa que cambiaría de anoche… —digo de pronto—. Cómo me puse con Nick, creo que me pasé un poco…
—Sí, pero no es nada que no le hubiera visto hacer antes a Marcus. Nick es difícil. Y sus ideas de bombero pueden ser un problema. No le preocupa con qué arrasa por el camino, solo el resultado.

—Le preocupa Ava —corrijo—. Y en ese sentido, le entiendo. Porque ahora mismo yo sería capaz de cualquier cosa por proteger a Vitta. ¡A Vittoria!, quiero decir.
—Yo también lo entiendo —dice Emily—. Pero me preocupa que salga herido. Porque no sabe dónde está la línea. Nunca lo ha sabido.
—Y Marcus lo sabía. Por eso intentaba protegerlo a toda costa.
El nombre cae con una tristeza pesada.
—Tienes que ayudarle, David. Ahora Nick no tiene a su hermano mayor velando por él. Tendrás que ser tú. Es lo que Marcus te pediría…
—Lo sé…
—Intenta entenderle, aunque no estés de acuerdo con él. Aunque tengas que apoyarle en algo que no te gusta.
—¿Pretendes que le deje prender fuego a media ciudad?
—Solo quiero que no se quede solo —responde—. Porque si se queda solo, no habrá quién lo pare hasta que…
Tiene razón.
—La verdad es que no sé cuánto tiempo más podré frenar las ansias de venganza de los italianos contra los albaneses sin que me pierdan el respeto como líder —expongo—. Pero nos quedaríamos sin saber quién va contra los White en la sombra.
—Entonces necesitamos encontrar a ese hombre antes de que todo se precipite.
—No sé cómo… —digo agónico—. Ojalá Marcus estuviera despierto para decirnos qué hacer. Seguro que él tendría un plan brillante… ¿Te han dicho cuándo lo despertarán?
—Se supone que mañana. Pero tardará en estar del todo bien. Me han dicho que al principio estará desorientado. Y que quizá tarde un par de días en volver a ser el mismo.
—Para entonces puede que ya sea tarde…
—Eso me temo.
—¿Qué hacemos? Piensa, joder…
Emily empieza a caminar por la habitación, como si necesitara movimiento para ordenar las ideas.
Yo me quedo junto a la cama, mirando a Marcus como si, en cualquier momento, fuera a abrir los ojos y decirnos que estamos

siendo unos inútiles y que le dejemos a él.
—¡Lo tengo! —dice Emily dando un saltito.
—Habla.
—Si la guerra va a estallar, no podemos impedirla, pero sí podemos dirigirla.
—Sigue.
—Todo el mundo cree que los albaneses mataron a la cúpula Rossetti. Eso ya es una mecha encendida.
—Sí. Y el Regente está echando gasolina y dejándome en mal lugar frente a los italianos. Seguro que ya están pensando en derrocarme… —añado con sarcasmo.
—Exacto. Por eso hay que actuar. Convoca una reunión de urgencia y explícales a los capos que estabas posponiendo la venganza contra los albaneses porque tenéis un enemigo común…
—¿Quién? —pregunto confundido.
—Nick White —suelta a bocajarro.
Mi mente empieza a encajar las piezas. Y encajan demasiado bien.
—Diles que se la tienes guardada desde que les mintió a los albaneses y casi te linchan por su culpa. Cuéntales que el Regente te salvó de la confusión en el último momento —continúa Emily, tenaz —. Te creerán porque es la verdad. Recuerda que nadie sabe que el Regente es hermano de Nick.
—Joder, Emily… ¡Podría funcionar!
—Diles que sabías que los albaneses han intentado matarlo y que van a por él. Y que estabas esperando a que te hicieran el trabajo sucio…
—Joder, ¡eres un genio!
Empiezo a caminar por la habitación con nerviosismo.
—Dejaré caer que Nick White es un problema personal para mí y que si tienen ansia viva por eliminar ya a los albaneses, alguien tendrá que ayudarme a ir a por Nick…
Emily sonríe.
—¡Y ahí será cuando el topo salga de su agujero para ayudarte encantado! —exclama radiante—. Porque quien realmente esté detrás de todo, querrá lo mismo que tú.
Asiento despacio.
—Se va a delatar solito.

—Y tendremos una pista.
Miro a Marcus y luego a ella.
—Vosotros también hacéis buena pareja, ¿sabes? Eres tan lista como él. Seguramente, más.
Emily se ruboriza.
—Convocaré una reunión esta misma tarde.
—Sí. Hazlo rápido. Porque Nick no va a esperar.
Asiento.
—Y si alguien muerde el anzuelo… —murmuro—, no solo sabremos quién está detrás. También sabremos por qué.

CAPÍTULO 34



VITTORIA

A mediodía, cruzo la recepción del edificio Gold Group como si fuera una mujer respetable, cosa que claramente no soy desde anoche.
O desde esta mañana.

O desde el momento en el que decidí que ponerme su camiseta era una buena idea.
—¿Tiene cita, señorita? —pregunta la recepcionista. Es una distinta que la otra vez.
—No… pero tengo prioridad matrimonial. —Sonrío—. El señor Gold es mi marido.
La mujer duda. Y no me extraña. Porque hoy tengo pinta de loca fanática por sus huesos…
—Espere. Voy a avisarle…
—No hace falta —respondo—. Quiero darle una sorpresa.
La chica se queda, no muy convencida, observando mi bolso casi segura de que llevo un arma escondida. No me quita la vista de encima hasta que paso el control de seguridad y suspira aliviada.
Subo en el ascensor más nerviosa que si fuera a ver al Papa.
Camino hacia su despacho sin pensar, bajo la atenta mirada de varias personas. No entiendo por qué. Hoy llevo un modelito de lo más discreto, lo juro.
Es un vestido negro de raso, algo corto, eso sí, con medias y un blazer negro entallado encima. El punto candente son mis espectaculares zapatos Louboutin rojos con cintas, con mi bolso a juego y mi pintalabios carmesí.
Cuando entro en su despacho, lo encuentro serio, sentado a la mesa como si dominara el mundo, con dos hombres delante que se giran al verme como si acabara de interrumpir algo importante.
A David se le desencaja la mandíbula. Pero no es el único.
—Vittoria… —musita, mirándome como si fuera una aparición.
En pocos segundos, todo cambia. Porque esa mirada, junto con el microgesto de lamerse el labio anuncia que es mejor que nos dejen solos.
—Perdón —digo, fingiendo arrepentimiento—. ¿Interrumpo algo importante?
Uno de los hombres carraspea y el otro directamente se levanta.
—Podemos seguir en otro momento —dice el que tiene prisa—. A una visita así no se le puede hacer esperar…
Se van sin que mi marido diga una palabra, pero con una sonrisa que delata que saben que llevo un conjunto de lencería muy bonito.

La puerta se cierra y el silencio nos envuelve.
Gold me mira como si quisiera recriminarme que soy una mala influencia y no pudiera porque, en el fondo, eso le encanta.
—¿Qué haces aquí…?
Me encojo de hombros con una sonrisa nada inocente.
—He estado pensando… —empiezo acercándome a él.
—Eso me da miedo —dice reclinándose en su trono. Parece el rey del mundo, y tengo que contenerme para no saltarle encima.
—He venido porque necesito una clase urgente —digo coqueta.
Su expresión cambia al momento, y traga saliva, nervioso.
—¿Una clase? —repite con la voz ronca, dejando que su imaginación vuele.
—Sí, en mi opinión, no hemos terminado el temario… —añado quejosa—. Y yo soy una alumna muy aplicada…
Hago como que me rasco el muslo, para que vea el inicio de mis medias sujetas con liga y que tenga la necesidad de pasarse dos dedos por las comisuras de la boca, me hace sonreír.
Ya está perdido. Yo lo sé y él también.
—Vittoria… estoy trabajando —intenta resistirse, pero sé que si ahora mismo me diera la vuelta, me frenaría en el acto.
—Ya, pero yo tengo dudas… —continúo, completamente seria—. Dudas técnicas muy importantes… que no pueden esperar.
—No me hagas esto… —masculla desajustándose la corbata.
—Necesito aprenderlo todo bien —insisto bordeando la mesa—. Por ejemplo…
Me planto delante de él y sus ojos no pueden evitar perderse en mis labios rojos como el pecado.
—Hay una parte que no tengo clara… ¿quieres saber cuál?
Él asiente, sin palabras.
—Me gustaría… aprender a hacer una felación.
A Gold se le para el corazón. Sobre todo cuando apoyo las manos en sus muslos y me agacho entre sus rodillas.
—Por Dios santo… —susurra mirando alrededor. Pero no me aparta. Su mente se encarga de darle un adelanto visual.
—Me sé la teoría… —digo—. Pero ¿cómo saber si lo haces bien si no practicas…?

Gold cierra los ojos un segundo y su respiración se dispara.
—Joder… No deberías haber venido… Aquí no podemos.
—Pero seguro que hay algún lugar cercano dónde poder darme unas clases rápidas, ¿no, profesor?
En cuanto menciono la idea, se le ilumina la cara. Porque claro que lo hay.
—Vamos… —musita levantándose. Y no es una sugerencia. Es una orden.
Lo sigo lo más rápido que puedo, atravesando la oficina hasta un pasillo corto donde hay una puerta lateral.
Es una sala privada muy pequeña e íntima con un sofá.
En cuanto cierra la puerta, me siento volar y doy con mi espalda contra la pared a la vez que alguien asalta mis labios.
—¿Cómo se te ocurre venir…? —me regaña en medio de una tormenta de besos ardientes.
Son besos violentos y desesperados, como si el mundo estuviera acabando y no fuera a volver a besarme nunca más.
—He venido porque no podía dejar de pensar en ti… —digo como puedo.
Él se queda quieto, mirándome muy de cerca, resollando en mi boca, intentando encontrar la ironía, y recibiendo solo la verdad.
—Y necesito saber si a ti te pasa lo mismo… o estoy haciendo el ridículo.
Esa frase hace que cierre los ojos y junte su frente con la mía.
—No estás haciendo el ridículo…
—Menos mal —musito aliviada.
—Solo estás empeorando un problema bastante serio…
Sonrío.
—Siempre me han gustado los retos.
Él niega con la cabeza sin romper la distancia.
—No lo entiendes… —susurra—. No entiendes lo que me estás haciendo.
—Pues explícamelo…
Me mira fijamente y la veo con claridad. La grieta por la que tengo que colarme. El verdadero problema es que coincide con lo que más deseo en el mundo.

—No he podido concentrarme en toda la mañana —confiesa él—. Ni en el trabajo ni en nada. Me descubro pensando en ti en momentos completamente inapropiados.
Me besa el cuello con fervor y cierro los ojos.
—Eso es muy halagador…
—Lo que es, es un desastre.
—Entonces estamos igual.
Volvemos a besarnos y me agarra por debajo de la rodilla, para subirme una pierna y encajarme en su cuerpo para clavarme su erección.
—Esto es culpa tuya…
—Siempre.
—¿Qué coño me has hecho…? —jadea rozándose contra mí con una necesidad enfermiza.
—Nada que no quisieras que te hiciera. —Sonrío.
—Ahora ya no puedo parar…
—Eso es un problema —jadeo.
—Uno enorme.
—Sobre todo teniendo en cuenta que estamos casados…
Nos miramos y nos reímos.
Y a continuación me besa con una lentitud extraña, mientras cuela los pulgares bajo mi vestido y arrastra mis bragas hacia abajo.
—Voy a follarte aquí mismo… —advierte lascivo.
—¿Aquí? ¿De pie?
—De la forma que sea… No puedes venir así vestida a mi trabajo y esperar que no me vuelva loco…
—Pero yo he venido a aprender —digo mimosa—. Quiero probar lo que te he dicho…
David se queda quieto mirándome, sin saber si hablo en serio, y empiezo a desabrocharle el pantalón para dejárselo claro.
—Vittoria…
—Llámame Vitta… —digo agachándome y arrastrando sus calzoncillos conmigo—. Me gustó que lo hicieras el otro día.
—¿De verdad vas a hacerlo…?
—Sí —digo sin llegar a mirarla fijamente todavía. Admito que le tengo algo de respeto a esa «cosa», pero lo disimulo acariciándole el

abdomen.
—Joder… —gime apoyándose en la pared, solo de imaginarlo.
—¿Cómo te gusta? Dame indicaciones.
David resopla y pone cara de no terminar de creérselo. Pero sus ojos oscuros y lo acalorado que parece, me dicen lo contrario.
—Empieza lamiéndolo como un caramelo. Esconde los dientes y usa solo los labios y la lengua.
Lo observo con detenimiento.
—i¿Dónde está su abrigo?! i¿Por qué hoy no lo tiene?! —digo horrorizada.
Gold suelta una risotada.
—Normalmente, el abrigo se le quita solo cuando tiene calor…
—¿Y por qué la primera vez no lo hizo?
—Porque fue todo muy frío… Apenas me tocaste o dejaste que te tocara. Me mandabas mensajes contradictorios todo el tiempo…
—Lo siento por eso… —musito mirándolo a los ojos—. No tuve en cuenta cómo te sentirías tú. Pensaba que los hombres no teníais…
—¿Sentimientos?
—Sí…
—Pues los tenemos —dice acariciándome la cara—. No podía creerme que una chica como tú se hubiera fijado en mí. Y con lo que pasó al final, supe que no era yo quien te interesaba…
—Lo siento. De verdad…
—Yo no. Ya no… Porque ahora mismo me siento el tío más afortunado del mundo.
Sonrío de medio lado y acerco mi boca a la «cosa» sin dejar de mirarle. La cara que pone es suficiente motivo para no detenerme.
Su reacción a mi toque es inmediata y bestial. Gold cierra los ojos con fuerza y noto cómo su miembro se endurece en mi boca como si tuviera vida propia.
Me dedico a saborearlo como me ha dicho, y sus gemidos y resoplidos no hacen más que animarme a continuar. Mi instinto me pide sujetarla con una mano y David me incita a moverla un poco.
Pronto cojo el ritmo adecuado y me siento más cómoda.
—Dios, Vitta… ¿Estás segura de que no has hecho esto antes?

Sus lamentos me hacen preguntarme si de verdad le gusta, porque parece estar sufriendo bastante.
—Para, pequeña… —Me frena—. No puedo más…
—Pero no has llegado al orgasmo.
—Prefiero llegar dentro de ti…
Me levanta de un tirón y me besa, descubriendo su sabor en mi boca. Ese gesto íntimo hace que me excite mucho más, como si algo dentro de mí hubiera decidido que ya no hay marcha atrás con él.
—Me muero por sentirte otra vez… —confieso—. Fuerte… Rápido.
—Joder, Vittoria… —murmura contra mi boca, con la voz rota—. Me estás matando…
—No te mueras todavía —respondo jadeando—. Primero fóllame.
Antes de que termine de hablar, me alza en el aire, agarrándome de los muslos y obligándome a rodearle la cintura con las piernas, para empotrarme contra la pared con fuerza.
Mi espalda queda apoyada en la superficie fría, pero su cuerpo firme y caliente lo cubre por completo.
—Ya eres mía… —musita, encajándose mejor.
No sé cómo se las ingenia, pero consigue hundirse dentro de mí y todo a mi alrededor se intensifica. Su olor, su cercanía, su forma de moverse… hacen que mi cuerpo responda con una intensidad que me sorprende incluso a mí.
—David… —gimo, aferrándome a sus hombros.
—No me pidas que pare… —dice contra mi cuello—. Porque no pienso hacerlo.
Y yo no quiero que lo haga. Ni ahora ni nunca joder.
Nuestros cuerpos encuentran un ritmo demasiado bueno para mantenerlo mucho tiempo… Yo estoy a punto de explotar y él se mantiene en un equilibrio imposible porque creo que acaba de darse cuenta de que estamos otra vez haciéndolo sin condón…
—Dios… —gruñe, escondiendo la cara en mi cuello—. Esto es…
No termina la frase. Pero supongo que iba a decir algo positivo.
Por cómo se mueve, por su respiración y por la forma en que me sostiene, como si no quisiera soltarme jamás.
Me aferro a él con fuerza, sintiendo cómo se acumula y crece mi deseo, tensándose dentro de mí de una forma que ya empiezo a

reconocer… pero que no deja de sorprenderme.
—No te contengas —le pido—. Por favor… Lo quiero todo de ti.
Esa frase… esa maldita frase… termina de romper lo poco que le queda de control.
Lo sé porque levanta la cabeza y me mira como no lo ha hecho jamás y empieza a embestirme como un auténtico animal, agarrándome con una fuerza sobrehumana, como si quisiera llegar hasta lo más hondo de mí.
Y juro que lo consigue. Porque me siento tan suya que me asusta.
Cuando todo termina, tardamos en separarnos.
Estamos sudados y jadeantes, pero no me suelta. Solo me mira como si fuera lo más hermoso que ha visto en su vida.
Y yo, que siempre he sido la dura del barrio, me descubro pensando que llevaba esperando que alguien me mirara así toda mi vida.
—No sé qué es esto… —murmura—. Pero sé que no quiero que se termine…
Se me corta la respiración.
—Yo tampoco.
—Entonces estamos jodidos… —susurra con una sonrisa.
—Muchísimo… —Sonrío también.
Nos quedamos mirándonos cómplices.
—Y aun así…, no cambiaría nada —sentencia antes de besarme de nuevo.

CAPÍTULO 35



NICK

No debería haber ido.
Lo supe en cuanto aparqué. Pero necesitaba verla.
Si quería, podía entrar y salir de allí cien veces sin dejar rastro saltando la valla del jardín. Mi miedo era que, cada vez que la veía, todo lo que intentaba mantener bajo control se me desmontaba sin remedio.
Ava se escondía en un lugar discreto y olvidable. De esos en los que nadie mira dos veces… La sorprendí apoyada contra una pared

tomando el sol, con los brazos cruzados, como si estuviera enfadada con el mundo. Aparte de conmigo y con su corazón.
En cuanto me vio, le cambió la cara. Seguramente por mi pelo oscuro.
—¡¿Nick, eres tú...?! ¡¿Qué haces aquí?!
Me acerqué rápido a ella para que dejara de dar voces y la chisté.
—¡Nick, esto es una locura! —susurró enfadada.
—Lo sé, pero es tinte. Mi pelo volverá a crecer.
—¡¿Te parece un buen momento para bromear?! ¡Si alguien te ha seguido…!
—Nadie me ha seguido —dije acariciándole los brazos. Necesitaba tanto sentirla…
—¡Eso no lo sabes! —Se apartó de mí.
—Confía en mí. Yo… tenía que verte —dije más bajo.
Ella negó con la cabeza, frustrada.
—No puedes seguir haciendo lo que te da la gana sin tener en cuenta a nadie…
—Estoy teniendo en cuenta todo.
—¡Pues no lo parece! —Su voz se rompió un poco—. Parece que no te das cuenta de lo peligroso que es que hayas venido.
La miré con una intensidad sincera.
—Me doy cuenta de todo, Ava —respondí—. De lo que he hecho y de lo que tengo que hacer para solucionarlo. Pero necesito fuerzas… Te necesito a ti, aunque solo sean unos minutos.
Esa explicación frenó su ira. Sus ojos se humedecieron y noté su respiración contenida.
Ahí estaba. La pena. El dolor. Todo lo que no decía.
—¿Me echas de menos? —pregunté preocupado—. ¿O crees que estás mejor sin mí? Dime la verdad…
—Claro que te echo de menos —admitió entre lágrimas.
No pude evitar abrazarla con fuerza.
—Yo también —susurré contra su pelo—. Te juro que si no te veo, me vuelvo más loco de lo que soy… Eres lo único que me importa ahora mismo, Ava. Megan y tú.
Un sollozo se le escapó sin permiso y le cogí la cara.

—No digas eso… —murmuró—. Tienes más cosas. Un apellido, un hermano… un imperio que dirigir. No sé qué vas a hacer, pero no lo hagas por mí. No quiero que te pongas en peligro, Nick…
Apreté los dientes.
—Tengo un imperio que nunca he querido —sentencié—. Un apellido que pesa más de lo que debería… y un hermano en coma en el hospital.
—¡¿Qué?!
—Dispararon a Marcus el otro día…
—¡Nooo…! —jadeó desesperada.
—Pero está bien. Se recuperará.
—¡¿Cómo está Emily?!
—Llevándolo mejor de lo que cabría esperar. Me está ayudando a sustituir a Marcus en el Lux Noor. Ahora soy el Regente y tengo un plan que podría acabar con todos nuestros problemas.
—Pero…
—Voy a arreglarlo, Ava. Te lo prometo.
Le sequé la lágrima que le caía por la cara con el pulgar y me miró como si quisiera creerme, pero no supiera cómo hacerlo sin hacerse daño.
—¿Cómo vas a arreglarlo, Nick? ¿Emily y Gold apoyan tu plan?
—No, pero lo harán. Sé que lo harán en el momento de la verdad.
—Siempre esperas que los demás te cubran, Nick… ¿Y si esta vez no lo hacen? Con Marcus fuera de juego, no estás a salvo.
—Lo sé… —Trago saliva—. He entendido muchas cosas estos días… Y sé que no puedo confiar en nadie. Solo en mí mismo. Pero necesito tu apoyo. Tu amor. ¡A ti!
Le cogí la cara con suavidad y la besé de una vez.
Sus labios eran más suaves de lo que recordaba. El puto paraíso hecho carne, y no pude evitar seguir un poco más. Y un poco más.
El beso comenzó a retroalimentarse solo. Entre la calidez de su lengua y el sabor de su saliva, afloraron muchos recuerdos íntimos de bienestar que se instauraron en mi sistema límbico sin preguntar.
—Voy a hacer lo que haga falta para que podamos estar juntos —musité en su boca.

—Nick… —Se agarró a mi cabeza como un koala. Como si no quisiera soltarme ni separarse de mí. Como si me necesitara dentro…
Y sus deseos siempre han sido órdenes para mí…
La llevé hacia un lado para sentarme en un escalón del porche del jardín y la encajé a horcajadas sobre mí, sin dejar de besarla.
Necesitábamos conectar de nuevo, a todos los putos niveles.
Apartamos la ropa lo justo y apenas le di importancia cuando nuestros sexos encajaron, lo importante era el compendio de sensaciones que me estaba regalando: su abrazo, sus besos, su mirada… Fueron la píldora de energía que necesitaba.
Cuando terminamos, no nos movimos enseguida.
—No quiero que hagas una locura por mí —musitó en mi oído.
Sonreí, cansado.
—Malas noticias. Ya la estoy haciendo.
Eso le hizo abrazarme más fuerte.
—Tengo miedo… —susurró.
—Yo también —confesé—. Pero no de que me pase algo, sino de perderte.
Eso la dejó sin palabras.
—No vas a perderme, Nick. Pero no sé cómo vas a conseguir lo que pretendes.
—Yo tampoco. Pero se me da bien improvisar. —Sonreí un poco.
—Eres idiota. —Se le contagió la sonrisa.
—Un idiota loco por ti.
Nos dimos un beso cargado de esperanza que se rompió para desembocar en un abrazo aún más fuerte. Como si pudiera congelar ese momento donde todo parecía tener sentido.
—Prométeme que volveré a verte… —musitó ella preocupada.
—Volverás a verme cuando venga a por vosotras para llevaros a casa…
Me miró. Y por primera vez, creo que me creyó. Lo noté en cómo se aferró a mí.
—Vete ya… —susurró—. Antes de que alguien te vea.
La besé una última vez, más despacio, memorizándola. Y me levanté para dirigirme hacia la verja.
—Cuida de Megan…

—Lo haré.
Salté, pero antes de perderla de vista, le dije:
—Ava…
Ella me miró sin decir nada.
—Te quiero…
Su respuesta fue sonreír. Sabía que no estaba lista para decírmelo. Sus múltiples traumas amorosos se lo impedían, pero no hizo falta que lo verbalizara porque vi la verdad en sus ojos.
Y ahora solo me pregunto cómo voy a cumplir la promesa imposible que le hice en ese porche… Pero lo haré. Sea como sea.
Mi móvil suena y veo que es Gold.
—Qué oportuno… —mascullo antes de descolgar—. Hola, David. Justo estaba pensando en ti. Aunque no muy bien, *sorry* …
—Hola… Tenemos que hablar.
Directo y sin alma. Así es el nuevo capo de la mafia. Me niego a creer que un maldito gusiluz se haya convertido en esto, joder.
—¿No sabes empezar una conversación como una persona normal? —contesto—. «Hola, Nick, ¿qué tal? ¿Cómo estás emocionalmente después de arruinar tu vida?».
Hay un silencio al otro lado.
—Esto es importante, Nick.
—Siempre lo es —bufo—. Esa es literalmente mi vida.
—Nos vemos en una hora. Te mando la ubicación.
—¿Y si no puedo ir?
Escucho cómo cuelga y me quedo mirando el móvil.
—Vale —resoplo—. Me alegra que hayamos tenido esta conversación tan equilibrada.
Guardo el teléfono y una sonrisa torcida se abre paso en mi boca. Porque sé que Gold, a pesar de todo, no va a dejarme tirado. Es muchas cosas, pero sobre todo, leal a los White.
Me ducho, me doy cremitas varias y me cambio tres veces de ropa antes de conducir hacia la ubicación que me ha dado. Voy con el tiempo justo. Siempre me ha preocupado el *look* con el que podría morir. Así que últimamente, voy de punta en blanco a todas partes.
Me ha citado en un lugar apartado y perfecto para matar a alguien y deshacerse después del cuerpo…

Que me quepa la duda razonable de las intenciones de Gold me hace sonreír. Porque el tipo es leal, pero ya no sé a quién. Y solo a mí se me ocurre quedar con el único tío más inestable que yo…
Me bajo del coche sin preocuparme un segundo más, porque si algo he aprendido en la vida, es que lo que está destinado a joderse, lo va a hacer igual.
Él ya está aquí. Apoyado en su coche, con cara de haber dormido poco… pero no por trabajo.
Sonrío divertido.
—Vaya… Qué buena cara traes hoy —digo acercándome a él.
Gold ni se inmuta ante el comentario.
—Llegas tarde.
—Llego cuando quiero. Soy el Regente, ¿recuerdas?
—Eres un problema con piernas…
—Y tú un CEO mafioso con una crisis de identidad.
Nos miramos, y ahí está. Ese punto raro en el que no sabemos si estamos discutiendo o de broma.
—Lo de ayer… —empieza él— Te debo una disculpa.
Parpadeo perplejo. ¡Ostras! Esto no me lo esperaba…
Lo miro un segundo y me encojo de hombros.
—Vale —digo—. Tú lo sientes. Yo lo siento. Siguiente tema.
Gold me mira sorprendido.
—¿Así de fácil?
—¿Quieres que hagamos terapia? Porque no es mi fuerte…
Resopla una mezcla de risa e incredulidad, pero se relaja un poco que es lo que quería.
—Bien. Como te decía, tenemos un problema… —continúa.
—Siempre tenemos un problema.
—Este es nuevo.
—¡Ah, qué bien! ¡Algo de emoción! ¡Cuéntame!
Pone los ojos en blanco y camina nervioso en círculos.
—Ayer por la tarde convoqué una reunión de emergencia con todos los capos italianos…
Dejo de bromear y me pongo serio.
—¿Con qué fin?

—Aunque no lo entiendas, la otra noche me pusiste entre la espada y la pared incitando a mi gente a una guerra con los albaneses. Soy su líder y podrían derrocarme si no hago nada al respecto…
—Pues hazlo. Ayúdame a acabar con todo.
—No seas necio, Nick. Si eliminas a los albaneses, no acabarán tus problemas. El cabrón que intentó incinerarte vivo sigue ahí fuera, pero anoche se nos ocurrió algo. Bueno, a Emily.
—Miedo me da esa cabeza pensante…
—Tiene gracia que tú digas eso…
—Las mujeres son mucho más peligrosas que cualquier hombre.
—Muy cierto. Escucha esto. Los reuní a todos para decirles que si no había atacado antes a los albaneses era porque me estaban haciendo el trabajo sucio de… ir a por ti.
Me quedo quieto un segundo.
—¿Perdón?
—Era un anzuelo. Queríamos ver quién reaccionaba a la idea.
—¿Y?
—Funcionó. —Sonríe tunante.
—O sea, que alguien me quiere muerto. Qué bonito… Tengo fans.
Gold se ríe y vuelve a ser el de siempre.
—¿Te sorprende?
—No. Genero muchas envidias… A ver, ilústrame, ¿quién quiso acabar conmigo tan rápido? —pregunto inquieto.
Gold tarda un segundo en contestar. Como si la información le supusiera un conflicto moral de intereses.
—El tío de Vittoria… Lucio Venturi.
—¡¿Qué?!
—Pero igual quiere verte muerto solo porque la dejaste plantada en el altar… —dice Gold deprisa—. Ya sabes cómo son los italianos con el honor…
—No —digo pensativo y algo empieza a encajar en mi mente—. Espera un momento… Eso… cuadra bastante…
Me quedo callado y no porque no tenga nada que decir, sino porque las piezas empiezan a moverse solas en mi cabeza. Una detrás de otra. Encajando con una precisión que me da miedo.
El incendio. Mi padre. Marcus. Vittoria…

¡JODER…!
Aprieto la mandíbula porque no puede ser tan evidente. Pero lo es. Y cuanto más lo pienso, más sentido tiene.
Levanto la vista despacio y descubro a Gold con una cara extraña.
—Es él, David… —digo convencido—. El cabrón que llevamos buscando todo este tiempo… es él.
Gold no responde. Como si no asimilara lo que eso significa en su nuevo orden de las cosas.
—No puede ser… —murmura.
—¿No ves la conexión? Aceptaron que me casara con Vittoria por dinero. Y matando a mi padre, mi patrimonio aumentaba mucho.
Gold se queda completamente quieto.
—¿Y cómo explicas lo de Marcus?
—El móvil siempre ha sido el dinero. Ahora lo veo claro. Por eso no pusieron pegas para aceptarte como nuevo marido de ella. Pero a mí seguían queriendo matarme por el deshonor. Y como me escondí, fueron a por Marcus como represalia.
—Eso no tiene sentido…
—¿Tú crees? Es la mafia. Pero hay otro motivo más… —digo afilado —. Te habrán estudiado, Gold, y saben por los periódicos que querías comprar White Industries. ¡Y eso es lo que siempre han querido! Contigo era factible. Pero necesitaban a Marcus fuera de juego…
Gold se queda blanco y murmura un «joder».
—¿Me crees ahora?
—No… No quiero creerte. Son suposiciones. ¡No tienes pruebas!
—¡¿Quieres escucharme?! —insisto—. ¡Llevo tiempo pensando que Vittoria está detrás de todo! No se me acaba de ocurrir ahora.
Esa frase le sorprende sobremanera.
—¿Desde cuándo lo piensas?
—Desde el incendio. Solo ella sabía dónde estaba yo ese día…
Gold aprieta la mandíbula.
—También supo lo de Marcus antes de que pasara… —relaciona abatido.
—¡Lo ves! ¡Todo cuadra, joder!
—No tiene sentido… —murmura Gold negando con la cabeza.
Lo miro apesadumbrado.

—¿No tiene sentido… o no quieres que lo tenga?
Noto que la observación le duele. Pero tiene que oírla.
—No metas a Vittoria en esto… —dice, más bajo—. Es Lucio.
—Ella está metida hasta el fondo, amigo… Otra cosa es que tú no quieras verlo. Y lo entiendo… estás colado por ella…
Gold me fulmina con la mirada, pero no lo niega.
—Joder… Estás hasta las trancas. ¡Qué fuerte!
—Cállate ya.
—Tranquilo… Eso solo complica un poco las cosas.
—Esto es una locura… —masculla pasándose una mano por la cara—. ¿Y si te equivocas? —insiste desesperado.
—Entonces tenemos un problema de cojones…
Gold cierra los ojos y se cubre la nariz con las manos.
—Mierda… ahora estamos genial… no puedo irle con sospechas. Se cabreará mucho. ¿No hay alguna forma de comprobarlo?
—Sí. Podemos remover un poco el avispero y seguirla. A ver qué hace…
—¿Cómo lo haremos?
—Diles que has encontrado mi guarida y que quieres eliminarme esta noche. Les daremos la dirección de un piso franco que tengo.
Gold me mira alucinado.
—No eres tan tonto como pareces, ¿sabes?
—Soy un ninja.
—No eres un ninja.
—Soy bastante ninja…
—Que no.
—Un poco sí. —Sonrío.
Se hace un silencio en el que nos miramos con una nueva complicidad. Y aprovecho para decir algo que si no digo, reviento.
—Voy a respetar que estamos en un momento delicado, pero me guardo el derecho a vacilarte por lo de Vittoria más tarde, Romeo.
—¿De qué hablas? —Se hace el tonto. Pero no se le da tan bien como a mí.
—De ponerle la cola al burro, de freír por fin la sardina, de follártela bien de una vez por todas. Felicidades, campeón.
Gold pone los ojos en blanco e intenta ocultar una sonrisa.

—Muévete, idiota. No tenemos tiempo para esto.
—A tus órdenes, marido enamorado.
—Cállate…
—Jamás.
Y nos vamos para descubrir si estamos equivocados, o si acabamos de jodernos la vida un poco más.

CAPÍTULO 36



Seguir a alguien debería ser fácil. En teoría.
En la práctica… depende de si quieres encontrar algo o de si, en el fondo, estás rezando para no hacerlo.

El coche de Vittoria avanza a dos coches de nosotros y yo no aparto la vista. Como si mirarlo lo suficiente pudiera cambiar lo que va a pasar.
Hemos aparcado fuera de mi casa antes de hacer una llamada con la información falsa a Lucio. Y ella ha tardado diez minutos en salir de casa como si tuviera mucha prisa.
—Todavía puedes echarte atrás —dice Nick entonces.
Es idiota, pero también muy consciente de que esto me está destrozando.
—No —respondo sin dudar—. Síguela.
No me permito flaquear porque…
—Quiero saber la verdad.
He sonado firme, pero por dentro estoy mal, porque sé que no hay ninguna verdad que me vaya a gustar.
Cinco minutos después, el coche de Vittoria aminora la marcha y reconozco el lugar antes incluso de que Nick diga nada.
—Igual solo tiene hambre…
—No —musito—. Es el restaurante de su tío. Sede de la *familia.*
Nick abre la boca alucinado y siento algo raro en el pecho. No es sorpresa, es una lacerante decepción.
—Vamos… —digo serio. Y no espero respuesta. No puedo. Obligo a Nick a movernos rápido y silenciosos para entrar en el local sin ser vistos. Y al hacerlo, no siento que esté entrando en un lugar, sino que estoy saliendo de lo único que me permitía dormir por las noches.
El restaurante está vacío y avanzamos por el pasillo de la cocina. Entonces la oigo. Es la voz de mi mujer.
—…no puedes precipitarte con esto. Quizá sea una trampa…
Me quedo quieto por puro instinto. Y porque algo dentro de mí se está rompiendo lentamente.
—No me des órdenes, Vittoria —responde él. No necesito verle para reconocer la voz de Lucio.
—¡Estoy intentando evitar que te delates! —dice ella—. Te precipitaste con el ataque de Marcus White, y te precipitas ahora con el de Nick.
Esas palabras golpean mis oídos como una bola de demolición.
—Ese no es tu problema, niña.

—¡Sí que lo es! ¡Porque es mi marido! Déjame tantearle primero. Hasta donde yo sé, Nick le cae bien. ¡Esto no tiene sentido…!
«Mi marido». La forma en que lo dice no suena íntima ni real, solo útil. Como si yo no fuera una persona, sino una herramienta que ha aprendido a manejar mejor de lo esperado.
Pfff….
No sé ni cómo sigo en pie con el corazón aplastado.
—Y hay algo más que no sabes… —añade ella—. Los albaneses no mataron a la cúpula. Si los atacáis, empezaréis una guerra que no podremos ganar.
Mi mente se niega a creer que vaya a condenarnos así.
—¿Quién fue entonces? —pregunta él.
—No lo sé… pero no fueron ellos.
Mi cuerpo se relaja agarrándose a esa respuesta. Porque acaba de protegernos.
—Entonces hay que frenar esa venganza —dice él—. Pero lo de eliminar a Nick White es innegociable. Lo quiero muerto.
El aludido se tensa a mi lado.
—Vale, pero me extraña mucho que David también lo quiera. Suena a trampa, tío.
—¿Estás segura?
—No al 100% —duda—. Últimamente Nick está dando muchos problemas. El otro día discutieron porque David no quiere ir a la guerra. Y quizá por eso quiera eliminarlo…
—¡Quizá, quizá! ¡Tu trabajo es controlar a Gold! ¡Y no tienes ni puta idea de sus planes, solo de cuánto le mide la polla!
Aprieto los dientes al confirmar lo peor. «Mi polla es su trabajo».
—¡Lo estoy intentando…!
—Acostarte con él no basta, Vittoria. Tienes que lograr que confíe en ti.
Ya no siento el golpe que supone escuchar eso. No como esperaba. No hay una rabia inmediata. Es como si algo dentro de mí se hubiera apagado para siempre.
—Él ya confía en mí. No tengo ninguna duda.
Claro que confiaba en ella. Se lo dije ayer en mi oficina y más tarde en nuestra cama de nuevo cuando hicimos el amor durante horas. Se

lo dije con la boca, con mis manos y con todo mi ser.
Y ahora… ahora entiendo que confiar en alguien no significa conocerlo, solo significa decidir hacer la vista gorda.
—Déjame tantearle antes de hacer nada —insiste—. Si lo presionas demasiado, desconfiará. Y entonces sí que lo perderemos.
No es lo que dice, sino la naturalidad y la facilidad con la que lo dice. Como si no hubiera un conflicto moral en ella. Como si yo fuera solo… parte del plan.
El ambiente se vuelve irrespirable para mí.
Y aun así, no me muevo. Porque una parte de mí sigue esperando que abra la puerta, me mire, y diga que todo es mentira. Y esa parte es tan patética que casi me da más asco que lo que acabo de oír…
La ira me come vivo, y durante una fracción de segundo —esa que separa a los hombres sensatos de los que luego tienen que convivir con sus propias decisiones— pienso en abrir la puerta de una patada y pedirle explicaciones, pero entonces Lucio dice:
—Ten cuidado, Vittoria… No te enamores de él.
La advertencia llega tarde para mí.
Porque incluso ahora… después de oír esto, mi cuerpo recuerda cómo se entregó sin reservas. Y lo peor es que no sé qué parte era mentira o si alguna era verdad. O si soy yo el que ha vivido algo que nunca ha existido.
Le hago un gesto a Nick para abandonar el lugar y no miro atrás.
Porque sé exactamente lo que voy a encontrar si lo hago y no estoy preparado para ver su cara de «Te lo dije».
Nos metemos en el coche en silencio y arranco.
—Bueno… —dice Nick—. Pues al final no tenía hambre…
No reacciono. No puedo.
—Gold…
—Déjame pensar —digo sin más. Porque si lo hablamos… se volverá real. Y todavía no estoy listo para eso.
Conduzco sin pensar en nada, solo avanzando, como si el movimiento pudiera sustituir al control.
Tres minutos después, Nick suspira cansado.
—Al menos ya tenemos una respuesta…

No termino de oír la frase porque estoy en otro sitio. En otro momento. En la oficina. En la cama. En su boca. En su piel. En todo lo que parecía lo único real que he tenido en mi vida…
Aprieto el volante con fuerza y entiendo que hay algo peor que el dolor, y es la duda.
Porque si todo ha sido mentira, entonces ya no sé quién es ella.
Y lo peor… tampoco sé quién soy yo. Y eso es un problema.
—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Nick precavido.
Me callo porque no tengo respuesta. O porque la que tengo no me gusta.
—Te lo diré yo —intenta ayudar.
Eso me hace mirarle. Porque conozco ese tono. Su tono ninja…
—Lucio lo sabe.
—¿El qué?
—Que no fueron los albaneses.
—¿Y? —digo desganado.
—Que si esa información sale a la luz, perderé el control de la situación.
No quiero seguir esta conversación porque estoy a punto de echar mi corazón sin vida por la boca. Pero él no se detiene.
—Los italianos necesitan su *vendetta* por la muerte de sus líderes —continúa—. Y ahora mismo, los albaneses son los responsables.
—Pero en realidad son inocentes.
—Me importa una mierda. Son culpables de otras cosas. Y a mí me están buscando, ¿recuerdas?
No respondo.
—Si pierdo esta oportunidad, lo perderé todo, Gold…
Aprieto el volante porque yo ya lo he perdido.
—Voy a hacerlo, David —repone serio—. Tengo que hacerlo. He hecho una promesa.
Lo miro, y de pronto, no veo al hermano irresponsable de Marcus. Veo al Regente con las ideas muy claras.
—Lo único que necesito de ti es que no te interpongas —añade más bajo—. Solo eso. Por favor…
La frase me hace polvo. Porque significa que si lo hago, arrasará conmigo también.

—Nick…
—No te estoy pidiendo permiso. Solo te estoy avisando…
Cierro los ojos porque ahora mismo no puedo con más.
—Dame 24 horas —consigo decir—. Supongo que hoy Lucio pondrá una excusa para no ir a por ti al piso franco.
—¿Y Vittoria? —pregunta Nick—. ¿Qué harás con ella?
Tardo demasiado en responder.
—Nada. Esa guerra ya la he perdido…

CAPÍTULO 37



VITTORIA

Miro el móvil otra vez.
Nada. Pantalla en negro.
Como si el día de ayer, el mejor de mi vida, no hubiera existido.
Aprieto el teléfono con fuerza.
«Respira, Vitta. Seguro que está ocupado trabajando».

«Seguro que no tiene nada que ver con el hecho de que has decidido complicarte la vida enamorándote del hombre al que debías controlar».
Me levanto del sofá. Me siento. Y me vuelvo a levantar.
Camino por el salón como si estuviera ensayando una escena que no sé cómo va a terminar, solo cómo empezó. Con Lucio llamándome a mediodía diciéndome que había encontrado a Nick.
No estaba preparada para salir de mi mundo rosa de besos profundos y orgasmos eternos…
—En la reunión urgente de ayer, Gold nos dijo que quería acabar con él.
—¿Reunión urgente? —De pronto me he sentido el último mono.
«¿Por qué no me dijo nada por la noche, estando en la cama abrazados? ¿Es que no confía en mí? O es que…». Y ahí es cuando he pensado que podía ser una trampa. Una en la que no quería que mi marido me relacionara.
Le he prometido a mi tío que tantearía a David, pero llevo todo el día intentando contactar con él y no me responde. Y eso me deja una presión creciente en el pecho que no sé cómo gestionar.
Solo deseo que todo esto sea una exageración absurda creada por mi cabeza, y que cuando aparezca, cansado de trabajar, me dé un beso que me sepa a gloria.
Pero pasan los minutos y sigue sin aparecer.
Cuando por fin oigo el sonido de un coche en la entrada, se me seca la boca.
No debería estar temblando. Pero lo estoy.
No porque no sepa mentir, llevo haciéndolo toda mi vida y puedo jurar que he estado en situaciones peores, pero esto no es una situación… ¡Es David!
Y hay algo en la forma en que ha cerrado la puerta al entrar, en cómo ha dejado las llaves sobre la mesa sin mirarme y algo en su silencio que no se parece a nada que haya visto antes.
No es el de alguien enfadado, es el de alguien que se ha rendido.
—Has vuelto tarde… —digo.
«Genial, Vittoria. Conversación de ascensor. Aplausos».

Él no responde enseguida. Se quita la chaqueta con calma, como si estuviera organizando el momento exacto en el que va a estallar.
—Sí.
Solo dice eso. Pero su voz no es la de esta mañana cuando nos hemos despedido. Ni la de anoche. Ni la del hombre que me enseñó a confiar. Es otra más fría.
Se acerca al sofá en el que estoy sentada y me quedo quieta. Porque huir ahora sería como admitirlo todo.
—¿Dónde has estado? —pregunto.
Cuando me mira, sé que lo sabe todo. Todo, joder.
—Curiosamente… —dice— en el mismo sitio que tú. En el despacho del restaurante de tu tío a mediodía… Hemos lanzado un señuelo y has tardado muy poco en demostrar lo que nos temíamos…
Se me cae algo por dentro. No sé exactamente qué. Pero cae haciendo muchísimo ruido.
—David… yo…
—No —me corta sin alzar la voz. Pero el tono es como una pared que no se puede atravesar—. No te molestes en poner excusas. Lo he oído todo.
Trago saliva acobardada.
Vale. Plan B. Improvisación y supervivencia.
—No sé qué crees que has visto u oído, pero…
—Lo suficiente —dice cruzándose de brazos. Dejando claro que ya no soy bienvenida en su espacio vital—. Y, sobre todo… he entendido que lo nuestro no iba en serio.
Mi respiración se desacompasa. No sabía cuánto me afectaría que me mirara como si yo fuera su enemiga de verdad.
—¿O me equivoco? —pregunta dándome la oportunidad de confesar.
De repente, entiendo que cualquier cosa que diga ahora va a llegar tarde. Él ya ha tomado una decisión. Y puede que guardar silencio sea lo mejor.
—Perfecto… —dice dolido al ver que no contesto—. Entonces lo digo yo: tu tío da las órdenes, tú las ejecutas, y yo… —Se ríe sin humor— yo soy el imbécil al que has convencido para que confíe en ti mientras te metías en mi cama…
Su desconfianza me duele como nada.

—No es así… —consigo balbucear.
—¿Ah, no?
—No…
—Qué alivio —replica irónico—. Porque durante un momento he pensado que me estaba follando a alguien que estaba conspirando contra mí.
No sé qué coño me pasa, pero no puedo reaccionar. Necesito encontrar mi voz. Mis motivos. Mi verdad. Y es… que le quiero.
—Yo no estaba conspirando. —Me sale a modo de resumen.
—No, claro. Solo estabas «controlándome»…
—Entiendo que suene mal fuera de contexto, pero…
—¿Sabes qué? —decide frío—. No me interesa oírlo.
Y eso me jode como nada. Porque él siempre escucha. Siempre analiza e intenta comprender mi punto. Pero ahora ya no puede.
Y lo entiendo. Joder si lo entiendo. Duele demasiado.
—Escúchame, por favor… —digo, poniéndome de pie y dando un paso hacia él—. Quiero contártelo todo.
—Ya no quiero escucharlo.
—¡David, por favor…! —Intento tocarle la cara, pero me aparta la mano con violencia.
—¡No quiero oír nada que no hayas querido decirme antes! Ya no me creo nada de ti.
Escuchar eso me deja sin aire.
—¡No te lo dije porque no podía! ¡No porque quisiera engañarte!
—Claro…
—¡Es la mafia, David! ¡No puedo decirles que no! ¡Y no es algo que pueda sentarme a confesarte en la cena sin que te enfades!
—Claro, es más fácil mentirme y acostarte conmigo —replica hosco—. No imaginaba que podías ser tan ruin… Hacerme pensar que sentías algo por mí para…
—¡Lo sentía! —me defiendo—. ¡Aún lo siento!
Y eso sale sin filtro. Desde lo más profundo.
Él se queda quieto un segundo. Y tengo esperanzas de que me crea.
—¿Y por qué no me lo contaste? Hazme entenderlo, por favor… Porque no se me ocurre nada que no te deje en mal lugar…

Y ahí es donde fallo. Porque no puedo decírselo. Sería mi fin. O el suyo.
—Mindy —suelto sin embargo, traicionándome a mí misma.
El nombre cae entre nosotros sin poder creer que mi lengua lo haya pronunciado.
A David le cambia la cara de golpe.
—¿Qué has dicho…?
—Mindy —sollozo rendida—. Todo esto eran órdenes de tu madre.
Y entonces noto cómo se rompe de verdad.
—No te atrevas a usarla para salvarte —dice muy bajo pero fiero.
—Lucio la adoraba. Eran amantes esporádicos… —continúo—. Y antes de su muerte le pidió que….
—¡NO SIGAS! —grita él llevándose las manos a la cabeza.
Y esa vez sí que levanta la voz.
Después me mira con un rencor que no creo que pueda olvidar nunca.
—¡¿Y NO ME LO DIJISTE?! —exclama—. ¡¿POR QUÉ?! ¡Joder, Vittoria…!
—¡¡¡PORQUE NO PODÍA!!!
—¡¡¡CLARO QUE PODÍAS!!! ¡Pero no querías!
Da un paso violento hacia mí, pero se frena a tiempo. Y por primera vez desde que lo conozco, me da miedo de verdad. Algo que jamás pensé que ocurriría.
—¡Ves por qué no podía decírtelo! —explico—. ¡Porque sabía que te destruiría…!
—¡YA ESTOY DESTRUIDO! ¡Por tu puta traición! ¿Cómo has podido llevarla tan lejos…? ¡¿CÓMO HAS PODIDO?!
El silencio que sigue es brutal. Y mis lágrimas aprovechan para salir a escena.
—Yo solo quería protegerte… Por eso seguía trabajando para él.
—No me protegías —añade más bajo—. Me utilizabas.
—No… —gimo llorosa—. Eso no es verdad. ¡Te avisé! —estallo entre lágrimas—. ¡Te dije que iban a matar a Marcus!
—Eso no cambia nada —dice. Y me quedo helada.
—¿Cómo que no cambia? —susurro, rota—. ¡Lo salvé!
—Eso no te hace inocente de lo demás.

No puede ser…
—¡¿Estás de broma?! —exclamo enfadada—. ¡Decidí traicionarle a él para ayudarte a ti!
—¡No! ¡Decidiste callarte que Lucio intentaba aniquilar a los White! ¡Para ganarte mi confianza! ¡Para seducirme! ¡Para que te viera con otros ojos!
Se pasa la mano por la cara, destrozado.
—Y lo peor es que terminé creyéndomelo…
La frase me mutila.
—David… —susurro desesperada.
—No digas nada —me corta—. No me vendas ahora que era real.
—¡LO ERA! ¡TE LO JURO!
—¡Entonces dime por qué! —me desafía—. ¡¿Por qué no me lo contaste todo desde el principio?! ¡O ayer! ¡Antes de que tuviera que tenderte una maldita trampa!
—No… —repito, acercándome a él—. Mírame, David. ¡Mírame! ¡¿De verdad crees que lo he fingido todo?!
Él cierra sus ojos acuosos y guarda un silencio sepulcral.
—David, por favor… —sollozo—. Enamorarme de ti no estaba en mis planes…
Él no responde. Pero noto que duda.
—David… —insisto lastimera agarrándole más fuerte.
Y hago lo único que me sale natural: intentar besarle. Como si eso pudiera arreglar algo.
Durante una fracción de segundo, él no se aparta de mis labios, pero pronto me separa y me mira como si fuera una extraña.
—No hagas eso —musita dolido—. No vuelvas a tocarme en tu vida.
—Pero…
—Ya no puedo confiar en ti, Vittoria. Nunca más lo haré.
Esa frase me mata en vida.
Y de pronto, aparece mi madre con cara de susto.
—¡¿Qué son esos gritos?! ¿Qué está pasando aquí? —pregunta horrorizada.
No la miro. Porque si me mira con un gesto mínimamente humano, me derrumbaré en el suelo. Y no puedo permitírmelo. No ahora. No después de esto.

—No pasa nada… —dice David seco.
Como si no acabara de destrozarme.
—Este matrimonio ha sido un error desde el principio —añade.
Esa frase me empuja a salir corriendo como una colegiala despechada. Porque si me quedo un segundo más, empezaré a gritar.
Salgo de casa, sin saber muy bien a dónde ir. Necesito sentir el aire de la noche golpeándome en la cara, frío, húmedo y real. Y aun así, eso no evita que rompa a llorar sin control, como si mi cuerpo hubiera decidido que ya no merece la pena seguir fingiendo.
Solo sé que lo he perdido… PARA SIEMPRE.
No sé en qué momento dejo de oír mis lágrimas y empiezo a oír solo el latido desacompasado de mi corazón. Pero entonces un coche se cruza en mi camino y unos hombres bajan para acorralarme.
Me había planteado muchas veces cómo actuaría en una situación así, pero en el momento de la verdad, me quedo paralizada, dejando que me agarren de forma brusca para meterme en un vehículo.
Todo pasa en segundos. El mundo se inclina y pierdo el equilibrio. Y antes de poder reaccionar, la oscuridad se cierne sobre mí.
No sé cuánto tiempo pasa hasta que recupero la consciencia, pero lo primero que noto es un dolor profundo en la cabeza. Y en el resto del cuerpo. Por no hablar del grotesco vacío en el pecho… Ese último lo tenía ya antes de que me secuestraran. Y no se va.
Abro los ojos despacio y un foco de luz directa me hace entrecerrarlos rápido.
Asimilo que estoy sentada y atada. Como en las malditas películas.
«Fantástico. Esto mejora por momentos…».
Intento mover las manos, pero es inútil. Y entonces oigo una voz grave, calmada y tremendamente familiar.
—Vaya… ya era hora de que te despertaras.
Procuro fingir que no me lo esperaba, pero es mentira.
—¿Tío Lucio…? —murmuro.
—Me alegra que reconozcas mi voz —dice, acercándose—. Pensaba que quizá habías olvidado quién es tu familia…
Da un paso al frente internándose en la luz y lo veo con claridad. Más sereno que nunca, como si esto fuera una reunión más.
—¿Qué estás haciendo…? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Lo que tú no has hecho bien.
Se detiene frente a mí y me observa sin pizca de cariño. Siempre me ha visto como una herramienta, no como a su familia.
—Te di una tarea muy sencilla, Vittoria…
—Y la he cumplido con creces.
—No. —Niega despacio—. Si no, me habrías dicho mucho antes que sabías quién mató a la cúpula…
Lo dice sin rodeos. Pero mantengo mi expresión estoica.
—No lo sé —musito.
—No me hagas perder el tiempo, niña.
—¡Te digo que no lo sé! —exclamo enfadada.
Me observa más de cerca.
—Entonces dime cómo lo sabes.
Buena pregunta. Fui tonta al desvelarle aquello. Pero estaba muy nerviosa por Nick.
—Es simple sentido común —respondo.
Lucio lanza una sonrisa mínima.
—No me insultes, querida. Sé que sabes algo y se te acaba el tiempo… Dime cómo lo sabías.
Guardo silencio. Porque si respondo eso, irán a por David.
—No lo sé —repito. Esta vez más bajo.
Lucio suspira como si estuviera decepcionado.
—Te he educado mejor que esto…
—Entonces sabrás que no voy a decírtelo —digo impulsiva.
Nos miramos, retándonos, y en ese momento entiendo que esto no es un interrogatorio, es la confirmación que buscaba de que no estoy de su lado.
—¿Quién fue, Vittoria? —insiste—. ¿Lo sabe Gold? —puntualiza.
No respondo, y Lucio sonríe, porque el silencio ya es una respuesta en sí misma.
—Interesante… —murmura.
Cierro los ojos sintiéndome fatal. No quiero perjudicar a David, pero no sé cómo frenar esto.
—Te has implicado demasiado con él —añade.
—Tú me metiste en esto —escupo.

—Y tú has decidido pasarte de bando. Mal hecho. Pero aún estás a tiempo de remendarlo. Cuéntamelo todo, Vittoria. ¿Qué trama tu marido?
Levanto la mirada furiosa.
—Puedes matarme ya porque no voy a decirte nada.
Se queda quieto, estudiándome y midiéndome.
—Eso ya lo veremos
—Jamás le traicionaré.
La frase se me escapa sin querer. Y en cuanto la digo, sé que he cometido el error más grande de mi vida.
Lucio ladea la cabeza.
—¿Traicionarle? —Sonríe—. Vaya… Entonces sí que estás en un problema serio.
Entiendo que la he cagado porque ya no le soy útil. Ahora solo soy… un riesgo.
Pero no me arrepiento. Porque si hay algo que tengo claro ahora mismo es que perder a David duele, pero perder lo que sentí con él… eso sí que no lo voy a negociar con nadie.
Ni siquiera con mi propia sangre.

CAPÍTULO 38



NICK

Consulto la hora.
Los minutos han pasado muy despacio desde que Gold me dejó en el Lux Noor hace horas y se fue a casa en busca de la bronca del siglo con su mujer.
Le he llamado, pero no contesta. Y eso es muy mala señal.
Espero que no se la haya cargado… Porque David es un trozo de pan hasta que alguien le traiciona.
Le he prometido 24 horas de contención, pero siento en las manos una familiar electricidad de cuando estoy a punto de hacer algo

irreversible. Es como si este lugar supiera que esta noche voy a cruzar una línea que no tiene vuelta atrás y estuvieran esperando a ver si de verdad tengo los huevos de hacerlo.
Estoy en el despacho del Regente, mirando un punto fijo como si eso fuera a frenarme.
De pronto, mi móvil vibra y veo que es Emily.
Contesto al segundo.
—¿Dónde estás? —Es lo que llevo preguntándome una hora. Emily suele ser puntual. Y hay mucho que hacer en el club. ¿Cómo coño lo conseguía Marcus?
—Nick… —Su voz suena distinta—. Estoy en el hospital. Me han dicho que Marcus está despertando…
Se me corta la respiración al oír la información. Por una parte grito un «¡hurra!», pero por otra…
—¿Ya?
—Sí. Aún está muy desorientado, pero… —respira hondo—. Está abriendo los ojos y quiero estar aquí para él.
Miro al frente, pero ya no veo el despacho. Veo a Marcus, preguntándome, increpándome y tomando el control de nuevo.
—¿Cuándo podré hablar con él? —pregunto estratégicamente.
—En unas horas…
Perfecto… quedan horas para que pueda echarme en cara lo temerario que soy por querer solucionar mi vida a mi estúpida manera.
—Nick… —dice ella leyéndome el pensamiento—. No hagas ninguna locura, por favor.
—Todo va bien, Emily —miento—. Confía en mí…
—No te creo.
—Haz un esfuerzo. Gracias por estar ahí para mi hermano.
Y cuelgo sin dejar que me diga nada más. Porque no quiero que me convenza de nada. Porque si me para, Ava no volverá nunca… Ni Megan. Ni yo…
—Vale. Al lío —digo decidido.
Pulso el intercomunicador de mi oreja y doy órdenes:
—Ben, O ’ Leary,… Venid a mi despacho, ahora. Tenemos algo importante que hacer…

No tardan en llegar con la cara desencajada.
Ben entra primero y O ' Leary detrás. Los dos me miran preguntándose hasta dónde va a salpicar esto.
—Se acabó el tiempo, chicos —digo sin rodeos.
—Eso suena a decisión precipitada… —dice Ben cauto.
—Lo es. Pero es definitiva. Vamos a acabar con Dante Muratti esta noche. Ahora. Aquí.
O ' Leary se cruza los brazos para mostrar su desacuerdo.
—¿Dónde está Gold? ¿Está al corriente?
—No. Gold tiene asuntos más importantes que atender…
Se hace un silencio incómodo.
—Esto suena a que se nos va a caer el pelo después —dice Ben.
—Puede ser… Pero no podemos esperar más. Y esto no es una puesta en común, es una puta orden, ¿vale?
Ambos se miran preocupados y creo que merecen una explicación.
—Marcus está despertando —añado sincero. Y noto cómo se tensan —. Y si trata de detenerme… se acabó mi vida.
—Y si lo hacemos, se acabó la nuestra —señala O ' Leary
—Tú siempre tan optimista. —Sonrío para quitarle hierro.
Ben suspira y se revuelve el pelo.
—O ' Leary se refiere a que si nos arrastras a esto contigo, nos despedirán…
—Pues yo creo que será más bien al contrario, cuando vaya yo solo y acabe muerto.
Ambos se miran teniendo una conversación silenciosa.
—Vale. Estamos dentro. Pero… ¿quieres hacerlo aquí? Esto es el Lux Noor.
—Lo sé.
—Aquí no se hacen estas cosas… Es la maldita razón de ser de este sitio.
—Precisamente por eso. Es lo más sencillo. Sé que Marcus lo ha hecho otras veces…
Nos miramos fijamente y sé que entienden que me refiero a la cúpula.
—Necesito que desaparezcan —sentencio—. Él y los suyos.

—De acuerdo… —dice O ’ Leary sacando sus armas de sitios inimaginables y revisando cuántas balas tiene.
Entonces, sonrío. Porque con ellos a mi lado, sé que saldrá bien. Tienen experiencia en estas mierdas, y Ben ya está pensando cómo amañarlo todo. Lo veo en sus ojos.
—Tengo una idea —dice enseguida.
—Soy todo oídos.
—Hacerlo por lo legal. El Regente lo matará por saltarse las reglas. Solo necesitamos un cadáver y una acusación falsa.
Se crea una pausa extraña en la que todo encaja.
—Joder… ¡eres un maldito genio! Y ya sé quién será la víctima…
—¿Quién?
—Yo mismo. —Sonrío—. Nick White… ¡Es perfecto!
Nos quedamos en silencio. Tres, cinco, diez segundos hasta que O ’ Leary asiente con la cabeza con media sonrisa.
—Fingir tu propia muerte me parece muy «pro».
—¿Estás seguro de que quieres hacer eso? —pregunta Ben—. Nunca podrás volver a la vida pública…
—¿Dónde hay que firmar? —contesto rebelde.
—Bien —confirma O ’ Leary—. Entonces necesitamos una peluca rubia para ti, maquillaje de muerto y sangre falsa… para que en el vídeo se vea que eres tú quien muere y también hacer fotos que demuestren que te mataron ellos. Llamaré a Mery.
—¿Quién es Mery?
—Una amiga con derecho a roce que es maquilladora de efectos especiales.
—¿Confiáis en ella?
—Confiamos en los sobornos.
Asiento encantado.
—Poneos en marcha.
Todo ocurre como si ya estuviera escrito. La peluca rubia me pica mucho, el maquillaje de muerto que llevo debajo de una capa de vivo me tira de la piel como si alguien hubiera decidido embalsamarme en vida. Y el traje… bueno, el traje es el mío. Porque si voy a fingir mi muerte, quiero estar guapo en las fotos.

—Si sobrevivo a esto —murmuro para mí—, voy a matar a quien inventó el maquillaje…
Cuando por fin camino con calma por el club como Nick White, lo hago sin esconderme, porque la clave del plan es no pasar desapercibido. Y pronto empiezan las miradas, los susurros, las risas nerviosas, los «¿Ese no es…?», «No puede ser…».
Es perfecto.
Por algo dicen que los rumores bien colocados corren más rápido que cualquier bala. Y tienen razón.
En menos de dos minutos, sé que la información ha llegado a donde tenía que llegar.
Lo noto en el aire. En cómo cambia la temperatura de la sala. En cómo algunos dejan de mirar y empiezan a huir como ratas en un naufragio.
Aprieto la mandíbula, expectante.
—Vamos, Dante… No me hagas esperar.
Y no lo hace. Aparece en el salón principal como lo hacen todos los que creen tener el control, rodeado de los suyos y con la sonrisa de alguien que piensa que ya ha ganado antes de empezar.
—Vaya, vaya… —dice al verme—. No esperaba verte por aquí, White. Te hacía escondido y muerto de miedo en algún lugar remoto.
Lo miro e inclino ligeramente la cabeza.
—He venido a hablar de negocios.
Dante se ríe.
—¿Hablar? Ya es tarde para eso…
Sus hombres se tensan al entender que les espera una noche movidita, y miran alrededor para comprobar si estoy solo.
—Deshacerte de mí te va a costar más de lo que crees —amenazo—. Aquí dentro no puedes tocarme.
—No, pero fuera sí. Y a menos que te quedes a vivir en el Lux Noor, vamos a cruzar el umbral contigo para sacarte los huevos por la boca.
Algunos se ríen nerviosos. Yo solo sonrío.
—Me parece bien —digo tranquilo—, pero antes, te voy a dar la oportunidad de que me escuches.
Dante me observa calculador.

—¿Qué pretendes, White? No hay nada que puedas decir que pueda hacerme cambiar de opinión. Ya nos la has jugado demasiadas veces. ¿Cuántas vidas crees que tienes?
Bebo de mi copa antes de contestar.
—Primero escúchame… y luego me matas si quieres —añado—. No pierdes nada.
La idea le gusta. Porque los hombres como Dante disfrutan jugando con sus víctimas antes de eliminarlas, haciéndoles pensar que tienen alguna posibilidad. Pero el vacío de sus ojos me dice lo contrario.
—Te doy cinco minutos —concede por fin.
—Suficiente…
Caminamos juntos hacia su territorio hasta una sala privada donde se nota que ya estaban antes de venir a buscarme. Un lugar en el que se cree a salvo.
La puerta se cierra detrás de nosotros y el ambiente se endurece.
—Tú dirás —dice Dante, tomando asiento.
Los demás hacen lo mismo y yo me quedo de pie. Justo donde Ben me ha dicho que me coloque. En el jodido medio.
Durante un segundo, me permito disfrutar del teatro, de la tensión, de la adictiva adrenalina… antes de que todo se rompa. Porque cada segundo que pasa, estoy corriendo el riesgo de que me vuelen la maldita cabeza…
—El problema —empiezo— es que todos estamos jugando a medias.
—¿A qué te refieres?
—A que tú crees que sabes quién soy yo… y yo sé exactamente quién eres tú.
Noto que se tensa un poco.
—Cuidado, White…
—No —sonrío—. Cuidado tú.
De pronto, la puerta se abre sin previo aviso y aparece Ben con un arma en alto, acompañado por el Regente, o una figura que parece el Regente, por el otro flanco, con otra pistola.
—¿Qué coño…? —dice uno. Pero todo pasa muy rápido.
Los hombres de mi hermano son tan limpios y precisos en sus tiros que no hay caos ni gritos innecesarios. Solo destrucción pura y dura.
Dante me mira por última vez y murmura:

—Hijo de puta…
Un segundo después recibe un tiro entre ceja y ceja haciendo que el alivio vuelva a mi vida como si alguien hubiera activado un interruptor.
—Bien… —murmuro—. Ha sido… muy limpio.
—Dentro de lo que cabe —dice Ben mirando alrededor.
O ' Leary se dedica a revisar cada fiambre. Qué tío tan práctico y eficiente.
—Está todo grabado —añade Ben—. ¿Motivo de la ejecución del Regente? Ruptura de las normas internas. Ahora toca que te laves la cara y hacer la sesión de fotos con sangre.
—¿Y cómo harás el montaje de mi muerte?
—Teniendo la imagen real de todos aquí dentro contigo, la IA me preparará un tiroteo en el que te abatan digno de Hollywood.
—Genial, pues manos a la obra.
Cuando terminamos, los dejo con la «logística» y huyo a encerrarme en mi despacho. No podía seguir ni un minuto más en esa escena dantesca. Nunca mejor dicho…
Desbloqueo el teléfono y llamo a Gold. Por suerte, me lo coge.
—Qué quieres… —refunfuña.
—Está hecho.
—¿El qué? —pregunta temiéndose lo peor.
—Dante Muratti ya no es un problema.
Hay un silencio significativo.
—Joder, Nick…
—Y antes de que preguntes —digo deprisa—. No ha sido la mafia italiana.
—¿Entonces quién…?
—Ha sido el Regente. En el Lux Noor. Y por un motivo totalmente legal. Han incumplido las normas del club…
Más silencio. Joder, no sabía lo mucho que me gustaba dejar a la gente sin palabras hasta este momento.
—¿Qué han hecho exactamente? —Su voz es distinta. Se filtra un nuevo respeto.
—Han matado a un enemigo en un lugar neutral.
—¿A quién?

—A mí… Nick White está muerto, amigo.
—¿Se te ha ido completamente la cabeza? —escupe al otro lado.
—Un poco —admito—. Pero ha funcionado a la perfección.
—Joder, Nick… —murmura, más bajo—. Qué movida…
Subo los pies en la mesa, relajado.
—Tranquilo. Ya está hecho. Hay fotos, vídeos. Todo legal.
No responde. Y eso ya me dice bastante. Está demasiado impresionado para hablar.
—¿Qué ha pasado con Vittoria? —pregunto. Porque me interesa su estado mental.
El silencio al otro lado se vuelve más frío.
—Nada… —dice.
—No me suena a «nada».
—Tenías razón… —añade con desgana—. Estaba metida hasta el cuello. Lo ha admitido todo.
Aprieto la mandíbula, dolido.
—Lo siento, tío…
Él no dice nada.
—¿Y qué ha pasado? ¿Cómo ha terminado la conversación?
—Ha llegado su madre y Vittoria se ha ido corriendo. A la calle. Como si pensara correr en línea recta hasta llegar al mar y luego media vuelta durante años. A lo Forrest Gump…
—Joder…
—Me ha dicho que Mindy era amante de Lucio y lo planeó todo. Lo de tu padre, lo de Marcus… Se ha ido todo a la mierda, Nick… A la puta mierda…
Noto a través del auricular que tiene ganas de llorar, pero no lo hace. Gold es más duro de lo que cree. Por eso hace tan buena pareja con Vittoria.
—Qué putada… —opino—. Siempre he pensado que tu madre quería nuestro dinero, y no me equivocaba.
Gold no dice nada. No imagino lo mal que debe de sentirse.
—¿Y qué vamos a hacer con Lucio? —pregunto para cambiar de tema y activarlo un poco.
—No lo sé —masculla—. Pero si cree que puede mover los hilos a su antojo, es que aún no me conoce…

Me gusta que no haya perdido la perspectiva junto con su corazón.
—Deberíamos aprovechar la ventaja de la sorpresa… —digo—. E ir a por él esta misma noche. No me importaría hacer un 2x1…
—No podemos lanzarnos sin más.
—¿Por qué no?
—Porque necesitamos hacerlo bien.
—¡Necesitamos hacerlo YA!
El choque frontal es más que evidente.
—Nick… —dice más bajo—. Esto lo empezó mi madre… y quiero terminarlo yo —añade—. Pero no a lo loco.
—Siempre igual… —resoplo.
—¿Igual cómo?
—Pensando que hay una forma limpia de hacer las cosas.
Guarda silencio porque sabe que he dado en el clavo.
—No la hay, David.
—Entonces lo haremos lo menos sucia posible —replica.
—Qué mono eres cuando aún crees en la magia…
—Y tú cuando decides ir por tu puta cuenta sin escuchar a nadie.
—Yo escucho, pero luego hago lo que hay que hacer… Marcus está despertando. No podemos esperar a que esté bien del todo. Esto es cosa nuestra. Tuya y mía.
—Nick… —resopla cansado.
—¡Lo digo en serio! —insisto—. Ya sabemos quién es. Sabemos que ha atacado a Marcus y sabemos que va a seguir.
Gold no responde. Pero sabe que tengo razón.
—No —se planta. Aunque no suena tan convencido como antes—. Aún no. Déjame hablar con Vittoria otra vez. Es su tío… y es el hermano de mi suegra. No puedo llegar y pegarle un tiro sin más. Habría muchas consecuencias…
—Todavía sigues en modo marido… ¿No te das cuenta de que para ella has sido una marioneta?
Por su silencio dolido sé que aún se resiste a asimilarlo.
—Piénsalo bien —zanjo—. Porque yo ya lo he hecho. Y esta vez, no voy a esperar a que me disparen primero. Tienes 24 horas para decirme si estás dentro o fuera.
Cuelgo porque paso de escuchar otro silencio dudoso.

Gold está bajo mínimos y espero que mi ultimátum le dé una razón para desviar el foco de su dolor.

CAPÍTULO 39



Me despierto con una sensación extraña en un silencio espeso. Como si el mundo estuviera amortiguado y yo no terminara de encajar en él.

Intento moverme, pero el cuerpo no me responde. Solo protesta como si llevara siglos sin usarlo.

—Tranquilo… —dice una voz. La mejor del mundo. La de Emily.

Abro los ojos despacio y la luz me golpea sin piedad. Tardo unos segundos en enfocar bien, pero cuando lo hago… ahí está.

Cansada. Preciosa. Y con esa mirada que solo aparece cuando ha pasado algo grave.

—¿Estoy muerto y esto es el cielo? —pregunto en serio.

Ella sonríe. Pero la mueca se le rompe a mitad de camino.

—No, sigues en el mundo real. Bienvenido de vuelta…
Por fin buenas noticias.
—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?
—Días. Y unas ocho horas en reanimación. Ahora por fin hablas…
Joder… Eso explica muchas cosas. Estoy como atrofiado.
—¿Qué me he perdido?
Emily guarda un silencio demasiado revelador.
—Emily… dilo.
—Muchas cosas —admite al fin—. Pero ya habrá tiempo de ponerse al día. Ahora toca recuperarse.
Genial. Mi especialidad. La vida contemplativa…
Intento incorporarme, pero ella me frena.
—Sabía que serías un mal enfermo. —Sonríe—. Relájate, White…
—Vale… —Respiro hondo—. Pero cuéntame la versión corta de lo que ha pasado en mi ausencia.
—Pues el mundo no se ha venido abajo, sorprendentemente —empiezo irónica.
—¿Y el Lux Noor? —pregunto con miedo.
—Tampoco. —Y esa frase me sorprende—. Nick te está sustituyendo como Regente.
—¡¿QUÉ?! —exclamo espantado.
—Se ha teñido el pelo de negro.
—Oh, Dios…
—Marcus…
—Perdona. Continúa. Quiero saber hasta qué punto ha sido un desastre… Estoy listo. Dime. ¿Qué ha hecho?
Ella me mira como si fuera adivino.
—Puede decirse que ha tomado algunas decisiones cuestionables.
—¿Qué tipo de decisiones?
—De las irreversibles…
Cierro los ojos hastiado. Fantástico… Mi hermanito, el kamikaze con encanto, ha vuelto a liarla parda.
—¿A quién se ha cargado ahora?
Emily parpadea.
—¿Cómo sabes que…?

—Porque Nicky no toma decisiones irreversibles que impliquen flores y disculpas. Implican cadáveres y pistas falsas…
—A Dante Muratti y a sus hombres.
La información no me sorprende en absoluto. Pero me pesa con todas las consecuencias.
—¿Cómo ha sido? ¿Dónde? ¿Y con la ayuda de quién?
—Fue en el Lux Noor —revela. Y abro los ojos como platos.
—¡¿Ha profanado mi club?!
—No exactamente…
—Joder… Déjalo, no quiero saber más. He estado a punto de morir por su culpa… y la vida me ha concedido una segunda oportunidad. Solo quiero…
La miro y exhalo cansado. Porque ahora mismo lo único que me importa es que ella está aquí. Y sobre todo el porqué.
—¿Tú cómo estás? —pregunto atento.
Emily da un respingo de sorpresa.
—¿Yo? Bien…
—Me alegro mucho de que estés aquí —digo vulnerable.
—Nos diste un buen susto…
—¿Han averiguado quién fue?
—Gold vendrá ahora para contártelo todo.
—Bien… —Cierro los ojos y aprovecho para coger su mano—. Porque hay algo que quiero decirle… Yo… quiero salir de ese mundo, Emily… Quiero… no quiero más.
Casi puedo oír cómo frunce el ceño.
—¿A qué te refieres?
—A la mafia. Al club. A toda esa mierda… Se acabó.
—Pero Marcus…
—Todo el mundo está haciendo lo que le da la gana… No sé por qué yo no puedo elegir. Me da igual si la ciudad arde. Nos mudaremos. Voy a ser padre. Quiero ser padre. Eso es lo único que me importa…
Pensaba que mis palabras le gustarían, pero la cara que pone no es la que imaginaba. Y de pronto, me doy cuenta de por qué.
—Y por encima de todo… me importas tú. No puedo perderte, Emily… No quiero. Y haré cualquier cosa para que entiendas que eres mi prioridad.

Ella me observa como si no supiera si abrazarme o matarme.
—¿Y cómo piensas hacer eso?
—No lo sé. —Sonrío—. Pero quiero hacerlo bien esta vez.
La puerta se abre y Gold da unos pequeños golpes de cortesía en la madera.
—Siento interrumpir…
No me hace falta mirarlo mucho para saber que está fatal.
Lo noto en cómo entra y en cómo evita mirar demasiado a Emily antes de centrarse en mí.
—David… —balbuceo—. Que bueno verte aquí…
Él no sonríe ni hace ninguna broma sobre mi estado. Se ve que en mi ausencia se ha endurecido mucho. O ha recibido varios palos.
—Marcus… ¿Cómo te encuentras?
Nos miramos como siempre. Y noto algo distinto en él.
—Tienes mala cara… —respondo.
—La tuya es peor, amigo.
—Yo tengo excusa.
—Yo también… —musita entre dientes.
—Vale. Ponme al día. Sin paños calientes. Emily me ha contado lo básico. Guerra, caos, mi hermano intentando convertirse en el villano de su propia historia… Y tú… ¿qué te ha pasado?
—Yo… —empieza—. he estado durmiendo con el enemigo y dejando que afecte a mi juicio… —dice avergonzado.
Nos quedamos en silencio y noto un pequeño desajuste en su habitual humor.
—¿Te refieres a Vittoria? ¿Qué ha pasado?
Gold no responde inmediatamente. Y eso no es propio de él.
Se pasa una mano por la cara, como si intentara ordenarse por dentro antes de abrir la boca.
—Está metida hasta el fondo —admite, herido.
—¿Cómo que «metida»? ¿Dónde?
—Su tío Lucio es el que está detrás de todo… De tu ataque, del de tu padre… incluso del incendio de Nick. Y Vittoria le estaba ayudando.
Emily abre mucho los ojos.
—Eso no puede ser… —dice alucinada.
—Pues lo es —sentencia Gold serio.

Lo observo y no está enfadado. Está… totalmente destrozado.
—Mi madre lo empezó todo —continúa—. Y sigue dándole instrucciones desde la tumba… —añade con una sonrisa amarga—. Parece que ni muerta deja de joderme la vida.
De nuevo nos quedamos en silencio.
—¿Estás seguro? —pregunta Emily con suavidad—. No me dio esa impresión… Vittoria no es así.
Gold ríe sin humor.
—Yo también creía conocerla… Pero supo seducirme perfectamente para tenerme controlado como a un puto idiota…
Emily niega frenética con la cabeza. Me mira rogando que la crea. Y yo confío en ella.
—No es posible… ¡Está loca por ti, estoy segura!
Gold cierra los ojos soportando el dolor.
Miro a uno y a otro sin saber a quién creer.
—Me lo ha admitido a la cara, ¿vale? —replica Gold tenso—. Ayer por la noche discutimos mucho.
—¿Te dijo que todo era mentira? —pregunta Emily extrañada.
—No, ella insistía en que todo había sido real y en que solo le seguía la corriente a su tío solo para protegernos… Hasta me echó en cara que me había avisado del ataque de Marcus.
—¡Y es cierto! —reclama Emily.
—¡Lo hizo solo para que bajara la guardia! Y vaya si lo consiguió…
—¿Y si te equivocas con ella? —digo entonces recordando la llamada antes de mi disparo. Gold me llamó gracias a ella.
Mi amigo me mira con cara de «no me jodas».
—Vosotros no oísteis la conversación con su tío… Parecía tan distinta… Le dijo incluso que los albaneses no habían matado a la cúpula.
Eso hace que me incorpore de golpe.
—¡¿CÓMO…?! ¡¿Le dijo que habíamos sido nosotros?!
—No. Solo le dijo que no habían sido ellos.
Mi mente va a toda máquina y no quiero contarle que la situación se está poniendo cada vez más fea. Porque esa información podría ser su sentencia de muerte.
—¿Dónde está Vittoria ahora? —pregunto nervioso.

Gold se encoge de hombros.
—No lo sé… No la he visto desde ayer.
Como hombre que ha vivido demasiadas cosas en este mundo, ese detalle no me gusta nada.
—Tienes que encontrarla. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?
—Después de la discusión, que fue bastante fuerte, se fue corriendo de casa. Y anoche dormí en otra habitación…
—¿Sabes si alguien la ha visto esta mañana?
Gold niega con la cabeza.
—Intenta localizarla ahora mismo —ordeno tenso.
—¿Por qué?
—Tengo un mal presentimiento… —digo mirando a Emily preocupado.
Ella se tensa y Gold se afana en sacar el móvil al percibir mi intuición..
Lo veo esperar los tonos nervioso y maldecir cuándo no lo coge.
—Nada…
—Vuelve a intentarlo —insisto.
Obedece y, al obtener otra negativa, empieza a ponerse peor.
—Voy a llamar a su madre…
—Si no la ha visto, llama a Lucio directamente —añado.
Él levanta la mirada despacio. Y en sus ojos ya no hay solo rabia, ahora hay miedo. Y por primera vez desde que ha entrado en la habitación parece completamente despierto.
—Esperemos no tener que llegar a tanto…
Pero tras una breve conversación con su suegra, nos ponemos en lo peor.
—Su madre no la ha visto —dice Gold medio ahogado—. Es como si hubiera desaparecido…
El aire se congela ante mi premonición.
—¿Cómo que ha desaparecido? —dice Emily asustada.
—No está en casa. Ni en el trabajo. No responde y nadie sabe dónde está…
Gold me mira en busca de ayuda y solo puedo ofrecerle mis sospechas.
—Cuando una mujer desaparece en este mundo, nunca es casualidad… Llama a Lucio ya.

—No me jodas… —maldice David histérico marcando el número de ese cabrón.
Pone el manos libres y contesta al primer maldito tono.
—¿Sí?
—¡Lucio! —grita Gold. «Muy sutil, amigo…».
—Vaya, qué alegría que me llames…
—¿Dónde está Vittoria? —pregunta David sin perder tiempo.
—A salvo —contesta con calma—. Por ahora —subraya.
—¡Como le pongas un dedo encima…!
—Eso depende de ti, muchacho.
Le hago un gesto para que se calme.
—¿Qué quieres? —masculla Gold con una voz inhumana.
—Te lo diré sin rodeos —continúa—. O matas a los White o yo mato a Vittoria.
El tiempo se detiene y me quedo sin respiración. Gold también.
—Lo bueno es que anoche te hicieron la mitad del trabajo, alguien se cargó al bala perdida del hermano pequeño… —Abro mucho los ojos y Gold niega con el dedo efusivamente—. Así que solo tienes que rematar a Marcus. Ve a verle y ahógalo con un cojín si es necesario, me da igual. Tienes 24 horas.
—No harás daño a Vittoria… —gruñe Gold.
—Pruébame. Tienes hasta mañana a esta hora, o te entregaré su hermoso cadáver.
La llamada se corta y Gold me mira pálido en ese silencio denso que se crea cuando alguien acaba de poner un temporizador a una vida.
Gold baja el móvil despacio como si no pudiera creerlo.
—¿Qué he hecho…? —Se culpa. Las manos le tiemblan y se apoya en la barandilla de la cama porque el cuerpo no le responde.
—Eh… —digo tocándole. Y levanta la vista hacia mí.
—Va a matarla, Marcus…
—No —digo con seguridad—. No va a matarla.
Emily me mira temiendo que vaya a ahogarme yo mismo con un cojín solo para impedirlo.
—Dios mío… —susurra Gold desesperado.
—Escúchame —corto el drama. Y por fin hablo como el que soy. Aunque esté postrado en una cama y no pueda levantarme todavía—.

Si quisiera matarla, ya lo habría hecho, ¿de acuerdo? Aún tenemos una oportunidad.
Gold traga saliva, procesando la información.
—Te quiere manipular —añado—. Quiere que tomes una decisión impulsiva y quiere…
—Quiere que te mate… —musita Gold.
—Exacto. Y eso significa que necesita algo de ti.
—¿Qué coño vamos a hacer?
—Tranquilo, soy experto en rescates. ¿recuerdas? Pero primero tienes que dejar de pensar como alguien al que le han roto el corazón, y empezar a pensar como el tío que ha mantenido a raya a media mafia italiana sin despeinarse.
Gold se sujeta la cabeza y luego respira hondo.
—Vale… —dice por fin.
—Bien. —Asiento—. Porque vamos a sacarla de ahí. Y vamos a cargarnos a ese cabrón durante el proceso.
Una chispa oscura y peligrosa aparece en sus ojos.
—Eso es lo que quiero… —masculla—. Ese tío no va a ver otro amanecer. Me da igual quién sea…
Emily nos mira y dice:
—Tenemos 24 horas…
—No —corrijo—. Tenemos menos, porque hay que cogerles por sorpresa. Y hay que aprovechar cada segundo. Que alguien llame a un médico, necesito el alta ya.

CAPÍTULO 40



Salgo del hospital con la sensación de que el aire me molesta en la piel. Como si respirar se hubiera convertido en una decisión consciente, no automática. Como si todo lo que haga a partir de ahora, fuese a definir el resto de mi vida. Y no me equivoco.

Me subo al coche y pongo dirección a la mansión Rosetti.

Porque si alguien puede ayudarme, es mi suegra. Nadie sabe más de Lucio que su hermana. Y ya no tengo margen para ser elegante.

La madre de Vittoria abre la puerta con una expresión que no necesita traducción. Ha estado llorando.

—David, querido… ¿la has encontrado? —pregunta ansiosa.

—Aún no. Y necesito tu ayuda para eso —digo sin rodeos.

Se queda quieta sin saber qué decir.

—¿La mía?

—Sí. Y tiene que ser ahora. Mañana puede ser tarde…
Se hace un silencio horrible en el que se teme lo peor.
—¿Dónde está mi pequeña? —pregunta hundida.
Trago saliva.
—No lo sé. —Y decirlo en voz alta lo convierte en algo insoportable—. Pero sé quién la tiene…
Sus ojos se agrandan.
—¡¿Quién?!
—Lucio.
Algo en ella se rompe al escuchar ese nombre
—Lo sabía… —susurra—. Sabía que no era buena idea que trabajara con él… Pero tampoco le dejó opción.
—No tenemos tiempo para discutir eso. Necesito saber dónde podría tenerla.
Niega con la cabeza asustada.
—No lo sé. Mi hermano no es nada predecible.
—Todos lo son cuando tienen algo que perder. Piensa, por favor.
Se queda muy quieta como si estuviera haciéndolo, pero enseguida se dispersa.
—¿Crees que va a matarla? —pregunta con miedo.
—¿Lo ves capaz?
La respuesta aparece en sus ojos encharcados.
—¿Qué quiere a cambio? ¿Te lo ha dicho?
La miro directo.
—Me ha dado 24 horas para matar a alguien.
Cierra los ojos como si supiera que no voy a hacerlo.
—Debe de tenerla en una de sus propiedades…
—¿Dónde están?
Duda un segundo.
—Tiene varias, pero hay una… —empieza—. Que solo usa para las cosas feas.
No quiero saber qué significa eso, pero me acerco un paso a ella.
—Háblame de ese lugar. ¿Dónde está?
—No está registrada a su nombre, sino a una empresa antigua. Una que le regaló a tu madre… La debes de tener en los papeles del

testamento. Él siempre amenazaba con que si alguna vez se la jugaba, dejaría pistas falsas allí para que la detuvieran…
El cabrón la tenía pillada a su manera.
—Dime dónde está ese lugar.
—A las afueras. Es un local abandonado de sillas, creo. Se llega por la carretera secundaria de Bous.
Mi estómago se contrae. No es precisamente el Ritz…
—Tiene un sótano que nunca le enseñaba a nadie. Decía que allí guardaba todos sus secretos.
—Vale… —intento pensar—. Si tienes cualquier otra información, la que sea, me será muy útil.
—No sé qué más decirte…
—De acuerdo, me voy.
Me doy la vuelta y oigo que me llama de nuevo.
—David…
Me detengo y miro atrás.
—Si te encuentras con mi hermano…
—Voy a matarlos a todos uno por uno si no me dejan sacar a tu hija de donde la tienen retenida —la aviso fiero.
Ella me mira con frialdad.
—Bien. Pero a él el primero, por favor.
Cuando llego a casa de Marcus ya no soy el mismo. Y lo noto.
El apartamento no parece un hogar, sino un centro de operaciones con vistas bonitas.
Hay una tensión en el aire que se pega a la piel como la humedad.
Marcus está sentado en el sofá porque todavía no puede hacer mucho más, pero con esa forma de ocupar el espacio que hace que parezca el único que está de pie.
Emily está a su lado, con el portátil abierto y esa mirada de quien está sosteniendo demasiadas cosas a la vez.
Nick, apoyado contra una pared, juega con una navaja como si no tuviera nada mejor que hacer.
Y yo… sigo preguntándome cómo he podido hacerlo todo tan mal.
Al verme, nadie pregunta cómo estoy y lo agradezco. No soporto la compasión.
—Tengo el posible lugar —anuncio nada más entrar.

—¿Cuál? —pregunta Marcus con prisa.
—Un almacén viejo de sillas. A las afueras, en el polígono de Bous. Tiene un sótano. Era su guarida cuando quería desaparecer.
Emily se pone a teclear para buscarlo y Nick sonríe.
—Me encanta cuando los villanos tienen escondites cliché.
—A mí no me encanta que te encante —digo severo.
—Entendido. Me callo.
Marcus me observa preocupado.
—¿Estás seguro?
—Tiene toda la pinta. El sitio está a nombre de mi madre, al parecer… O sea que ahora es mío. Si no matamos a ese tío, puede echarme encima un montón de mierda…
—Puto Lucio —masculla Marcus—. Nunca me gustó ese cabrón.
—Parece un cabrón con mucho tiempo libre —señala Nick.
—Más bien uno con un objetivo muy claro… —digo—. Cumplir el sueño de mi madre. Que yo comprase White Industries y fuera el líder de la mafia italiana. Y en estos momentos, cree que está a un cojín contra la cara de Marcus de conseguirlo.
Todos me miran. Y Nick me lanza uno del sofá.
—Que tu madre siempre ha querido controlar White Industries no es una sorpresa —dice Marcus—. Lo grave es lo de Vittoria… Pero cada vez estoy más convencido de que ella no estaba trabajando contra nosotros, sino para nosotros.
Se hace un silencio denso.
—La has cagado, chaval… —me avisa Nick.
—¡Pero si fue idea tuya seguirla! —digo exaltado.
Nick cierra la navaja.
—Nada encaja si asumimos que nos estaba manipulando —dice Marcus—. Pero todo encaja si asumimos lo contrario.
—Eso es un salto de fe bastante gordo —replica Nick.
—No es fe —intervengo—. Son hechos.
Camino un poco para deshacerme del estrés.
—No nos delató con lo de los albaneses… Intentó frenar la guerra, y avisó de lo de Marcus.
—Si no llega a avisarnos, tal vez no hubieran errado el tiro —dice Emily.

—Eso seguro —admite Marcus—. Tuve tiempo de apartarme unos centímetros.
—Pero oímos claramente que trabajaba para su tío —salta Nick.
—Porque no tenía opción —la defiendo—. Es la mafia, Nick. No puedes decir «no, gracias, hoy no conspiro».
Eso le hace callar.
Pero yo cierro los ojos compungido. Porque estoy diciendo lo mismo que trató de decirme ella en la discusión. ¿Cómo no lo vi…?
Estaba demasiado dolido. Me sentía engañado. No razonaba…
—La he cagado pero bien… —maldigo.
—Bieeen. Ya no soy el único —celebra Nick bajito.
—No estás ayudando, Nick… —dice Emily.
—Centrémonos —intercede Marcus. Y se hace el silencio inmediato—. Lucio se dio cuenta de que era una agente doble cuando le soltó lo de la cúpula. Eso fue lo que la delató. Le preguntó quién había sido y ella contestó que no lo sabía. Pero es obvio que no se lo creyó.
—¿Y qué quiere Lucio ahora? —pregunta Nick.
—Matarnos a todos —responde Marcus—. No solo a mí. Cuando tenga todo lo que quiere de ti, David, te delatará a la *familia* como el asesino de la cúpula. Hay que eliminarlo.
Me tenso al oírlo.
—Le he dicho a Lucio que voy a cumplir con su petición en cuanto te tenga a tiro —comento—. Eso nos da algo más de tiempo. Mientras tanto, he pensado en convocar otra reunión urgente del consejo. Creo que es necesaria tras la muerte de los albaneses, y Lucio tendrá que acudir obligatoriamente.
—Buena jugada —opina Nick.
—Así le obligarás a salir de su escondrijo y podremos comprobar dónde está —añade Emily entusiasmada.
—Exacto. Y seguro que me amenaza con que sus hombres la matarán si intento algo, pero para entonces, vosotros ya tendréis a Vittoria y yo podré acusarle delante de todos y ejecutarlo ahí mismo. En su puto restaurante…
Se escucha un silencio absoluto.
—Eso es… muy agresivo para ser tú —dice Emily cohibida.
—Es lo que se ha buscado. Nadie toca a mi familia.

Y cuando digo eso, saben que no me refiero a la italiana, sino a ellos.
—Pues creo que tocó mucho a tu madre… —salta Nick chistoso. Todos lo miramos mal—. Perdón. Me callo. —Hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.
—¿Cómo lo haréis, Gold? —pregunta Marcus mirándome con intensidad.
—Ben, O ' Leary y Nick irán a por Vittoria.
—Yo también quiero ir —dice Emily.
Marcus la mira alarmado y sus ojos bajan hasta su tripa.
—Tú no vas a ir a ninguna parte —zanja.
—No eres mi dueño —replica ella molesta.
—Emily…
—¡¿Otra vez me estás dejando fuera de lo importante?!
—¡Te estoy dejando fuera del peligro!
—No te ofendas, hermano… —empieza Nick—. Pero mientras tú dormías plácidamente en esa cama de hospital, quien ha sacado adelante el Lux Noor ha sido Emily.
Marcus la mira entre ultrajado y extasiado.
—Yo también me sentiría más seguro si Emily fuera con ellos —intervengo—. Es la única que podrá pensar con lógica allí dentro si hace falta.
Nick sonríe.
—En eso no le falta razón.
—¿Y si Lucio tiene hombres vigilando…? —dice Marcus—. ¡¿Y si abren fuego sobre mi hijo?!
—En eso tus chicos son rápidos —contesta Nick—. Me protegieron a mí y la protegerán a ella. Igual que siempre te protegen a ti.
Marcus se queda sin argumentos y mira a Emily suplicante.
—Es un buen plan —opina ella.
—Es arriesgado… —replica Marcus.
—Todo es arriesgado. Hasta caminar por la calle.
—Ya basta —zanjo—. Emily irá, es parte del equipo. Una parte muy importante…
Nick da una palmada en el aire.
—Perfecto. Plan suicida aprobado.
Marcus cierra los ojos, frustrado.

—Una cosa más —digo. Y todos me miran—. Si algo sale mal…
—No saldrá mal —replica Marcus.
—Pero si sale mal —insisto—. Sacadla como sea. Aunque tengáis que sacrificarme a mí.
Emily niega con la cabeza, y sus ojos empiezan a brillar.
—Ni de coña —dice hormonal.
Nick se pone serio.
—Echa el freno, Romeo. No vamos a dejarte morir…
Marcus solo dice:
—Nadie se va a quedar atrás, ¿entendido?
No lo discuto. Pero lo he dicho en serio.
—Entonces ya está —digo. Empiezo a girarme hacia la puerta y Marcus me llama.
—David…
Lo miro. Y lo encuentro mirándome con expresión solemne.
—¿Lo ves?
Frunzo el ceño.
—¿El qué?
—Ya no me necesitas. Has solucionado esto tú solo.
—No te emociones. —Sonrío un poco—. Siempre te necesito.
—Lo que va a necesitar es un terapeuta… —murmura Nick.
—Y una conversación muy larga con su mujer —añade Emily.
—Creo que vosotros dos también necesitáis hablar —lanzo de vuelta mirando a Marcus y Emily.
—Ya le he dicho que después de solucionar esto, me retiraré. Voy a cerrar el Lux Noor…
—¡¿QUÉ?! —grita Nick alucinado.
—¿Vas a cerrar el único lugar neutral de la ciudad? —digo yo.
—Ya no lo es. Ahora es el sótano de los horrores de los White…
—¿Eso es una indirecta por mí? —dice Nick torciendo la cabeza.
—Yo creo que ha sido bastante directa… —murmura Emily.
—¡No puedes hacer eso! —se queja Nick.
—El Lux Noor ha perdido su razón de ser —zanja Marcus—. Y yo voy a centrarme en ser padre…
—¿¡CÓÓÓMOOO?! —grita Nick mirando a Emily alucinado y sacando conclusiones—. ¡¡¿Estás embarazada?!!

—Sí —Se adelanta Marcus—. Y la has tenido trabajando en el club al alcance de cualquiera.
—¡No lo sabía!
—Por eso no te lo dije —se defiende Emily—. Los White no entendéis lo que es el espacio vital de una mujer.
—¡No te atrevas a meterme en el mismo saco que mi hermano! —protesta Nick—. Yo le di espacio a Ava. Y todas las cafradas que he hecho han sido por ella. ¡Por amor!
—¿Matar al sicario también? —pregunto sibilino.
—Eso fue por mi padre. Se merecía venganza.
—Yo también me merezco elegir —dice Marcus—. Y elijo a Emily.
Se hace un silencio y la aludida mira al suelo.
—¿Le has preguntado si ella quiere estar contigo? —Le pongo voz a lo que todos estamos pensando.
—No —admite Marcus abatido—. Porque ya sé la respuesta… —El ambiente se vuelve tenso por momentos—. Pero estaré por y para ella en todo lo que necesite. Es lo único que quiero.
—Queda claro que es lo único que quieres… —dice Emily adusta sin mirarle—. Vamos chicos, tenemos que prepararnos.
Enfila hacia la puerta, dejando a Marcus impedido en el sofá y Nick la sigue negando con la cabeza, como si su hermano fuera una causa perdida.
Marcus respira profundamente.
—No digas nada —me pide.
—No pensaba hacerlo. —Me encojo de hombros—. Creo que no hace falta. Pero con dejar el Lux Noor no servirá. Lo que tienes que dejar atrás es tu orgullo, Marcus…
Me marcho sin hacer ruido y aplicándome el cuento.
Porque llevo demasiado tiempo escondiéndome detrás de mi ego herido.
Y ahora puede costarnos la vida a todos.

CAPÍTULO 41



VITTORIA

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que me trajeron aquí porque mi tío, en su infinita delicadeza, no ha tenido la cortesía de dejarme ni un reloj, ni una ventana, ni una rendija por la que entre algo remotamente parecido al mundo real.
Solo hay una lámpara de pie, una silla que no merece llamarse silla y un cansancio que se me ha metido en los huesos como si quisiera quedarse a vivir en mí.
«A esto hemos llegado…», lamento.
A que me rompan el corazón y me secuestren en la misma noche.
La eficiencia italiana nunca deja de sorprenderme.
Bajo la cabeza para descansar y cierro los ojos un segundo, solo uno, porque si los cierro más tiempo del necesario vuelvo a verlo.

A David. Su cara. Su voz. La forma en que me miró cuando lo traicioné. Y, de todas las cosas insoportables de esta habitación, esa es la peor. Ni siquiera la incertidumbre de saber si voy a salir viva.
Si muriera aquí, lo último que él sabría de mí sería una mentira.
Una mentira que ha conseguido que el único hombre ante el que no me escondía me mirara como si yo fuera otro de los monstruos de mi familia.
Abro los ojos y levanto la cabeza justo cuando la puerta se abre.
No necesito mirar para saber quién es. Hay hombres cuya presencia llena una habitación antes que su cuerpo, y Lucio siempre ha sido uno de ellos.
De niña me parecía elegante. De adolescente, fascinante. Ahora me parece un cabrón bien peinado sin rastro de alma.
—Tienes mala cara, niña —dice.
—Tú también, pero en tu caso viene de serie con tu aura maligna.
Él sonríe con una curvatura mínima en los labios. Lo justo para que recuerde que sigue siendo técnicamente humano.
—Eso me gusta de ti —dice acercándose—. Incluso cuando todo va mal, sigues creyéndote ingeniosa.
—No me lo creo. Lo soy. Y tú podrías haber elegido un sitio más acogedor…
Se detiene a un metro de mí, con las manos a la espalda, como si estuviéramos hablando en la sobremesa de una comida de domingo y no en una especie de zulo al que, sinceramente, no hay quien se acostumbre.
—¿Qué pasa? ¿No estás cómoda? —se ríe—. No te mereces otra cosa. Me has decepcionado tanto…
—Una decepción implica expectativas —señalo—. Y tú nunca esperaste nada de mí.
—¿Vas a confirmarme que fue Gold quien mató a la cúpula?
—Ni en tus sueños.
—Vale. Tampoco me hace falta… —dice chulesco—. Voy a ir a verle ahora. Ha convocado una maldita reunión a la que no puedo faltar, y pienso preguntárselo delante de todo el mundo…
—Nadie te creerá. David es un hombre de honor.

Lucio ignora el comentario con estilo. Con los años ha desarrollado un extraordinario talento para ignorar lo que no le gusta oír.
Se agacha ligeramente y se toca la pulsera de su muñeca con un dedo.
—Si detecto cualquier indicio de trampa en la reunión, o el más mínimo movimiento que no me guste, apretaré el botón y mis hombres te matarán sin miramientos.
Lo dice con una serenidad que da ganas de arrancarle la lengua.
—Qué detalle… —murmuro sarcástica—. ¿Y luego le enviarás flores a mi madre o eso ya sería excesivo?
—No abuses de mi confianza.
—No abuso. Estoy cautiva, incomunicada y amenazada de muerte por mi propio tío. Creo que mi margen de humor se ha ganado existir.
Él no se ríe. Nunca se ríe cuando no es él quien ha hecho el chiste, y supongo que esa también es una forma de mezquindad.
—Vas a quedarte aquí —prosigue—. Y si todo sale como espero, puede que incluso vivas lo suficiente para ver cómo termino de arreglar este desorden.
—¿Arreglar? —repito, saboreando la palabra como si fuera veneno—. Curiosa elección de palabras para describir un asesinato múltiple.
—No será múltiple. A Gold no tengo pensado matarlo. Una temporada en la cárcel por matar a su mujercita, no le vendrá mal. Saldrá de allí totalmente reformado y más temido que nunca. Estoy seguro.
Abro la boca, alucinada. No me esperaba ese giro. Ni me pregunto cómo lo haría porque sé que es perfectamente capaz de inculparlo.
Lo miro con una ira inaudita en mí. Y durante un instante no sé si quiero reírme, vomitar o morderle la yugular.
—¿Te has vuelto loco? A Mindy no le gustaría eso —intento atacarle.
Ese nombre lo transforma un poco. Siempre lo hace. Como si alguien hubiera dejado una herida abierta dentro de él y, en vez de curarla, la hubiera alimentado hasta convertirla en una religión.
—No la nombres —masculla.
—La querías más que a nada en tu miserable vida, pero siempre has tergiversado sus deseos a tu favor. Por eso ella nunca te eligió. Os utilizabais mutuamente.

Se me queda mirando con esa clase de quietud que anticipa la violencia o algo peor.
—Te la estás buscando, Vittoria…
—Ella no querría que destruyeras a su hijo solo por castigarme a mí.
Esa frase no lo convence, pero al menos, le irrita, y últimamente mis estándares de victoria están por los suelos.
Se endereza, y vuelve a tocarse la pulsera.
—Voy a repetirlo para asegurarme de que tu impulso suicida no te juegue una mala pasada —dice muy despacio—. Si algo no encaja, si alguien intenta moverse contra mí… apretaré esto y morirás antes de que te dé tiempo a pensar en una frase de las tuyas.
—No hace falta que te repitas. Me ha quedado bastante claro.
—Y si no pasa nada, puede que mueras igualmente después. Solo por hacerme perder el tiempo.
—También me ha quedado claro. Muy tierno por tu parte. Amor familiar en estado puro.
No me responde. Se gira hacia la puerta y habla con sus hombres apostados fuera.
—A mi orden, la matáis. Nada de dudas. Nada de preguntas.
—Sí, señor.
Después se vuelve hacia mí una última vez.
—Reza para que Gold haga lo correcto.
—Rezo para que tú te ahogues en tu propia soberbia.
Eso, por fin, le arranca una sonrisa de verdad.
—Hasta nunca, niña impertinente.
La puerta se cierra y el silencio vuelve a rodearme.
Me preocupa esa reunión con mi tío en estado maníaco perdido… Me preocupa mi madre. Nick. Marcus y Emily… Me preocupan todas esas mujeres que confían en mí para que las saque de su propio infierno… y sé que si yo no hago nada, nadie lo hará.
Y en medio de todo eso, lo único que me mantiene cuerda es pensar en David.
No en el David enfadado de la última discusión. Ni el que me llamó mentirosa. Me refiero al otro. El que me besó en la cocina. El de la piscina. El de su oficina. El hombre que me miró como si yo fuera algo que no esperaba necesitar y me sostuvo para hacerme el amor

como si no quisiera romperme. El que, sin darse cuenta, me enseñó que el miedo y el deseo no son la misma cosa, aunque durante años mi cuerpo se empeñara en confundirlos.
Qué bien… Voy a morir enamorada.
No sé cuánto tiempo pasa, pero el suficiente para que me duela la espalda, la boca se me seque y mi cabeza empiece a fabricar hipótesis cada vez más espantosas.
Que la reunión ha salido mal.
Que David ha intentado hacer algo heroico y estúpido y mi tío esté a punto de apretar el maldito botón, o peor, que David se lo haya cargado y me quede aquí olvidada mientras el mundo sigue girando sin mí.
Entonces lo oigo. Un disparo. El ritmo de unos pasos rápidos. Esa vibración mínima que anuncia que el orden está a punto de irse al carajo.
Levanto la cabeza y uno de los hombres de mi tío entra en la sala a toda velocidad.
Su cara lo dice todo. Los están atacando y quiere atrincherarse. Desprende ese tipo de energía que presiente que va a morir.
Llega hasta mí, corta las cuerdas que me oprimen con movimientos bruscos y me pone en pie de un tirón.
Durante un breve segundo pienso que igual va a dejarme marchar, pero luego me coloca la pistola en la sien y recuerdo que mi imaginación siempre ha sido demasiado optimista para la mafia.
—No digas ni una palabra… —masculla contra mi cara.
—Tranquilo, no pensaba ponerme a recitar poesía.
No responde nada. Los hombres como este siempre han tenido una relación limitada con el humor.
Escucho el golpe de cómo se abre la puerta. Él también lo oye, porque aprieta el arma con más fuerza y la respiración se le dispara.
—¡¿Quién anda ahí?!
Solo se oye el silencio y la oscuridad.
—Te dije que entraras detrás de mí… —susurra una voz.
Llega desde la sombra con la misma naturalidad con la que alguien podría comentar que hace frío.
—Si no hubieras hecho ruido, no me habría visto —contesta otra.

—Has tirado una puta botella.
—No había ninguna botella.
—Claro, ha aparecido de la nada.
Quiero reírme, aunque no debería.
De hecho, probablemente sea la peor idea posible en este preciso contexto, pero hay algo tan ridículamente familiar en ese diálogo que durante un segundo casi olvido dónde estoy. ¡Tiene que ser Nick!
El hombre me aprieta más fuerte ante la incertidumbre.
—¡Entrad de una vez! —grita histérico.
—Qué borde —opina la primera voz.
—No debe de tener amigos —replica la otra.
De pronto, entran en el habitáculo como si llevaran toda la vida ensayando esa coreografía.
Nick primero, con su cara de «Imprudencia es mi segundo nombre», y Ben después, frío y eficiente. Por último un O ' Leary concentrado entra con un cuchillo bien afilado.
—Perdonad el retraso —dice Nick, mirándome—. Ha habido un debate interno sobre quién tenía más pinta de héroe.
—Y he ganado yo —murmura Ben.
—Porque has contado tu propio voto y eso no vale —replica Nick.
—Tú restas puntos por hablar demasiado… —contesta sin dejar de apuntarnos.
—Se llama carisma, Ben. Jamás lo entenderías.
El hombre que me sujeta no sabe a quién mirar. Tiene a los tres delante y no termina de decidir quién es más peligroso. Si el que está callado o los locos que discuten por tonterías.
—¡No deis un paso más o la mato! —grita.
—Venga ya… —dice Nick con una tranquilidad que da miedo—. Si quisieras matarla, ya lo habrías hecho.
—No me pongas a prueba…
—Dios me libre. Pero ellos quizá lo hagan.
—Nick… —advierte Ben.
—¿Qué? ¡Estoy negociando!
—Estás molestando.
—Esto también cuenta como estrategia.
O ' Leary exhala por la nariz con una paciencia infinita.

—¿Podéis dejar de perder el tiempo? —gruñe.
—Siempre dices eso justo antes de…
Ese preciso segundo, cuando el tipo está desconcertado ante tres hombres que parecen no decidir si están a punto de rescatar a una mujer o de discutir por la última croqueta de una fiesta, es todo lo que necesitan para abatirlo.
Oigo el sonido, siento el espasmo del tipo y noto cómo la pistola deja de tocarme la piel automáticamente.
Cuando me siento libre, retrocedo rápido y choco contra la pared.
Siempre imaginé que un rescate sería menos humano. Menos lleno de resoplidos e insultos a media voz de hombres que, incluso después de haber jugado a la ruleta rusa con una situación imposible, siguen discutiendo. Pero los tres que tengo delante sonríen como si se estuvieran divirtiendo.
—La botella ha salvado la operación —murmura Nick jocoso. Luego se gira hacia mí y abre los brazos de forma exagerada.
—Todo controlado, pequeña.
Me lanzo hacia él y no sé si abrazarlo o estrangularlo por haber tardado tanto. Al final hago lo primero.
—Hay que irse de aquí —dice O ’ Leary revisando la puerta, el pasillo y su arma.
Cuando salimos al exterior, veo a una mujer que sale del coche.
Tiene la cara tensa y los ojos brillantes. Y en cuanto reconozco que es Emily, se me viene el mundo abajo.
Corro hacia ella sin ningún tipo de dignidad, como una niña pequeña en mitad de una crisis internacional.
La abrazo con fuerza. Con toda la que me queda. Y lloro. Porque Emily es una de esas personas que me deja ser la mujer que soy, no la fuerte e indestructible que siempre trato de ser.
—Ya estás fuera… —me dice al oído—. Ya está. Tranquila.
Quiero creerle. De verdad que quiero. Pero solo hay una pregunta en mi cabeza y me separo lo justo para mirarla.
—¿Dónde está David?
La preocupación me sale tan desnuda que hasta a mí me sorprende.
—En la reunión.
—¿Él solo?

La falta de respuesta hace que me duela el corazón.
—Hay que darse prisa. Las cosas pueden complicarse muy rápido.
Emily no responde.
Y ese silencio… es peor que cualquier respuesta.

CAPÍTULO 42



—Lo de anoche está claro. Los albaneses han caído —dice uno de los capos—. La duda es si consideras que con esas muertes la deuda está saldada.
Se hace un silencio que empieza a ser familiar para mí, es de esos que separan a los que mandan, de los que esperan órdenes.
No respondo enseguida.

Apoyo los antebrazos sobre la mesa y entrelazo los dedos con una calma que me cuesta más de lo que aparento. Porque mi cabeza no está en esta sala del todo, está en otro sitio. Con una mujer que ahora mismo puede estar en peligro por mi culpa.
Y que el maldito culpable esté sentado a dos hombres de mí es lo que me está sacando de quicio.
Alzo la vista.
—Una deuda… —repito despacio— no se mide por lo que uno siente, sino por lo que queda pendiente. Y ahora mismo, en mi opinión, no queda nada. No sé qué pensáis los demás…
Algunos asienten y otros se recolocan en sus asientos.
Lucio no se mueve para no posicionarse.
—Mi intención era actuar como corresponde para defender nuestro honor —expongo—. Pero no ha sido necesario. Nick White apareció en el Lux Noor anoche con la brillante idea de negociar desde una posición que no tenía y los albaneses, movidos por su conocida impulsividad, lo mataron. Así que el Regente hizo lo que tenía que hacer… —Me tomo mi tiempo para seguir—. Si me preguntas, para mí está muy claro, los albaneses han caído. Ha sido bajo las normas del Lux Noor, es verdad, pero se ha hecho justicia.
Dejo que la frase caiga entre ellos para que todos reorganicen sus intereses sin tener que decirlos en voz alta.
—Entonces… ¿esto termina aquí? —pregunta uno.
—Nunca me ha gustado abrir guerras que no necesito —respondo—. Por mí, la cuestión albanesa está resuelta… Pero votemos.
—Por nuestra parte —dice uno de los de Providence— está zanjado.
—Han recibido lo que merecían por tocar a la cúpula —dice otro.
—Y el chico White también… —añade otro con un deje de desprecio — por faltar al respeto a la familia Rossetti.
No necesito mirar a Lucio para saber que esa frase le gusta. Lo noto en cómo se recoloca para permitirse, por fin, intervenir.
—Entonces solo queda un cabo suelto… —dice misterioso.
Lo miro con un odio que apenas puedo disimular.
—Ilústranos…
—Marcus White —añade, como si fuera obvio.
Surgen algunas miradas de extrañeza.

—El hermano del que faltó al respeto a esta familia —continúa Lucio —. Parte de la estructura que permitió que todo eso ocurriera.
—Marcus no tuvo nada que ver —lo defiendo.
—Eso no es lo que parece desde fuera…
—Entonces desde fuera ves mal.
Se hace un silencio tenso.
—La sangre responde por la sangre —insiste Lucio—. Siempre ha sido así.
—Pues ya es hora de que cambien viejas leyes obsoletas —le planto cara con firmeza.
Lucio ladea la cabeza irritado y todos notan nuestra animadversión.
—¿Te estás posicionando con los White?
—Estoy marcando un límite —replico rápido.
—O quizá… hay algo que te impide verlo con claridad —dice sibilino como si de su boca solo saliera veneno.
—Y tú estás a punto de cruzar otro de mis límites, Lucio…
El aludido sonríe.
—Solo digo que, a veces…, el juicio puede nublarse por cosas personales…
Decido no seguirle el juego ni tirar del hilo.
—¿Has terminado?
—Todavía no.
Imaginar que Vittoria lleva retenida todo el día en algún lugar putrefacto, termina con mi paciencia.
—Parece que alguien aquí no tiene claro quién manda…
La amenaza cruza el aire.
—Si a alguien se le ha nublado el juicio por cosas personales es a ti, Lucio… Hasta el punto de secuestrar a mi mujer, tu propia sobrina, para obligarme a cumplir con tus exigencias personales…
Todas las caras se giran hacia Lucio, espantadas.
Él ni se inmuta, lo cual me parece peligroso.
—Eso es una acusación muy grave, David —dice con calma.
—Lo es.
—Y falsa.
—Entonces dime dónde está Vittoria.
Lucio resopla.

—No tengo ni idea de dónde está tu mujer.
—Curioso… —mascullo—. Porque hace unas horas sabías exactamente cómo presionarme.
—¿Presionarte? —Sonríe—. No necesito hacerlo. Te acabarás condenando tú solo.
Se crean murmullos. Algunos se llevan la mano a su arma. Pero Lucio se lleva la mano a la muñeca para pulsar un botón. Es un gesto casi imperceptible, pero lo veo. Y lo entiendo demasiado bien.
Es una señal… La de la traición.
Durante un segundo todo desaparece. El restaurante. Los hombres. El poder. Todo. Y solo queda una idea: «van a matarla».
Alzo una plegaria para que Nick y los chicos lleguen a tiempo.
—Tenía mis motivos para presionarte… —explica Lucio mirando alrededor—. Solo quería demostrar tu implicación en el asesinato de la cúpula…
Las miradas cortan como acero cuando saca la artillería pesada.
—¿Qué estás insinuando, Lucio? —pregunta uno de los capos.
Este sonríe.
—Que Gold los asesinó para terminar en el poder, aliándose con los White.
Y ahora sí que la sala se divide entre la desconfianza y el miedo. Me pongo de pie y todo el mundo se tensa.
—Estás jugando a un juego peligroso, Lucio…
—No más que tú.
Sostengo el impulso de romperle la cara allí mismo. Pero esto no va de fuerza, sino de control. Y yo no puedo ser el primero en perderlo.
Justo cuando está a punto de torcerse todo, la puerta se abre de golpe y el sonido corta la tensión como un disparo.
Todos se giran asustados, y ven entrar a Ben, O ’ Leary, e incluso al Regente vestido de negro con su máscara de rigor, y a su preciosa prometida, totalmente identificable, a su lado, Emily.
La última en aparecer es Vittoria. Viva y más hermosa que nunca aunque muestre signos de venir de una guerra.
En ese momento, lo demás deja de importar y solo la veo a ella.
Corre hacia mí, y cuando se lanza contra mi cuerpo, la agarro como si tuviera miedo de que alguien fuera a quitármela otra vez.

Por encima de su hombro, veo a sus rescatadores. Todos guardan silencio como si no acabaran de jugarse el cuello por nosotros.
No digo nada, solo cierro los ojos aliviado. Y ellos entienden lo que quiero decir.
—¿Estás bien…? —murmuro contra su pelo.
Y la recorro con la mirada, buscando heridas, señales y cualquier cosa que me confirme que no llego tarde.
Lucio se levanta de golpe, enfadado.
—i¿Qué significa esto?!
Nadie responde. Los capos se tensan porque ya no hay duda de lo que ha pasado. Solo las consecuencias.
Lucio mira alrededor buscando apoyos, pero no los encuentra.
—¡Esto es una puesta en escena! ¡Yo no he hecho nada!
Vittoria se separa de mí y su cara demacrada no deja lugar a debate. Mira a su tío con un rencor insólito.
—Vitta… —empiezo.
Pero ella no se detiene y camina hasta quedar frente a él.
—¿Cómo has podido hacerme esto…? ¡Soy la hija de tu hermana! Soy familia… Soy…
—No eres más que una traidora… —masculla Lucio mirándola con desprecio—. Debí darme cuenta cuando te alegraste tanto de que muriera tu padre… y ahora quieres acabar conmigo.
—Mi padre era un mal hombre. Pero tú eres mucho peor.
—No te atrevas a juzgarme, niña.
—No… Yo voy a sentenciarte.
Saca un arma, y durante una fracción de segundo, todo se detiene.
El aire, el tiempo, mi corazón…
Está mal que lo diga, pero la imagen de mi mujer apuntando a ese tipejo con tanto estilo me perseguirá como la más sexi que he visto en mi vida.
—¡No lo hagas! —suplica Lucio.
—No es nada personal. Solo es justicia.
—Vittoria… —balbuceo sin saber qué hacer. Pero ella dispara y el sonido retumba en mis oídos como un cañonazo hueco.
Lucio cae al suelo y nadie osa moverse, porque todos entienden lo que acaba de pasar. Porque esto no es solo una muerte, es un

cambio de poder y de reglas.
La miro atónito. Y ella me mira como si nada.
—Ya podemos seguir con nuestro reencuentro, cariño.
En ese instante tengo la certeza de que no pienso volver a soltarla nunca más. Me lanzo hacia ella y la abrazo de nuevo más fuerte si cabe.
—Joder… Se acabó…
Juntamos las frentes y la agarro de la cara como si necesitara comprobar que es real y que no va a desaparecer si parpadeo.
—¿Seguro que estás bien? —murmuro preocupado.
Su mirada se pierde en mis labios antes de subir a mis ojos.
—Estaría mejor si me besaras… —responde con esa candidez y desparpajo que me vuelve loco.
Suelto una risa seca llena de alivio.
—No vuelvas a hacerme esto…
—Y tú no vuelvas a dudar de mí —replica sin apartar la mirada.
Asiento apenas, bordeando su boca con las yemas de mis dedos, anunciando mi próximo movimiento.
Y sin más dilación, la beso.
Sin elegancia. Sin importarme quién está mirando. Con toda la pasión que tengo. Porque imaginarme una vida sin ella ha sido lo peor que me ha pasado en años. Y me han pasado cosas muy jodidas…
Ella responde al beso como si lo necesitase más que respirar.
Cuando lo rompo, no la suelto ni un centímetro. Porque esto no va solo de nosotros, esto es un nuevo principio para todos.
Levanto la vista y observo a los capos del clan uno a uno.
—Creo que ha quedado bastante claro —digo con una calma que no admite discusión— quién toma las decisiones aquí.
Nadie me contradice.
—Y si alguien tiene algo que decir… este es el momento.
Miro alrededor con un desafío abierto.
—¿Alguien tiene algo que objetar? —repito por última vez.
Nadie respira ni habla. Supongo que no son tan estúpidos. Porque Vittoria sigue teniendo el arma en la mano, y parece dispuesta a cualquier cosa. Está tan cómoda con ella, la muy… Que se me ocurren un par de ideas para esta noche que rozan lo enfermizo.

Vittoria ladea la cabeza a mi lado, observando la sala como si estuviera valorando el espectáculo.
—Qué decepción… —murmura—. Con lo que me apetecía disparar otra vez.
La miro de reojo y disimulo una sonrisa.
—Ni se te ocurra… Ya me has robado suficiente protagonismo por hoy.
—¿Perdona? —Alza una ceja divertida—. Yo creo que te acabo de ahorrar bastante trabajo, maridito.
—Eso te lo concedo —musito, enterrándome en su cuello—. Porque tu tío no iba a salir vivo de aquí por secuestrar a mi mujercita.
Vittoria me echa una mirada que promete cumplir todo lo que vocalizó en el altar y más… Y por primera vez desde que empezó mi matrimonio, sonrío de verdad.
Porque estamos vivos.
Porque seguimos siendo un problema.
Pero no entre nosotros, sino para todos los demás.
—Limpiad esto —ordeno a uno de los capos refiriéndome al cuerpo de Lucio—. He oído que se te da bien este tipo de… «logística».
—Sí, señor. Enseguida.
Aprieto la mano de Vittoria para transmitirle que lo único que quiero ahora es volver a casa.
Nos despedimos de todos los que han hecho posible que esto haya acabado bien y escribo a Marcus para decirle que el plan ha sido un éxito.
«No tenía dudas», es su respuesta.
«Vittoria le ha pegado un tiro a Lucio», remato.
Y suelto una risita cuando leo su contestación: «¿Por qué no me sorprende?». Por último, su «sois el uno para el otro», hace que me entre prisa por estar a solas con ella.
No obstante, una vez en el coche, soy incapaz de arrancarlo, porque temo que todo esto haya sido un jodido espejismo, y que, de un momento a otro, me despierte sin ella.
—Ven aquí… —murmuro, desabrochándole el cinturón y atrayéndola hacia mí, para subirla sobre mis piernas.

Que se acurruque en mi pecho como si llevara horas deseándolo, hace que me tiemble algo por dentro.
¿Este despiadado miedo a perderla es amor?
—Joder, Vitta… —respiro contra su pelo.
Ella se aferra con fuerza a mi camisa.
—Por un momento pensé que…
—Ni lo digas —la corto sin dejarla terminar.
Porque no quiero imaginar ese escenario otra vez. La giro para mirarla bien.
—¿Te han hecho algo?
Niega con la cabeza.
—Nada que no le haya devuelto ya.
Y ahí está mi mujer. La persona más fuerte que he conocido.
Se me escapa una risa que no debería salir ahora. Pero sale. Porque seguimos siendo nosotros, y eso es suficiente.
Mi mano sube a su mejilla casi sin pensar.
—Lo siento tanto… —digo sin defensa.
Ella se queda quieta.
—¿Por qué exactamente? —pregunta despacio.
—Por todo. —Trago saliva—. Por no confiar en ti. Por no escucharte. Por… —Cierro los ojos abochornado—. Por destrozarte cuando lo único que estabas haciendo era protegerme.
Se hace un silencio de los que pesan.
—No me destrozaste —dice al final—. Sabía que tarde o temprano, verías la verdad. Porque eres esa clase de persona…
—¿Qué persona?
—Una buena persona…
Bajo la mirada porque he hecho demasiadas cosas que contradicen eso.
—Pero me dolió mucho —añade más bajo.
La miro culpable.
—Te juro que no volverá a pasar.
—Eso espero —musita—. O tendré que dispararte…
Sonríe y la beso de una forma tan sentida que espero que entienda que quiero quedarme a su lado para siempre.

Mis labios bajan por su mandíbula hasta su cuello y ella suspira de pura necesidad al entender lo fácil que sería perdernos el uno en el otro ahora mismo.
—David… —jadea.
—¿Mmh…?
—Estamos en un aparcamiento…
—No entiendo por qué eso es un problema para mí —susurro contra su piel.
—¿No te preocupa que nos vean?
—Al revés. Tengo una reputación que recuperar…
Se separa divertida para mirarme.
—Muy gracioso… Pero antes de seguir con esto, quiero saber… ¿qué va a pasar ahora con nosotros?
Buena pregunta. La miro con interés.
—Ahora… —digo despacio— dejaremos de fingir que no nos morimos el uno por el otro todo el tiempo. Sobre todo cuando discutimos.
Vuelvo al ataque, pero ella me frena para preguntar:
—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?
—Sí… Porque tú eres lo único que me importa… Me da igual lo demás. Soy tuyo, Vittoria. Al final lo has conseguido. Me tienes totalmente subyugado…
La beso y la noto temblar. Y que no se aparte de mí me da la vida.
—Estoy a tus órdenes… —sigo besándola—. De tu boca, de tu cuerpo…. y sobre todo, de tu corazón.
—Darme el control suena a una muy mala decisión, Gold —gime cuando mi mano sube por su muslo en una dirección comprometida.
—Lo sé… —jadeo.
—Perfecto.
—A mí también me lo parece. —Sonrío.
—Ahora llévame a casa… necesito ducharme, comer algo… y…
—¿Y qué? —pregunto lascivo.
—Y luego te necesito a ti.

CAPÍTULO 43



NICK

Hay algo muy curioso en morirte.
No el momento en sí. Eso, sinceramente, no lo recomiendo. Me refiero a lo que viene después.
Porque cuando te mueres, aunque sea solo en teoría, el mundo no se detiene. No suena música triste de fondo. Nadie hace una pausa dramática ni aparece un narrador diciendo «y aquí termina la historia de Nick White».
No.

La gente sigue comiendo, los coches siguen circulando y las guerras siguen librándose, mientras tú, simplemente, desapareces.
He pasado media vida siendo el hijo no deseado, el hermano que decepcionaba, el tipo que no se tomaba nada en serio…
Y ahora que ya no existo, todo vuelve a ser posible para mí.
Salgo del ascensor que da al ático de Marcus y llamo al timbre.
Tarda un poco en abrir ahora que camina como si sufriera de almorranas, pero al final lo hace.
—No deberías estar aquí… —masculla al verme. Pero su voz no suena enfadada, sino cansada.
—Técnicamente no lo estoy —respondo—. Estoy muerto. Esto es una aparición. Bastante sexi, eso sí.
Marcus no se ríe. Mala señal. Entro en su casa sin que me invite.
—Podrías haber desaparecido de verdad…
Esa frase me demuestra que aunque yo ya no sea yo, todo sigue siendo igual entre nosotros.
—¿Y perderme tu cara de «voy a salvar el mundo yo solo»? Ni de coña…
Marcus me sostiene la mirada, y por un segundo, dejamos de ser lo que somos fuera de esta habitación. Ni él es CEO o Regente. Ni yo el desastre andante que suelo ser. Solo somos dos hermanos sin nombre.
—Podrías haber muerto esta noche —dice preocupado.
—Ya... —Me encojo de hombros—. Pero no ha pasado. Empiezo a pensar que tengo un pacto con el diablo.
—Eso explicaría muchas cosas…
Sonrío, pero no me imita. Joder… Esto es grave.
Me paso la mano por el pelo, dejando caer el peso del momento donde no se vea, porque hay algo que no le estoy diciendo. Y él lo sabe. Siempre lo sabe.
—¿Qué te pasa? —pregunta directo. Y me río. Porque es una pregunta de mierda.
—Nada. Estoy de puta madre —respondo—. Ya sabes. Me han intentado matar, he perdido a la mujer que quiero y oficialmente no existo… Estoy viviendo el sueño americano.
Marcus cierra los ojos un segundo.

Y veo ese microgesto que a menudo nadie más ve. Ese en el que se permite sentir algo.
—Ahora en serio, ¿qué vas a hacer ahora, Nick?
—No sé… Ya no tengo que huir ni que demostrar nada…
—Podrías trabajar desde casa —sugiere Marcus—. Mantener un perfil bajo. Seguir siendo parte de la empresa sin exponerte.
Lo miro extrañado.
—¿Y convertirme en ti?
—No es tan malo.
—Sí lo es. —Sonrío—. Eres un coñazo eficiente con problemas de autocontrol.
—Y tú eres un desastre encantador con tendencias suicidas.
—Está claro que funcionamos mejor separados…
Nos miramos y nos sonreímos.
Paso de sentarme y sigo caminando por su amplio piso, porque si me quedo quieto, será peor.
—Nick White era el problema —continúo—. El blanco fácil. El imbécil que siempre estaba en el lugar equivocado en el momento perfecto. Y ese tío ya no existe…
—Ese tío sigue siendo mi hermano —replica Marcus.
Disimulo lo mucho que me afectan sus palabras. O cuánto las necesito todavía.
—Sí… —respondo más bajo—. Pero ya no es tu responsabilidad.
—Nunca lo ha sido.
—Claro que sí. —Sonrío sin gracia—. Has estado recogiendo mis mierdas desde que tengo memoria. Y mira cómo te ha ido…
No hace falta decir más. Ambos estamos pensando en Emily.
El ambiente cambia porque hemos tocado un tema importante.
—No la pierdas… —le digo. Y suena a orden.
Marcus aprieta la mandíbula.
—Eso no depende solo de mí…
—Depende más de ti de lo que crees, hermano.
Marcus se queda en silencio, como si se hubiera rendido. Como si pensara que eso es lo que se merece en realidad.
—Te vi con ella una vez por las cámaras del Lux Noor —confieso—. No en plan *stalker* chungo. Bueno… un poco sí. Pero ese no es el

tema ahora.
Eso le arranca una mirada asesina, lo que demuestra que sigue habiendo vida en él.
—Emily te miraba como si fueras lo único que no puede permitirse perder —digo—. Y tú… la mirabas a ella como si ya la hubieras perdido.
Noto cuánto le duele esa observación.
—No soy bueno para ella… —musita.
—Eres mucho peor sin ella.
— *Touché* …
Y por primera vez, Marcus no parece el tipo que lo tiene todo bajo control, sino uno que necesita a alguien que lo guíe en esto.
—El amor es importante, Marcus… Yo lo primero que voy a hacer es ir a buscar a Ava.
—¿A Ava?
Asiento.
—Le prometí que volvería. Ella me hace feliz.
Nos quedamos en silencio. De ese que arregla cosas que no sabías que estaban rotas.
—¿Qué te hace feliz a ti, Marcus? ¿En qué momento de tu puto día eres feliz? ¿Cuándo fue la última vez que lo fuiste?
—Eso es fácil. Con Emily… Siempre es con ella.
—¿No en el Lux Noor?
Marcus no contesta.
—Tú te lo has pasado mejor sustituyéndome, que yo en todo mi reinado…
—No te creas. El 80% del tiempo era un coñazo. No sé cómo podías hacerlo y llevar una vida normal…
—No la llevaba —admite sombrío—. Lo intenté y no salió bien…
—¿Y merecía la pena? —digo inquisitivo.
Marcus calla.
—Entonces no podía elegir. Ahora ya me da igual todo.
—Eso es mentira —lo contradigo—. Si cierras el Lux Noor no volverás a dormir bien por las noches. Cada asesinato, cada tiroteo, cada noticia que salga en los periódicos sobre mafias te caerá encima como un piano.

Marcus sigue callado.
—Te aconsejo que sigas mi máxima y dejes «que lo haga otro».
Una pequeña sonrisa aparece en sus labios.
—¿Quién coño estaría tan loco de hacer algo así? No hay nadie…
—Pon una oferta en LinkedIn, verás que rápido aparecen opciones. «Regente para club mafioso con una ley marcial salomónica y que le guste el sexo duro». Te vas a hinchar a hacer entrevistas…
—No bromees con esto.
—No lo hago… Podrías encontrar a alguien.
—Nada me gustaría más —dice de pronto. Y abro mucho los ojos.
—¿Lo dices en serio?
—Sí… Pero no puedo cargarle con esto a nadie.
—Tengo a alguien perfecto en mente que todos aceptarían.
Marcus me observa como si fuera la virgen María.
—Si estás pensando en Gold, no puede ser.
—No estoy pensando en él. Ya tiene suficiente con lo suyo…
Mi hermano me mira como si no entendiera qué más opciones hay.
Y como siempre, pronto me lee la mente.
—¿Vittoria?
Sonrío. Porque no suena a «¿Te has vuelto loco?», sino a «Joder, la veo muy capaz».
—Conoce a todo el mundo —expongo—. No le tiembla la mano a la hora de ser justo. Y nadie sospecharía de ella, si lo hace bien.
Marcus se queda pensativo.
—No aceptarán que una mujer esté al mando…
—Eso es lo más divertido. Una mujer con un buen par de ovarios hace que a todos se nos encojan los huevos rápido.
Que no lo discuta me da la pista de que voy bien.
No espero y saco el móvil.
—Voy a llamarla —anuncio.
—¿A quién?
—A Vittoria.
—Ahora no. Estarán descansando…
—¡Joder…! ¡Esto es importante, Marcus! ¡Tú lo eres! Eres el puto eje de todo esto. Sin ti, no hay nada. Ni Lux Noor, ni White Industries, ¡ni nosotros! Y aun así te comportas como si fueras prescindible...

Siempre estás ahí, salvándonos a todos como si fuera tu obligación. ¡Pero ya está bien! Ya has hecho suficiente. Ahora te toca vivir… Así que deja de sacrificarte y, por una vez en tu puta vida, lucha por ti.
Marcus baja la mirada como si acabara de recibir un golpe que no esperaba.
—No sabes de lo que hablas… —masculla, conmovido.
—Lo sé mejor que nadie.
Levanta la vista hacia mí, y por un instante, no veo al tipo que controla el mundo, veo a mi hermano necesitando mi ayuda.
—Voy a llamarla —digo firme—. No quiero que mi sobrino crezca sin un padre…
—Mi hijo no va a crecer sin un padre…
—Me refiero a sin un padre feliz.
Ese último alegato le cierra la boca y no intenta detenerme.
Marco el número antes de que se arrepienta.
Porque si Vittoria acepta, le devolveré a mi hermano todo lo que ha hecho alguna vez por mí.

CAPÍTULO 44



VITTORIA

No sé en qué momento me relajo y dejo de pensar en ese sótano, en mi tío y en todo lo que acaba de pasar.
Solo sé que estoy en mi cama. Duchada, saciada y con David a mi lado acariciándome como si fuera un gato.
Sus manos recorren mi espalda como si no terminara de creerse que estoy aquí y no en algún lugar del que no ha podido sacarme.
Y eso hace que me sienta más querida de lo que jamás imaginé.
De pronto, mi móvil suena y levanto la cabeza sobresaltada.
—Es Nick…
—No lo cojas —dice él—. Ya hablaréis mañana. Ahora relájate.
Me obliga a tumbarme de nuevo y me regala una caricia que consigue recordarme que sigo más viva que nunca.
—David… —susurro sin saber muy bien si quiero decir algo o solo sentir su nombre en mi boca.
—No hables —murmura él—. Solo… descansa.

Sí, claro… Como si pudiera hacerlo con sus sensuales manos rozándome por todas partes.
Me río bajito.
—Si sigues tocándome así, eso va a ser complicado…
—¿Por qué? —pregunta sabiéndolo de sobra.
Abro los ojos y veo un deseo oscuro en sus dilatadas pupilas.
—Porque no tengo ninguna intención de dormirme sin sentirte otra vez dentro de mí —sentencio.
Y ahí está. Esa maldita química que nos tiene locos.
Sus ojos se clavan en los míos y ya no hay excusa. Se coloca sobre mi cuerpo, aplastándome sin piedad, con solo la delicada ropa interior como barrera entre nuestros cuerpos, y dejo que se encaje conmigo, mientras me besa lenta y profundamente.
—Esta es la mejor sensación del mundo… —musita.
—¿Cuál?
—Abrirme paso dentro de ti…
Suelto un gemido y me besa como si tuviera todo el tiempo del mundo y decidiera gastarlo en sentir cada centímetro de mi ser.
Me obliga a vivir cada roce, cada pausa que hace cada vez que sus labios dudan un segundo antes de decidir dónde posarse de nuevo.
Mis manos se aferran a sus hombros como si necesitara que se anclara a mí para siempre.
—No vuelvas a dejarme nunca más… —murmuro, más para mí que para él.
Siento su sonrisa contra mi cuello.
—Te prometo que no voy a ir a ninguna parte. Tú eres mi casa…
Mi pecho se aprieta de una forma que no controlo. Si fuera otra clase de chica, creo que lloraría. Pero siendo como soy…
—Más te vale… —susurro.
—¿O qué? —me desafía.
—O tendré que darte caza.
—Eso suena a amenaza.
—Lo es…
Su respuesta es afianzar sus manos en mi culo, firmes y seguras, como si siempre hubieran sabido exactamente dónde las necesito.

Mi cuerpo responde a él y a la necesidad de que me mancille hasta lo más profundo, con una excitación preocupante.
No entendía lo que era el deseo. Para mí solo era un juego de poder. Una debilidad de los hombres. Pero ahora entiendo que es lo más honesto que puedes sentir por otra persona.
Sus dedos se enredan en mi pelo, inclinando mi cabeza lo justo para profundizar el beso, y noto cómo pierde ese control que tanto le define… poco a poco, centímetro a centímetro.
Y joder… no hay nada mejor que eso.
—Mírame… —ordena de pronto.
Lo hago. Y no veo al hombre que dirige una de las mafias más importantes de la ciudad, sino a alguien que está dispuesto a todo para que nadie rompa esta felicidad.
—Dime la verdad… ¿qué sientes por mí?
Me hace gracia que todavía tenga dudas, pero puedo entenderlo.
—Vale. No he sido del todo sincera contigo… —confieso. Y su cara es un poema.
No iba a decírselo así, pero ya no hay vuelta atrás.
Noto cómo se tensa. Cómo duda.
—¿En qué me has mentido? —pregunta con miedo.
El móvil vuelve a sonar. Y no hago además de cogerlo porque necesito decirle algo que ya no puedo seguir guardándome.
—David… Si todo esto explota otra vez, si nos equivocamos, si… no sé… Quiero que sepas toda la verdad.
Él guarda silencio, aterrado.
—Nunca he creído en el amor a primera vista. Ni a segunda, ni a la tercera… Pero aunque no lo entendiera, la primera vez que te vi algo cambió dentro de mí. Te elegí porque, a pesar de que eras alto, fuerte y muy capaz, sentí que jamás me harías daño. La segunda vez, cuando me sorprendisteis en la discoteca, esa sensación se afianzó. Estabas comprensiblemente enfadado conmigo, pero me sentí segura en todo momento. La tercera vez… en la fiesta de compromiso, ya no pude dejar de pensar en ti. Te quería para mí. A veces, creo que lo organicé todo solo para poder estar contigo… Soy así de radical. Porque te quiero, David… Siempre te he querido, incluso cuando me odiabas.

Él se queda petrificado.
—Yo… no sé qué decir.
«¡¿Qué tal "yo también te quiero"?!», grito por dentro.
—Da igual… No tienes que decir nada. No lo he dicho para que tú también lo digas… —digo cortada.
—Es que… yo no sé cuándo empecé a quererte —confiesa—. Solo sé que ahora mismo, no concibo la vida sin ti. Te tengo clavada en el corazón y me temo que sin ti dejaría de funcionar… Eres mi nuevo *by-pass* .
Sonrío como una tonta.
—Siempre tienes que arruinar el momento con comparaciones raras…
—Es un talento oculto.
Lo miro divertida. Y él me mira más serio.
—Yo también te quiero, Vittoria. Más de lo que nunca pensé que podría querer a nadie…
El móvil vuelve a sonar. Y resoplo.
—Es la tercera vez que llama Nick.
—Pues cógelo… —se rinde David quitándose de encima mío—. Debe de ser importante.
Lo miro reacia. Porque ahora mismo, nada me parece más importante que nosotros. Pero descuelgo por pura intuición.
—¿Sí?
—Vittoria… —La voz de Nick suena distinta. Más calmada de lo habitual—. ¿Te pillo en mal momento?
Miro a David. Sigue tan cerca que casi puedo contarle las pulsaciones. Y me apoyo en él, girando un poco el móvil para que también pueda oírlo.
—Depende. ¿Vas a decirme algo que vaya a arruinarme la noche?
—Probablemente…
Sonrío un poco.
—Entonces adelante.
—Marcus quiere verte.
Frunzo el ceño.
—¿Y eso? ¿Me he metido en algún problema?
—No exactamente… Todavía. Digamos que él… quiere proponerte como la nueva Regente.

—¡¿Perdón…?!
Miro a David con los ojos muy abiertos. Él se queda tieso.
—Esto… Nick… ¿Se ha dado un golpe en la cabeza?
—No. Yo también creo que tiene todo el sentido del mundo.
—No lo tiene…
—Más del que te gustaría, pequeña.
Me incorporo un poco, separándome de David para poder pensar con claridad.
—Pero… Nadie puede saber quién soy.
—No lo sabrán.
—Porque pertenezco a la mafia italiana.
—Nadie lo va a saber.
—¡Y estoy casada con Gold!
—Eso complica un poco las cosas, sí —admite—. Pero no es insalvable.
—Nick… no sé…
—Escúchame —me corta, más serio—. Hiciste lo que tenía que hacerse cuando nadie más podía. Mantuviste el equilibrio cuando todo se estaba yendo a la mierda. Y no has dudado cuando había que tomar decisiones. Y eso es exactamente lo que hace un Regente.
Trago saliva porque tiene razón.
—No sé si quiero ese poder… —digo.
—Y eso te convierte automáticamente en la mejor candidata.
Cierro los ojos un segundo porque empiezo a entender hacia dónde va esto. Y no puedo ignorarlo.
—¿Cuándo sería? —pregunto.
—En una semana.
—Marcus no pierde el tiempo… —murmuro.
—Quiere dejarlo todo bien atado para ti. Pero Vittoria… —añade más bajo—. Yo he estado ahí y… te lo digo, esto no va de poder… Va de control. Y ahora mismo, tú eres la persona que más controla la mafia de todos nosotros.
Miro a David y me entran dudas.
—Tengo que consultarlo con mi marido —digo al final.
—Lo entiendo.
—Ya te diré algo…

—Que sea pronto. La polla de Marcus depende de ello. ¡Ah…! —Se queja por haber recibido un golpe—. Quería decir, tu corazón. Me has hecho daño, mamón… —murmura.
Colgamos y la sonrisa se me borra poco a poco de la boca cuando veo que David me está mirando con algo de tristeza.
—Bueno… —murmuro—. Parece que me acaban de ascender.
Él no se mueve ni sonríe. Solo me mira.
—¿Estás pensando en aceptar? —pregunta calmado.
—Estoy pensando en que, si no lo hago yo, lo hará alguien peor.
—Ese no es tu problema.
—Ahora sí…
Él suspira.
—Ser Regente te pone en el centro de todo, Vittoria. Te convierte en un objetivo…
—Llevo siendo un objetivo toda mi vida, David. La diferencia es que ahora puedo decidir qué hago con ello…
Siento que se acerca despacio y me mira intensamente.
—¿A quién quiero engañar? La verdad es que no se me ocurre nadie mejor para el puesto… —admite.
Y que diga eso me hace sentir más valorada que nunca.
—¿Lo dices en serio?
—Sí, pero no es eso lo que me preocupa. —Su mano sube hasta mi cara y la sostiene con cariño—. Me preocupa perderte. Porque ahora mismo, no sé dónde termino yo y dónde empiezas tú.
—David… —digo asombrada.
—Te quiero, Vittoria —dice—. Y quiero despertarme contigo dentro de diez años y seguir pensando que he tenido la mejor de las suertes.
Mi respiración se corta.
—Quiero discutir contigo por tonterías que no importan y arreglarlo antes de dormirnos.
Se me humedecen los ojos.
—Y quiero una casa que no sea un campo de batalla y una familia que no tengamos que proteger de nosotros mismos.
Se me caen las lágrimas porque esto no es un «te quiero», es un para siempre.
—David… —susurro emocionada.

Me lanzo a besarle. Porque si no lo hago, me muero.
—Estás completamente loco… —murmuro contra su boca.
—Entonces ya somos dos —dice con una pequeña sonrisa.
Y no puedo evitar reírme.
—Vamos… —digo separándome lo justo—. Tenemos un mundo que reorganizar.
Él niega despacio.
—Que espere el mundo. Porque primero… —murmura, acercándose lo justo para que su respiración roce mi boca— voy a hacerte el amor.
Y por la forma en que me mira, sé que no es una promesa ligera.
Mi pulso se dispara y no me da tiempo a responder nada. Porque me levanta con una facilidad que debería molestarme, pero por el contrario, me excita y me hace sentir que estoy exactamente donde quiero estar.
Lo beso e intento deshacerme de la poca ropa que lo mantiene a una distancia tan absurda de mí.
Sus manos recorren mi cuerpo como si le perteneciera, y eso me enardece de una forma inusual. Y yo hago lo mismo. Porque lo necesito.
Cuando me tumba, no aparta la mirada. Me la sostiene mientras me penetra y suelto un gemido sordo de gusto.
Lo que pasa después no es una pelea cuerpo a cuerpo, ni una lucha de egos o poder. Es algo mucho más peligroso. Es la decisión de quedarse y elegir amarnos para siempre.
Termino abrazada a él, con su respiración todavía desordenada contra mi cuello y su mano dibujando círculos distraídos en mi piel.
Y de pronto entiendo que el amor es lo único que no puede esperar.
Que llega sin aviso y sin permiso.
Y cuando lo hace, ya no hay forma de escapar.

CAPÍTULO 45



EMILY

Hay días que no terminan cuando se hace de noche. Se quedan dentro, como una resaca emocional que no entiende de relojes.
Y hoy es uno de esos días.
Sigo viendo el restaurante en mi mente. Las mesas, las luces, la gente conteniendo la respiración como si supieran que algo estaba a punto de cambiar…
Y sigo viendo a Gold mirando a Vittoria como si todo lo demás hubiera dejado de existir.
Como si el mundo entero no fuera más que ruido de fondo en comparación con ella.
Y veo a Vittoria corriendo hacia él. Sin pensar. Sin calcular las consecuencias… Como si amar fuera elegir sin miedo y sin duda…
Cierro los ojos y me odio un poco por envidiarles tanto.

Pero no es envidia, es reconocimiento de algo que yo creí tener una vez… Pero me he dado cuenta de que no es lo mismo. Nunca lo fue.
Me abrazo las rodillas en el sofá, intentando ignorar el nudo constante que tengo en el pecho, como una verdad que no puedes dejar de repetir aunque te esté destrozando.
En el restaurante, en medio del caos, del cadáver, del amor más puro, pensé en escribirle. Lo pensé varias veces. Pero no lo hice, porque no me correspondía.
Nick y Gold lo hicieron. Porque ellos sí forman parte de su vida. Ellos son su familia, y yo… yo no soy nada para él. Nunca lo he sido.
La verdad se me clava como una astilla.
Se me escapa una risa sin humor al recordar que Nick, que es un maldito desastre con piernas, me ha dicho radiante que mañana va a ir a buscar a Ava para traerla de vuelta.
Me lo ha dicho como quien toma una decisión vital sin pestañear. Como si amar a alguien justificara cualquier riesgo… Y luego ha añadido, casi de pasada, que esta noche iría a ver a su hermano.
Está en todo su derecho. Yo no lo tengo.
Me quedo mirando mis manos y, sin querer, bajo la mirada hasta mi vientre.
Él, o ella, sí tendrá derecho.
Esta es la única elección en la que no puede dejarme fuera… Pero aún no sé qué hacer. Estoy hecha un lío.
«Si no quisieras tenerlo, no dudarías tanto», oigo la voz de Ava en mi cabeza.
Ella no está, pero su espíritu forma parte de mí, de quien soy, y al entender eso, dejo de temer a la muerte, porque todos somos el legado que vive en otros… así que… ¿Cómo voy a deshacerme de lo único que me queda de él?
Pero me surgen otras preguntas como «¿Podré hacerlo sola?». O lo que es más importante: «¿Quiero hacerlo sola?».
Y la respuesta no está clara.
Una parte de mí quiere huir y empezar de cero. Pero hay otra que no concibe un mundo en el que este bebé no exista. Porque él es la única prueba de que lo nuestro no fue una ilusión.
Que, al menos una vez…, Marcus White me eligió a mí.

Cierro los ojos con fuerza.
—Joder… No sé qué hacer…
De pronto, el timbre de casa resuena en lo que parecía un silencio decisivo.
Me quedo inmóvil y noto cómo mi corazón se acelera. Porque sé que es él incluso antes de volver a respirar. Porque hay presencias que no se anuncian, se sienten.
Camino hacia la puerta como si cada paso tuviera terribles consecuencias. Como si abrirla fuera decidir algo que ya no podré deshacer nunca más.
Y cuando lo hago y veo a Marcus de pie al otro lado, mi corazón estalla en mil pedazos.
Viene sin armadura, es decir, sin un traje caro ni una corbata bonita detrás de la que esconderse. Lleva un pantalón vaquero y una camiseta de manga larga sport que jamás le había visto, pero le da un aire más juvenil. Tampoco trae ese control enfermizo que siempre le sostiene la mirada.
Es como si fuera un Marcus del pasado… No el hombre que decide el destino de todos como si fuera una ecuación matemática.
Respiro profundamente y empieza el espectáculo.
—¿Qué haces aquí…? —pregunto confusa.
—He venido a verte.
—No son horas, Marcus…
Me mira culpable, pero no discute.
—Lo sé, pero… ¿Puedo pasar?
—Me siento como cuando un vampiro te pregunta eso y ya estás perdido. Así que no. No puedes pasar.
Él se queda quieto fuera de mi casa.
—De acuerdo. Pero no me iré hasta que me escuches.
Aprieto la mandíbula.
—¿Qué quieres, Marcus? —digo sabiendo que no hay nada que pueda decir que pegue mi corazón partido.
Da un paso hacia mí y se apoya en el quicio de la puerta.
Podría tomármelo como un gesto invasivo y dominante, pero hay algo en su semblante y en su maravillosa intensidad, que me hace verlo casi como un halago.

—Te quiero a ti…
Todo mi cuerpo niega a la vez. «No caigas, Emily»
—No puedes venir aquí y soltarme eso…
—Pues acabo de hacerlo.
Y ahí está otra maldita vez. El jodido cabezota del que me enamoré. Él solo contra el mundo.
—He traspasado el Lux Noor… —dice de pronto.
—¿QUÉ? —Parpadeo.
—Lo que has oído. Ya no es mío. He cedido la Regencia hace una media hora.
—¿De verdad, vas a dejar el Lux Noor?
—Ya lo he hecho.
Mi corazón vuelve a latir como si oliera de nuevo a dinamita.
—¿Por qué? —pregunto casi sin voz.
—Porque tú no eres un daño colateral, Emily. Eres el único punto fijo que quiero tener en mi vida.
—Y aun así me dejaste fuera… —resisto como puedo.
—Porque no sabía cómo no hacerlo —responde—. Toda mi vida he aprendido que proteger es decidir por los demás, y no supe hacerlo contigo sin romperlo todo. Lo siento mucho…
Sus ganas de acercarse a mí rivalizan con el umbral de la puerta. Se muerde los labios e intenta respetar el límite.
—Lo entenderé si no quieres perdonarme, pero… Quería que lo supieras. Siento haberla jodido tanto. Siento haberte perdido.
—No me perdiste. Me soltaste…
Me mira devastado.
—Y no ha habido un solo día desde esa maldita boda en el que no haya llorado… ¡Yo! —Se ríe sin ganas—. Ese niño que no se permitió llorar cuando murió su madre…, ha llorado mares por ti.
El corazón se me para.
«Ni se te ocurra llorar, Emily. ¡No lo hagas…!».
—Nunca he querido que me protegieras —digo sujetando mis lágrimas como puedo—. Solo quería que lo compartieras conmigo…
—Me equivoqué, ahora lo sé —admite cabizbajo—. Nunca debí elegir por ti.
Eso sí que no lo había escuchado nunca.

Marcus White no se equivoca jamás. ¿Quiere mi perdón para redimirse y volver a ser don perfecto?
—Te perdono, ¿vale? —digo con la voz más frágil de lo que me gustaría—. Ya está. No te rayes más con eso. Yo ya he pasado página…
—Yo también —replica—. Pero hacia atrás. Porque necesito volver a la puta página de antes y no sé cómo hacerlo. Tampoco sé si me lo merezco, pero vengo a decirte que, si tengo que elegir entre todo lo que he sido y tú… —Me mira serio—. Te elijo a ti.
Mi respiración falla. Y el silencio que se crea es incómodo.
—No puedes decirme eso ahora… —musito—. Ya es tarde.
—Quizá sea tarde para que me perdones, pero nunca es tarde para decirlo…
Niego con la cabeza, con los ojos encharcados de lágrimas, porque por mucho que le haya querido, siento que mi corazón no resistiría un despecho más.
—Quiero perdonarte, Marcus. De verdad que quiero… pero no puedo.
La cara se le desfigura.
—¿Por qué?
—Porque tengo miedo…
Me doy cuenta de que le cuesta respirar, lo que indica que su corazón va tan rápido como el mío.
—¿De qué tienes miedo exactamente?
—De volver a elegirte y que me vuelvas a fallar…
Agacha los hombros como si la frase le pesara una tonelada.
—No puedo prometerte que no volveré a equivocarme… —dice abatido—, porque soy humano, es algo que me han dejado bien claro… —dice tocándose la herida del cuello—. Pero sí puedo prometerte que no voy a dejar de intentar hacerte feliz nunca…
Sus manos tiemblan un poco.
—Voy a aprender a hacerlo bien contigo, Emily. No volveré a decidir por ti. Ni a arrastrarte a nada, ni a ponerte en segundo plano. Desde hoy estás en el primero. En el único. Estemos juntos o no…
Escuchar eso me rompe por completo. Pero no es tan simple…
—Sé que tienes buenas intenciones, Marcus, pero siempre he pensado que alguien no puede aprender a quererte como necesitas.

Eso es algo instintivo. Y tu instinto egoísta me ha hecho polvo demasiadas veces…
—¡Yo no soy egoísta! —exclama—. Mi hermano me lo ha enseñado… Y soy más empático de lo que pensaba, y eso me lo ha enseñado Gold.
—Si eso fuera cierto, sabrías qué es lo que más me dolió el día de la boda… —musito sin mirarlo.
—Y lo sé. Me lo dijiste. Que no te tuviera en cuenta en la decisión de casarme con Vittoria.
—¡Ni siquiera me miraste! —exclamo con una indignación que me duele físicamente.
De pronto, Marcus atraviesa la puerta y me agarra por los brazos, como si lo próximo que fuera a decir fuera crucial:
—Eso es lo que nunca has entendido, Emily… ¡Yo quería hacerlo! Pero si lo hubiera hecho, si te hubiera mirado en ese maldito momento, no habría podido hacer lo que tenía que hacer…
Mi pecho se aprieta con fuerza.
—Y eso te convierte en lo más importante que tengo y también en lo más peligroso…
Joder. Este no es Marcus hablando, ¡este es Marcus sin piel!
Me rodea la cara con las manos y fija su vista en mis labios.
—Tienes que entender que cuando no estás en mi vida, todo funciona bien… —declara con tristeza.
Y frunzo el ceño.
—¿Se supone que eso es bueno?
—Déjame terminar…
Apoya su frente en la mía y cierra los ojos.
—Cuando no estás, el Lux Noor funciona. La empresa continúa. La gente sigue… Pero yo no. Yo me quedo en pausa… —susurra—. Como si alguien hubiera apagado lo único que no sabía que necesitaba para respirar…
Mis ojos se llenan de agua.
—No quiero una vida que funcione si tú no estás dentro, Emily… Porque eso no es vivir, eso es sobrevivir. Así que, en resumen, eres mi jodida vida entera… La única que quiero vivir. La pregunta es… ¿quieres pasarla conmigo hasta que la muerte nos separe?

Comienzo a llorar y él me limpia las lágrimas.
—¿Con un capullo arrogante como tú…? —farfullo.
—Sí…
—¿Un capullo que toma decisiones de mierda en el peor momento posible?
—El mismo…
No puedo evitar sonreír y Marcus cierra los ojos como si eso fuera todo lo que necesitaba ver.
—Vale… —musito—. Serás mi capullo arrogante.
—Siempre he sido tuyo, Emily —dice con intensidad—. Solo que demasiado capullo para dejar de luchar contra ello.
Nos besamos, y esta vez, sin reproches. Solo dos personas que han dejado de luchar para poder quedarse.
—No vuelvas a dejarme fuera de tu vida… —susurro contra su boca.
Su mirada cambia y se vuelve más comprometida.
—No lo haré —dice—. Y tú tampoco vuelvas a dejarme como si no te importara lo suficiente.
Trago saliva.
—No me fui porque no te quisiera, sino porque pensé que no tenía un sitio a tu lado.
—Siempre lo has tenido. Justo aquí. —Me coge la mano y la lleva hasta su pecho—. En todo mi corazón.
Después la baja despacio hasta mi vientre.
—No quiero volver a apartarme de ti… ni de él.
Me tiemblan los labios.
—¿Estás seguro?
Me rodea la cintura con las manos.
—Por primera vez en mi vida, sí.
Esta vez soy yo quien apoya su frente en la de él.
—No sé si lo haré bien, pero quiero ser una familia. Juntos.
Y me emociono. Porque por fin entiendo que una familia no nace de la perfección, sino de la elección de no salir corriendo cuando las cosas se complican un poco.
Y esta vez… decido quedarme. Para siempre.

CAPÍTULO 46



NICK

Una semana después

Hay decisiones que no se piensan, se toman y ya luego, si eso, vives con las consecuencias.

Ceder el poder del Lux Noor a Vittoria esta misma noche entra claramente en esa categoría. Porque si vas a provocar un infarto colectivo a la mafia, mejor hacerlo con estilo y barra libre…

Marcus ha organizado una fiesta elegante para la cesión de poder que podría acabar en un tiroteo.

Muy en nuestra línea…

Lo de ir a buscar a Ava mientras medio mundo lloraba mi muerte… también fue una de esas decisiones.
No había podido avisarla de que todo era un montaje, y esperaba que se hubiera escondido debajo de una piedra para no enterarse de que uno de los solteros más cotizados de la ciudad había pasado a mejor vida…
No llevaba un discurso de perdón preparado, ni siquiera una excusa decente, solo sabía que, si no estábamos juntos, no iba a volver a estar bien en mi puta vida.
Me llevé una sorpresa cuando fue Megan la que abrió la puerta.
Me miró de arriba abajo como si estuviera llegando a la conclusión de que los fantasmas existen.
—¿Has venido desde el cielo?
Y se abrazó a mí con tanta fuerza que no supe qué decir.
¿La enana me había echado de menos? ¿A mí? ¿El mayor desastre mundial?
—¿Dónde está tu madre?
—En la cama… No deja de llorar.
Esa frase hizo que me diera prisa en ir a buscarla.
—¡Ava…! —dije en cuanto entré en la habitación y vi un bulto enorme bajo miles de sábanas y mantas.
El bulto se movió y una chica preciosa, con los ojos rojos y la cara hinchada, emergió de entre ellas.
—¿Nick…?
—Estoy aquí, estoy bien.
Ava no se movió. Solo parpadeó perpleja intentando decidir si era real o una alucinación muy bien vestida.
—No… —susurra—. No puede ser…
Me acerqué despacio, como si fuera un animal salvaje al que no quería asustar. Lo cual, siendo Ava, es bastante preciso.
—Soy yo… —dije más bajo—. No estoy muerto. Solo… estratégicamente muerto.
Fue una mala broma. Lo sé. Por eso no la culpé cuando, en vez de lanzarse a mis brazos, agarró lo primero que encontró y me lo tiró con todas sus fuerzas.
—¡ERES IMBÉCIL! ¡¿SABES LO QUE ME HAS HECHO?!

Lo siguiente que me lanzó fue un libro. Que me comí sin protestar.
—¡HE LLORADO POR TI COMO UNA TONTA! ¡¿No podías haberme llamado?!
Acto seguido, me lanzó el teléfono y lo cogí al vuelo. Entonces, me abalancé sobre ella porque ya estaba buscando más munición.
—¡Cálmate…! ¡No eres una tonta! La verdad es que Marcus se ha currado mi funeral y ha quedado muy creíble… ¿Has visto esa madera de abedul oscuro? La elegí yo mismo.
—¡CÁLLATE YA!
Megan apareció en la puerta para disfrutar del espectáculo como si hubiera pagado una entrada.
—¿Os estáis pegando? —preguntó.
—No, cariño… No nos estamos pegando —aclaró su madre nerviosa —. Aunque ganas no me faltan… —masculló levantándose de la cama de mala leche. Y ahí me di cuenta de lo mal que estaba en realidad.
No solo había llorado, se le había roto el corazón por mí. ¡Por mí!
—Ava… —dije preocupado.
—No te acerques, Nick. Estoy muy cabreada.
Frené en seco cuando estaba a punto de tocarla.
—Vale. Tranquila. ¿Qué te pasa?
—Tenías que haberme avisado… —musitó entrando en barrena—. ¡Tenías que haberme dicho algo…!
—¡No pude!
—¡Nunca puedes! —exclamó—. ¡Siempre hay algo más importante que ser responsable, ¿verdad?!
Esa frase me dolió más que el librazo. Y era un tocho bastante gordo.
—¡No! —grité—. Esta vez no. Se acabó, Ava. He cumplido mi promesa… y he vuelto a por vosotras.
Me miró y en sus ojos no vi enfado, sino un miedo atroz.
Megan hizo un ruidito extraño.
—Mami, ¿vamos a volver a casa? —preguntó la niña ilusionada.
Ava ni la miró. Seguía mirándome a mí como si no creyese que fuera real.
—Has muerto, Nick —sentenció—. Para todo el mundo. Incluso para mí.
—No te lo crees ni tú… —dije acercándome a ella indolente.

—¡¿Cómo pretendes volver a llevar una vida normal después de eso?!
—Nunca la he tenido.
—¡Ahora no puedes volver sin más!
—No quiero volver. Quiero empezar de cero. Contigo.
Noté cómo se le cortaba la respiración y me miraba con ansiedad.
—No sé si puedo confiar en ti…
—No lo hagas.
—¿Perdón?
—Que no confíes en mí —repetí—. Confía en que voy a cagarla. En que voy a improvisar. En que voy a tomar decisiones de mierda… Pero también en que voy a volver siempre a tu lado. Porque sí algo tengo claro es que te quiero. Os quiero. A las dos.
Megan sonrió y se abrazó a mi pierna.
—¡Yo también! —gritó la niña encantada.
—Joder, Nick… —farfulló Ava cubriéndose la cara. Y corrí a abrazarla.
—Te juro que debajo de todo este desastre soy un hombre decente… —murmuré contra su pelo.
Ava soltó una risa rota. Eso ya era media victoria.
Pero cuando la tuve lo suficientemente cerca, me pegó un puñetazo en el pecho.
—¡Esto es por matarte!
—¡¡OUCH!!
Luego me agarró de la camiseta y me besó con toda la desesperación que había estado conteniendo.
Y joder… yo también. ¡AL FIN!
La rodeé y la apreté contra mí como si su hija no estuviera presente, porque era lo que necesitaba. Pero la enana no tardó en enredarse entre nuestras piernas como un gato.
—Entonces, ¿nos vamos a casa? ¿Todos juntos?
—Sí, pequeña… —le dije—. No pienso volver a dejaros.
Ava me miró feliz, pero con el enfado todavía latente.
—No te he perdonado que fingieras tu muerte…
—Lo sé.
—Ni lo voy a hacer fácilmente.
—Me encantan los retos.

Ella se quedó callada y me abrazó con una fuerza que me dio a entender muchas cosas.
—¿Y ahora qué? —preguntó perdida.
—De momento, podemos volver a tu casa. Hasta que compremos otra nueva en un buen barrio…
—¿Ya estás haciendo ese tipo de planes?
—Por supuesto —dije—. He vuelto de entre los muertos con una clara estabilidad inmobiliaria.
Ava se río, y contra todo pronóstico, en medio de todo lo que soy incapaz de hacer bien, nos miramos y supimos que todo volvía a encajar.
En ese momento me di cuenta de que, si incluso alguien como yo había encontrado un lugar en el mundo donde ser feliz, cualquiera podría hacerlo.
Bueno, quizá no todos… Quizá algunos especímenes que estoy viendo ahora mismo paseando por el Lux Noor, estén excluidos de todo eso, porque tela…
El local está lleno esta noche debido a la gran gala conmemorativa que Marcus se ha inventado.
El clásico deseo de cada noche se filtra en el aire, pero sobre todo, hay mucha expectación.
Entro por la puerta delantera, con una máscara nueva. No hay rastro de mis rizos rubios ni de mi pelo oscuro teñido, voy rapado. Nueva vida, nuevo *look.*
Me hubiera gustado volver de entre los muertos con un discurso inspirador, pero la gente va a tener que conformarse con esto.
Ava entra colgada de mi brazo, demasiado emocionada por estar aquí de vuelta. Me fijo en cómo mira alrededor y cómo se le afina la sonrisa. Es como si volviera a un lugar que un día fue su casa.
Quizá debería preocuparme…
—No pongas esa cara de flipada —le susurro.
—¿Qué cara?
—La de «¡Qué guay! Me apetece liarla esta noche en un club clandestino lleno de mafiosos».
—No es culpa mía que vengamos justo a eso. Y sí. Me muero de ganas por verlo. —Sonríe.

Dios… cómo he echado de menos esa parte de ella. Pero…
—Pensaba que le habrías cogido miedo a todo esto. Estabas muy asustada…
—Me asusto si sé que alguien tiene un problema conmigo, o con mi novio, pero volvemos a ser anónimos de nuevo, y eso me da mucha tranquilidad.
—Y adrenalina…
—¡Y adrenalina! —Sonríe animada.
Nos mezclamos entre la gente sin que nadie nos reconozca y la verdad es que es una gozada.
En el centro de la sala principal, bajo una luz tenue que siempre parece iluminar solo lo que importa, está él. El Regente. El legítimo Regente: mi hermano, el cara huevo, ejerciendo su poder solo con la mirada y la postura.
Nos localiza, pero no nos saluda. Como es de esperar. Para él ya no somos nadie, y así debe continuar siendo.
Veo a Gold en la esquina italiana con el resto de los capos. Se está riendo y pasándolo bien. Cualquiera diría que ha nacido para ello. ¡Está en su salsa, el tío! Debimos darnos cuenta cuando después de su secuestro, no huyó a una isla sin tratado de extradición, y se quedó a ver si se lo cargaban de nuevo sin perder el humor.
Un buen capo no tiene por qué ser siempre un tipo amargado con un pasado oscuro. Puede ser un tío carismático de gran corazón y una potente lealtad, que pasó de ser un egocéntrico superficial en su primera temporada, a ser la perfecta niñera de los White en la tercera, mostrando más madurez y responsabilidad de la que cabía esperar de él.
David nos ve y me ofrece un levantamiento de cejas que es como una abrazo. Ahora es demasiado todopoderoso e intocable para hacer algo más en público.
Desde que se cargaron a Lucio, le han salido amigos de debajo de las piedras. Al parecer, mucha gente deseaba un cambio en las filas italianas, y les ha venido bien reconocer la labor social de Vittoria.
Ahora son unos populares asesinos de buen corazón.
—Pase lo que pase aquí esta noche —dice Ava acercándose a mi oído, provocadora—. Voy a reservar la sala ocho…

Todas mis células levantan las orejas como un perro hambriento.
—Ya estás tardando…
La sonrisa que me lanza es lo único que me haría dejar atrás mi vida de libertino y ser un tipo que se compra un piso en el distrito de Seaport, conocido por sus modernos rascacielos residenciales de lujo con vistas al mar donde es casi imposible que una vivienda arda.
De pronto, se hace un silencio extraño y una luz enfoca al Regente como si fuera a hablar.
—Buenas noches a todos, y gracias por acompañarnos en este evento tan especial —dice Marcus, con esa calma que hace que todo el mundo le escuche aunque no quiera—. Si habéis recibido una invitación exclusiva es porque sois parte de los VIPs de esta ciudad y esperamos que lo seáis por mucho tiempo más.
Algunas miradas se tensan sin entender. La mía no, desde luego.
—Este lugar siempre ha sido un símbolo de seguridad para personas que tienen mucho que perder… —prosigue Marcus—, y todos deberíamos preocuparnos por su continuidad. Porque yo no voy a durar eternamente…
Hay quien deja su copa y se pone a calcular riesgos. Como si pensaran que van a tener que sacar su arma de un momento a otro porque ya no hay tratado de paz y el alcohol corre demasiado raudo.
—Últimamente, me han surgido algunos imprevistos que debo atender personalmente… —Al decir eso, Marcus mira a Emily y nadie entiende que se refiere a guarradas en la cama, pero yo sí. Y a tenor de cómo sonríe, ella también lo ha pillado.
El ambiente se caldea y hay murmullos. Marcus sigue hablando.
—El Lux Noor no puede permitirse vacíos, dudas ni luchas internas. Por eso quiero que, una vez más, confiéis en mí y aceptéis de buen grado que voy a dejarlo en las mejores manos…
Se hace un silencio y la puerta de la sección privada se abre. De un humo espeso lleno de neones (una aportación que yo insistí en meter), emerge una mujer joven y bella, con una coleta alta y un antifaz increíblemente ornamentado muy especial. Lleva un pantalón negro ceñido y un corpiño de cuero con cuerdas. La viva imagen de una domadora de leones. Solo le falta el látigo…

Vittoria entra con paso firme y cero dudas. También como si hubiera nacido para esto.
Se coloca en el centro con las manos en la cintura y no necesita decir nada. Porque hay gente que entra en una sala y la ocupa. Como Marcus. Y ella acaba de dejar claro que también posee ese don. De nada por el humo. Aquí cuidamos los detalles.
Los capos la miran, la miden, y por un momento, el mundo parece pender de un hilo invisible.
Se nota que muchos están pensando «¿Una mujer? ¿En serio?». Pero nadie se atreve a enfrentarse abiertamente al Regente, lo creen más fiero que nunca después de aniquilar a los molestos albaneses. De los que, debo decir, todo el mundo estaba un poco harto ya.
Pero no es hasta que Gold se pone de pie y empieza a aplaudir, que los demás, uno a uno, le siguen.
Marcus disimula su satisfacción y no añade nada. No hace falta. Porque en el Lux Noor, cuando el Regente habla, la gente obedece.
Solo entonces, esa tensión contenida se rompe y comienza de nuevo la música, las copas con gente fingiendo que no acaba de presenciar algo que podría haber acabado en un baño de sangre.
La fiesta empieza. Y todo el mundo quiere darle la bienvenida a la nueva Regente.
El garrulo de Gold la saluda besándole la mano como si quisiera follársela viva. Algunos se ríen tomándolo por un futuro adúltero, sin tener ni idea de que debajo de ese antifaz, está su propia mujer.
Ava me mira animada y, en medio de todo esto, hay algo que no esperaba recuperar: la normalidad. Aunque sea esta versión distorsionada y peligrosa que tenemos nosotros.
Levanto la copa y brindo por el viejo y el nuevo Regente.
—Yo brindo por el sustituto… —musita Ava pecaminosa.
—No empieces… —digo divertido—. Que me vengo arriba y luego tengo que demostrarlo haciendo cositas…
Ava suelta una risita y me besa con una paz que me conmueve.
Porque al final, entre tanto caos, tanta muerte fingida y tantas malas decisiones encadenadas, hemos conseguido lo único que de verdad importa: estar todos juntos y felices.
Por el momento…

Porque la vida siempre trae nuevas batallas a las que sobrevivir, pero lo importante es saber con quién quieres brindar cuando todo se calma.
Y yo quiero brindar con ellos. Porque sobrevivir juntos a todo esto… nos convirtió en una familia.

EPÍLOGO



VITTORIA

Un año después
Hay muchas formas de medir el poder.
El miedo, el dinero, la cantidad de hombres armados que bajan la mirada cuando entras en una habitación…
Yo solía creer que esas eran las únicas. Pero ahora sé que no.
Porque el verdadero poder es sentarte a una mesa con las personas que amas y darte cuenta de que nadie está pensando en matarte. Y eso es genial.

El piso de Nick y Ava es obscenamente grande y está bastante desordenado, a pesar de que esto se considera una cena formal en la que antes de recibir a los invitados, limpias un poco y recoges.
Las cristaleras infinitas con vistas al mar distraen un poco del caos de juguetes, ropa y artículos de todo tipo colocados aleatoriamente por todas partes. Toda la casa grita «no me da tiempo a vivir, gracias».
Y me gusta. Es entrañable. Aunque jamás lo admitiría en voz alta.
—¿Te estás planteando robar algo? —murmura David a mi lado, leyendo perfectamente mi expresión.
—No lo descartes… —respondo pizpireta—. Todo en esta casa tiene más sentido que tu despacho.
—Mi despacho es funcional.
—Tu despacho es deprimente.
—No decías eso el otro día cuando me hiciste esa visita y te subí a la mesa para…
—¡Calla!
Mi marido sonríe canalla, y ese maldito gesto sigue desarmándome más que cualquier negociación con un capo.
Nos adentramos en el salón y encontramos a Emily en el sofá, con el pequeño Aston en brazos. Saber que un día heredará un legado oscuro, hace que no me crea la sonrisa desdentada que me lanza capaz de derretir el corazón más duro.
Marcus está de pie detrás de ella, con una mano apoyada en el respaldo, mirándolos como si el mundo entero hubiera decidido reducirse a ese punto exacto de metros cuadrados.
Es jodidamente inquietante ver a Marcus así. Y también bonito.
—Vaya, White, no sabía que sabías sonreír así —me burlo de él.
—Yo tampoco —responde sin apartar la vista del niño—. Estoy aprendiendo.
Emily me mira encantada.
—¿Quieres cogerlo? —Me ofrece al bebé.
La pregunta me pilla desprevenida y vacilo. En estos momentos nadie diría que soy la mujer que ha impuesto orden en el Lux Noor sin temblar y la que ha disparado más de una vez sin pestañear.
David se ríe de mi cara de circunstancias.
—No muerde, cariño —dice con media sonrisa.

—Eso no es lo que me preocupa… —contesto. Y lo cojo como si fuera una bomba de relojería.
—¿Y qué es lo que te preocupa? —pregunta Marcus incisivo.
Aston me mira y consigue que me olvide de que soy la Regente y me convierto en… una mujer mimosa con un bebé en brazos.
Noto cómo mi coraza de acero se derrite y es…profundamente perturbador. Se lo devuelvo a Emily deprisa.
—Perdón. Esto no es lo mío…
—¿Cómo no va a ser lo tuyo esta cosita? —dice Gold cogiendo al niño con una facilidad pasmosa y apoyándolo en su cintura, como si fuera un jodido auxiliar de guardería.
—¡Ya han llegado! —grita Ava desde una habitación—. ¡Nick, date prisa! ¡¿Dónde leches estás?!
El aludido aparece poco después como el perfecto anfitrión que recibe a sus invitados a destiempo.
—Hola, chicos. Perdonad, Megan me requería para un ataque sorpresa en la peluquería de Barbie. Espero que hayáis traído hambre, hay mucha comida. Megan ha decidido que hoy sería la chef…
—Eso explica la generosa invitación… —digo irónica.
—¡Eh! —protesta Megan apareciendo con una bandeja en sus diminutas manos—. ¡Nick dice que tengo mucho talento!
—Primero tengo que probarlo —bromeo—. Trae aquí esa bandeja.
David se ríe a mi lado, y ahí va otra de las cosas que no controlo. Lo mucho que me gusta oírle reír.
Megan se acerca a mí con la bandeja como si estuviera presentando un plato en un restaurante con estrella Michelin.
—He hecho croquetas —anuncia orgullosa.
—¿Son caseras? —pregunto con fingido escepticismo.
—Obvio. He abierto el congelador yo solita y les he dado la vuelta en el aceite con ayuda de mi pinche.
Nick se lleva una mano al pecho, enternecido por su mención.
Cojo una, la observo con detenimiento y me la meto en la boca.
Todos me miran mientras mastico y me la trago.
—Está muy buena —digo finalmente.
Megan suelta un gritito de emoción.

—¡Lo sabía! ¡Soy mejor cocinera que tú, Nick!
—Eso tampoco era muy difícil —dice Ava sonriente apareciendo en el salón. De por sí es una chica muy guapa, pero su avanzado embarazo, increíblemente, le ha añadido dosis extra de belleza.
—Oye —protesta Nick—. No sabré cocinar, pero aporto otras cosas… —dice agarrándola por detrás y acariciando su tripa.
—Sí —responde Ava—. Náuseas e incontinencia urinaria…
Todos nos reímos y nos relajamos. Pero justo en ese momento mi marido se inclina hacia mí y suelta:
—Me muero por ser padre… —Directo. Sin anestesia.
Lo miro como si acabara de decir que quiere comprarse un dragón.
—¿Cómo…? ¡¿Ahora?!
—Pronto.
Me quedo en silencio y él nota mi poca predisposición.
—Bueno, no tiene que ser pronto… Solo digo que lo quiero.
Respiro hondo porque el aire no me entra bien en los pulmones.
—Pero… ¿Te das cuenta de lo que implicaría eso?
—¡Claro! Risas aseguradas. Felicidad. Ternura…
—Pañales sucios, llantos, perder el control de mi vejiga…
—Así es —repone Emily—, pero su sonrisa lo compensa todo.
No respondo nada y todas las miradas caen sobre mí por no haber dicho que «por supuesto».
—¿No quieres tener hijos? —pregunta Ava, curiosa.
Gold me mira, y juro por Dios que pone cara de cachorro abandonado.
—¡Es que Marcus y Nick me están dando envidia!
—Madre mía… —ríe Nick—. Se nos casa, se nos enamora y ahora quiere reproducirse… Vas directo al hoyo, Gold…
—¡Tú estás en ese hoyo!
—Así es. Y no pararé hasta tenerte de vecino.
Ambos se ríen y entiendo que son todo lo que está bien en el mundo, pero aun así…
—Un consejo —dice Nick—. Emborráchala con tequila. No falla.
—¡NICK! —protesta Ava dándole una colleja.
—¡¿Qué?! ¡Funcionó contigo!
—Eso fue manipulación —ríe Emily.

—En realidad, el truco fue hacerlo en la sala seis. —Sonríe Ava.
Gold parpadea.
—¿La seis? ¿Esa no es la que tiene un… columpio sexual?
—Y muy buen aislamiento sonoro. —Le guiña un ojo ella.
—Yo apoyo la moción de tequila y columpio —dice Marcus.
Me llevo una mano a la frente, agobiada.
—Esto es surrealista…
—No estáis ayudando —dice Emily entre dientes, aunque sonríe.
Sé que David está loco por formar una familia, pero…
—¿Qué te pasa? ¿No te gustan los niños? —pregunta Ava al ver mi cara de póquer.
—No es eso… —respondo, intentando mantener la compostura—. Claro que me gustan los niños. Demasiado, de hecho…
Marcus alza una ceja.
—¿Cómo que demasiado?
—Tener un hijo, podría influir en mi trabajo. Ahora soy Regente, y no puedo permitirme tomar decisiones condicionadas por emociones descontroladas o por hormonas desatadas…
Noto que David se tensa ligeramente.
—¿Qué imagen crees que daría una Regente embarazada en medio del Lux Noor?
Los miro buscando apoyo, pero nadie dice nada.
—¿De verdad creéis que alguien se tomaría en serio a una mujer embarazada dando órdenes en un club lleno de depredadores?
—Sin duda —dice Nick convencido—. Embarazada darías muchísimo más miedo. Todo el mundo sabe que las embarazadas están completamente locas…
—¡Oye! —se queja Ava, dándole otra colleja.
—¿Acaso miento? ¡Por poco me desnucas ahora mismo!
Ava sonríe.
—Tiene razón. Yo antes era peligrosa, pero embarazada, soy letal.
—Confirmo —dice Emily—. Nunca me he sentido más poderosa.
—Gracias por el apoyo femenino, chicas —musito—. Pero esto no es broma. ¿Quién me sustituiría? ¿Lo habéis pensado? Con lo que me ha costado ganármelos, no van a aceptar otro cambio tan pronto…
—Eso es verdad —concede Marcus.

—Entonces… ¿vais a subordinar vuestra vida familiar a tu trabajo en el Lux Noor? —pregunta Ava.
Se hace un silencio cortante.
—Eso ya lo he oído antes… —murmura Nick, mirando a su hermano —. Y no acabó especialmente bien.
Emily levanta las manos.
—Yo no pienso decir ni una palabra sobre eso…
—Yo menos —secunda Marcus—. Dejar el Lux Noor ha sido la mejor decisión de mi vida…
Me quedo quieta. Porque lo entiendo. Pero no es lo mismo… Y no sé explicar por qué.
Miro a David y en su cara hay una decepción que le cuesta disimular, pero me quiere tanto que no protesta. Cosa que me hace sentir aún peor… porque yo quiero que él sea feliz, pero…
Me levanto y anuncio que voy al baño.
Nadie me detiene porque entienden que necesito un receso. Esto es demasiada presión para mí…
Cuando vuelvo del servicio, el ambiente ha cambiado. Ya no hablan. Ahora piensan, que es mucho peor.
Ava rompe la tensión sugiriendo que nos sentemos a la mesa.
Tras cinco minutos de conversaciones insulsas sobre el clima, estallo:
—Dejad de estar raros —digo, cortante—. No es una decisión que vayamos a tomar ahora mismo, ¿vale?
Ava y Emily intercambian una mirada.
—Vale —dice Ava, apoyando los codos en la mesa—. Pero olvidémonos del Lux Noor por un segundo.
—Sí, claro… Qué fácil… —replico automáticamente.
Marcus frunce el ceño.
—Solo queremos saber una cosa —interviene Emily con suavidad—. Si no existiera el Lux Noor, ¿tú querrías tener un hijo ahora?
Trago saliva, porque no tengo una respuesta para eso. Y dicen las malas lenguas que cuando algo no es un flagrante sí, es que no.
Ni siquiera me atrevo a mirar a David a la cara…
—YA BASTA —dice mi marido con voz glacial—. No la presionéis más.
Lo miro y se me encoge el corazón.

—Nada me haría más feliz que replicar tus genes algún día —le digo con un hilo de voz—. Pero… es que…
Me quedo callada porque suena demasiado mal decirlo en voz alta.
—Pero sientes que tienes una responsabilidad con el Lux Noor —completa Marcus por mí—. Sientes que, si tú no estás, todo se va a desmoronar… Crees que no podrías dormir por las noches pensando que todo está fuera de control porque crees que eres la única que podría hacerlo… ¿verdad?
Mi silencio y mi cara de circunstancias, otorgan sus palabras.
David me mira comprensivo, entendiendo mis remordimientos.
—Pero te equivocas, Vittoria —continúa Marcus—. Igual que yo me equivocaba. Si quieres, puedes delegar. Yo lo hice.
—¡Es que ella no quiere delegar! —sentencia Gold adusto—. Vittoria está en el mejor momento de su vida profesional. Se ha ganado ese sitio a pulso. Ha logrado algo que nadie creía posible. Y por fin la respetan. No voy a ser yo el que rompa ese ciclo —dice mirándome —. No voy a meterte presión para que seas madre solo porque es lo que «toca» o porque los demás lo están haciendo. Eres muy joven. Podemos esperar.
El pecho se me apelmaza de gratitud.
—Pero tú quieres ya… —casi lo sollozo.
—Claro que quiero —responde—. Pero te quiero más a ti. Y si eso significa tener que esperar, esperaré.
Nadie habla. Ni Nick. Ni las chicas. Ni siquiera Marcus. Todos lo miran con la boca abierta. Porque ellos no lo conocen tan a fondo como yo y no comprenden hasta dónde llega la bondad de David.
—Cuando te canses y estés tan quemada como lo estaba Marcus… —continúa él con una calma encomiable—. Cuando un día te levantes y digas «ya está», ese día, si quieres, intentaremos ser padres.
Se encoge de hombros como si no acabara de decir lo más importante del mundo.
—Pero hasta entonces… —añade poniéndome una mano en la espalda—. No pienso quitarte lo que te está haciendo tan feliz.
—Pero yo también quiero que tú seas feliz… —Lo miro llorosa.
—No tengo prisa, Vitta. Y no necesito que sea hoy. Ni mañana. Ni el año que viene. Yo ya soy muy feliz ahora.

Su mano se cierra sobre la mía y se me saltan las lágrimas de lo afortunada que me siento.
Miro a mi alrededor. A esta gente. A esta vida que nunca planeé… y entiendo que el amor de verdad no viene a ponerte contra las cuerdas. Ni a obligarte a elegir entre lo que quieres y lo que sientes, cuando todavía no estás preparada.
El amor de verdad, se queda contigo.
Y te espera el tiempo suficiente para que un día… ya no tengas que elegir.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Llegar hasta aquí ha sido un viaje brutal.
Uno de esos que empiezan con una idea pequeña y acaban convirtiéndose en algo mucho más grande de lo que imaginabas en un principio.
Maldito Mr. Gold me ha dado muchísimo más de lo que yo podré devolverle jamás. De alguna manera, siento que me ha cambiado. Y eso es, en gran parte, gracias a vosotros.
Por vuestra paciencia. Por la ilusión. Por cada mensaje, comentario, teoría loca, y cada «no puedo parar de leer».
No sabéis lo que significan para mí…
Gracias a mis chicas: **Irene, Bego, Maca, Eli, Alma y AnaG** , que siempre estáis sosteniéndome, opinando, corrigiendo, empujándome o simplemente estando ahí cuando más lo necesito.
Y gracias a mi calorcito de las redes… Vosotros también formáis parte de mi crecimiento, aunque no se os vea.
Y quiero que sepáis que escribir esta historia me ha recordado por qué empecé a escribir… y por qué nunca quiero dejar de hacerlo. Porque compartirlo con vosotros lo hace infinito.
Y mientras estéis ahí, siempre habrá una historia más.
Os quiero, **gente Fuxia.**

Mil gracias a:
@clauuu.mrtnez @yaii_books25, @gabrente, @_judiit._, @laurelleeyescribe,@la.peluteca, @africa_cantero @read_j.t.mary, @pilarsanabria_, @sanemade, @beatriz_jipu, @viki.hdez, @leerconthea, @minedreadings, @irisrodriguezmieres, @pa.ro.dri, @annadrielbooks @vrgarey, @vanessa_me18, @inmabl, @lauramendolazaro, @missattard, @silpavila, @lola_pascualcuadra, Nuria Daza de @nuriela25, @letyciro, @gloryhelen_, @la_mala_malisima, @mis_lekturas, @mirinda01, @gema.ddc, @gemmapastormateo, @patricleta, @yessicm32, @caty19709, @lectoradesuenos8, @kilimz82, @elenaruizmontesinos, @creando_frikadas, @brujamillenial, @mery_y_sus_lecturas, @cynthia.cerveaux14, @dallas_880, @cristina_segarra_escritora, @lectoraenverso_26, @noefru, @isabellabaricot, @pilar_vima, @fanyavenalbe, @rosebokl, @damajurado1999, @sultanitabella @bookstagramer_1, @siil_lule, @mayralazo08, @mariabeatobe, @lucymoon2015, @alasblancas83, @j.m.fresquet, @bgomezmartin, @mralex_17, @lumae_lu, @lozamor67, @krmenplata, @ilunanoa, @romanticaadicta, @gandiapilar, @laurensofiy_, @lissbert, @monchavez15, @lecturas_felices, @mlectoraa, @vero_malaga, @pmlapizypapel, @isabelhg_love, @gafiis, @mire_1010, @locasdelmundo4, @nita_fdez, @karilamala, @andreuenca79, @_martinez_javi, @montse_g_m_, @ariadna.dx, @laura_villanustre, @itsedelweiss, @luciaanddogs, @lilith_lectora, @crisfillolacas, @lectoras_con_clase, @raquel_morante_morales, @nilosa0508, @srtahelenstealer, @sweet.readings, Arancha Eseverri de @lectoranovturna, @pilarmolinercarb, @por_puro_vicio, @noelia.g.m89, @yaizaa.mendez, @mireiapg29, @nataliaperez128, @readlikeapleasure_, @noeloafrutos_autora, @_cristiane_, @mlcg1986cins, @passion_between_letters, @princesbooks, @elbauldemislibros, @booksloversshouse, @jessi.5113, Amparo Pastor de @amparopastorvieracaracoliu, @romanticamore, @snopeugi, @celia_vc, @sandradt2505, @unlibroparaella, @naomihdezz_, @heiwabooksquotes, @ana_jimenez29, @libroypalomitas, @dejamequetelea, @ohana_reader, @yoleoromantica, @tfc_lectura,

@viskict, @leer_esincreible, @Carmen39_fdez, @raquel.22, @vanesha_salas, @meymay6, @el.rincón.de.sita, @mery_g_books @saradominguez23,@rafi_lechuga, Ivelise Rodriguez, @emilia_erin, Evelyn limpa, @miriam_chantes53, @piuli22, @estherestetic, @kristibell73, @Nielsennila, @marta.landrau, @diarii_books, @ana.martinhdez, @evicanaria, @carol_lopez3112, @jennifeer92, @nago24, @mesumerjoentrelibros, @miriam.villalobos.m e hija (Lucía Soto V.), @susyyflo, María José Claus Molina, @Monsy80, @sacriespada, @mery y sus lecturas, Nuria Daza, @ameelia15, África Cantero, @marimarpintor, Lourdes Romero, Paloma Osorio Millan, @maricarmenmuoz, @creando_frikadas, Silvia Paredes, Vero de @librosigualamagia, Claudia de @booksbyclau, Maca de @macaoremor, @glory1818, @gloria_hega, @teresilla87, @jennibooks87, Barbara Torres López, @yessicm32, @books_nerea, Ascension Sanchez Pelegrin, Kristina Kko, Mariu Barberá, @helenescritora, Salud Lpz, Inés Ruiz, Anna Driel books, Mónica de @moniquitamaca_mislecturas, Gemma Pastor Mateo, Mónica Tort, Maria Jose Valiente, Anna Fernandez, Mariu Barberá, María Fátima González, Kuki Pontis Sarmiento, Beatriz Duran Hernandez, Normma Aliciya, Loli Zamora, Mari Cruz Sánchez Esteban, Mar López, Isabel Gómez, Elena Martínez, Laura Ortíz Ramos, Yeni Anguiano Mata, Rose gate, de @rosegatebooks, Marisa Gallén Guerrero de @lecturasmapita, Anabel Jimenez, Yolanda García, María Ferrer, Judith Galán, Elisa Mayo, Ana Arely, Ulises Novo, Laura Duque, María Camús, Pilar Sanabria, Silvia Martinez Hernández, Elena Martínez, Saray Carbonell Del Río. @cruzuleyaiza, @sunriseadn, @irenita19mm, @nereamellis, @lecturasdefaty, @la_biblioteca_de_pat, @maiko_pink,, @pilardans, @librosdehoney, @tengoganasdeleer, @amantelectora, @el_rincon_de_palmerita, @_cristiane_, @adrianaalba_autora, @the_reading_books_in_family, @mividaentrepasiones, @lecturasdeamorsonia, @hrhartwell, @amamosleer_uy, @mire_1010, @leeconmigo_, @musa_entre_libros, @crusisanchez, @raquel.blancoluque @mariainspace_,@lamagiadeloslibros3.0, @miquenaadiccion, @arisleyda_5, @hoy_esta_leyendo, @ariidaz, @literaliabooks, @helens_books,@meugeniaramirezlopez, @lionela23,

@adoroloslibros_17, @olatzpitu, @ecaangelica, @garbival, @andy_caro13, @librosdeirene, @valkiriaread, @nita_fdez1, @marianacantaora @salseo_de_libros, @mayblacksmith, @siempreleyendoydesconectando, @everlasting_reader, @vivir.leyendo, @ariasu_7, @estefaniagea, @_monica._8, @sandragvillar,@beatrizdh, @lecturas_milly, @piluchii85, @bookqueen22, @mmfn._, @librosviajerosylibres, @ascensionsanchezpelegrin, @eli.p.r, @monika.galan.16, @rupilo_18, @lectoraenverso_26, @nataliia981015, @rm.nkt.4.7, @jazbabook, @pilarcabrerat, @martinleticiap, @m.i.epalzaramos,, @elisabet.2573,@laurabooksblogger, @anais.1203, @nereaaraujoautora, @vilmont_books, @morenomarimiza, @begikat2, @__vanenunez__ @@lady_creative_doll, @inesruiz78, @elenamartinez6098, @mamual90, @etalenika (Eva Tasende), Rocío Escobar, @meymay6, @bookssyass, @lauraviajaentrelibros, @anapasionlectora, @owiksa, @carmen39_fdez_, @evelimpa_leeresmipasion,@stefamy_sandoval, @merypoppins750, @_curls.and.books, @lilyfreitasm, @chikiya85, @marimarmiravalles, @conunlibrosoy, @nazaretpv, @nereida.c.a, @turka120, @angela_fp16, Maggie Mon Chávez, Vero y Estefanía de @leerconvernia, Arantxa de @lecturanocturna, Esti de @boiet2, @vaclepri_79, @carichun, @dulce.ando, Eva M. Pinto, @libros_y_tortugas, @mariadolores84, @eli_car_bar, @ladycuqui, @lecturas_mily, @juanidiazdiaz17, @un_libro_en_mi_mesita, @akanechan1986, @lourdes.andresgarcia, @manolivi28, @lectoahastaaltashoras, @dove.mmartin,@lectoranocturna, @natti_ruano, @angiegarfer, Melani de @melmely19, @marihoyoslopez, @lromero777 Lourdes Romero, @seguradoalcaide, Reyes de @reyesbecerra82, @cynthiag25, @tere_lafuente, @arima.s.c.11, @lecturasdenira, @maryambergirl, @tamaraciscar, @elenanp73, @quemaravillaleohoy, @merypero, @manuelamolinaleon, @marijopove, @buidseachlatelier, @ju.kaery, @martagr9716, @thaannya, @Blankarez, @marguis_hl, @rocanilla, @aili.evansecrivain, @noemimaquedajimenez, @puri_reyesneira, @isa.sepulveda2, @marta19041975, @txellbooks, @diana.c.gasco, @noee_albatros, @gema_lectora, @isalexia42, @ivixiviusa,

@cuando.los.mios.duermen, @anasn71, @lecturasdemaggie, @mariabarbosaalm, @miviciolibros, @mimamifriki_marinabooks, @evaleyendoentreburbujas, @Kristinalmb,, @zaira_fg, @lola.lolita.loliya, @mi_mundo_mis_pollitos, @virigol, @fernanda15_05, @bowsinakoopa, @vanu_sa_ms, @elenasoroma, @saravimeg, @lorbaris, @chuscm, @mirelaiordanica, @soniafdezs, @lady_romcom, @maitesospedra, @librosquedejan_huella, @esca87, @monicaxcel7, @mrs.svetacherry, @nina_reus, @entrelibrosyagujas, @pidurreta @rebecajm87, @mariaespinosabcn, @rociombouzon, @Kristibell73, @manolivl28, @gemapastormateo, @nuriamanel, @mariae.martin, @chiio.91, @reinadesdel92, @tere_meler, @mariadelape, @sarita_rcgt, @eva_y_suslocuras, @joanamaria00, @loslibrosdemama, @jeannemariegg, @_cintiasantiago_, @gemmaripoll, @lepima, @frokonel, @las_historias_de_lola, @losmundosde_ro, @ms_maria87, @falguerasonia, @mariajoseclausmolina, @libreando_book, @luucyrodenas, @starrynight.books, @nisart_scrap, @aintzaneechevarriaperez, @aalbita3, @taramay_books, @inesitasanz85, @arabrines, @evika027, @valeriandbooks_, @aliciagaditana, @torres_de_colores, @lilith_read_books, @lauritaloba, @mrocio1, @agape_sfdo, @elisabethglez, @patrirubiah, @vaneadriai, @piulibooks, @saravimeg, @chelydivison, @pumpingmamaespanol, @sonaiale, @pirilala15, @elena_ferron, @bleny_blac, @__lucia12, @mangeles.navarromoreno, @montxy74, @titaebicrafts, @crisreadingbooks, @librodeolorcafe, @campanilla0130, @gema_lectora, @_viviendo_entre_letras, @mali.lc14, @jianni27, @vadercup, @dorlycera, @yul075, @beatriz_jipu, @sugus_books, @read_j.t.mary, @rg.aguilar128, @coriii_95, @marchyolanda71, @jen_anton, @los_caprichos_de_belenita, @jutid_costa88, @cafeyuki66, @saandra.s3, @linalia_sm, @unrefugiodelectura_, @gemaypaco13, @florigilmarin, @marbeva02, @buesorubio, @milayrya,@nefertiti987, @sradecampos, @martikas194, @__arantxa, @vera.beryl, @andrea_civeram, @lalokadeloslibros_84, @frikigems, @saydecastro7, @vane_vane82, @yessicm32, @andreacg17_, @duranmarinpatricia, @brendy23fire, @aidilibros, @inmabl, @hyedance, @nanibe81, @florifontarigo, @reinadesdel92,

@mayraquinego, @anapaula.sahagun, @jessgoni, @claugian2, @melanimenacho, @miryamtorres79, @dariana.carvajal, @magdaly.medina, @irenecarrascoarmas, @ana_isabel1980, @iamjustjaki, @marquesita93books, @miriampines.rme, @dama_oscur4, @bea_guillomia, @cristinafeernaandez, @krisdelapinta, @janireysumundo, @books.and.chill_, @jessy.cd2023, @alicia_de_juan_,@sandriitaa_88, @mariaslvarezgil, @mayte2275, @m_iratxe, @bea.segador, @ocupada_leyendo, @secretos_mamis_lectoras, @dianaieiks, @marigeligasparcasado, @roalvarezvidal, @maraaagargioniii, @esti.siempre.mejor, @elenamh_06, @lexturasfumy,, @makyhugo, @luciasurribas, @mamiypipi, @vir_books87, @gemmapastormateo, @nataliagbien, @criscriscrisf, @eva_murias, @lourdes.andresgarcia,@elis_aranda, @marcapaginas_coloras, @sara_ferret, @19diasy500libros, @cristina_segarra_escritora, @paradoxa_literaria, @finavg, @libroshistoriasyyo, @anitadevoradoradelibros, @alejandra_aef, @autorajessgonzalez, @sandysbooks_, @sonia_mori, @aurora_books23, @paulasalander, @patryhn, @brujuladelibros, @lomosyletras, @nuriysuslibros, @_mariili @lidiaarmariojimenez, @entremontonesdelibros, @tanyagode, @yaiza_trinidad, @fadeta_arual_lij, @lecturasfumy, @aroqs93, @gracesofbooks, @everybookpaidbypedro, @aniita22__, @pumpingmamaespanol, @geysha.books, @joyceipinero, @soniarh1981, @alba.d.munoz, @silvya_candeias, @albita21, @nanibooktok, @mer_cadillo.literario, @gabibennasar, @enganchadaaestelibro, @starrynight.bookss, @anamariaperbre, @mariina_valbuena, @m_isabelrn, @alaska_booksss, @la.xurdit, @makyhugo, @rocioro.87, @criskiss1981, @daisy_m_blue, @cr_tfc, @mariaurbistondo79, @thethingsoftessa, @yanilalfonso, @jana.mar.m, @zuleika5581, @ansumar20, @patrymalles, @lauriitaf_, @bymartacr_books, @cruella.devill.77, @liidiaagarciia7, @anukicas, @ariah.ro, @anxeastrar, @samynight13 (Ari, Aida y Paula ❤️), @carmenpo32, Peña Zorrilla Garrido, Adriana @adriviernes13, @sinte77 (Teresa, enfermera), @scarysyl, @jessy.cd2023, @tere_tr_, @rociomontin, @vadercup, @susyvl97, @lourdesgonzalez__, @carlamimi20, @nnoemi.books, @leyendo.a.ciegas1,

@johannamartinez8895 @yue4405, @susanaperez13, @andreacm_books, @juditca_98 @arantxa_zgz, @sofiabooklover, @un_sofa_donde_leer, @adrinati, @vicks.polo, @niieves_bebes_, @rakel1297, @serezademunoz, @klienemu, @marquesmaar, @sonaiale, @susurros_a_un_diente_de_leon, @skaikrubooks, @lor_13 @naiarasanchez.escritora, @patryblog, @juditprettynails, @juditconh.books, @magdaly.medina, @librosyestilo, @booksgarciia, @chariguerreroplata, @isilibris, @itswnd @rocio.booklover, @llibreslaura, @entrehilosynaranjos, @natycharly, @dianaieiks, @aerenbookss, @genuca15 @rociocasadoramirez, @mariasalvarezgil, @naaatt_24, @entre_rizos_y_hechizos, @marianalopezyap, @adrifielding7, @loslibrosdenuria, @nela.book, @cynthia_pagan, @silviaocanavillanueva, @rosazapi; @ackanechan1986; @vanesamayormartinez; @ranitasoria; @judit_costa88; @v.ani.f; @desireemoradr; @mar3_mar; @marta_oscar_max_rex, @luchya21;@melmey19; @paky10_cg; @dijey33; @joanamh86; @roxy_suh; @beatrizoldanher; @estelabm; @torrestar_; @caws_books; @ascensionsanchezpelegrin; @lapelirrojadelosrizos; @mi_tiempoentrepotingues; @kelaggmm; @laura162510gr; @monica_fan.page; @tamy181217; @soynutrimujer; @ness.a_f; @nefertrini73, @vidal_masnou; @gf.yoli; @gwenhwifarentrelibros; @carinaaa22.85; @yolimartinez82; @mamenbi75; @dianacgasco; @crisbetesponce; @rociosanchezfer_; @begosanroman.autora; @yolandafaura; @leirendolibros; @maria_00_5; @alanquesadavaca; @jessicac_2723; @buknookblog; @estefi_tri.mon; @miri_wendy85; @noelia71220; @savilamegias; @annl18; @1._estrellabonita; @angelesjimenez.fernandez, Beatriz Morales Bermejo, Jessica Soto, Estíbaliz Casas Rojas, María Blart, @erodry93, @vanesuki1981, @martgarlibros, @susanstm76, @mariagracia_fm, Paula Carballido, Esther Robles, Patricia Durán Marin, @belenbh_, @graciajiji, Neli Medina, @luciagalbor, Bea RH, María José Chousal, Brenda Cota, Natalia Chacon, Marta Rancaño, @entrelibrosblog, Marta Portillo, @damescher, @martiittabooks, @isth__uca, @magdalyentrelibros, @esty.cr.books , @adicta_books, @adelamaria_1975, @amejido, @anamaria_campo, @anabelenlobo, @barlp, @beatrizmoralesbermejo, @begarcipa, @c.stna.b, @carito_lopez_r,

@carolalibros25, @carmenvicblan, @carmen.fuentecarrera, @carmen.martin.escritora, @catii_artigues, @cinta.diaz.1, @claralane.books, @cris.fdz.grc, @crisvalcol, @darksweetlilith, @dulcynavarro, @encarni.carrasco84, @entre_hojas_de_laurel, @estherroblesrobles, @g.yolanda, @gabawagner, @ganadorademipropiavida, @inmacerpi, @isabelmariagimenezmontoya, @ivy_correa_dragonfly, @jezzmouline, @jessicacdiaz.escritora, @josefi84, @kor0leva_82, @kristinitalmb, @laslecturasultanitabella, @laura_ato, @marietta_gs, @mcmartzes, @milavalls, @mispequesmariajulia, @mjcr.79, @monikeich, @nikadesigns, @pakymoredagarcia, @paolabooksland, @patry_merino_, @patrydavilav4, @petri_maipaperruquers, @picas.nuria, @puritortuga, @raquel1695, @rakely1982, @ranca92, @reke1971, @reyes_lectora, @rosafontas, @sandrasebastian29, @sar_ay1988, @shhhbookslive, @silvicolina, @susana_perez13, @tatioopr, @tkittyromero, @tu_zonaliteraria, @vanecastromeza, @yasmarag.
Y si me dejo a alguien, perdonadme, por favor. Me hace mucha ilusión que estéis aquí. Un fuerte abrazo, Anny.

SOBRE EL AUTOR

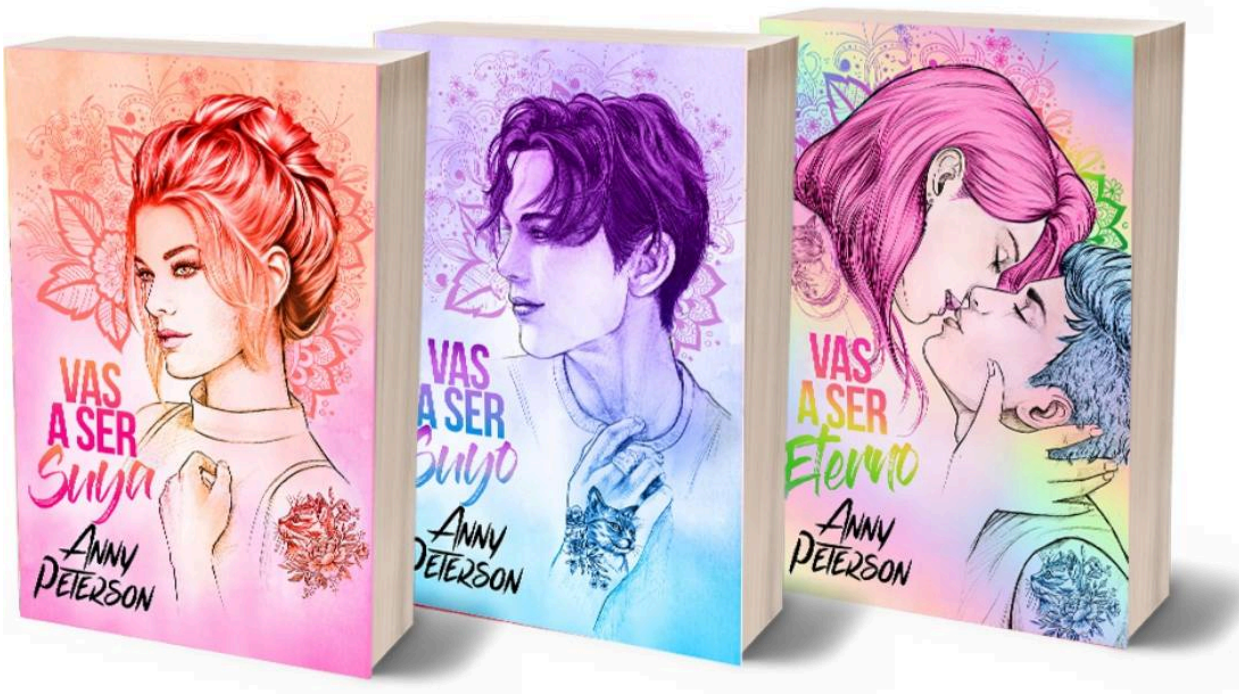
Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Máster en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.
Lectora acérrima del género romántico. Adicta a series y películas. Adicta a la salsa boloñesa y a la CocaCola Zero.
Encuentra todos mis libros en Amazon:
La Droga + dura I: Atrévete a probarla.
La Droga + dura II: Intenta dejarla.
La Mafia que nos une (Mafia 1)
El Poder de la Mafia (Mafia 2)
En el fondo, me tienes.
En el fondo, me quieres.
Vas a ser Mía.
Vas a ser Mío.

Voy a ser Tuyo.
Vas a ser Suya.
Vas a ser Suyo.
Vas a ser Eterno.
Yo, Superyó y Elle.
Loco, Sexi & Millonetis.
Loca, Sexi & Mentirosa.
ConsigueAlTío.com
ConsigueAlPadre.com
27AllStar.
Santa, este año… ¡voy a ser mala! - Editorial Mil Amores.
Cupido, este año… ¡quiero estar soltera!
Murphy, este año… ¡saldrá aún peor!
Novio a la Fuga
Maldito Mr. White
Maldito Mr. Black
Jaque al duque (Trilogía Kaissa I) - Editorial Grijalbo.
Dama Negra (Trilogía Kaissa II) - Editorial Grijalbo.
Jugada Maestra (Trilogía Kaissa III) - Editorial Grijalbo

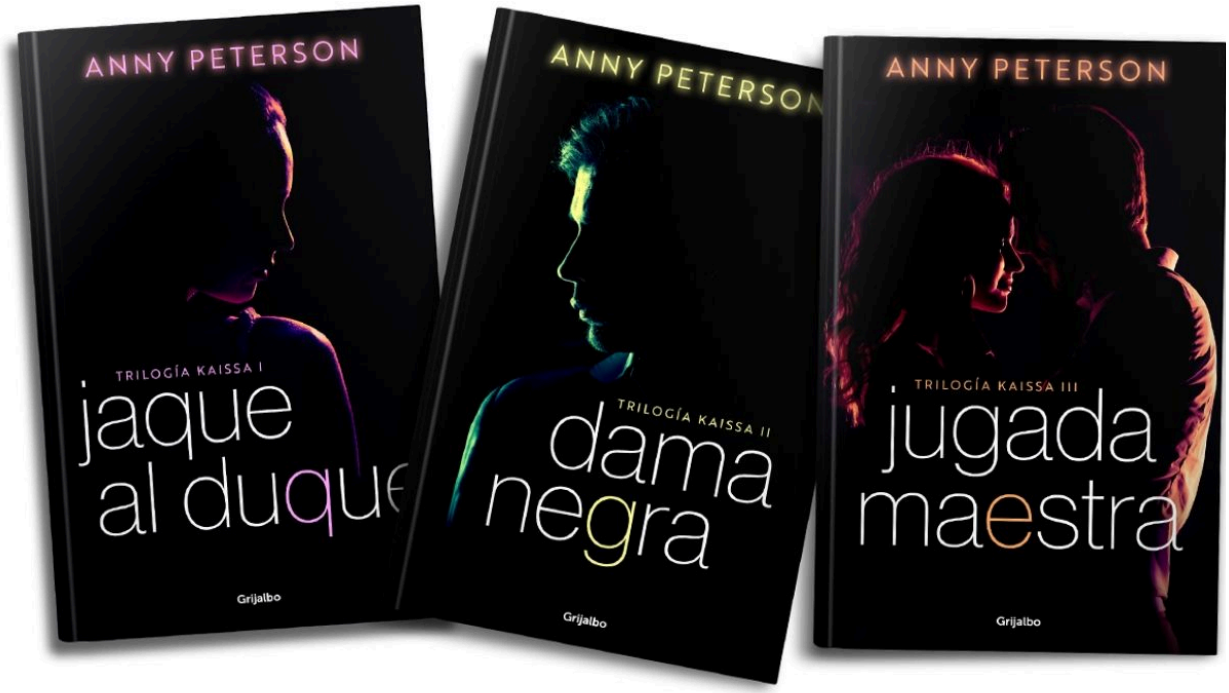
RECOMENDACIONES

Si te gusta la mafia, las pistolas y los policías cañón… no te pierdas mis series más cañeras. Son del estilo de los Místers. O peores… jeje
SERIE LOS MORGAN: **Vas a ser Mía - Vas a ser Mío - Voy a ser Tuyo - Vas a ser Suya - Vas a ser Suyo - Vas a ser Eterno.**





TRILOGÍA KAISSA: (Editorial Grijalbo) : **Jaque al duque - Dama Negra - Jugada Maestra**



Jaque al duque (Libro 1)

Cuando el famoso aristócrata Ástor de Lerma, dueño de la universidad más elitista del país, empieza a recibir amenazas de muerte mediante notas acompañadas de figuras de ajedrez, proponen a la inspectora Keira Ibáñez, especialista en el juego, para llevar el caso. Sin embargo, la inocencia del atractivo duque pronto se pondrá en jaque debido a la misteriosa desaparición de una alumna del campus.

El afamado instinto de Keira hace que confíe en ese hombre que la desquicia a la par que la atrae irresistiblemente. ¿Podrá fiarse de su intuición o tal vez la seductora mirada de Ástor le está nublando el juicio?

Solo una cosa está clara: cuanto más se adentre en el mundo del duque, más le costará ganar esta partida a sus dudas y deseos inconfesables. **El juego ha comenzado.**